
CIRCULO DEL CRIMEN
DESDE RUSIA CON AMOR
Nº 33

El siniestro y mortífero departamento de operaciones secretas soviético, SMERSH, tiende una trampa para capturar y matar a James Bond. El as de los espías británicos tiene una especial debilidad por las mujeres, y el anzuelo que le preparan será una bellísima agente. Pero SMERSH no cuenta con que la espía soviética se enamore de su víctima…

Ian Fleming

Desde Rusia con amor

James Bond: 007 /5

ePUB v1.1
000 01.05.12

Título original: *From Russia, with love*
Ian Fleming, 1957.
Traducción: Diana Falcón
Ilustraciones: Jordi Ciuró
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)
ePub base v2.0

Nota del Autor

No es que importe, pero gran parte of the background to this story es verídico.

SMERSH, una contracción de *Smiert Spionam* –Muerte a los Espías– existe y se mantiene todavía como el departamento más secreto del Gobierno Soviético. A comienzos de 1956, cuando escribí este libro, the strength of SMERSH at home and abroad was about 40,000 y el General Grubozaboyschikov era su jefe. Mi descripción física de su persona es correcta.

Hoy, el cuartel general de SMERSH está donde, en el Capítulo 4, lo he localizado: en el Nº 13 de la Calle Stretenka Ulitsa, Moscú. La Sala de Conferencias está fielmente descrita y los Jefes de la Inteligencia que se reúnen alrededor de su mesa son oficiales reales que frecuentemente son a esa sala para propósitos similares a los que he descrito who are frequently summoned.

I. F.
Marzo de 1956

Primera parte
EL PLAN

Capítulo 1
El país de las rosas

El hombre desnudo que yacía boca abajo, junto a la piscina, podría estar muerto.

Podría ser un ahogado acabado de rescatar de la piscina y tendido sobre la hierba para que se secara mientras llamaban a la policía o a sus familiares. Incluso los objetos del pequeño montón que había en la hierba, junto a su cabeza, podrían haber sido los efectos personales del hombre, cuidadosamente reunidos a plena vista de modo que nadie pensara que sus rescatadores habían robado algo.

Si se juzgaba por el brillante montón, aquél era, o había sido, un hombre rico. En él se encontraban los típicos distintivos de los miembros de la clase adinerada: un clip hecho con una moneda de cincuenta dólares mexicanos, que sujetaba un sustancial fajo de billetes de banco; un encendedor Dunhill de oro, muy usado; una pitillera de oro ovalada con los bordes ondulados y el discreto botón de turquesa que distingue a la marca Fabergé, y el tipo de novela que un rico saca de la biblioteca para llevársela al jardín: *The Little Nugget*, una vieja obra de P. G. Wodehouse.

También había un abultado reloj de oro con una muy usada correa de piel de cocodrilo. Se trataba de un modelo de Girard-Perregaux, diseñado para la gente a quien le gustan los artilugios complejos, y tenía un segundero y dos pequeñas ventanas en la esfera donde se leían la fecha, el mes y la fase de la

Juna. La historia que ahora contaba era: 2.30 horas del 10 de junio, con la luna en tres cuartos de su plenitud.

Una libélula azul y verde salió disparada desde los rosales del fondo del jardín y quedó suspendida en el aire a pocos centímetros de la columna vertebral del hombre. Se había visto atraída por el destello del sol de junio sobre la línea de fino vello rubio que le crecía sobre el coxis. Un soplo de brisa llegó desde el mar. El diminuto campo de vello se inclinó con suavidad.

La libélula se lanzó nerviosamente a un lado y se detuvo suspendida sobre el hombro izquierdo del hombre, observándolo. La hierba nueva en la que se posaba la boca abierta del hombre se estremeció. Una gran gota de sudor descendió por un flanco de la carnosa nariz y cayó, destellante, sobre la hierba. Con eso bastó. La libélula salió disparada por entre las rosas y pasó por encima de los cristales rotos que había sobre el muro alto del jardín. Puede que fuese bueno para comer, pero se movía.

El jardín donde yacía el hombre consistía en alrededor de cuatro mil metros cuadrados de césped bien cuidado al que rodeaban, por tres lados, apretadas hileras de rosales de los que llegaba el regular zumbido de las abejas. Como fondo de este sonido adormecedor, el mar resonaba con suavidad al pie del acantilado que remataba el jardín.

Desde el jardín no se veía el mar; no se veía nada más que el cielo y las nubes por encima del muro de tres metros y medio. De hecho, sólo podía verse el exterior de la propiedad desde los dos dormitorios de la planta superior de la villa que conformaba el cuarto lado de este muy privado recinto. Desde esas habitaciones uno podía ver ante sí una gran extensión de agua azul y, a ambos lados, las ventanas de las plantas superiores de otras villas y las copas de los árboles de sus respectivos jardines, de tipo perenne mediterráneo, como los robles, los pinos piñoneros, las casuarinas y alguna palmera.

La villa era moderna, un bloque bajo y alargado sin adorno ninguno. En la pared que daba al jardín, pintada de rosa, se abrían cuatro ventanas con marco de hierro, y una puerta central de cristales que conducía a un pequeño cuadrado de baldosas verdes esmaltadas, las cuales se fundían con el

césped. La fachada de la casa, que se alzaba a pocos metros de una polvorienta carretera, era casi idéntica. Pero en ella las cuatro ventanas estaban protegidas por rejas, y la puerta principal era de roble.

La villa tenía dos dormitorios de dimensiones medianas en el piso superior y, en la planta baja, una sala de estar y una cocina, parte de la cual había sido usada, levantando una pared, para instalar un retrete. No tenía cuarto de baño.

El lujoso silencio soñoliento de la tarde fue roto por el sonido de un vehículo que bajaba por la carretera. Se detuvo ante la villa. Se produjo el suave choque metálico de una puerta de coche al cerrarse, y éste se alejó. El timbre de la puerta sonó dos veces. El hombre desnudo que yacía junto a la piscina no se movió, pero, al oír el timbre y el vehículo que se alejaba, sus ojos se habían abierto de par en par por un instante. Fue como si los ojos se hubieran enderezado al igual que las orejas de un animal. El hombre recordó de inmediato dónde se encontraba, el día de la semana y la hora de ese día. Los sonidos fueron identificados. Los párpados, con su franja de pestañas cortas color arena, volvieron a caer soñolientos sobre los ojos azul muy pálido, ojos opacos que miraban hacia el interior del hombre. Los pequeños labios crueles se abrieron en un enorme bostezo capaz de desencajar las mandíbulas, lo cual provocó secreción de saliva. El hombre escupió en la hierba y aguardó.

Una mujer joven que llevaba un bolso de malla e iba ataviada con una camisa blanca de algodón y una falda azul corta carente de atractivo, salió por la puerta de cristal y avanzó con largas zancadas hombrunas por las baldosas verdes y el trozo de césped que la separaba del hombre desnudo. A pocos metros de él, dejó caer el bolso de malla sobre la hierba, se sentó y se quitó los zapatos, baratos y polvorientos. A continuación se puso de pie, se desabotonó la camisa, se la quitó y la colocó pulcramente doblada junto al bolso.

La muchacha no llevaba nada bajo la camisa. Tenía la piel agradablemente bronceada por el sol, y sus hombros y delicados pechos resplandecían de salud. Cuando se inclinó para desprender los botones

laterales de la falda, quedaron a la vista pequeñas matas de vello castaño claro en sus axilas. La impresión de saludable animalillo campesino se vio realzada por las carnosas caderas bajo un biquini de punto azul desteñido, y por los muslos y piernas gruesos y cortos que aparecieron cuando acabó de desvestirse.

La joven dejó la falda bien doblada junto a la camisa, abrió el bolso de malla, sacó una vieja botella de gasosa que contenía un espeso líquido incoloro, se acercó al hombre y se arrodilló en la hierba a su lado. Vertió entre sus omóplatos un poco de líquido, un aceite de oliva ligero, perfumado con rosas, como todo en ese rincón del mundo, y, tras flexionar los dedos como un pianista, comenzó a masajearle los músculos esterno-mastoideos y trapecios de la parte posterior del cuello.

Este trabajo resultaba duro. El hombre era enormemente fuerte y los abultados músculos de la base del cuello apenas cedían bajo los pulgares de la muchacha, ni siquiera cuando el peso de sus hombros era descargado sobre dichos dedos. Al finalizar con el masaje estaría empapada en sudor y tan por completo exhausta, que se lanzaría a la piscina para luego tenderse a la sombra y dormir hasta que el coche acudiera a recogerla. Pero no era eso lo que la inquietaba mientras sus manos trabajaban de modo automático en la espalda del hombre, sino el horror instintivo que experimentaba ante el cuerpo más perfecto que jamás hubiese visto.

Nada de este horror se manifestaba en el rostro inexpresivo e impasible de la masajista, y los negros ojos rasgados y oblicuos bajo el flequillo de negro cabello corto, grueso, estaban tan vacíos como charcos de aceite; no obstante, en su interior el animal gimoteaba y se encogía, y la muchacha, si se le hubiese ocurrido tomarse el pulso, habría descubierto que lo tenía acelerado.

Una vez más, como había sucedido con tanta frecuencia durante los últimos dos años, se preguntó por qué aborrecía aquel cuerpo espléndido, y una vez más intentó vagamente analizar su revulsión. Quizá esta vez se libraría de unos sentimientos que, con culpabilidad, percibía como mucho

menos profesionales que el deseo sexual que algunos de sus pacientes despertaban en ella.

Comenzó por los pequeños detalles: el cabello del hombre. Posó los ojos sobre la redonda cabeza algo pequeña que remataba el cuello vigoroso. Estaba cubierta por apretados rizos dorado rojizos que deberían haberle traído el agradable recuerdo de los cabellos de formas bien definidas que había visto en las fotografías de estatuas clásicas. Pero los rizos estaban, de alguna forma, demasiado apretados, demasiado juntos entre sí y demasiado pegados al cuero cabelludo. Le hacían rechinar los dientes, como cuando pasaba las uñas por el pelillo de una alfombra. Y los rizos dorados descendían hasta muy abajo del cuello; casi (pensó en términos profesionales) hasta la quinta vértebra cervical. Y allí se detenían de modo abrupto en una línea recta de tiesos pelos rubios.

La muchacha se detuvo para descansar las manos y se sentó sobre las piernas. La hermosa parte superior de su cuerpo ya brillaba de sudor. Se pasó el reverso del antebrazo por la frente para enjugársela y cogió la botella de aceite. Vertió aproximadamente una cucharada en la velluda meseta que se alzaba en la base de la columna del hombre, flexionó los dedos y volvió a inclinarse.

Este embrión de cola dorada que descendía por la hendidura entre las nalgas… en un amante habría sido placentero, excitante, pero en este hombre resultaba, de alguna manera, bestial. No, propio de un reptil. Pero las serpientes no tenían pelo. Bueno, eso no podía evitarlo. A ella le recordaba a un reptil. Desplazó las manos hasta los dos montes formados por los glúteos mayores.

Éste era el momento en que muchos de sus pacientes, en particular los jóvenes del equipo de fútbol, se ponían a bromear con ella. A continuación, si no iba con cuidado, llegaban las propuestas. A veces ella podía silenciar estas últimas presionando con fuerza sobre el nervio ciático. En otras ocasiones, y en especial si el hombre le resultaba atractivo, se producían discusiones entre risillas sofocadas, un breve forcejeo y una rápida, deliciosa rendición.

Con este hombre era diferente, casi extraordinariamente distinto. Desde el principio mismo se había comportado como un montón de carne inanimada. En dos años jamás le había dirigido la palabra. Una vez acabada la espalda y llegado el momento de que se diera la vuelta, ni los ojos ni el cuerpo del hombre habían jamás manifestado ni una sola vez el más mínimo interés en ella.

Cuando le daba unos golpecitos en el hombro, él se limitaba a rodar sobre sí y contemplar el cielo a través de los párpados semiabiertos, y ocasionalmente dejaba escapar uno de sus largos bostezos estremecedores que constituían el único indicio de que tenía alguna reacción humana.

La muchacha cambió de posición y fue masajeando lentamente la pierna derecha, desde lo alto hacia el tendón de Aquiles. Cuando llegó a él, volvió los ojos hacia el bello cuerpo. ¿Su revulsión era sólo física? ¿Sería el color rojizo de las quemaduras del sol sobre la piel naturalmente blanca como la leche, ese aspecto como de carne asada? ¿Se trataba de la textura de la piel misma, los poros profundos y muy espaciados sobre la superficie de satén? ¿Las abundantes pecas anaranjadas que le cubrían los hombros? ¿O se debía todo a la asexualidad del hombre? ¿La indiferencia de aquellos espléndidos músculos de un relieve insolente? ¿O era más bien algo de naturaleza espiritual, un instinto animal que le decía que dentro de ese cuerpo maravilloso había una persona malvada?

La masajista se puso de pie, giró con lentitud la cabeza de un lado a otro y flexionó los hombros. Extendió los brazos a ambos lados y luego los alzó, dejándolos en alto durante un momento para aliviarlos de la congestión sanguínea. Avanzó hasta su bolso de red y sacó una toalla de mano con la que se enjugó el sudor del rostro y el cuerpo.

Cuando se volvió hacia el hombre, éste ya había rodado sobre sí y yacía con la cabeza apoyada sobre una mano abierta, contemplando el cielo con rostro inexpresivo. El brazo libre yacía extendido sobre la hierba, esperándola. Ella se arrodilló junto a la cabeza del hombre.

Extendió un poco de aceite por sus manos, cogió la mano laxa semiabierta y comenzó a masajear los cortos dedos gruesos.

La joven miró nerviosamente de soslayo el rostro moreno rojizo coronado por apretados rizos rubios. A primera vista no estaba mal: era apuesto en cierto sentido, como un carnicero muy joven, con las mejillas llenas y rosadas, la nariz respingona y el mentón redondo. No obstante, mirado de cerca, había algo cruel en la boca fruncida de labios finos, una calidad porcina en las amplias fosas nasales, y la ausencia de expresión que empañaba los ojos azul muy pálido se derramaba por todo el rostro y le confería el aspecto de un ahogado, de un cadáver. Era como si, reflexionó la muchacha, alguien hubiese cogido una muñeca de porcelana y le hubiese pintado un rostro que infundiera miedo.

La masajista fue ascendiendo por el brazo hasta el enorme bíceps. ¿De dónde había sacado el hombre estos fantásticos músculos? ¿Sería boxeador? ¿Qué hacía con su cuerpo formidable? Los rumores decían que esa villa era de la policía. Los dos sirvientes masculinos eran, obviamente, algún tipo de guardias, a pesar de que se ocupaban de la cocina y la limpieza de la casa. De forma regular, cada mes el hombre se marchaba durante algunos días, y a ella le decían que no acudiera a la casa. Y de vez en cuando le decían que no fuese a la casa durante una semana, o dos, o en todo el mes. En una ocasión, tras una de estas ausencias, el cuello del hombre y la parte superior de su cuerpo se habían convertido en una masa de magulladuras. En otra, el extremo enrojecido de una herida a medio cicatrizar asomaba por debajo de treinta centímetros de escayola que le cubría las costillas a la altura del corazón. Nunca se había atrevido a preguntar por él en el hospital ni en la ciudad. Cuando la enviaron a la casa por primera vez, uno de los sirvientes le había dicho que si hablaba de lo que allí viera, iría a parar a la prisión. Cuando volvió al hospital, el jefe de personal, que nunca antes había reparado en su existencia, la hizo llamar y le dijo lo mismo. Iría a parar a la cárcel. Los dedos fuertes de la muchacha se hundían nerviosamente en el gran músculo deltoides a la altura del hombro. Siempre había sabido que se trataba de un asunto de seguridad de Estado.

Tal vez era eso lo que le repugnaba de aquel cuerpo espléndido. Quizá era sólo el miedo que le inspiraba la organización que tenía ese cuerpo bajo su custodia. Cerró los ojos con fuerza ante el pensamiento de quién podría

ser él, de qué podría ordenar que le hicieran a ella. Volvió a abrirlos con rapidez. Él podría haberlo advertido. Pero los ojos del hombre contemplaban, inexpresivos, el cielo. La muchacha cogió el aceite para masajearle la cara.

Los pulgares acababan de presionar apenas las cuencas de los ojos cerrados del hombre, cuando el teléfono comenzó a sonar en el interior de la casa. El sonido llegó con impaciente insistencia hasta el jardín. De inmediato el hombre estuvo sobre una rodilla, como un corredor que espera el disparo de salida. Pero no se movió. El teléfono dejó de sonar. Se oyó el murmullo de una voz. La joven no podía oír lo que estaba diciendo, pero sonaba obediente, como tomando nota de unas instrucciones que se le transmitían. La voz calló y uno de los sirvientes apareció por un breve instante en la puerta, hizo un gesto en dirección al hombre desnudo y se perdió en el interior de la casa. A mitad del gesto, el hombre ya había echado a correr. Ella observó la bronceada espalda que desaparecía como un rayo por la puerta. Sería mejor no permitir que la encontrase allí cuando volviera a salir… sin hacer nada, tal vez escuchando. Se puso de pie, avanzó dos pasos hasta el borde de cemento de la piscina y se zambulló grácilmente.

Aunque haber conocido el nombre del hombre cuyo cuerpo masajeaba podría haber explicado sus sentimientos instintivos, para la paz mental de la muchacha era mejor que no lo supiera.

Su verdadero nombre era Donovan Grant, o Grant «el Rojo». Sin embargo, durante los últimos diez años, había sido Krassno Granitski, con el nombre clave de «Granit».

Era el jefe ejecutor de SMERSH, el aparato asesino del MGB[1], y en este momento estaba recibiendo instrucciones por la línea directa del MGB, en Moscú.

Capítulo 2
El matarife

Grant colgó con suavidad el teléfono y se sentó, mirándolo.

El guardia de cabeza redonda que se hallaba de pie junto a él dijo:

—Será mejor que empieces a moverte.

—¿Te han dado alguna pista sobre el trabajo? —Grant hablaba el ruso a la perfección, aunque con un marcado acento. Podría haber pasado por nativo de cualquiera de las provincias bálticas.

Su voz era aguda e inexpresiva, como si estuviera recitando un texto de un libro aburrido.

—No. Sólo me dijeron que te necesitan en Moscú. El avión está de camino. Llegará aquí dentro de una hora. Media hora para repostar, y después de tres o cuatro horas, dependiendo del tiempo que haga, aterrizaréis en Jarkov. Llegarás a Moscú hacia medianoche. Será mejor que hagas el equipaje. Yo pediré el coche.

Grant se puso de pie con nerviosismo.

—Sí. Tienes razón. Pero, ¿no te dijeron siquiera si se trataba de una operación? Me gusta saber las cosas. Hablábamos por una línea segura. Podrían haberte dado alguna pista. Por lo general lo hacen.

—Esta vez no lo han hecho.

Grant salió con lentitud por la puerta acristalada hasta el césped. Si reparó en la muchacha que estaba sentada en el borde más alejado de la piscina, no dio señales de que así fuera. Se inclinó para recoger el libro y

los dorados trofeos de su profesión, volvió a entrar en la casa y subió los pocos escalones que lo conducirían a su dormitorio.

Se trataba de una habitación desnuda y amueblada tan sólo con un somier de hierro del que las sábanas arrugadas pendían por un lado hasta el piso, una silla de mimbre, un armario sin pintar y una mesita alta con una jofaina de hojalata. El piso estaba sembrado de revistas inglesas y estadounidenses. Apilados contra la pared, debajo de la ventana, había libros en rústica de llamativas cubiertas y novelas de misterio en tapa dura.

Grant sacó una vapuleada maleta italiana de fibra de debajo de la cama. Metió dentro una selección de prendas respetables y bien lavadas que sacó del armario. A continuación se lavó apresuradamente el cuerpo con agua fría y el inevitable jabón que olía a rosas, y se secó con una de las sábanas de la cama.

Se oyó el ruido de un coche en el exterior. Grant se vistió de prisa con ropas tan sencillas y corrientes como las que había metido en la maleta, se puso el reloj de pulsera, metió sus otras pertenencias en los bolsillos, recogió la maleta y bajó las escaleras.

La puerta delantera estaba abierta. Podía ver a sus dos guardias hablando con el conductor del abollado sedán ZIS.

«Condenados estúpidos —pensó. Aún pensaba en inglés durante la mayor parte del tiempo—. Probablemente están diciéndole que se asegure de que suba al avión. Probablemente no pueden ni imaginarse que un extranjero quiera vivir en su condenado país.» Los fríos ojos manifestaban desprecio cuando Grant dejó la maleta en el escalón de entrada para rebuscar entre el grupo de abrigos que colgaban de ganchos en la puerta de la cocina. Encontró su «uniforme», el abrigo gris amarillento y la gorra de tela negra de la oficialidad soviética, se los puso, recogió su maleta, salió de la casa y se instaló en el asiento junto al conductor vestido de paisano, dándole un brutal golpe de hombro a uno de los guardias al pasar.

Los dos hombres retrocedieron sin decir nada, pero lo miraron con ojos duros. El conductor quitó el pie del pedal de embrague y el coche, que ya tenía una marcha puesta, aceleró con presteza por la carretera polvorienta.

La villa se encontraba situada en la costa sudoriental de Crimea, más o menos a medio camino entre Feodosija y Yalta. Era una de las muchas *dachas* de vacaciones para oficiales que había a lo largo de la costa montañosa preferida por todos, y que forma parte de la Riviera rusa.

Grant *el Rojo* sabía que era un inmenso privilegio que lo alojaran allí en lugar de en alguna triste villa de la periferia de Moscú. Mientras el coche ascendía adentrándose en las montañas, pensó que sin duda lo trataban tan bien como sabían, aunque esta preocupación por su bienestar tuviera dos caras.

Realizaron el viaje de sesenta y cinco kilómetros hasta el aeropuerto de Simferopol en una hora.

No había otros coches en la carretera, y los ocasionales carros de caballos de los viñedos se apartaban hasta la cuneta al oír su bocina. Como en todas las zonas de Rusia, un coche significaba un oficial, y un oficial sólo podía significar peligro.

Había rosas por todo el camino, campos de ellas alternados con viñedos, setos conformados de rosales a lo largo de la carretera y, en la entrada al aeropuerto, un vasto macizo circular de las variedades roja y blanca para formar una estrella roja sobre fondo blanco. Grant estaba asqueado de aquellas flores y deseoso de llegar a Moscú y huir de su dulce hedor.

Pasaron de largo ante la entrada del aeropuerto civil y siguieron un muro alto durante aproximadamente un kilómetro y medio, hasta la zona militar del aeródromo. Ante una alta puerta de reja, el conductor enseñó su pase a dos centinelas armados con fusiles, para luego continuar hasta el asfalto de la pista. Varios aviones se encontraban posados sobre ella, como también transportes militares de camuflaje, pequeños bimotores de entrenamiento y dos helicópteros de la marina. El conductor se detuvo para preguntarle a un hombre ataviado con mono de trabajo dónde se encontraba el avión de Grant. De inmediato se oyó un chasquido metálico procedente de la torre de control, y una voz les gritó por los altavoces:

—A la izquierda. Más adelante…, a la izquierda. Número V-BO.

El conductor ya atravesaba obedientemente la pista cuando la voz de hierro volvió a ladrarle:

—¡Alto!

Clavó los frenos, y se oyó un alarido ensordecedor por encima de sus cabezas. Ambos hombres se agacharon de modo instintivo mientras una escuadrilla de cuatro MiG 17 aparecía desde el sol que estaba poniéndose y pasaba en vuelo rasante sobre ellos, con los frenos aerodinámicos completamente bajos para el aterrizaje. Los aviones tocaron la pista de aterrizaje uno tras otro, desprendiendo nubes de humo azul de las ruedas de proa y, con los reactores aullando, continuaron la rodadura hasta la lejana línea que marcaba el límite, para luego regresar hacia la torre de control y los hangares.

—¡Continúen!

Pocos metros más adelante llegaron hasta un avión que lucía las letras de identificación V-BO. Se trataba de un bimotor Ilyushin 12. Una pequeña escalerilla de aluminio colgaba de la puerta de la cabina, y el coche se detuvo junto a ella. En la puerta apareció uno de los tripulantes. Descendió la escalerilla y examinó con atención el pase del conductor, así como los documentos de identidad de Grant, para luego despedir al primero con un gesto, y con otro indicarle a Grant que lo siguiera hasta el interior del aparato. No se ofreció a ayudarlo con la maleta, pero Grant subió con ella como si no pesara más que un libro. El tripulante ascendió tras él, cerró la gran escotilla con fuerza y avanzó hasta la carlinga.

Allí había veinte asientos vacíos entre los cuales escoger sentarse. Grant se acomodó en el más cercano a la escotilla y se ajustó el cinturón de seguridad. A través de la puerta abierta de la cabina le llegó un corto murmullo de conversación con la torre de control, los dos motores gimieron y tosieron al encenderse, y el aparato giró tan rápidamente como si fuera un coche, rodó hasta el inicio de la pista de despegue norte-sur y, sin más preliminares, salió disparado por ella y se elevó.

Grant se desabrochó el cinturón de seguridad, luego encendió un cigarrillo Troika de filtro dorado y se repantigó para reflexionar cómodamente sobre su pasada carrera y el futuro inmediato.

Donovan Grant era el resultado de la unión de medianoche entre un alemán profesional de la halterofilia y una camarera de Irlanda del Sur. La unión duró un cuarto de hora sobre la hierba húmeda del exterior de un circo instalado en las afueras de Belfast. Después, el padre le dio a la madre media corona y la madre se marchó contenta a dormir en su cama, en la cocina de un café cercano a la estación de ferrocarriles. Cuando supo que esperaba un bebé, se trasladó a vivir con una tía en la aldea de Aughmacloy, que se encuentra a caballo en la frontera; allí, seis meses más tarde, murió de fiebre puerperal poco después de dar a luz a un niño de cinco kilos y medio. Antes de morir, dijo que el niño debía llamarse Donovan (el levantador de pesas se daba a sí mismo el nombre de «El Poderoso O'Donovan») y llevar el apellido Grant, que era el de ella.

La tía cuidó del niño a regañadientes, y éste creció saludable y extremadamente fuerte, pero muy callado. No tenía amigos. Se negaba a comunicarse con otros niños y, cuando quería algo de ellos, se lo arrebataba valiéndose de los puños. Continuó así en la escuela local, donde era temido y aborrecido, pero adquirió fama en boxeo y lucha durante las fiestas locales, donde su sanguinaria furia combinada con astucia le dieron la victoria sobre muchachos mucho mayores y corpulentos que él.

Fue mediante los combates que llamó la atención de los miembros del Sinn Fein, que usaban Aughmacloy como paso principal de sus idas y venidas entre el norte y el sur, y también de los contrabandistas locales que utilizaban la aldea con los mismos propósitos. Cuando dejó el colegio se convirtió en el hombre fuerte de ambos grupos. Le pagaban bien por el trabajo, pero lo veían lo menos posible.

Fue alrededor de esta época cuando su cuerpo comenzó a experimentar compulsiones extrañas y violentas en torno a los días de luna llena. Cuando, en el octubre de sus dieciséis años, tuvo por primera vez «las sensaciones», como las llamaba él, salió y estranguló un gato. Esto le hizo «sentirse mejor» durante todo un mes. En noviembre, fue un perro pastor grande y, por Navidad, degolló una vaca a medianoche en un cobertizo del vecindario. Estos actos le hacían «sentirse bien». Tenía la sensatez suficiente para darse

cuenta de que dentro de poco el pueblo comenzaría a hacerse preguntas acerca de aquellas muertes misteriosas, así que compró una bicicleta y una vez por mes se marchaba al campo. A menudo tenía que llegar muy lejos para encontrar lo que quería y, después de dos meses de tener que satisfacerse con ocas y pollos, corrió el riesgo de degollar a un vagabundo dormido.

Por las noches había tan poca gente en el exterior, que pronto comenzó a salir a la carretera a una hora más temprana, alejándose mucho de su población, de modo que llegaba a aldeas distantes al caer la noche, cuando las personas solitarias regresaban a casa de los campos y las muchachas salían para acudir a sus citas.

Cuando ocasionalmente mataba a una muchacha, no «interfería» en ella para nada. Ese aspecto de la vida, del que había oído hablar, le resultaba del todo incomprensible. Era sólo el maravilloso acto de matar lo que hacía que se «sintiera bien». Nada más.

Hacia el final de su decimoséptimo año, espantosos rumores se propagaban por todo Fermanagh, Tyrone y Armagh. Cuando una mujer fue asesinada a plena luz del día, estrangulada y arrojada con indiferencia en una parva de heno, los rumores se convirtieron en pánico. En los pueblos se formaron grupos de aldeanos, se trajeron refuerzos policiales con perros, y las historias que se contaban acerca del «asesino lunar» atrajeron periodistas a la zona. Varias veces, cuando Grant circulaba en su bicicleta, fue detenido e interrogado, pero contaba con una poderosa protección en Aughmacloy, y siempre eran corroboradas sus historias sobre carreras de entrenamiento para mantenerse en forma para el boxeo, pues ahora constituía el orgullo de la aldea y era el boxeador que representaría a Irlanda del Norte en el campeonato de pesos ligeros.

Una vez más, antes de que fuera demasiado tarde, el instinto evitó que lo descubrieran, y se marchó de Aughmacloy a Belfast, donde se puso en manos de un empresario arruinado que quería que él se hiciera boxeador profesional. En el desvencijado gimnasio, la disciplina era estricta.

Constituía casi una prisión, y el día en que la sangre volvió a hervir en las venas de Grant, no le quedó otra alternativa que casi matar a uno de sus

sparrings. Cuando tuvieron que quitarlo por segunda vez de encima de un hombre en el cuadrilátero, fue sólo por ganar el campeonato que se salvó de que el empresario lo echara a la calle.

Grant ganó el campeonato en 1945, en su decimoctavo cumpleaños; luego lo llamaron al servicio militar y se convirtió en conductor del *Royal Corps of Signals*[2]. El período de entrenamiento en Inglaterra lo calmó un poco, o al menos lo volvió más prudente cuando tenía «las sensaciones». Ahora, en los días de luna llena, se ponía a beber como alternativa. Solía llevarse una botella de whisky a los bosques de los alrededores de Aldershot y bebérsela hasta el final mientras observaba sus sensaciones, fríamente, hasta que lo acometía la inconsciencia.

Luego, a primeras horas de la mañana, regresaba al campamento tambaleándose un poco, satisfecho sólo a medias, pero ya desprovisto de peligro. Si lo pillaba un centinela, le caía sólo un día de confinamiento en las barracas, porque su oficial al mando quería tenerlo contento para el campeonato del ejército.

Sin embargo, la sección de transporte de Grant fue enviada con urgencia a Berlín en torno a la época del bloqueo de comunicaciones por parte de los rusos, y se perdió el campeonato. En Berlín, el constante olor a peligro lo intrigaba y lo volvió aún más cuidadoso y astuto. Continuaba emborrachándose como una cuba en luna llena, pero durante el resto del tiempo se dedicaba a observar y trazar planes. Le gustaba todo lo que oía decir de los rusos, su brutalidad, su indiferencia hacia la vida humana y su astucia, y decidió acercarse a ellos. Pero, ¿cómo? ¿Qué podía llevarles de regalo? ¿Qué querían?

Fueron los campeonatos del BAOR[3] lo que finalmente le impulsó a acercarse. Por casualidad, tuvieron lugar en luna llena. Grant, que luchaba por el Royal Corps, recibió una advertencia por aferrar al contrario y lanzar golpes bajos, y fue descalificado en el tercer asalto por persistir en el juego sucio. Todo el estadio le silbó cuando abandonaba el cuadrilátero y, a la mañana siguiente, el oficial al mando lo llamó y, con frialdad, dijo que él era una ignominia para el Royal Corps y que sería devuelto a Inglaterra cuando llegara el siguiente relevo. Los otros conductores lo condenaron al

ostracismo y, puesto que nadie quería conducir un transporte con él, tuvieron que trasladarlo al codiciado servicio de correo motorizado.

El traslado no podía resultarle más ventajoso a Grant. Esperó durante unos días y, entonces, cuando un atardecer ya había recogido el correo saliente del día en el cuartel general de Inteligencia Militar instalado en la Reichskanzlerplatz, se fue directamente al sector ruso, esperó con el motor en marcha hasta que se abrió la reja del control británico para dejar entrar a un taxi, y entonces pasó disparado a sesenta y cinco kilómetros por hora a través de las rejas que se cerraban, para detenerse derrapando junto al fortín de cemento del puesto de frontera ruso.

Lo metieron a empujones en la sala de guardia. Un oficial de rostro pétreo, que estaba detrás de un escritorio, le preguntó qué quería.

—Quiero hablar con el servicio secreto soviético —replicó Grant, sin más—. Con el jefe.

El oficial clavó en él una mirada fría. Dijo algo en ruso. Los soldados que lo habían conducido al interior comenzaron a arrastrarlo al exterior. Grant se los sacudió de encima con facilidad. Uno de ellos levantó la ametralladora.

Grant dijo, hablando con tono paciente y de forma clara:

—Tengo un montón de documentos secretos. Ahí fuera. En las bolsas de cuero de la motocicleta. —Tuvo una idea luminosa—. Tendrá usted serios problemas si no se los entregan al servicio secreto.

El oficial les dijo algo a los soldados, y éstos retrocedieron.

—No tenemos servicio secreto —respondió en un inglés carente de soltura—. Siéntese y rellene este formulario.

Grant se sentó ante el escritorio y rellenó un largo formulario que contenía preguntas para cualquiera que desease visitar la zona oriental: nombre, dirección, naturaleza de los asuntos que lo llevaban allí, y demás. Entre tanto, el oficial habló suave y brevemente por teléfono.

Para cuando Grant acabó, dos militares más, suboficiales con gorras de infantería verde grisáceo y galones de rango en sus uniformes color caqui, habían entrado en la habitación. El 2º Ejército británico del Rin. El oficial de frontera entregó el formulario, sin mirarlo, a uno de ellos, y los hombres

se llevaron a Grant al exterior y lo metieron, junto con su motocicleta, en la parte trasera de una furgoneta cubierta, cuya puerta cerraron con llave tras él. Después de una rápida carrera de un cuarto de hora, la furgoneta se detuvo, y cuando Grant salió de ella se encontró con que estaba en el patio trasero de una gran construcción nueva. Lo llevaron al interior del edificio, lo trasladaron en ascensor a un piso superior y lo dejaron a solas en una celda sin ventanas. No contenía nada más que un banco de hierro. Pasada una hora durante la cual, suponía él, habían examinado los documentos secretos, lo llevaron a una cómoda oficina donde, tras el escritorio, se encontraba sentado un oficial que lucía tres hileras de condecoraciones y los galones dorados de un coronel.

El escritorio estaba vacío, excepto por un cuenco de rosas.

Diez años más tarde, Grant miraba por la ventanilla del avión hacia un amplio conjunto de luces que se hallaba a seis mil metros más abajo, y que supuso que era Jarkov; su reflejo en la ventanilla le sonrió sin alegría.

Rosas. A partir de aquel momento su vida no había sido otra cosa que rosas. Rosas, rosas todo el tiempo.

Capítulo 3
Estudios de posgrado

—¿Así que le gustaría trabajar en la Unión Soviética, señor Grant?

Había pasado media hora y el coronel del MGB estaba aburrido con la entrevista. Pensaba que ya le había extraído todos los datos militares de algún interés a aquel desagradable soldado británico. Unas pocas palabras para recompensar al hombre por el rico botín de secretos que le habían proporcionado sus bolsas de correo, y luego el hombre podría bajar a las celdas y, en el momento oportuno, ser embarcado hacia Vorkuta u otro campo de trabajo.

—Sí, me gustaría trabajar para ustedes.

—¿Y qué trabajo podría hacer, señor Grant? Tenemos muchos trabajadores no cualificados.

No necesitamos conductores de camiones y —el coronel sonrió fugazmente—, si hay que practicar boxeo, tenemos muchos hombres capaces de boxear. Dos posibles campeones olímpicos entre ellos, por cierto.

—Soy un experto en matar personas. Lo hago muy bien. Me gusta.

El coronel vio la roja llama brillando en los ojos azul pálido. Pensó: «Habla en serio. Además de ser desagradable, está loco.» Contempló a Grant con frialdad, preguntándose si merecería la pena malgastar comida para alimentarlo en Vorkuta. Tal vez sería mejor hacerlo fusilar. O arrojarlo de vuelta al sector británico y dejar que su propia gente se preocupara por él.

—Usted no me cree —dijo Grant, con impaciencia. Aquél era el hombre equivocado, la sección incorrecta—. ¿Quién se encarga del trabajo duro de ustedes por aquí? —Estaba seguro de que los rusos tenían algún tipo de escuadrón asesino. Todo el mundo decía que así era—. Déjeme hablar con ellos. Mataré a alguien para ellos. A quien quieran. Ahora.

El coronel lo miró con amargura. Tal vez sería mejor que informara del asunto.

—Espere aquí. —Se levantó y salió de la oficina, dejando la puerta abierta. Apareció un guardia que se apostó en la entrada y clavó los ojos en la espalda de Grant, con la mano en la pistola.

El coronel se encaminó a la habitación siguiente. Estaba vacía. En el escritorio había tres teléfonos. Levantó el receptor que comunicaba con la línea directa de la oficina del MGB en Moscú. Cuando el operador militar respondió, él dijo:

—SMERSH.

Cuando SMERSH respondió, pidió para hablar con el jefe de Operaciones. Diez minutos más tarde colgó el receptor. ¡Qué suerte! Una solución sencilla, constructiva. Con independencia del camino que tomara, saldría bien. Si el inglés tenía éxito, sería espléndido. Y aun en el caso de que fracasara, crearía muchísimos problemas en el sector occidental: problemas para los británicos porque Grant era uno de los suyos, problemas con los alemanes porque el atentado asustaría a muchos de sus espías, problemas con los estadounidenses porque ellos aportaban la mayor parte de los fondos para la red Baumgarten, y ahora pensarían que la seguridad de Baumgarten no era buena. Satisfecho de sí mismo, el coronel regresó a su oficina y volvió a sentarse ante Grant.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto que sí.

—¿Tiene buena memoria?

—Sí.

—En el sector británico hay un alemán llamado doctor Baumgarten. Vive en el apartamento número 5 del 22 de Kurfürstendamm. ¿Sabe dónde está eso?

—Sí.

—Esta noche, será usted devuelto con su motocicleta al sector británico. Se le cambiarán las placas de matrícula. Su gente estará buscándolo. Le llevará un sobre al doctor Baumgarten. La inscripción especificará que debe ser entregado en mano. Con su uniforme y ese sobre, no tendrá ninguna dificultad. Dirá que el mensaje es tan privado que debe ver al doctor Baumgarten a solas.

Entonces lo matará. —El coronel hizo una pausa. Sus cejas se alzaron—. ¿Sí?

—Sí —replicó Grant, imperturbable—. Y si lo consigo, ¿me darán más trabajos como éste?

—Es posible —contestó el coronel, con indiferencia—. Primero debe demostrar lo que puede hacer. Cuando haya concluido su cometido y regrese al sector soviético, puede preguntar por el coronel Boris. —Pulsó un timbre y entró un hombre vestido de paisano. El coronel hizo un gesto hacia él—. Este hombre le dará comida. Más tarde le entregará el sobre y un cuchillo afilado de manufactura estadounidense. Se trata de un arma excelente. Buena suerte.

El coronel extendió un brazo para coger una rosa del cuenco, cuyo perfume aspiró con deleite.

Grant se puso de pie.

—Gracias, señor —se despidió con tono cordial.

El coronel no respondió ni alzó los ojos de la rosa. Grant siguió al hombre vestido de paisano al exterior de la oficina.

El avión rugía sobrevolando el territorio central de Rusia. Habían dejado atrás los altos hornos que ardían a lo lejos, al este de Stalino[4] y, al oeste, la cinta plateada del Dniéper que se bifurcaba en Dnepropetrovsk[5]. El charco de luz que rodeaba Jarkov había señalado la frontera de Ucrania, y el resplandor menor de la población del fosfato de Kursk había aparecido y desaparecido. Ahora, Grant sabía que la sólida negrura ininterrumpida de allá abajo ocultaba la estepa donde billones de toneladas de grano ruso susurraban y ondulaban en la oscuridad. Ya no habría más oasis de luz hasta

que, dentro de una hora, hubiesen cubierto los restantes cuatrocientos ochenta kilómetros que los separaban de Moscú.

Porque a estas alturas, Grant lo sabía todo de Rusia. Tras el rápido, limpio, sensacional asesinato de un vital espía de Alemania Occidental, Grant apenas había acabado de escabullirse de vuelta al otro lado de la frontera y había llegado más o menos a tientas hasta el «coronel Boris», cuando lo vistieron con ropas de paisano, le pusieron un casco de aviador que cubrió su cabello y lo metieron precipitadamente en un avión vacío del MGB que lo condujo directamente a Moscú.

Entonces comenzó un año de semirreclusión en el que Grant se dedicó a mantenerse en forma y a aprender ruso, mientras la gente iba y venía a su alrededor: interrogadores, informadores, médicos. Entre tanto, los espías soviéticos en Inglaterra e Irlanda del Norte habían investigado su pasado de forma minuciosa.

Al final de ese año, a Grant le concedieron un certificado de salud política tan limpio como pueda conseguir cualquier extranjero en Rusia. Los espías habían confirmado su historia. Los informadores ingleses y estadounidenses dijeron que sentía un desinterés absoluto por la política o las costumbres sociales de cualquier país del mundo, y los médicos y psicólogos se mostraron de acuerdo en que era un maníaco depresivo en estado avanzado, cuyos períodos coincidían con la luna llena. Añadieron también que Grant era un narcisista y un asexuado, y que su tolerancia al dolor era elevada. Estas peculiaridades aparte, su salud física era soberbia y, aunque su nivel educativo era espantosamente bajo, era por naturaleza tan astuto como un zorro. Todos estuvieron de acuerdo en que Grant era un miembro extremadamente peligroso de la sociedad, y que debía mantenérselo apartado.

Cuando llegó el informe a las manos del jefe de personal del MGB, éste estaba a punto de escribir «Mátenlo», en el margen, cuando tuvo otra idea.

En la URSS hay que llevar a cabo una gran cantidad de asesinatos, no porque el ruso medio sea un ser cruel, aunque algunas de sus etnias se encuentran entre los pueblos más crueles del mundo, sino como un instrumento de política gubernamental. Las personas que actúan en contra del

Estado son enemigos del Estado, y el Estado no tiene espacio para los enemigos. Hay demasiado que hacer para dedicarles una parte del precioso tiempo y, si se convierten en una molestia persistente, acaban muertos. En un país con una población de 200.000.000 de habitantes, uno puede matar a varios miles de ellos sin echarlos en falta. Si, como sucedió durante las dos purgas más grandes, había que matar a un millón de personas en un año, tampoco eso constituía una pérdida grave. El problema serio era la escasez de verdugos. Los verdugos tienen una «vida» corta. Se cansan del trabajo. El alma enferma a causa del mismo. Después de diez, veinte, cien estertores de muerte, el ser humano, por subhumano que pueda ser, adquiere, tal vez por osmosis con la muerte misma, un germen de muerte que entra en su cuerpo y lo devora como un cancro. Se apoderan de él la melancolía y la bebida, y una horrenda lasitud que nubla los ojos, ralentiza los movimientos y destruye la precisión. Cuando el jefe ve estos signos, no le queda otra alternativa que la de ejecutar al verdugo y buscar otro.

El jefe de personal del MGB era consciente de este problema y de la constante búsqueda, no sólo del asesino refinado, sino también del carnicero común. Y allí tenía por fin a un hombre que parecía ser un experto en ambas formas de matar, dedicado a su oficio y, si debía creerse en los médicos, destinado a ello sin lugar a dudas.

El jefe de personal escribió una corta nota mordaz en los documentos de Grant, los clasificó como «SMERSH Otdyel II» y los arrojó en su bandeja de salida.

La sección 2 de SMERSH, a cargo de Operaciones y Ejecuciones, asumió la custodia del cuerpo de Donovan Grant, cambió su nombre por el de Granitski y lo inscribió en sus libros.

Los dos años siguientes fueron duros para Grant. Tuvo que volver a la escuela, y a una escuela que le hacía anhelar los astillados pupitres del cobertizo de chapa de zinc, colmado del olor de los niños y el zumbido adormecedor de las moscardas, que había sido su única concepción de lo que era la escuela. Ahora, en la Escuela de Inteligencia para Extranjeros de las afueras de Leningrado, apretado entre las filas de alemanes, checos, polacos, bálticos, chinos y negros, todos con rostros serios y concentrados, y

bolígrafos que corrían por las libretas de notas, luchaba con asignaturas que eran un puro galimatías para él.

Había cursos de «Conocimientos de Política General», que incluían la historia de los movimientos obreros, del Partido Comunista y de las Fuerzas Industriales del mundo, y las enseñanzas de Marx, Lenin y Stalin, todos salpicados de nombres extranjeros que apenas era capaz de escribir. Había lecciones sobre «El enemigo de clase contra el que luchamos», con conferencias sobre Capitalismo y Fascismo; semanas dedicadas a «Táctica, Agitación y Propaganda», y más semanas centradas en el problema de las minorías poblacionales, de las razas coloniales, los negros, los judíos. Cada mes concluía con exámenes en los que Grant se sentaba y escribía estupideces analfabetas, entremezcladas con fragmentos de olvidada historia inglesa y consignas comunistas mal escritas, e inevitablemente, en una ocasión, le rompieron lo que había escrito delante de toda la clase.

Pero resistió, y cuando llegaron a «Asignaturas Técnicas» las cosas le fueron mejor. Era rápido en comprender los rudimentos de Códigos y Criptografía, porque quería entenderlos. Era bueno en Comunicaciones, y de inmediato comprendió el enredo de contactos, fusibles, mensajeros y apartados de correo, y obtuvo notas excelentes en Trabajo de Campo, en el cual cada estudiante tenía que planear y llevar a cabo falsas misiones en los suburbios y el campo que rodeaba Leningrado. Por último, cuando llegó el momento del examen de Vigilancia, Discreción, «La seguridad primero», Presencia de Ánimo, Coraje y Serenidad, obtuvo las mejores notas de toda la clase.

Al final del año, el informe enviado a SMERSH concluía lo siguiente: «Valor político nulo. Valor operacional excelente». Era precisamente lo que quería oír Otdyel II.

El año siguiente lo pasó, con sólo otros dos estudiantes extranjeros entre varios centenares de rusos, en la Escuela para el Terror y Maniobras de Distracción Estratégica, situada en Kuchino, en las afueras de Moscú. Allí, Grant superó triunfante los cursos de judo, boxeo, atletismo, fotografía y radio, bajo la supervisión general del famoso coronel Arkady Fotoyev, padre del moderno espionaje soviético, y completó su instrucción en armas

pequeñas en manos del teniente coronel Nikolai Godlovsky, el campeón soviético de tiro con rifle.

En dos ocasiones durante este año, y sin previo aviso, un coche del MGB acudió a buscarlo en la noche de luna llena y lo llevó a una de las cárceles de Moscú. Allí, con una capucha negra sobre la cabeza, se le permitió llevar a cabo ejecuciones con diversas armas: la soga, el hacha, el subfusil ametrallador. Antes, durante y después de estas acciones, se le hicieron elecro-cardiogramas, se le tomó la presión sanguínea y lo sometieron a otras varias pruebas médicas, pero los propósitos y hallazgos de las mismas no le fueron comunicados a él.

Fue un buen año y Grant tenía la sensación, muy correcta, de que estaban satisfechos con él.

En 1949 y 1950, a Grant se le permitió salir en pequeñas operaciones con los Grupos Móviles o *Avanposts*, que se llevaban a cabo en los países satélites. Se trataba de apaleamientos y simples asesinatos de espías rusos y empleados de Inteligencia sospechosos de traición u otras aberraciones. Grant ejecutaba estos cometidos de forma limpia, precisa y sin llamar la atención, y aunque lo vigilaban de modo constante y minucioso, jamás manifestó la más leve desviación de las normas que se le exigían, ni tampoco ninguna debilidad de carácter o de destreza técnica.

Puede que habría sido diferente si le hubiesen pedido que matara cuando llevaba a cabo un trabajo en solitario durante el período de luna llena; pero sus superiores, que se daban cuenta de que durante ese período él se hallaría fuera del control de ellos, o del suyo propio, escogían fechas sin riesgo para las operaciones en las cuales intervenía. El período de plenilunio quedaba reservado exclusivamente para carnicerías en las prisiones y, de vez en cuando, se las programaba como recompensa por haber realizado con éxito alguna operación a sangre fría.

En 1951 y 1952, la utilidad de Grant se hizo más plena y oficialmente reconocida. Como resultado de su excelente trabajo, sobre todo en el sector oriental de Berlín, se le concedió la ciudadanía soviética y sucesivos aumentos de sueldo que, hacia 1953, llegaba a la bonita suma de 5.000 rublos por mes. En 1953 se le ascendió al grado de comandante, con

derechos retroactivos de retiro que se remontaban al día en que contactó por primera vez con el «coronel Boris», y se le adjudicó una villa en Crimea. Se nombró a dos guardaespaldas como adjuntos suyos, en parte para protegerlo a él y en parte para evitar la posibilidad de que le diera por «convertirse en civil», como denomina la jerga del MGB a la deserción. Una vez al mes, se lo transportaba a la cárcel más cercana y se le permitían tantas ejecuciones como candidatos disponibles había.

Naturalmente, Grant no tenía amigos. Era odiado, temido o envidiado por todos los que entraban en contacto con él. Ni siquiera contaba con ninguno de esos conocidos profesionales que pasan por amistad en el discreto y cauteloso mundo de la oficialidad soviética. Pero, si se daba cuenta de ese hecho, no le importaba. Los únicos individuos que le interesaban eran sus víctimas.

El resto de su vida se encontraba en su propio interior. Y estaba rica y emocionantemente poblada por sus propios pensamientos.

Aunque, por supuesto, tenía a SMERSH. Nadie de la Unión Soviética que tenga a SMERSH de su lado tiene necesidad de preocuparse por los amigos ni, de hecho, por nada más que por mantener las negras alas de SMERSH sobre su cabeza.

Grant estaba aún pensando vagamente en cuál era su posición ante los superiores, cuando el avión comenzó a perder altura al captar la señal del radar del aeropuerto de Tushino, justo al sur del resplandor rojo que era Moscú.

Estaba ya en lo más alto, era el jefe ejecutor de SMERSH y, por tanto, de toda la Unión Soviética.

¿A qué podía aspirar ahora? ¿A otro ascenso? ¿A más dinero? ¿A más chucherías de oro? ¿A objetivos más importantes? ¿A técnicas mejores?

La verdad es que no parecía haber nada más a lo que aspirar. ¿O existía algún otro hombre del que nunca había oído hablar, en algún otro país, al que habría que apartar a un lado antes de que la supremacía absoluta fuese suya?

Capítulo 4
Los magnates de la muerte

SMERSH es la organización oficial asesina del gobierno soviético. Opera tanto dentro como fuera del país, y en 1955 tenía un total de 40.000 agentes, hombres y mujeres. SMERSH es una contracción de «Smiert Spionam», que significa «Muerte a los los Espías». Es un nombre que sólo utiliza el personal de la organización y los oficiales soviéticos. Ningún miembro cuerdo del público permitiría que dicha palabra pasara por sus labios.

El cuartel general de SMERSH es un edificio grande, feo y moderno emplazado en la Sretenka Ulitsa. Está en el número 13 de esta calle ancha y gris, y los peatones mantienen los ojos fijos en el suelo al pasar ante los dos centinelas armados con subfusiles ametralladores apostados a ambos lados de las anchas escaleras que conducen hasta la gran puerta doble de hierro. Si lo recuerdan a tiempo, o si pueden hacerlo sin llamar la atención, cruzan la calle y pasan por la otra acera.

La dirección de SMERSH tiene su centro en el segundo piso. La sala más importante del segundo piso es una habitación muy grande y luminosa pintada con ese verde oliva pálido que constituye el denominador común de todas las oficinas gubernamentales del mundo entero.

Opuestas a la puerta insonorizada, dos amplias ventanas dan al patio que hay detrás del edificio.

El piso está completamente cubierto por una colorida moqueta caucasiana de la mejor calidad. En el extremo izquierdo de la habitación hay

un macizo escritorio de roble. La superficie del mismo se halla cubierta de terciopelo rojo sobre el que descansa una gruesa hoja de vidrio.

A la izquierda del escritorio hay cestas de ENTRADA y SALIDA de correspondencia y, a la derecha, cuatro teléfonos.

Desde el centro del escritorio, formando una letra T con él, se extiende una mesa de conferencias dispuesta diagonalmente respecto de la sala. Ante ella se alinean ocho sillas de respaldo recto tapizadas en cuero rojo. También esta mesa está cubierta de terciopelo del mismo color, pero no cuenta con un vidrio que lo proteja. Sobre ella hay ceniceros, y dos pesadas garrafas de agua con sus vasos.

En las paredes pueden verse cuatro grandes cuadros con marco dorado. En 1955, éstos eran, además de un retrato de Stalin encima de la puerta y otro de Lenin entre las dos ventanas, en las paredes restantes, uno frente al otro, un retrato de Bulganin y, donde hasta el 13 de enero de 1954 había colgado el de Beria[6], uno del general del ejército Ivan Aleksandrovitch Serov, jefe del Comité de Seguridad de Estado.

En la pared de la izquierda, debajo del cuadro de Bulganin, hay un enorme *Televisor*[7], o aparato de televisión, dentro de un bello armario de madera de roble lustrada. Oculto dentro del mismo hay un magnetófono que puede encenderse desde el escritorio. El radio de recepción del micrófono del aparato abarca toda la extensión de la mesa, y los cables del mismo se encuentran ocultos en las patas de la misma. Junto al *Televisor* puede verse una puerta pequeña que conduce a un retrete y lavabo privado, y a una pequeña sala de proyección para visionar películas secretas.

Debajo del retrato del general Serov hay una librería que contiene, en los estantes superiores, las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin y, en lugar más accesible, libros en todos los idiomas acerca de espionaje, contraespionaje, métodos policiales y criminología. Junto a la librería, contra la pared, se alza una mesa larga y estrecha donde descansan una docena de álbumes encuadernados en piel con fechas doradas estampadas en las cubiertas. Estos contienen fotografías de ciudadanos soviéticos y extranjeros que han sido asesinados por SMERSH.

Aproximadamente a la hora en que Grant estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Tushino, poco antes de las once y inedia de la noche, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto duro y constitución gruesa, se encontraba de pie ante dicha mesa hojeando el volumen de 1954.

El jefe de SMERSH, el coronel general Grubozaboyschikov, conocido en el edificio como «G.», iba vestido con una impecable casaca color caqui de cuello alto, y pantalones de caballería azul oscuro con dos finas listas rojas verticales a los lados. Los pantalones acababan en unas botas de montar de cuero negro blando muy lustroso. En el pecho de la casaca lucía tres hileras de cintas de condecoraciones: dos órdenes de Lenin, la orden de Suvorov, la orden de Alexander Nevsky, la orden de la Bandera Roja, dos órdenes de la Estrella Roja, la medalla de los Veinte Años de Servicio, y medallas por la Defensa de Moscú y la Toma de Berlín. Al final de éstas venían la cinta rosa y gris del CBE[8], y la color rojo púrpura y blanca de la Medalla al Mérito, de Estados Unidos. Por encima de las cintas colgaba la enorme estrella dorada de Héroe de la Unión Soviética.

El rostro que había sobre el alto cuello de la casaca era estrecho y afilado. Tenía bolsas flojas debajo de los ojos, los cuales eran redondos, castaños y sobresalían como mármoles pulidos bajo espesas cejas castañas. Llevaba el cráneo completamente afeitado y la tirante piel blanca brillaba a la luz de la araña central. La boca era ancha y severa sobre el mentón profundamente hendido. Se trataba de un semblante duro e inflexible, de formidable autoridad.

Uno de los teléfonos del escritorio sonó suavemente. El hombre avanzó con pasos contenidos y precisos hasta la silla alta que había detrás del escritorio. Se sentó en ella y cogió el receptor del teléfono rotulado en blanco con las letras V. Ch. Estas letras son la sigla de *Vysoko-chastoty*, o Alta Frecuencia. Sólo unos cincuenta oficiales supremos están conectados al panel de control de V. Ch., y son todos ministros de Estado o jefes de secciones selectas. La controla una pequeña centralita telefónica del interior del Kremlin, operada por oficiales profesionales de seguridad. Ni siquiera ellos pueden escuchar las conversaciones que se mantienen a través de la misma, pero cada palabra que se dice queda automáticamente grabada.

—¿Sí?

—Serov al habla. ¿Qué acción se ha emprendido desde la reunión del Presidium de esta mañana?

—Tengo una reunión aquí mismo dentro de pocos minutos, camarada general… el RUMID[9], el GRU[10] y, por supuesto, el MGB. Después de eso, si se decide emprender la acción, me reuniré con los jefes de Operaciones y de Planificación. En caso de que se decida por la liquidación, he tomado la precaución de traer a Moscú al especialista necesario. Esta vez supervisaré personalmente los preparativos. No nos interesa otro asunto Khoklov[11].

—Bien sabe el diablo que no. Telefonéeme después de la primera reunión. Deseo informar al Presidium mañana por la mañana.

—Desde luego, camarada general.

El general G. colgó el receptor y pulsó un botón que había debajo de su escritorio. Al mismo tiempo, encendió el magnetófono. Su ayudante de campo, un capitán del MGB, entró en la sala.

—¿Han llegado ya?

—Sí, camarada general.

—Hágalos pasar.

Al cabo de pocos minutos traspasaron la puerta seis hombres, cinco de ellos vestidos con uniforme, y sin echarle apenas una mirada al hombre que se encontraba detrás del escritorio, ocuparon sus sillas ante la mesa de conferencias. Se trataba de tres oficiales superiores, jefes de sus departamentos respectivos, y todos iban acompañados de un ayudante de campo. En la Unión Soviética, ningún hombre acude solo a una conferencia. Por su propia protección y para tranquilidad de su departamento, inevitablemente se hace acompañar de un testigo para que dicho departamento pueda tener versiones independientes de lo que sucedió en la conferencia y, por encima de todo, de lo que dijo en su nombre. Resulta importante en el caso de que haya una investigación subsecuente. En la conferencia no se toman notas y las decisiones les son comunicadas oralmente a los diferentes departamentos.

Al otro lado de la mesa se encontraba el teniente general Slavin, jefe del GRU, el departamento de Inteligencia del Estado Mayor del Ejército, con un coronel a su lado. Al extremo se encontraba sentado el teniente general Vozdvishensky del RUMID, el departamento de Inteligencia del Ministerio del Exterior, con un hombre de mediana edad vestido de paisano. De espaldas a la puerta, se hallaba el coronel de Seguridad del Estado, Nikitin, jefe de Inteligencia del MGB, el servicio secreto soviético, con un comandante a su lado.

—Buenas noches, camaradas.

Un cortés y prudente murmullo se elevó entre los oficiales. Cada uno sabía, y pensaba que era el único en saberlo, que en la habitación había micrófonos; y cada uno, sin decírselo a su ayudante de campo, había decidido pronunciar las mínimas palabras posibles de acuerdo con la buena disciplina y las necesidades del Estado.

—Fumemos. —El general G. sacó un paquete de cigarrillos Moskwa-Volga y encendió uno con un mechero Zippo estadounidense. Se oyeron chasquidos de encendedores en torno a la mesa. El general G. aplastó el tubo de cartón que remataba su cigarrillo, de modo que quedó casi plano, y lo sujetó entre los dientes al lado derecho de la boca. Estiró los labios hacia atrás, dejando los dientes a la vista, y comenzó a hablar con frases cortas y explosivas que salían con una especie de siseo entre los dientes y el cigarrillo inclinado hacia arriba.

—Camaradas, nos hemos reunido por orden del camarada general Serov. El general Serov, en nombre del Presidium, me ha ordenado que ponga en conocimiento de ustedes ciertos asuntos de política de Estado. Tenemos, pues, que conferenciar y aconsejar una línea de acción que sea acorde con esta política y la refuerce. Debemos llegar a una decisión lo antes posible. Pero nuestra decisión será de una importancia suprema para el listado. Deberá ser, por lo tanto, una decisión correcta.

El general G. hizo una pausa para permitir que los presentes se hicieran cargo del significado de sus palabras. Con lentitud, examinó uno a uno los rostros de los tres oficiales superiores que se encontraban ante la mesa. Sus ojos le devolvieron miradas imperturbables. Por dentro, estos hombres

tremendamente importantes se sentían inquietos. Estaban a punto de mirar a través de la puerta del infierno. Estaban a punto de entelarse de un secreto de Estado, el conocimiento del cual podría, en el futuro, tener las más peligrosas consecuencias para ellos. Sentados en la silenciosa sala, se sentían bañados por la espantosa incandescencia que irradia del centro de todos los poderes en la Unión Soviética: el Presidium Supremo.

La última ceniza cayó del extremo del cigarrillo del general G. sobre su casaca. Él se la sacudió y arrojó la boquilla a la papelera de documentos secretos descartados que había junto a su escritorio. Encendió otro cigarrillo y volvió a hablar con el mismo entre los dientes.

—El consejo que debemos dar tiene relación con un notable acto de terrorismo que debe llevarse a cabo en territorio enemigo dentro de tres meses.

Seis pares de ojos inexpresivos estaban clavados en el jefe de SMERSH, esperando.

—Camaradas —el general G. se repantigó en su silla y su voz se volvió explosiva—, la política exterior de la URSS ha entrado en una nueva etapa. Hasta ahora, era una política «dura»… una política —se permitió la broma a costa del nombre de Stalin— de acero. Esta política, por eficaz que fuera, había creado tensiones en Occidente, sobre todo en los Estados Unidos, que estaban volviéndose peligrosos. Los estadounidenses son un pueblo impredecible. Son histéricos. Los informes de nuestra Inteligencia comenzaron a señalar que estábamos empujando a los Estados Unidos al borde de un ataque atómico sorpresa contra la U.R.S.S. Ustedes han leído esos informes y saben que digo la verdad. No queremos una guerra semejante. Si debe haber una guerra, seremos nosotros quienes escojamos el momento. Ciertos grupos estadounidenses poderosos, sobre todo el grupo del Pentágono liderado por el almirante Radford, contaron con el propio éxito de nuestra política «dura» como ayuda a sus violentos planes. Así pues, se decidió que había llegado la hora de cambiar nuestros métodos, al tiempo que conservábamos los objetivos. Se creó una política nueva: una política «dura-blanda». Ginebra fue el comienzo de esta política. Nos mostramos «blandos». China amenaza las islas de Quemoy y Matsu. Nos

mostramos «duros». Abrimos nuestras fronteras a muchísimos periodistas, actores y artistas, aunque sabíamos que muchos de ellos eran espías. Nuestros líderes ríen y cuentan chistes en las recepciones de Moscú. En medio de los chistes nosotros lanzamos la bomba de prueba más grande de todos los tiempos. Los camaradas Bulganin, Kruschov y el camarada general Serov —el general incluyó cuidadosámente los nombres para que quedaran grabados— visitan la India y Oriente e injurian a los ingleses. A su regreso, mantienen conversaciones amistosas con el embajador británico acerca de la próxima visita de buena voluntad que harán a Londres. Y así nos comportamos en los demás ámbitos: la caricia y el garrote, la sonrisa y el ceño fruncido. Y

Occidente está confundido. Las tensiones se relajan antes de tener tiempo de consolidarse. Las reacciones de nuestros enemigos son torpes; su estrategia, desorganizada. ¡Entre tanto, el pueblo llano ríe de nuestros chistes, vitorea a nuestros equipos de fútbol y babea de deleite cuando ponemos en libertad a unos cuantos prisioneros de guerra a los que ya no deseamos alimentar!

En torno a la mesa se vieron sonrisas de placer y orgullo. ¡Qué política tan brillante! ¡Qué manera de dejarlos como unos estúpidos en el propio Occidente!

—Al mismo tiempo —prosiguió el general G., sonriendo apenas ante el placer que había ocasionado—, continuamos avanzando sigilosamente en todas partes: revolución en Marruecos, armas enviadas a Egipto, amistad con Yugoslavia, problemas en Chipre, levantamientos en Turquía, huelgas en Inglaterra, grandes avances políticos en Francia… no existe un solo frente en el mundo donde no estemos avanzando silenciosamente.

El general G. vio cómo los ojos brillaban de codicia en torno a la mesa. Los hombres ya estaban ablandados. Había llegado el momento de ser duro. Ya era hora de que sintieran la nueva política sobre sí mismos. También los servicios de Inteligencia tendrían que poner su grano de arena en la gran partida que estaba jugándose en nombre de ellos. Con tranquilidad, el general G. se inclinó hacia delante. Apoyó el codo derecho en el escritorio y alzó el puño en el aire.

—Pero, camaradas —dijo con voz suave—, ¿dónde ha estado el fallo al poner en práctica la política de Estado de la URSS? ¿Quién ha sido siempre blando cuando deseábamos ser duros?

¿Quién ha sufrido derrotas cuando la victoria visitaba a todos los otros departamentos de Estado?

¿Quién, con sus estúpidos desatinos, ha dejado a la Unión Soviética como una necia ante el resto del mundo? ¿QUIÉN?

La voz había subido hasta ser casi un grito. El general G. pensó en lo bien que estaba transmitiendo la denuncia exigida por el Presidium. ¡Qué espléndidamente sonaría cuando la rerodujera para Serov!

Contempló los semblantes pálidos, expectantes, que se alineaban ante la mesa. El puño del general G. cayó con fuerza sobre el escritorio.

—La totalidad del *apparat* de Inteligencia de la Unión Soviética, camaradas. —La voz era ahora un bramido furioso—. ¡Somos nosotros los haraganes, los saboteadores, los traidores!

¡Somos nosotros quienes le estamos fallando a la Unión Soviética en su gran lucha gloriosa!

¡Nosotros! —Sus brazos abarcaron la mesa con un gesto—. ¡Todos nosotros! —Su voz volvió a la normalidad, se hizo más razonable—. Camaradas, miren los archivos. *Sukin Sin* —se permitió el agradable improperio—, hijos de perra, miren los archivos! ¡Primero perdemos a Gouzenko[12], a todo el *apparat* canadiense y al científico Fuchs[13], luego eliminan al *apparat* estadounidense, perdemos a hombres como Tokaev[14], y se produce el escandaloso asunto Khoklov, que le causó un enorme perjuicio a nuestro país; luego, Petrov[15] y su esposa en Australia… un asunto chapucero donde los haya! La lista es inacabable: derrota tras derrota, y bien sabe el diablo que no he mencionado ni la mitad.

El general G. hizo una pausa. Continuó con su voz más suave.

—Camaradas, tengo que decirles que, a menos de que esta noche demos una recomendación que resulte en una gran victoria para Inteligencia, y a menos de que actuemos correctamente de acuerdo con esa recomendación, en caso de que sea aprobada, habrá problemas.

El general G. buscó una última frase que transmitiera la amenaza sin definirla. La encontró.

—Habrá —hizo una pausa y bajó los ojos, con falsa mansedumbre, para fijarlos en la superficie de la mesa— disgustos.

Capítulo 5
Konspiratsia

Los mujiks habían recibido el azote. El general G. les concedió unos minutos para que se lamieran las heridas y se recobraran de la conmoción causada por los latigazos oficiales repartidos.

Nadie dijo una sola palabra de defensa. Nadie habló en favor de su departamento ni mencionó las incontables victorias de la Inteligencia soviética que podían oponerse a unos pocos errores. Y nadie cuestionó el derecho del jefe de SMERSH, que compartía la culpa con ellos, a proferir esta terrible denuncia. El Verbo procedía del Trono, y el general G. había sido escogido como portavoz de ese Verbo. Era una gran deferencia para el general G. el haber sido escogido para semejante cometido, un signo de favor, una señal de próximo ascenso, y todos los presentes tomaron buena nota de que, dentro de la jerarquía de Inteligencia, el general G., con SMERSH ;detrás de sí, había llegado a lo más alto.

Al final de la mesa, el representante del ministerio de Exteriores, el teniente general Vozdvishensky del RUMID, contemplaba las volutas de humo que se desprendían de la punta de su largo cigarrillo Kazbek y recordaba que Molotov[16] le había dicho en privado, tras la ejecución de Beria, que el general G. llegaría lejos. Para aquella profecía no había hecho falta una gran capacidad de previsión, reflexionó Vozdvishensky. A Beria nunca le había gustado G., y constantemente había obstaculizado su avance, apartándolo de la escalera principal del poder hacia departamentos menores

de lo que entonces era el ministerio de Seguridad del Estado, el cual, tras la muerte de Stalin, Beria se había apresurado a abolir como ministerio. Hasta 1952, G. había sido viceministro de este ministerio. Cuando dicho puesto quedó abolido, él dedicó sus energías a maquinar la caída de Beria, trabajando bajo las órdenes secretas del formidable general Serov, cuyo historial lo colocaba incluso fuera del alcance de Beria.

Serov, Héroe de la Unión Soviética y veterano de los famosos predecesores del MGB —la Cheka, el Ogpu, el NKVD y el MVD—, era, en todos los aspectos, un hombre mucho más importante que Beria. Había estado directamente detrás de las ejecuciones en masa en la década de 1930, cuando murieron un millón de personas; había sido el *metteur en scéne* de los espectaculares juicios de Moscú; había organizado el sanguinario genocidio del Cáucaso Central en febrero de 1944, y era él quien había inspirado las deportaciones en masa de los estados bálticos y el secuestro del ingeniero atómico alemán y otros científicos que le habían dado a Rusia lo necesario para su salto tecnológico después de la guerra.

Y Beria, junto con toda su camarilla, había acabado en el cadalso, mientras al general G. le entregaban SMERSH como recompensa. Por lo que respectaba al general del Ejército Ivan Serov, él, junto con Bulganin y Kruschov, gobernaba ahora la Unión Soviética. Puede que algún día llegara incluso a estar en la cumbre, solo. Pero, calculó el general Vozdvishensky al tiempo que posaba la vista sobre la brillante cabeza calva que se hallaba al extremo de la mesa, probablemente el general G. no se encontraría muy por detrás de él.

La cabeza se alzó y los duros y protuberantes ojos pardos se fijaron directamente en los del general Vozdvishensky. Este consiguió devolverle una mirada calma, con una pizca de cálculo, incluso.

«Ese sí que es astuto —pensó el general G.—. Centremos el foco en él y veamos qué tal suena en la grabación.»

—Camaradas —comenzó mientras el oro brillaba a ambos lados de su boca al separarse los labios en una sonrisa presidencial—, no nos desanimemos demasiado. Incluso el árbol más alto tiene un hacha aguardando a sus pies. Nunca se nos ha ocurrido que nuestros departamentos

fuesen tan perfectos para estar más allá de toda crítica. Lo que se me ha ordenado que les diga no resultará una sorpresa para ninguno de nosotros. Así pues, aceptemos el reto con buen ánimo y pongámonos a trabajar.

En tomo a la mesa no se produjo ninguna sonrisa de respuesta a estas perogrulladas. El general G. no las había esperado. Encendió un cigarrillo y continuó.

—He dicho que debemos aconsejar de inmediato un acto de terrorismo en el terreno de la Inteligencia, y uno de nuestros departamentos, sin duda el mío, será llamado a llevar a efecto dicho acto.

Un suspiro inaudible de alivio recorrió la mesa. ¡Así que, al menos, el departamento responsable sería SMERSH! Eso ya era algo.

—Pero escoger un blanco no resultará cosa fácil, y nuestra responsabilidad colectiva por la elección correcta será una pesada responsabilidad.

Blando-duro, duro-blando. La pelota había sido devuelta a los miembros de la conferencia.

—No es sólo una cuestión de volar un edificio o disparar contra un primer ministro. No estamos contemplando una payasada burguesa semejante. Nuestra operación debe ser delicada, refinada y dirigida al corazón del *apparat* de Inteligencia de Occidente. Debe causarle un gran perjuicio al *apparat* enemigo, perjuicio oculto del que el público quizá nada llegue a saber, aunque será el tema de conversación secreta de los círculos gubernamentales. Pero también debe causar un escándalo público tan devastador que el mundo se lama los labios y se mofe de la vergüenza y estupidez de nuestros enemigos. Naturalmente, los gobiernos sabrán que se trata de una *konspiratsia* soviética. Eso es positivo. Será una muestra de política «dura». Y los agentes y espías de Occidente también lo sabrán, y se maravillarán ante nuestra inteligencia y temblarán.

Los traidores y posibles desertores cambiarán de parecer. Nuestros propios agentes se sentirán estimulados. Nuestra demostración de fuerza e ingenio los impulsará a realizar mayores esfuerzos. Aunque, por supuesto, nosotros negaremos todo conocimiento del hecho, cualquiera que sea, y sería

deseable que el pueblo de la Unión Soviética en general quedara en la más completa ignorancia respecto a nuestra complicidad.

El general G. hizo una pausa y volvió a posar los ojos sobre el representante del RUMID, que una vez más le sostuvo la mirada con expresión impasible.

—Y ahora escojamos a la organización a la que golpearemos, y luego al blanco específico dentro de esa organización. Camarada teniente general Vozdvishensky, dado que usted observa el escenario de la Inteligencia extranjera desde un punto de vista neutral —esto era una pulla motivada por los famosos celos existentes entre la Inteligencia militar del GRU y el servicio secreto del MGB—, tal vez pueda darnos una visión general del terreno. Deseamos conocer su opinión sobre la importancia relativa de los diferentes servicios de inteligencia occidentales.

Luego escogeremos al que sea más peligroso y al que más nos interese perjudicar.

El general G. apoyó su espalda contra el alto respaldo de su silla. Apoyó los codos en los posabrazos y el mentón sobre los dedos entrelazados de las manos unidas, como un profesor que se dispone a oír una larga disertación.

El general Vozdvishensky no se desanimó ante la tarea. Hacía treinta años que estaba en Inteligencia, y la mayor parte de su servicio lo había realizado en el extranjero. Había trabajado como «portero» de la embajada soviética en Londres, a las órdenes de Litvinoff. Había trabajado con la agencia Tass, en Nueva York, y luego había regresado a Londres, con Amtorg, la organización comercial soviética. Durante cinco años había sido agregado militar a las órdenes de la brillante madame Kollontai en la embajada de Estocolmo. Había colaborado en el entrenamiento de Sorge, el maestro del espionaje soviético, antes de que Sorge se marchara a Tokio. Durante la guerra, había sido director residente en Suiza, o «Schmidtland», como se lo había denominado en la jerga de los espías, y allí había contribuido a sembrar las semillas de la red *Lucy*[17], de sensacional éxito pero trágicamente mal utilizada. Incluso había entrado varias veces en Alemania como correo de la «Orquesta Roja»[18], y había escapado por los pelos de que lo eliminaran junto con la misma. Y, después de la guerra, al ser

trasladado al ministerio de Exteriores, había estado dentro de la operación Burgess y Maclean[19], así como en otros incontables planes de penetración en los ministerios de Exteriores occidentales. Era un espía profesional de los pies a la cabeza y se encontraba perfectamente preparado para dejar constancia de sus opiniones acerca de los rivales con los que había estado batiéndose durante toda la vida.

El ayudante de campo que tenía a su lado se sentía menos cómodo. Le ponía nervioso que el RUMID fuese obligado a definirse de aquella manera, y sin haber celebrado una reunión general del departamento. Dejó su mente por completo libre de todo otro pensamiento y afinó el oído para captar cada palabra que se dijera.

—En estos asuntos —dijo el general Vozdvishensky con cautela—, no debe confundirse al hombre con la organización. Todos los países tienen buenos espías y no son siempre los países más grandes los que tienen la mayor cantidad ni los mejores. Pero los servicios secretos son costosos, y los países pequeños no pueden permitirse el esfuerzo coordinado que da como resultado una buena Inteligencia: los departamentos de falsificación, la red de radio, el departamento de archivos, el aparato digestivo que evalúa y compara los informes de los agentes.

Hay agentes individuales al servicio de Noruega, Holanda, Bélgica e incluso Portugal, que podrían constituir una gran molestia para nosotros si estos países conocieran el valor de esos informes, o hicieran buen uso de ellos. Pero no es así. En lugar de pasarles la información a las potencias más grandes, prefieren guardárselos y sentirse importantes. Por lo tanto, no necesitamos preocuparnos por estos países pequeños. —Hizo una pausa—. Hasta que llegamos a Suecia. Los suecos han estado espiándonos durante siglos. Siempre han tenido mejor información sobre el Báltico que incluso Finlandia o Alemania. Son peligrosos. Me gustaría poner punto final a sus actividades.

El general G. lo interrumpió.

—Camarada, en Suecia siempre hay escándalos de espionaje. Un escándalo más no llamará la atención del mundo. Por favor, continúe.

—A Italia podemos descartarla —prosiguió el general Vozdvishensky, al parecer sin acusar recibo de la interrupción—. Son inteligentes y activos, pero no nos causan ningún daño. Sólo les interesa su patio trasero, el Mediterráneo. Lo mismo puede decirse de España, excepto por el detalle de que su contraespionaje constituye un gran obstáculo para el Partido. Hemos perdido a muchos grandes hombres a manos de estos fascistas. Pero montar una operación contra ellos nos costaría probablemente más hombres. Y se conseguiría muy poco. Aún no están maduros para la revolución. En Francia, aunque nos hemos infiltrado en la mayoría de sus servicios secretos, el Deuxiéme Bureau continúa limpio y es peligroso. Hay un hombre que se llama Mathis en la jefatura del mismo. Nombrado por Mendés-France.' Sería un blanco tentador y resultaría fácil operar en Francia.

—Francia está cuidando de sí misma —comentó el general G.

—Inglaterra es un caso por completo distinto. Creo que todos sentimos respeto por su servicio de Inteligencia. —El general Vozdvishensky recorrió a los presentes con la mirada. Todos asintieron de mala gana con la cabeza, incluido el general G.—. Su servicio de seguridad es excelente.

Inglaterra, siendo una isla, cuenta con grandes ventajas para su seguridad, y los agentes del llamado MI5 están bien preparados y tienen buenos cerebros. El servicio secreto es todavía mejor. Obtiene destacados éxitos. En determinados tipos de operaciones, constantemente nos encontramos con que ellos ya han estado allí antes que nosotros. Sus agentes son buenos. Les pagan poco dinero, sólo el equivalente de mil o dos mil rublos al mes, pero sirven con devoción.

A pesar de todo, estos agentes no cuentan con ningún privilegio especial en Inglaterra, no están libres de pagar impuestos ni tienen tiendas especiales como nosotros, donde puedan comprar mercancías a bajo precio. No tienen una alta posición social en el extranjero, y sus esposas tienen que pasar por esposas de secretarios. Raras veces les otorgan una condecoración antes de que se retiren. Y sin embargo, esos hombres y mujeres continúan realizando este peligroso trabajo. Es curioso. Tal vez se deba a la tradición de la escuela y la universidad públicas[20]. Al amor por la aventura. Pero continúa resultando extraño que participen con tanta eficiencia en este juego, porque

no son conspiradores por naturaleza. —El general Vozdvishensky pensó que sus observaciones podrían ser interpretadas como demasiado elogiosas. Se apresuró a modificarlas—. Por supuesto, la mayor parte de su fuerza reside en el mito: el mito de Scotland Yard, de Sherlock Holmes, de los servicios secretos. Es evidente que nada debemos temer de estos caballeros. Pero este mito constituye un estorbo que sería bueno apartar a un lado.

—¿Y los estadounidenses? —El general G. deseaba poner fin a los intentos del general Vozdvishensky por modificar sus alabanzas de la Inteligencia británica. Algún día, esa parte referente a la tradición de la escuela y la universidad públicas podría ser bien utilizada ante un tribunal. A continuación, esperaba el general G., Vozdvishensky diría que el Pentágono era más fuerte que el Kremlin.

—Los estadounidenses tienen el servicio más grande y rico entre nuestros enemigos.

Tecnológicamente, en cuestiones como la radio, las armas y el equipamiento, son los mejores.

Pero no entienden en absoluto este trabajo. Se entusiasman con algún espía de los Balcanes que dice tener un ejército secreto en Ucrania. Lo cargan de dinero para que compre botas para ese ejército. Por supuesto, él se marcha de inmediato a París y se gasta el dinero en mujeres. Los estadounidenses intentan hacerlo todo con dinero. Los buenos espías no trabajarían sólo por dinero; sólo los malos lo hacen, de los cuales Estados Unidos tienen varias divisiones.

—Obtienen éxitos, camarada —comentó el general G. con voz sedosa—. Tal vez los subestima.

El general Vozdvishensky se encogió de hombros.

—Es forzoso que obtengan éxitos, camarada general. Uno no puede sembrar un millón de semillas sin cosechar una sola patata. Personalmente, no creo que los estadounidenses requieran la atención de esta conferencia. —El jefe del RUMID se acomodó en su silla y, con aire impasible, sacó su pitillera.

—Ha sido una exposición muy interesante —dijo el general G. con frialdad—. ¿Camarada general Slavin?

El general Slavin, del GRU, no tenía ninguna intención de comprometerse en nombre del Estado Mayor del Ejército.

—He escuchado con interés las palabras del camarada general Vozdvishensky. No tengo nada que añadir.

El coronel de Seguridad del Estado, Nikitin, del MGB, pensó que no causaría un gran daño dejando al GRU como una organización demasiado estúpida como para tener ideas de cualquier tipo, haciendo al mismo tiempo una discreta recomendación que probablemente concordaría con los pensamientos de los presentes… y que sin duda el general G. tenía en la punta de la lengua. El coronel Nikitin también sabía que, dada la propuesta que les había planteado el Presidium, el servicio secreto soviético lo respaldaría.

—Yo recomiendo al servicio secreto inglés como objetivo de la acción terrorista—declaró con decisión—. Bien sabe el diablo que apenas resultan adversario digno para mi departamento, pero son los mejores de todo un grupo de tercera categoría.

Al general G. le fastidió la autoridad que se percibía en la voz del hombre, y el hecho de que se le hubiese adelantado, porque también él había tenido la intención de declararse a favor de una operación contra los británicos. Dio unos suaves golpecitos con el encendedor sobre el escritorio para restablecer su condición de presidente de la reunión.

—¿Queda acordado, entonces, camaradas? ¿Un acto contra los servicios secretos británicos?

Las cabezas asintieron con cautela y lentitud en torno a la mesa.

—Estoy de acuerdo. Y ahora, decidamos el objetivo dentro de esa organización. Recuerdo que el comandante general Vozdvishensky dijo algo acerca de un mito del que depende gran parte del supuesto poder de este servicio secreto. ¿Cómo podemos contribuir a destruir ese mito y herir así a la mismísima fuerza motriz de esta organización? ¿Dónde reside ese mito? No podemos destruir a todo su personal con un solo golpe. ¿Reside acaso en el jefe? ¿Quién es el jefe del servicio secreto británico?

El ayudante de campo del coronel Nikitin le susurró al oído a su superior. El coronel Nikitin decidió que ésa era una pregunta que él podía, y

quizá debía, responder.

—Es un almirante. Se le conoce por la letra M. Tenemos un *zapiska* sobre él, pero contiene muy poca información. No bebe mucho. Es demasiado viejo para ir detrás de las mujeres. El público no tiene conocimiento de su existencia. Resultará difícil crear un escándalo en torno a su muerte. Y no será fácil matarlo. Raras veces viaja al extranjero. Dispararle en una calle londinense no sería algo muy refinado.

—Tiene mucha razón en lo que dice, camarada —respondió el general G. —. Pero estamos aquí para encontrar un objetivo que sí cumpla con los requisitos. ¿No tienen a nadie que sea un héroe para la organización? ¿Alguien que sea admirado y cuya ignominiosa muerte pueda provocar consternación? Los mitos se construyen sobre acciones heroicas y personas heroicas. ¿Acaso no tienen a ningún hombre semejante?

Se produjo un silencio en torno a la mesa, mientras todos rebuscaban en su memoria. ¡Tantos nombres que recordar, tantos expedientes, tantas operaciones en marcha cada día por todo el mundo! ¿Quién había en el servicio secreto británico? ¿Quién era el hombre que…?

Fue el general Nikitin, del MGB, quien rompió el incómodo silencio.

—Hay un hombre que se llama Bond —dijo con tono dubitativo.

Capítulo 6
Orden de muerte

El general G., dejando escapar una tremenda obscenidad, dio un sonoro golpe con la palma de la mano sobre el escritorio.

—Camarada, ya lo creo que hay «un hombre que se llama Bond», como dice usted. —Su voz era sarcástica—. James Bond.—Pronunció el nombre como «Shems»—. ¡Y nadie, yo incluido, ha sido capaz de pensar en el nombre de ese espía! Estamos realmente olvidadizos. No es de extrañar que el *apparat* sea objeto de críticas.

El general Vozdvishensky pensó que debía defenderse a sí mismo y a su departamento.

—Hay incontables enemigos de la Unión Soviética, camarada general —protestó—.

Cuando quiero saber sus nombres, se los pido al índice Central. Desde luego que conozco el nombre de ese Bond. Ha sido un gran problema para nosotros en diferentes ocasiones. Pero hoy tengo la cabeza llena de otros nombres, nombres de personas que están creándonos problemas ahora, esta semana. Me gusta el fútbol, pero no puedo recordar el nombre de todos los extranjeros que han marcado un gol contra el Dynamo.

—Le gusta hacer bromas, camarada —contestó el general G. para hacer hincapié en este comentario fuera de lugar—. I ste es un asunto serio. Para empezar, yo admito mi fallo al no recordar el nombre de este agente. No me cabe duda de que el camarada coronel Nikitin nos refrescará la memoria aún

más, pero recuerdo que este Bond ha frustrado las operaciones de SMERSH en al menos dos ocasiones. Es decir —añadió—, antes de que yo asumiera el control del departamento. Hubo aquel asunto de Francia, en la ciudad de aquel casino. Fue con Le Chiffre. Un soberbio dirigente del Partido en Francia. Se metió tontamente en problemas de dinero. Pero habría salido de ellos de no haber interferido ese tal Bond. Recuerdo que el departamento tuvo que actuar con rapidez para liquidar al francés. El ejecutor debería haberse encargado del inglés al mismo tiempo, pero no lo hizo. Luego estuvo lo de aquel negro nuestro de Harlem. Un gran hombre… uno de los más grandes agentes extranjeros que jamás hayamos tenido, y con una vasta red para respaldarlo. Había algún asunto relacionado con un tesoro en el Caribe. He olvidado los detalles. Este inglés fue enviado por los servicios secretos y destruyó toda la organización, además de matar a nuestro hombre. Fue un enorme revés. También en este caso, mi predecesor debería haber procedido de modo implacable contra este espía inglés.

El coronel Nikitin intervino.

—Nosotros tuvimos una experiencia similar en el caso del alemán, Drax, y su cohete.

Recordará el asunto, camarada general. Una *konspiratsia* de la máxima importancia. El Estado Mayor estaba profundamente implicado. Se trataba de un asunto de alta política que podría haber dado decisivos frutos. Pero, una vez más, fue ese Bond quien frustró la operación. El alemán resultó muerto. Hubo graves consecuencias para el Estado. Siguió un período de grandes apuros que pudo solucionarse sólo con enormes dificultades.

El general Slavin, del GRU, creyó que debía decir algo. El cohete había sido una operación del Ejército y su fracaso había sido atribuido al GRU. Nikitin sabía eso perfectamente bien. Como de costumbre, el MGB estaba intentando crearle problemas al GRU, sacando a relucir viejas historias de esa manera.

—Solicitamos que su departamento le ajustara las cuentas a ese hombre, camarada coronel —declaró con tono gélido—. No recuerdo que se emprendiera ninguna acción a consecuencia de nuestra solicitud. De haber sido así, ahora no tendríamos que estar preocupándonos por él.

Las sienes del coronel Nikitin palpitaron de furor. Pero se controló.

—Con el debido respeto, camarada general —dijo con voz alta, sarcástica—, la solicitud del GRU no fue confirmada por la Suprema Autoridad. No deseábamos más situaciones incómodas con Inglaterra. Tal vez ese detalle se le haya olvidado. En cualquier caso, si una solicitud semejante hubiese llegado al MGB, se le habría remitido a SMERSH para su ejecución.

—Mi departamento no recibió tal solicitud —declaró el general G. con tono cortante—, o la ejecución de ese hombre se habría producido muy poco después. De todas formas, éste no es momento para investigaciones históricas. El asunto del cohete tuvo lugar hace tres años. Tal vez el MGB pueda hablarnos de las actividades más recientes de este hombre.

El coronel Nikitin mantuvo una rápida conversación susurrada con su ayudante de campo.

Luego se giró otra vez hacia la mesa.

—Tenemos muy poca información adicional, camarada general —respondió, a la defensiva—. Creemos que estuvo implicado en algún asunto de contrabando de diamantes. Eso fue el año pasado. Entre África y América. El caso no nos concernía. Desde entonces no hemos tenido más noticias de él. Tal vez haya información más actual en su expediente.

El general G. asintió con la cabeza. Levantó el receptor del teléfono que tenía más cerca. Era el llamado *Kommandant Telefon* del MGB. Todas las líneas eran directas y no pasaban por ninguna centralita. Marcó un número.

—¿índice Central? Aquí el general Grubozaboyschikov. El *zapiska* de Bond, espía inglés.

Emergencia. —Escuchó hasta oír el instantáneo «de inmediato, camarada general», y colgó el receptor. Miró con aire de autoridad a los que ocupaban la mesa—. Camaradas, desde muchos puntos de vista, este espía parece un blanco adecuado. Da la impresión de ser un peligroso enemigo del Estado. Su liquidación será beneficiosa para todos los departamentos de nuestro *apparat* de Inteligencia. ¿Es así?

Los reunidos gruñeron.

—Su pérdida también será sentida por el servicio secreto. Pero, ¿logrará algo más? ¿Los perjudicará gravemente? ¿Contribuirá a destruir ese mito del que hemos estado hablando? , Ese hombre es un héroe de su organización y su país?

El general Vozdvishensky decidió que esta pregunta iba dirigida a él, así que intervino.

—Los ingleses no sienten interés por los héroes a menos que sean futbolistas, jugadores de cricket o jinetes de carrera. Si un hombre escala una montaña o corre muy rápido, también es un héroe para algunas personas, pero no para las masas. La reina de Inglaterra también es una heroína, y Churchill. Pero los ingleses no se muestran muy interesados en los héroes militares.

Ese tal Bond es desconocido para el público. Y aunque fuera conocido, tampoco sería un héroe.

En Inglaterra, ni las guerras abiertas ni las secretas son asuntos heroicos. No les gusta pensar en la guerra, y después de una guerra los nombres de sus héroes son olvidados lo antes posible. Dentro del servicio secreto, puede que este hombre sea un héroe, o puede que no. Eso dependerá de su apariencia y características personales. Sobre eso, yo no sé nada. Podría ser gordo, adulón y desagradable. Nadie convierte a un hombre semejante en héroe, por mucho éxito que tenga.

Entonces intervino Nikitin.

—Los espías ingleses que hemos capturado hablan maravillas de este hombre. No cabe duda de que es muy admirado dentro del servicio secreto. Se dice de él que es un lobo solitario, pero un lobo muy apuesto.

El teléfono interno de la oficina emitió un suave ronroneo. El general G. levantó el receptor, escuchó durante un instante y dijo:

—Tráigamelo.

Se oyó un golpe en la puerta. El ayudante de campo entró con un expediente abultado de tapas de cartón. Atravesó la habitación, depositó el expediente sobre el escritorio ante el general G. y volvió a salir, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

El expediente tenía una lustrosa cubierta negra. Una ancha franja blanca la atravesaba en diagonal desde la esquina superior derecha a la inferior izquierda. En el espacio superior de la izquierda se veían las letras «S.S.» impresas en blanco, y debajo de ellas las palabras «SOVERSHENNOE SEKRETNO», el equivalente de «Alto Secreto». De través y en el centro estaban, pulcramente impresas en blanco, las palabras «JAMES BOND» y, debajo, *«Angliski Spion»*.

El general G. abrió el expediente y sacó de él un gran sobre que contenía fotografías, el cual vació sobre la superficie de vidrio del escritorio. Las fue cogiendo una a una. Las miraba de cerca, a veces a través de una lupa que sacó de un cajón, y se las pasaba a Nikitin, que se hallaba al otro lado del escritorio, el cual les echaba una mirada y se las entregaba al que tenía a su lado.

La primera estaba fechada en 1946. Mostraba a un hombre joven, moreno, sentado en la soleada terraza de un café. Junto a él, sobre la mesa, había un vaso largo y un sifón de soda. Su brazo derecho estaba apoyado sobre la mesa y sujetaba un cigarrillo entre los dedos de la mano correspondiente, que colgaba con negligencia del borde. Tenía las piernas cruzadas en esa actitud que sólo adopta un inglés: con el tobillo derecho apoyado sobre la rodilla izquierda y la mano izquierda rodeando el tobillo. Era una postura descuidada. El hombre no sabía que estaban fotografiándolo desde un punto situado a unos seis metros de distancia.

La siguiente estaba fechada en 1950. Se trataba de un rostro y unos hombros, borrosos, pero del mismo hombre. Era un primer plano y Bond estaba mirando algo con atención y con los ojos entrecerrados. Probablemente el rostro del fotógrafo, justo por encima del objetivo. Una cámara miniaturizada de botón, supuso el general.

La tercera era de 1951. Tomada desde su izquierda, desde bastante cerca, mostraba al mismo hombre vestido con un traje oscuro, sin sombrero, caminando por una ancha calle desierta.

Pasaba ante una tienda que tenía las contraventanas cerradas y cuyo letrero decía: «Charcuterie».

Parecía dirigirse con urgencia a alguna parte. El perfil limpiamente tallado estaba dirigido hacia delante, y la flexión del codo derecho sugería que tenía la mano correspondiente en el bolsillo de la chaqueta. El general G. reflexionó que probablemente la fotografía había sido tomada desde un coche. Pensó que la expresión decidida del hombre y la resuelta inclinación de su figura, que caminaba a grandes zancadas, parecían peligrosas, como si se encaminara con presteza hacia algo malo que sucedía calle abajo.

La cuarta y última fotografía tenía la inscripción *«Passe. 1953»*. Un ángulo del sello real y las letras «…REIGN OFFICE», en el segmento de un círculo, se veían en la esquina derecha inferior.

La fotografía, que había sido ampliada a 10 por 15 centímetros, debía de haber sido hecha en una frontera, o por el recepcionista de un hotel cuando Bond había entregado su pasaporte. El general G. recorrió atentamente el rostro con su lupa.

Se trataba de una cara morena, de rasgos bien definidos, con una cicatriz blanquecina de unos siete centímetros que le bajaba por la bronceada mejilla derecha. Los ojos eran grandes y horizontales, coronados por unas cejas negras más bien largas. El cabello era negro, peinado con raya a la izquierda, y echado descuidadamente hacia atrás de modo que un grueso mechón negro caía sobre la ceja derecha. La nariz recta y algo larga descendía hasta un labio superior corto bajo el cual había una boca ancha y finamente cincelada, pero cruel. La línea de la mandíbula era recta y firme. Un trozo de traje oscuro, camisa blanca y corbata negra de punto, completaban la imagen.

El general G. sujetó la foto en alto con el brazo estirado. Decisión, autoridad, implacabilidad… esas cualidades podía verlas. No le importaba qué mas sucedía dentro de aquel hombre. Pasó la fotografía a los que estaban ante la mesa y volvió su atención hacia el expediente, recorriendo la página rápidamente con los ojos de arriba abajo y pasando con brusquedad a la siguiente.

Las fotografías volvieron a sus manos. Marcó con el der do el punto donde estaba leyendo, y alzó brevemente la mirada.

—Parece un tipo peligroso —comentó con aire ceñudo—. Su historial lo confirma. Les leeré algunos extractos. Luego tendremos que tomar la decisión. Está haciéndose tarde.

Volvió a la primera página y comenzó a leer los puntos que le parecían importantes.

—Nombre de pila: JAMES. Estatura: 183 centímetros; peso: 76 kilos; constitución delgada; ojos: azules; cabello: negro; cicatrices a lo largo de la mejilla derecha y en el hombro izquierdo; señales de cirugía plástica en el reverso de la mano derecha (ver Apéndice «A»); atleta destacado en todos los aspectos; tirador experto con pistola, boxeador, lanzador de cuchillos; no usa disfraces. Idiomas: francés y alemán. Fuma muchísimo (N.B.: cigarrillos especiales con tres bandas doradas); vicios: bebida, aunque no en exceso, y mujeres. Se cree que no acepta sobornos.

El general G. pasó la página y continuó.

—Este hombre va invariablemente armado con una Beretta automática calibre 25 que lleva en una sobaquera bajo el brazo izquierdo. Cargador de ocho balas. Se ha sabido que lleva un cuchillo sujeto al antebrazo izquierdo; ha usado zapatos con punta de acero; conoce las llaves básicas del judo. En general, lucha con tenacidad y tiene un elevado índice de tolerancia al dolor (ver Apéndice «B»).

El general G. fue pasando más páginas y leyendo extractos de los informes de algunos agentes, de los que se habían sacado estos datos. Llegó a la última página antes de los apéndices, que daba detalles de los casos en los que se habían encontrado con Bond. La recorrió hasta el final con los ojos y leyó:

—Conclusiones. Este hombre es un peligroso terrorista y espía profesional. Ha trabajado para el servicio secreto británico desde 1938, y ahora (ver expediente de Highsmith de diciembre de 1950) tiene el número secreto «007» en ese servicio. El doble cero significa un agente que ha matado y que tiene permiso para matar en el servicio activo. Se cree que sólo hay otros dos agentes británicos que tengan esta autoridad. El hecho de que este agente fuera condecorado con la CMG[21] en 1953, condecoración que habitualmente sólo se otorga cuando un agente se retira del servicio

secreto, constituye una medida de lo que vale. Si se le encuentra en el terreno, el hecho y todos los detalles deben ser informados al cuartel general (ver SMERSH, MGB y GRU. Órdenes vigentes desde 1951).

El general G. cerró el expediente y dio una palmada con decisión sobre la cubierta.

—Bueno, camaradas. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —respondió el coronel Nikitin, en voz alta.

—Sí —contestó el general Slavin con tono de aburrimiento.

El general Vozdvishensky se contemplaba las uñas de las manos. Estaba harto de asesinatos.

Se lo había pasado bien cuando estuvo en Inglaterra.

—Sí —respondió—, supongo que sí.

La mano del general G. se dirigió al teléfono interno. Habló con su ayudante de campo.

—Orden de muerte —dijo con aspereza—. Escrita a nombre de «James Bond». —Deletreó nombre y apellido—. Descripción: *Angliski Spion*. Crimen: enemigo del Estado. —Devolvió el receptor a su sitio y se inclinó hacia delante en la silla—. Y ahora todo será cuestión de trazar la *konspiratsia* correcta. ¡Y que sea una que no pueda fracasar! —Les dedicó a todos una sonrisa severa—. No podemos permitirnos otro de esos asuntos Khoklov.

La puerta se abrió y entró el ayudante de campo con una hoja de papel amarillo brillante. La depositó ante el general G. y se marchó. El general G. la recorrió con los ojos y escribió: «Debe ser asesinado. Grubozaboyschikov», en lo alto del amplio espacio en blanco que había al pie. Le pasó la hoja al hombre del MGB, que lo leyó y escribió: «Asesinarlo. Slavin.» Uno de los ayudantes de campo le pasó la hoja al hombre vestido de paisano que se encontraba junto al representante del RUMID. El hombre lo depositó ante el general Vozdvishensky y le entregó un bolígrafo.

El general Vozdvishensky leyó el documento con cuidado. Alzó los ojos con lentitud hasta fijarlos en los del general G., que estaba observándolo, y, sin bajarlos hacia el papel, escribió:

«Asesinarlo» más o menos debajo de las otras firmas, a continuación de lo cual garabateó su nombre. Luego apartó las manos del documento y se puso de pie.

—Si eso es todo, camarada general… —retiró la silla de la mesa.

El general G. estaba satisfecho. Lo que su instinto le había dicho acerca de este hombre era correcto. Tendría que ponerle vigilancia y comunicarle sus sospechas al general Serov.

—Un momento, camarada general —dijo—. Tengo algo que añadir a la orden.

Le entregaron el papel. Sacó su bolígrafo y tachó lo que había escrito. Volvió a escribir, pronunciando las palabras en voz alta a medida que lo hacía.

—Debe ser asesinado CON IGNOMINIA. Grubozaboyschikov.

Alzó los ojos y sonrió complacido a los presentes.

—Gracias, camaradas. Eso es todo. Les comunicaré la decisión que el Presidium tome con respecto a nuestra recomendación. Buenas noches.

Cuando los asistentes se hubieron marchado, el general G. se puso de pie, se desperezó y profirió un sonoro bostezo controlado. Volvió a sentarse ante su escritorio, apagó el magnetófono y llamó a su ayudante de campo. El hombre entró y se detuvo junto al escritorio.

El general G. le entregó la hoja amarilla.

—Envíeselo de inmediato al general Serov. Averigüe dónde está Kronsteen y hágalo traer en coche. No me importa si está en la cama. Tendrá que venir. Otdyel II sabrá dónde encontrarlo. Y veré a la coronel Klebb dentro de diez minutos.

—Sí, camarada general. —El hombre salió de la oficina.

El general G. cogió el receptor de V. Ch. y preguntó por el generaf Serov. Habló en voz baja durante cinco minutos. Al final, concluyó:

—Y estoy a punto de encomendarle la tarea a la coronel Klebb y al jefe de Planificación Kronsteen. Discutiremos las líneas generales de la *konspiratsia* adecuada, y ellos me entregarán mañana las propuestas con todo detalle. ¿Le parece bien, camarada general?

—Sí —fue la respuesta queda del general Serov, del Presidium Supremo —. Mátenlo. Pero que sea de realización excelente. El Presidium ratificará la decisión por la mañana.

La línea quedó muerta. Sonó el teléfono interno.

—Sí —dijo el general G. por el receptor, y luego colgó.

Un momento más tarde, el ayudante de campo abrió la voluminosa puerta y se quedó de pie en ella. —La camarada coronel Klebb —anunció.

Una figura que parecía un sapo ataviado con un uniforme color verde oliva y que lucía la cinta roja sencilla de la Orden de Lenin, entró en la oficina y avanzó hasta el escritorio con rápidos pasos cortos.

El general G. alzó la mirada e hizo un gesto hacia la silla más cercana de la mesa de conferencias.

—Buenas noches, camarada.

La boca rechoncha se partió en una sonrisa quirúrgica.

—Buenas noches, camarada general.

La máxima autoridad de Otdyel I , el departamento de SMERSH a cargo de operaciones y ejecuciones, se subió un poco las faldas y se sentó.

Capítulo 7
El brujo de hielo

Las dos esferas del reloj doble que había dentro de la caja brillante en forma de cúpula miraban desde el otro lado del tablero de ajedrez como los ojos de algún enorme monstruo marino que se hubiera asomado por encima del borde de la mesa para contemplar la partida.

Las dos esferas del reloj de ajedrez marcaban horas diferentes. El de Kronsteen señalaba la una menos veinte. El largo péndulo rojo que marcaba los segundos se desplazaba en un barrido en *staccato* por la mitad inferior, mientras que el reloj enemigo estaba silencioso y su péndulo colgaba inmóvil. Pero el reloj de Makharov marcaba la una menos cinco. Había perdido tiempo a media partida, y ahora sólo le quedaban cinco minutos. Tenía serios «problemas de tiempo», y a menos que Kronsteen cometiera algún error demencial, lo cual era impensable, estaba derrotado.

Kronsteen permanecía inmóvil y erguido en su asiento, tan malevolentemente inescrutable como un loro. Tenía los codos apoyados en la mesa, y su cabeza grande descansaba sobre puños apretados que se clavaban en las mejillas, entre las cuales los fruncidos labios se aplanaban en una mueca altanera y desdeñosa. Debajo de las cejas anchas y prominentes, los ojos negros algo inclinados miraban con mortal calma el tablero donde se desarrollaba la partida que estaba ganando. Pero, detrás de aquella máscara, la sangre palpitaba en la dinamo de su cerebro, y una vena gruesa como un gusano que tenía en la frente latía a más de noventa pulsaciones por minuto.

Durante la última hora y diez minutos había sudado medio kilo de peso, y el espectro de un movimiento en falso aún le aferraba la garganta. Pero para Makharov, y para los espectadores, continuaba siendo «El brujo de hielo», cuyo juego había sido comparado con un hombre comiendo pescado. Primero arrancaba la piel, luego quitaba las espinas y a continuación se comía el pescado. Kronsteen había sido campeón de Moscú durante dos años seguidos, jugaba ahora la final del tercero y, si ganaba esta partida, sería candidato al título de campeón nacional.

En el silencio que rodeaba la mesa aislada por una cuerda, no se oía otro sonido que el sonoro tic tac del reloj de Kronsteen. Los dos árbitros permanecían inmóviles en sus sillas altas. Sabían, al igual que Makharov, que éste sería el golpe de gracia. Kronsteen había introducido un brillante giro en la Variación Meran del rechazo del gambito dama. Makharov se había mantenido a su altura hasta el movimiento número 28. En ése había perdido tiempo. Tal vez había cometido entonces un error, y quizá también en los movimientos 31 y 33. ¿Quién podía saberlo? Sería una partida que se discutiría durante semanas por toda Rusia.

En las atestadas gradas que había ante la mesa donde se desarrollaba la partida del campeonato, alguien hizo un gesto. Kronsteen había apartado lentamente la mano derecha de la mejilla correspondiente y la había tendido al otro lado del tablero. Como la pinza de un cangrejo rosado, sus dedos pulgar e índice se habían separado y descendido. La mano, mientras sujetaba una pieza, se había alzado, desplazado hacia un lado y descendido. Luego la mano regresó con lentitud a la cara.

Los espectadores habían susurrado y murmurado al ver, sobre el gran mapa de la pared, el movimiento número 41 reproducido con el desplazamiento de una de las placas de un metro de lado. T8C. ¡Eso debería acabar con su adversario!

Kronsteen extendió la mano con gesto estudiado y bajó la palanca de la parte inferior de su reloj. Su péndulo rojo quedó inmóvil. Las agujas marcaban la una menos cuarto. En el mismo instante, el péndulo de Makharov despertó a la vida con un sonoro tic-tac inexorable.

Kronsteen se recostó en el asiento. Apoyó las manos abiertas sobre la mesa y posó una fría mirada en el rostro lustroso, inclinado, del hombre cuyas entrañas estarían retorciéndose de agonía como una anguila ensartada en un arpón; bien lo sabía él, pues en su momento también había sufrido la derrota. Makharov, campeón de Georgia. Bueno, mañana el camarada Makharov regresaría a Georgia y allí se quedaría. En cualquier caso, este año no se trasladaría a Moscú con su familia.

Un hombre vestido de paisano se deslizó por debajo de las cuerdas y le susurró algo a uno de los árbitros. A continuación le entregó un sobre blanco. El árbitro negó con la cabeza al tiempo que señalaba el reloj de Makharov, que ahora marcaba la una menos tres minutos. El hombre vestido de paisano susurró una frase corta que hizo que el árbitro asintiera con la cabeza, malhumorado. Pulsó un timbre.

—Tengo un mensaje personal urgente para el camarada Kronsteen —anunció por el micrófono—. Haremos una pausa de tres minutos.

La sala fue recorrida por un murmullo. A pesar de que Makharov acababa de alzar los ojos cortésmente del tablero y permanecía inmóvil en su asiento, paseando la mirada por las molduras del alto techo abovedado, los espectadores sabían que la posición de las piezas estaba grabada en su cerebro. Una pausa de tres minutos no significaba otra cosa que tres minutos adicionales para Makharov.

Kronsteen sintió la misma punzada de irritación, pero su rostro no manifestaba expresión ninguna mientras el árbitro bajaba de su silla y le entregaba el sobre blanco sin inscripción alguna.

Kronsteen lo rasgó con el pulgar y sacó de dentro una hoja de papel anónima. Decía, en los tipos mecanográficos grandes que conocía bien: «SE REQUIERE SU PRESENCIA AL INSTANTE».

Sin firma ni dirección.

Kronsteen dobló la hoja de papel y se la metió cuidadosamente en el bolsillo pectoral interior.

Más tarde debería entregarla para que fuese destruida. Alzó la mirada hacia el rostro del hombre vestido de paisano que se encontraba de pie junto al árbitro. Los ojos del mismo lo observaban con expresión impaciente,

autoritaria. Al demonio con esta gente, pensó Kronsteen. No abandonaría la partida cuando faltaban sólo tres minutos. Era algo impensable. Era un insulto para el Deporte del Pueblo. Pero, cuando le hizo un gesto al árbitro para indicarle que la partida podía continuar, tembló por dentro y evitó los ojos del hombre vestido de paisano que permanecía de pie, en tensa inmovilidad, dentro de las cuerdas.

El timbre sonó.

—Continúa la partida.

Makharov inclinó la cabeza con lentitud. El minutero de su reloj sobrepasó la hora en punto y él aún estaba vivo.

Kronsteen continuaba temblando por dentro. Lo que acababa de hacer era insólito en un agente de SMERSH, o de cualquier otra agencia gubernamental. Sin duda se haría un informe sobre el caso. Grave desobediencia. Negligencia del deber.

¿Cuáles podrían ser las consecuencias? En el mejor de los casos, una bronca del general G. y una marca negra en su *zapiska*. ¿Y en el peor? Kronsteen no podía imaginarlo. No le gustaba pensar en ello. Con independencia de lo que pudiese suceder, el dulce sabor de la victoria se había vuelto amargo en su boca.

Pero ahora llegaba el final. Cuando aún quedaban cinco minutos en su reloj, Makharov alzó los derrotados ojos no más allá de los fruncidos labios de su oponente y su cabeza hizo el breve asentimiento formal de la rendición. Al sonar el doble timbrazo del árbitro, la multitud de la sala se puso de pie con un atronador aplauso.

Kronsteen se levantó y le hizo una reverencia a su oponente, otra a los árbitros y, por último, una muy profunda al público. A continuación, con el hombre vestido de paisano tras de sí, se agachó para pasar por debajo de las cuerdas y se abrió camino, con frialdad y rudeza, entre la masa de admiradores que lo aclamaban, hacia la salida principal.

En el exterior del Salón de Torneos, en medio de la amplia Pushkin Ulitza, con el motor en marcha, se encontraba el habitual ZIS Saloon anónimo de color negro. Kronsteen se sentó en la parte trasera y cerró la puerta. Cuando el hombre de paisano saltó al estribo y se deslizó en el

asiento delantero, el conductor metió bruscamente una marcha y el vehículo se alejó calle abajo.

Kronsteen sabía que disculparse con los guardias de paisano sería malgastar aliento. También sería contrario a la disciplina. A fin de cuentas, él era el jefe del departamento de Planificación de SMERSH, con el grado honorario de coronel. Y su cerebro valía su peso en diamantes para la organización. Tal vez podría zafarse del lío mediante la argumentación. A través de la ventanilla miró las calles oscuras, ya mojadas por las brigadas de limpieza nocturna, y centró la mente en su propia defensa. Luego enfilaron a una calle recta, al final de la cual la luna viajaba rápidamente sobre las cúpulas como cebollas del Kremlin, y llegaron al mismo.

Cuando el guardia dejó a Kronsteen con el ayudante de campo, él le entregó a este último una hoja de papel. El hombre le echó un vistazo y alzó una mirada fría con las cejas semialzadas hacia Kronsteen. El ajedrecista le devolvió la mirada con aire de calma, sin decir nada. El ayudante de campo se encogió de hombros, cogió el teléfono interno y lo anunció.

Cuando estuvieron dentro de la espaciosa oficina donde a Kronsteen se le había indicado por gestos que ocupara una silla, y había él asentido con la cabeza en respuesta a la breve sonrisa de labios fruncidos de la coronel Klebb, el ayudante de campo se encaminó hacia el general G. y le entregó la hoja de papel. El general la leyó y clavó una dura mirada en Kronsteen. Mientras el ayudante de campo avanzaba hacia la puerta y salía, el general continuaba mirando a Kronsteen.

Cuando la puerta estuvo cerrada, el general abrió la boca y dijo, con suavidad:

—¿Y bien, camarada?

Kronsteen estaba sereno. Sabía qué historia daría resultado. Habló en voz queda y autoritaria.

—Para el público, camarada general, soy un jugador de ajedrez. Esta noche me he clasificado como campeón de Moscú por tercer año consecutivo. Si, cuando sólo faltaban tres minutos para acabar, hubiese recibido un mensaje diciendo que mi esposa estaba siendo asesinada en el exterior del Salón de Torneos, no habría levantado un solo dedo para

salvarla. Mi público lo sabe. Son tan devotos del juego como yo mismo. Esta noche, si hubiese abandonado el juego y hubiese acudido inmediatamente aquí al recibir ese mensaje, cinco mil personas habrían sabido que sólo podía tratarse de la orden de un departamento de la naturaleza de éste. Se habría producido una tormenta de murmuraciones. Se habrían observado mis idas y venidas futuras en busca de algún indicio.

Habría sido el fin de mi tapadera. En interés de la Seguridad del Estado, esperé tres minutos antes de obedecer la orden. A pesar de eso, mi apresurada partida será objeto de muchos comentarios.

Tendré que decir que uno de mis hijos estaba gravemente enfermo. Tendré que ingresar a uno de los chicos en el hospital durante una semana, para dar solidez a la historia. Lamento profundamente la demora en el cumplimiento de la orden, pero la decisión resultó difícil. Hice lo que creí mejor para los intereses del departamento.

El general G. miró con aire pensativo los oscuros ojos oblicuos. El hombre era culpable, pero su defensa era buena. Volvió a leer el papel como si sopesara el tamaño del delito, luego sacó su encendedor y lo quemó. Dejó caer la última esquina ardiendo sobre el vidrio de su escritorio y sopló las cenizas a un lado para que cayeran al piso. No dijo cuáles eran sus pensamientos, pero el hecho de que quemara la prueba era lo único que le importaba a Kronsteen. Ahora no podría aparecer nada en su *zapiska*. Se sentía enormemente aliviado y agradecido. Dedicaría todo su ingenio al asunto que le presentaran. El general había llevado a cabo un acto de enorme clemencia. Kronsteen se lo pagaría con la preciosa moneda de su mente.

—Pásele las fotografías, camarada coronel —dijo el general G., como si el breve consejo de guerra no hubiese tenido lugar—. El asunto es como sigue…

«Así que se trata de otra muerte», pensó Kronsteen, a medida que el general hablaba y él examinaba el moreno rostro implacable, que le devolvía una mirada serena desde la fotografía de pasaporte ampliada. Mientras Kronsteen escuchaba con mitad de atención lo que estaba diciendo el general, escogía los hechos sobresalientes: Espía inglés. Se deseaba un gran escándalo. Nada de implicar a los soviéticos. Asesino experto. Debilidad

por las mujeres («y por tanto no es homosexual», pensó Kronsteen). Bebe («pero no se dice nada de drogas»). Insobornable («¿quién sabe? Todo hombre tiene un precio»). No se repararía en gastos. Estaban disponibles todos los equipamientos y personal de todos los departamentos de Inteligencia. Debía lograrse el éxito en un plazo de tres meses. Se solicitaban ahora ideas a grandes rasgos. Los detalles debían elaborarse más tarde.

Los ojos del general G. se fijaron en la coronel Klebb.

—¿Cuáles son sus impresiones inmediatas, camarada coronel?

Los cristales cuadrados y sin marco de las gafas destellaron a la luz de la araña, cuando la mujer se enderezó abandonando la postura inclinada de profunda concentración para mirar hacia el escritorio del general. Los húmedos labios pálidos, emplazados bajo el brillo del vello manchado de nicotina, se separaron y comenzaron a moverse arriba y abajo con rapidez, mientras la mujer exponía sus puntos de vista. A Kronsteen, observar aquel rostro desde el otro lado de la mesa, el cuadrado inexpresivo formado por los labios que se abrían y cerraban, le recordaba el rígido parloteo de una marioneta.

La voz era ronca, monótona y carente de expresión.

—… se parece, en algunos aspectos, al caso de Stolzenberg. Si lo recuerda, camarada general, también entonces era asunto de destruir una reputación a la vez que una vida. En aquella ocasión resultaba sencillo. El espía era, además, un pervertido. Si recuerda…

Kronsteen dejó de escuchar. Conocía todos aquellos casos. Se había hecho cargo de la planificación de la mayoría de ellos y los tenía archivados en la memoria como otros tantos gambitos de ajedrez. En cambio, con los oídos cerrados, examinó el rostro de esta horrible mujer, mientras se preguntaba con indiferencia cuánto tiempo más se mantendría en su puesto… durante cuánto tiempo más tendría que trabajar con ella.

¿Horrible? Kronsteen no se sentía interesado en los seres humanos… ni siquiera en sus propios hijos. Tampoco tenían lugar en su vocabulario las categorías de «bueno» y «malo». Para él, todas las personas eran piezas de ajedrez. Sólo le interesaban sus reacciones ante el movimiento de otras

piezas. Para predecir las reacciones de las mismas, lo cual constituía la mayor parte de su trabajo, debía comprender sus características individuales. Los instintos básicos eran inmutables. Autoconservación, sexo e instinto gregario, por ese orden. Sus temperamentos podían ser sanguíneos, flemáticos, coléricos o melancólicos. El temperamento de un individuo decidiría en gran parte la fuerza comparativa de sus emociones y sentimientos. El carácter dependería poderosamente de la educación y, por mucho que pudieran decir Pavlov y los conductistas, del carácter de los padres en cierta medida. Y, por supuesto, las vidas y comportamiento de las personas estarían condicionados en parte por sus fortalezas y debilidades físicas.

Era con estas clasificaciones básicas, como telón de fondo mental, que el frío cerebro de Kronsteen consideraba a la mujer que se hallaba al otro lado de la mesa. Era la centésima vez que resumía sus características, pero ahora tenían por delante una semana de trabajo conjunto, y era mejor refrescar su memoria para que la repentina intromisión de un elemento humano en su relación no apareciese por sorpresa.

Por supuesto, Rosa Klebb tenía una poderosa voluntad de supervivencia, o no se habría convertido en una de las mujeres más poderosas del Estado, y ciertamente era la más temida. Su ascenso, según recordaba Kronsteen, había comenzado con la guerra civil española. En esa época, como agente doble dentro del POUM —es decir, trabajando para el OGPU de Moscú además de para la Inteligencia comunista en España—, había sido la mano derecha, y decían que una especie de amante, de su jefe, el famoso Andreu Nin. Había trabajado con él desde 1935 a 1937. Luego, por orden de Moscú, él fue asesinado y, según se rumoreaba, asesinado por ella misma. Tanto si esto era cierto como si no, desde entonces la mujer había ascendido con lentitud, pero en línea recta, por la escalera del poder, sobreviviendo a reveses, sobreviviendo a guerras, sobreviviendo (porque no forjaba lealtad alguna ni se unía a ninguna facción) a todas las purgas hasta que, en 1953, con la muerte de Beria, sus manos tintas en sangre se aferraron al escalón (al que tan pocos peldaños separaban de la cúspide misma), que conformaba la jefatura del departamento de operaciones de SMERSH.

Y, reflexionó Kronsteen, una gran parte de su éxito era debido a la peculiar naturaleza de su siguiente instinto más importante, el instinto sexual. Porque Rosa Klebb pertenecía, indudablemente, a la más rara de todas las tipologías sexuales. Era neutra. Kronsteen estaba seguro de ello. Las historias de hombres y, sí, de mujeres, eran demasiado detalladas para dudar de ellas.

Puede que disfrutara del acto, pero el instrumento carecía por completo de importancia. Para ella, el sexo no era más que un prurito. Y esta neutralidad psicológica y física que la caracterizaba la liberaba a la vez de múltiples emociones, sentimientos y deseos humanos. La neutralidad sexual constituía la esencia de la frialdad en un individuo. Era una característica innata fantástica y maravillosa.

En ella, el instinto gregario también estaba muerto. Su ambición de poder exigía que fuese un lobo en lugar de una oveja. Era una trabajadora solitaria, pero nunca se sentía sola porque la calidez de la compañía le resultaba innecesaria. Y, por supuesto, desde el punto de vista temperamental podía clasificársela como flemática-imperturbable, tolerante al dolor, haragana.

La pereza sería su vicio dominante, pensaba Kronsteen. Por las mañanas le costaría salir de su tibia cama porcina. Sus hábitos privados serían la dejadez, incluso la suciedad. No resultaría agradable, pensó Kronsteen, echar una mirada al aspecto íntimo de su vida, cuando se relajaba, despojada del uniforme. Los fruncidos labios de Kronsteen hicieron una mueca de desagrado ante este pensamiento, y su mente se apresuró a continuar, pasando del carácter de la mujer, que era sin duda astuto y fuerte, a su apariencia externa.

Rosa Klebb tendría en torno a cuarenta años, supuso, calculando según la fecha de la guerra civil española. Era de estatura baja, en torno al metro sesenta, rechoncha, y sus regordetes brazos, el cuello corto y las pantorrillas de las gruesas piernas envueltas en las medias color caqui, eran muy fuertes para pertenecer a una mujer. Sabría el diablo, pensó Kronsteen, cómo serían sus pechos, pero el bulto del uniforme que descansaba sobre la mesa tenía el aspecto de una bolsa de arena mal hecha; y su figura, en general, con sus

grandes caderas en forma de pera, sólo podía ser comparada con un violoncelo.

Las *tricoteuses* de la Revolución Francesas debieron de tener rostros como el de aquella mujer, decidió Kronsteen mientras se recostaba en el asiento e inclinaba la cabeza ligeramente a un lado. El cabello ralo anaranjado echado hacia atrás y recogido en un apretado moño obsceno; los brillantes ojos pardo amarillentos que se clavaban tan fríamente en el general G. a través de los cristales cuadrados de bordes afilados; la cuña de la nariz de grandes poros y muy empolvada; la mojada trampa que tenía por boca, que continuaba abriéndose y cerrándose como si la manejaran mediante cables desde debajo del mentón. Aquellas mujeres francesas, que se sentaban a tejer y charlar mientras la guillotina caía ruidosamente, debían de tener la misma piel gruesa de pollo, pálida, que se plegaba en pequeñas arrugas debajo de los ojos, en las comisuras de la boca y debajo de las mandíbulas; las mismas orejas grandes de campesina; los mismos puños apretados, duros y con hoyuelos, como redondas empuñaduras de bastón que, en el caso de la rusa, descansaban ahora muy apretados sobre la superficie de terciopelo rojo de la mesa, a ambos lados del gran paquete de su busto. Y los rostros de aquéllas debían de transmitir la misma impresión, concluyó Kronsteen, de frialdad, crueldad y fortaleza que el de esta rusa «horrenda», palabra emotiva que se había permitido aplicar a la mujer de SMERSH.

—Gracias, camarada coronel. Su visión general de la posición actual es valiosa. Y ahora, camarada Kronsteen, ¿tiene algo que añadir? Por favor, sea breve. Son las dos y todos tenemos un día muy pesado por delante.

Los ojos del general G., enrojecidos a causa de la tensión y la falta de sueño, miraban con fijeza los insondables lagos castaños situados bajo la frente abultada. No había ninguna necesidad de decirle a este hombre que fuese breve. Kronsteen nunca tenía mucho que decir, pero cada una de sus palabras valía todo un discurso de los otros oficiales.

Kronsteen ya había tomado una decisión, o no habría permitido que sus pensamientos se concentraran durante tanto tiempo en la mujer.

Echó la cabeza hacia atrás con lentitud y miró al vacío del techo. Su voz resultaba suave en extremo, pero contenía la autoridad que ordena estricta

atención.

—Camarada general, fue un francés, en algunos sentidos un predecesor suyo, Fouché, quien observó que no sirve de nada matar a un hombre a menos que se destruya su reputación. Por supuesto, resultará fácil matar a este hombre, Bond. Cualquier asesino búlgaro a sueldo lo haría, si se le instruyera correctamente. La segunda parte de la operación, la destrucción del carácter de este hombre, es más importante y más difícil. En este momento, lo único que me resulta claro es que el hecho debe ser llevado a cabo fuera de Inglaterra, y en un país sobre cuya prensa y radio tengamos influencia. Si me pregunta cómo debe llevarse al hombre hasta allí, sólo puedo decir que si el cebo es lo bastante importante, y su captura sólo puede realizarla este hombre, lo enviarán a cogerlo desde dondequiera que pueda estar. Para evitar que parezca una trampa, yo sugeriría darle al cebo el toque de la excentricidad, de lo insólito. Los ingleses se precian de su propia excentricidad. Tratan las proposiciones excéntricas como un reto. Yo me fiaría, en parte, de esta lectura de su psicología para hacer que envíen a ese importante agente tras el cebo que le pongamos.

Kronsteen hizo una pausa. Bajó la cabeza de modo que sus ojos quedaron fijos en un punto justo por encima de uno de los hombros del general G.

—Procederé a planificar dicha trampa —continuó con indiferencia—. Por el momento, sólo puedo decir que si el cebo consigue atraer a su presa, necesitaremos entonces un asesino con perfecto dominio de la lengua inglesa.

Los ojos de Kronsteen se desplazaron hasta la cobertura de terciopelo rojo de la mesa que tenía ante sí. Con aire pensativo, como si éste fuese el meollo del problema, añadió:

—También necesitaremos una muchacha fiable y extremadamente hermosa.

Capítulo 8
El hermoso señuelo

Sentada junto a la ventana de su habitación y mientras miraba el sereno atardecer de junio, el primer tono rosáceo de la puesta de sol reflejado en las ventanas del otro lado de la calle, la lejana cúpula de una iglesia que flameaba como una antorcha por encima del dentado horizonte de los tejados de Moscú, la cabo de Seguridad del Estado, Tatiana Romanova, pensaba que se sentía más feliz que nunca antes en su vida.

Su felicidad no era de naturaleza romántica. Nada tenía que ver con el extático comienzo de una relación amorosa, con esos días y semanas antes de que las primeras diminutas nubecillas de lágrimas aparezcan en el horizonte. Era la serena, estable alegría de la seguridad, de poder mirar hacia delante con confianza en el futuro, realzada por cosas inmediatas como unas palabras elogiosas que aquella misma tarde había recibido del profesor Denikin, el aroma de una buena cena que se cocinaba en el hornillo eléctrico, el preludio de *Boris Goudonov*, su favorito, interpretado por la Orquesta Estatal de Moscú, que transmitía la radio y, por encima de todo, lo hermoso del hecho de que el largo invierno y la corta primavera hubiesen pasado, y estuvieran en junio.

La habitación era un cajón diminuto situado en el enorme edificio moderno de apartamentos de Sadovaya-Chemogriazskay Ulitza, que constituyen las barracas para mujeres del departamento de Seguridad del Estado. Construido por prisioneros y acabado en 1939, el excelente edificio

de ocho pisos contenía dos mil viviendas, de las cuales algunas, como la de ella, situada en el tercer piso, no eran más que cajas cuadradas con un teléfono, agua fría y caliente, una sola luz eléctrica, y un cuarto de baño y retrete central compartido; otras, situadas en los dos pisos superiores, consistían en apartamentos de dos y tres habitaciones con cuarto de baño. Estos eran para las mujeres de graduación superior. El ascenso por el edificio se realizaba estrictamente por rango, y la cabo Romanova tendría que pasar por los grados de sargento, teniente, capitán, comandante y teniente coronel, antes de llegar al paraíso del piso octavo, el de los coroneles.

Pero el cielo bien sabía que estaba bastante contenta con su suerte actual. Un salario de 1.200 rublos al mes (un treinta por ciento más de lo que podría haber ganado en cualquier otro ministerio); una habitación para ella sola; comida y ropa baratos en la «tienda cerrada» de la planta baja del edificio; la asignación de al menos dos entradas mensuales del ministerio, para asistir al ballet o a la ópera; dos semanas de vacaciones pagadas al año. Y, por encima de todo eso, un empleo estable con buenas perspectivas en Moscú, no en una de esas horribles ciudades de provincia donde no sucedía nada durante un mes tras otro, y donde la llegada de una nueva película o la visita de un circo ambulante constituían las únicas cosas que podían mantenerlo a uno fuera de la cama por las noches.

Por supuesto, había que pagar un precio por estar en el MGB. El uniforme lo separaba a uno del resto del mundo. La gente le tenía miedo, lo cual no era acorde con la naturaleza de la mayoría de las muchachas, y quienes lo llevaban quedaban confinados a la sociedad de las demás muchachas y hombres del MGB, con uno de los cuales, llegado el momento, tendría que casarse para permanecer dentro del ministerio. Y trabajaban como locos: de ocho a seis, cinco días y medio por semana, con sólo cuarenta minutos libres para comer en la cafetería. Pero era un buen almuerzo, una comida de verdad, y se podía pasar con una cena escasa y ahorrar para el abrigo de cebellina que un día ocuparía el lugar del muy gastado abrigo hecho con piel de zorro siberiano.

Al pensar en su cena, la cabo Romanova abandonó la silla que estaba junto a la ventana y acudió a mirar la cacerola de espesa sopa, con unos pocos trozos de carne y algo de champiñones en polvo, que constituiría la cena. Ya estaba casi hecha y su olor era delicioso. Apagó el hornillo y dejó que la sopa continuara hirviendo lentamente mientras se lavaba y arreglaba como, años antes, le habían enseñado a hacer antes de las comidas.

Mientras se lavaba las manos, se examinó en el gran espejo ovalado que tenía sobre el lavamanos.

Uno de sus primeros novios había dicho que ella se parecía a Greta Garbo cuando la actriz era joven. ¡Qué tontería! Y sin embargo, esta noche estaba bastante guapa. Un cabello castaño, sedoso, lacio y fino cepillado hacia atrás para dejar libre la alta frente, y que caía pesado casi hasta los hombros para curvarse ligeramente en las puntas (la Garbo se había peinado así en una ocasión, y la cabo Romanova admitió para sí que se lo había copiado); una buena piel suave y pálida con el brillo del marfil en los pómulos; ojos bien separados y horizontales del más profundo azul bajo cejas naturalmente rectas (cerró un ojo y después el otro. ¡Sí, sus pestañas eran largas, sin duda!); una nariz recta, más bien arrogante… y luego la boca. ¿Qué podía decir de la boca? ¿Era demasiado grande? Debía de parecer terriblemente grande cuando sonreía. Sonrió ante el espejo. Sí, era grande; pero también lo había sido la de Greta Garbo. Al menos los labios eran llenos y finamente dibujados. Había un asomo de sonrisa en las comisuras. ¡Nadie podía decir que fuese una boca fría! Y el óvalo de su rostro. ¿Era demasiado largo? ¿Su mentón era un poco demasiado puntiagudo? Volvió la cabeza a un lado para verla de perfil. La pesada cortina de cabello cayó hacia delante sobre su ojo derecho, de modo que tuvo que echárselo hacia atrás.

Bueno, el mentón era puntiagudo, pero al menos no era afilado. Se volvió de cara al espejo, cogió un cepillo y comenzó a pasárselo por la larga, abundante melena. ¡Greta Garbo! Estaba bien, o no serían tantos los hombres que le decían que sí lo estaba… por no hablar de las muchachas que siempre acudían a ella para pedirle consejo acerca de sus rostros. Pero una estrella

de cine… ¡una famosa! Hizo una mueca en el espejo y se alejó para tomar la cena.

De hecho, la cabo Tatiana Romanova era una muchacha realmente muy hermosa. Aparte de su cara, el alto cuerpo firme se movía particularmente bien. Había pasado un año en la escuela de ballet de Leningrado, y sólo había abandonado el baile cuando superó en dos centímetros y medio el límite prescrito de un metro sesenta y siete. La escuela de ballet le había enseñado a adoptar la postura corporal correcta. Y tenía un aspecto maravillosamente saludable gracias a su pasión por el patinaje artístico, deporte que practicaba durante todo el año en el estudio de hielo del Dynamo, y que ya le había valido un puesto en el primer equipo femenino del Dynamo. Sus brazos y pechos eran intachables. Un purista habría desaprobado sus nalgas. Los músculos estaban tan endurecidos a causa del ejercicio, que habían perdido la suave caída femenina y ahora, redondo en la parte trasera y plano y duro en los lados, sobresalía como el de un hombre.

La cabo Romanova era admirada mucho más allá de los confines de la sección de traducción inglesa del Indice Central del MGB. Todo el mundo estaba de acuerdo en que no pasaría mucho tiempo antes de que uno de los oficiales superiores se cruzara con ella y la arrebatara perentoriamente de su modesta posición para convertirla en su amante o, si era absolutamente necesario, en su esposa.

La muchacha vertió la espesa sopa dentro de un cuenco de porcelana, decorado con lobos que perseguían un trineo al galope en torno al borde, echó dentro trocitos de pan moreno y fue a sentarse en la silla que había junto a la ventana, donde se puso a comer lentamente con una bonita cuchara brillante que había deslizado en su bolso no muchas semanas antes, tras una alegre noche pasada en el Hotel Moskwa.

Al acabar, lavó los utensilios de cocina y regresó a la silla, donde encendió el primer cigarrillo del día (ninguna muchacha respetable de Rusia fuma en público, excepto en los restaurantes, y si hubiese fumado en el trabajo, habría significado el despido inmediato), y escuchó con impaciencia las gimientes discordancias de una orquesta de Turkmenistán. ¡Esas horribles cosas orientales que siempre estaban transmitiendo para complacer a los

kulaks de uno de esos bárbaros estados remotos! ¿Por qué no podían transmitir algo *kulturnyl*. Algo de esa moderna música de jazz, o algo clásico. Esta cosa que sonaba ahora era monstruosa. Peor aún, era anticuada.

El teléfono emitió un fuerte timbrazo. Ella se levantó, apagó la radio y cogió el receptor.

—¿Cabo Romanova?

Era la voz de su querido profesor Denikin. Pero fuera de las horas de oficina, él siempre la llamaba Tatiana o incluso Tania. ¿Qué significaba esto?

La muchacha tenía los ojos muy abiertos y estaba tensa.

—Sí, camarada profesor.

La voz del otro lado sonaba extraña y fría.

—Dentro de quince minutos, a las ocho y media en punto, se requiere su presencia para mantener una reunión con la camarada coronel Klebb, de Otdyel II. Irá a verla a su apartamento, número 1875, situado en el octavo piso de su edificio. ¿Ha quedado claro?

—Pero, camarada, ¿por qué? ¿Qué… qué…?

La extraña, tensa voz de su amado profesor la cortó en seco.

—Eso es todo, camarada cabo.

La muchacha se apartó el receptor de la cara. Lo contempló con ojos frenéticos, como si pudiera exprimirle más palabras al círculo de pequeños orificios del auricular negro.

—¡Hola! ¡Hola!

El vacío micrófono bostezaba ante ella. Sintió que le dolían la mano y el antebrazo debido a la fuerza con que lo apretaba. Se inclinó con lentitud y dejó el receptor en su sitio.

Permaneció un momento de pie, congelada, contemplando el negro aparato. ¿Debería llamarlo ella? No, eso quedaba fuera de consideración. El le había hablado como lo hizo porque sabía, al igual que ella, que todas las llamadas entrantes y salientes del edificio eran escuchadas y grabadas. Por eso el hombre no había desperdiciado una sola palabra. Se trataba de un asunto de Estado. Cuando uno tenía un mensaje de esta naturaleza, se libraba de él lo antes posible, con la menor cantidad de palabras posibles, y se

lavaba las manos del asunto. Ya se había librado de la horrible carta. Le había pasado la reina de picas a otro. Volvía a tener las manos limpias.

La muchacha se llevó los nudillos a la boca abierta y se los mordió, con la vista clavada en el teléfono. ¿Para qué la querían? ¿Qué había hecho? Con desesperación, retrocedió en el tiempo para rebuscar en los días, los meses, los años. ¿Acaso habría cometido algún terrible error en su trabajo y acababan de descubrirlo? ¿Habría hecho alguna observación acerca del Estado, algún chiste sobre el que se había informado? Eso siempre era posible. Pero, ¿qué observación era?

¿Cuándo la había hecho? Si hubiera sido una observación negativa, habría sentido una punzada de culpabilidad o miedo en su momento. Tenía la conciencia tranquila. ¿O no? De pronto, recordó. ¿Sería por la cuchara que se había llevado? La lanzaría por la ventana, ahora mismo, bien lejos, hacia un lado u otro. Pero no, no podía ser por eso. Era algo demasiado pequeño. Se encogió de hombros con resignación y dejó caer la mano a un lado. Se puso de pie y avanzó hacia el armario para coger su mejor uniforme, con los ojos empañados por las lágrimas de miedo y perplejidad de una niña. No podía tratarse de ninguna de esas cosas. SMERSH no mandaba llamar a nadie por ese tipo de cosas. Tenía que ser algo mucho, mucho peor.

A través de las lágrimas, la muchacha miró el reloj barato que llevaba en la muñeca. ¡Sólo le quedaban siete minutos! Se enjugó los ojos con el antebrazo y cogió su uniforme de gala.

¡Encima de esta situación, fuera lo que fuese, sólo le faltaba llegar tarde! Desprendió los botones de su blusa blanca de algodón a tirones.

Mientras se vestía, lavaba la cara y cepillaba el cabello, su mente continuó sondeando el maligno misterio como un niño inquisitivo que mete un palito en la cueva de una serpiente. Desde cualquier ángulo que exploraba el agujero, obtenía un furibundo silbido como respuesta.

Dejando a un lado la naturaleza de su culpabilidad, el contacto con cualquier tentáculo de SMERSH era horrendo. El nombre mismo de la organización era aborrecido y evitado.

SMERSH, «Smiert Spionam», «Muerte a los espías». Se trataba de una palabra obscena, una palabra de tumba, el susurro mismo de la muerte, una

palabra no pronunciada siquiera en los chismorreos secretos de oficina entre amigos. Y lo peor de todo era que, dentro de esta terrible organización, Otdyel II, el departamento de Tortura y Muerte, era el horror central.

¡Y el jefe de Otdyel II era aquella mujer, Rosa Klebb! Se murmuraban cosas inverosímiles acerca de esa mujer, cosas que se le aparecían a Tatiana en sus pesadillas, cosas que volvía a olvidar durante el día, pero que ahora pasaban ante sus ojos.

Se decía que Rosa Klebb no permitía que se practicara tortura ninguna si ella no estaba presente. En su oficina había una bata salpicada de sangre y un taburete bajo, y decían que cuando se la veía escabullirse precipitadamente por los pasillos del sótano con el taburete en la mano y vestida con la bata, corría de inmediato la voz e incluso los empleados de SMERSH hablaban con susurros y se inclinaban profundamente sobre sus papeles —y tal vez incluso cruzaban los dedos dentro de los bolsillos—, hasta que se informaba que había regresado a su despacho.

Porque, o al menos eso decían, cogía el taburete y lo colocaba muy cerca de la cara del hombre o la mujer que colgaba del borde de la mesa de interrogatorio. Luego se sentaba sobre el taburete, miraba el rostro y decía con voz queda: «número 1» o «número 10» o «número 25», y los interrogadores sabían lo que quería decir y comenzaban. Y ella contemplaba los ojos del rostro que tenía a pocos centímetros e inspiraba los alaridos como si fuesen perfume. Y, dependiendo de los ojos, ella cambiaba la tortura con voz queda, y decía: «ahora número 36» o «ahora número 64», y los interrogadores hacían otra cosa. A medida que el valor y la resistencia escapaba de los ojos y éstos comenzaban a debilitarse y suplicar, ella empezaba a arrullar con voz suave.

—Vamos, vamos, palomo mío. Háblame, bonito, y esto acabará. Hace daño. Ay, señor, duele mucho, niño mío. Y estás tan cansado del dolor… Querrías que cesara, y poder quedarte acostado en paz y que nunca volviera a comenzar. Tu madre está aquí a tu lado, sólo esperando poder detener el dolor. Tiene una bonita cama cómoda preparada para que duermas en ella y olvides, olvides, olvides. Habla —susurraba amorosamente—. Sólo tienes que hablar, y tendrás paz y se acabará el dolor. —Si los ojos continuaban

resistiéndose, ella volvía a comenzar los arrullos—. Pero eres tonto, bonito mío. ¡ Ah, eres tan tonto! Este dolor no es nada. ¡Nada! ¿Es que no me crees, palomito mío? Bien, pues, tu madre probará un poquitín, pero sólo un poquitín, con el número 87.

Y los interrogadores oían y cambiaban sus instrumentos y sus objetivos, y ella se quedaba sentada allí y observaba cómo la vida disminuía en los ojos hasta el punto de que tenía que hablar en voz alta al oído de la persona, o las palabras no le llegaban al cerebro.

Pero eran raros los casos, según decían, en que la persona tenía la voluntad necesaria para viajar muy lejos por el camino del dolor de SMERSH, y menos aún hasta el final y, cuando la voz suave prometía paz, ganaba casi siempre porque Rosa Klebb sabía, por la expresión de los ojos, el momento en que el adulto había sido quebrantado hasta convertirse en un niño que lloraba por su madre. Y ella les proporcionaba la imagen de esa madre y ablandaba el espíritu donde las palabras de un hombre lo habrían endurecido.

Luego, después de que un sospechoso más hubiese sido quebrantado, Rosa Klebb regresaba por el pasillo con el taburete en la mano y despojada de su bata nuevamente salpicada de sangre; volvía a trabajar y corría la voz de que todo había acabado y la actividad normal se instalaba una vez más en el sótano.

Tatiana, congelada por sus pensamientos, volvió a mirar su reloj. Le quedaban cuatro minutos. Se alisó el uniforme con las manos y se miró una vez más el semblante blanco en el espejo. Se volvió para despedirse de su querida, familiar habitacioncilla. ¿Volvería a verla alguna vez?

Avanzó por el recto pasillo y llamó el ascensor.

Cuando llegó, cuadró los hombros, alzó el mentón y entró en él como si se tratara de la plataforma de la guillotina.

—Octavo —le dijo a la muchacha ascensorista. Permaneció de cara a la puerta. Dentro de sí, recordando una palabra que no había usado desde la infancia, repetía, una y otra vez: «Dios mío… Dios mío… Dios mío.»

Capítulo 9
Un trabajo de amor

En el exterior de la puerta anónima pintada de color crema, Tatiana ya percibió el olor de la habitación que había detrás. Cuando la voz le dijo ásperamente que entrara y ella abrió la puerta, fue el olor lo que llenó su mente mientras se detenía en la entrada y miraba fijamente los ojos de la mujer que se encontraba sentada detrás de una mesa redonda, bajo la luz central.

Era el olor del metro en los atardeceres calurosos: perfume barato que ocultaba olores animales. La gente de Rusia se empapaba en perfume, tanto si se había bañado como si no, pero sobre todo cuando no lo había hecho, y las muchachas sanas y limpias como Tatiana volvían siempre andando de la oficina a casa, a menos que lloviera o nevara mucho, para evitar el hedor de los trenes y el metro.

Ahora, Tatiana se encontraba en un baño de ese olor. Sus narinas se contrajeron de asco.

Fueron el asco y el desprecio que le inspiraba una persona capaz de vivir en medio de un hedor tal lo que la ayudó a mirar a los ojos amarillentos que la contemplaban fijamente a través de los cristales cuadrados de las gafas. No podía leerse nada en ellos. Eran ojos receptores, no dadores. Se desplazaron lentamente por toda la muchacha, como el objetivo de una cámara, abarcándola.

La coronel Klebb habló:

—Es usted una muchacha de muy buen aspecto, camarada cabo. Atraviese la habitación y regrese.

¿Qué eran esas almibaradas palabras? Tensa a causa de un nuevo miedo, miedo de los conocidos hábitos personales de la mujer, Tatiana hizo lo que le ordenaban.

—Quítese la chaqueta. Déjela en la silla. Levante las manos por encima de la cabeza. Más arriba.

Ahora inclínese y toqúese los dedos de los pies. Enderécese. Bien. Siéntese.

La mujer hablaba como un médico. Con un gesto le indicó la silla que había al otro lado de la mesa, frente a ella. Los ojos de mirada fija, penetrantes, se encapotaron al bajar los ojos hacia el expediente que tenía ante sí.

«Debe de ser mi *zapiska»*, pensó Tatiana. ¡Qué interesante resultaba ver el instrumento que recogía toda la vida de uno! ¡Qué grueso era, casi cinco centímetros! ¿Qué podían ser todas esas páginas? Contempló la carpeta abierta con ojos grandes, fascinados.

La coronel Klebb hojeó las últimas páginas y lo cerró. La cubierta era naranja y tenía una banda negra diagonal. ¿Qué significaban esos colores?

La mujer alzó los ojos. De alguna forma, Tatiana consiguió devolverle la mirada con valentía.

—Camarada cabo Romanova. —Era la voz de la autoridad, del oficial superior—. Tengo buenos informes sobre su trabajo. Su expediente es excelente, tanto en lo que se refiere al deber como a los deportes. El Estado está satisfecho de usted.

Tatiana no podía creer lo que oía. Sintió que se desvanecía de emoción. Se puso roja hasta la raíz del cabello y luego palideció. Posó una mano sobre el borde de la mesa.

—Se lo agradezco, camarada coronel —tartamudeó con voz débil.

—Debido a sus excelentes servicios, se la ha escogido para una importante misión. Es un gran honor para usted. ¿Lo comprende?

Con independencia de lo que fuere, era mejor de lo que podría haber sido.

—Sí, por supuesto, camarada coronel.

—Esta misión acarrea una gran responsabilidad. Es merecedora de un rango elevado. La felicito por el ascenso a capitán de Seguridad del Estado que recibirá al concluir la misión, camarada cabo.

¡Aquello era insólito en el caso de una muchacha de veinticuatro años! Tatiana percibió el peligro. Se tensó como un animal que ve las fauces de acero de la trampa debajo del cebo de carne.

—Me siento muy honrada, camarada coronel. —No pudo evitar que la cautela asomara a su voz. Rosa Klebb gruñó algo ambiguo. Sabía con total exactitud lo que la muchacha debía de haber pensado cuando recibió la llamada. El efecto causado por su amable recepción, la conmoción de alivio ante las buenas noticias, el redespertar de los temores, habían resultado evidentes. Era una muchacha hermosa, cándida, inocente. Justo lo que exigía la *konspiratsia*. Ahora había que relajarla.

—Querida —dijo con voz suave—, ¡qué descuidada soy! Este ascenso debe ser celebrado con una copa de vino. No debe llevarse la impresión de que los oficiales superiores somos inhumanos.

Beberemos juntas. Será una buena excusa para abrir una botella de *champagne* francés.

Rosa Klebb se levantó y avanzó hasta el aparador, donde su ordenanza había dispuesto lo que ella pidió.

—Pruebe uno de estos bombones mientras lucho con el corcho. Nunca resulta fácil descorchar una botella de *champagne*. La verdad es que las chicas necesitamos a un hombre para que nos ayude con ese tipo de cosas, ¿no cree?

El aburrido parloteo continuó mientras depositaba ante Tatiana una espectacular caja de bombones. Regresó al aparador.

—Son de Suiza. Los mejores de todos. Los de centro blando son los redondos. Los duros son cuadrados.

Tatiana murmuró su agradecimiento. Tendió la mano y escogió uno redondo. Resultaría más fácil de tragar. Tenía la boca seca a causa del miedo que le inspiraba el momento en que finalmente vería la trampa y la sentiría cerrarse en torno a su cuello. Tenía que ser algo espantoso si

resultaba necesario esconderlo debajo de esta actuación. El mordisco de bombón se le pegó a la boca como chiclé. Por suerte, le pusieron una copa de *champagne* en la mano.

Rosa Klebb permaneció de pie a su lado. Levantó alegremente su copa.

—*Za vashe zdarovie*, camarada Tatiana. ¡Y mis más cálidas felicitaciones!

Tatiana forzó sus labios en una pálida sonrisa. Cogió su copa e hizo una pequeña reverencia.

—*Za vashe zdarovie*, camarada coronel. —Vació la copa, como es costumbre en Rusia, y la dejó ante sí.

Rosa Klebb volvió a llenársela de inmediato, derramando un poco sobre la mesa.

—Y ahora, a la salud de su nuevo departamento, camarada.

Alzó la copa. La sonrisa almibarada se tensó mientras observaba las reacciones de la muchacha.

—¡Por SMERSH!

Aturdida, Tatiana se puso de pie. Cogió la copa llena.

—Por SMERSH.

Las dos palabras apenas lograron salir de sus labios. Se atragantó con el *champagne* y tuvo que bebérselo en dos sorbos. Se dejó caer en la silla.

Rosa Klebb no le dejó tiempo para reflexionar. Se sentó ante ella y apoyó las manos planas sobre la mesa.

—Y ahora, vayamos al trabajo, camarada. —La autoridad había vuelto a su voz—. Hay muchas cosas que hacer. —Se inclinó hacia delante—. ¿Ha deseado alguna vez vivir en el extranjero, camarada? ¿En otro país?

El *champagne* estaba haciéndole efecto a Tatiana. Probablemente llegarían cosas peores, pero ahora prefería que llegaran rápido.

—No, camarada. Soy feliz en Moscú.

—¿Nunca ha pensado cómo sería vivir en Occidente… todas esas ropas bonitas, el jazz, las cosas modernas?

—No, camarada. —Se quedó meditativa. Nunca había pensado en ello.

—¿Y si el Estado le pidiera que viviese en Occidente?

—Obedecería.

—¿De buena gana?

Tatiana se encogió de hombros con un asomo de impaciencia.

—Uno hace lo que se le ordena.

La mujer calló durante un instante. En la pregunta siguiente había un toque de conspiración femenina.

—¿Es usted virgen, camarada?

«Oh, Dios mío», pensó Tatiana.

—No, camarada coronel.

Los húmedos labios brillaron en la luz.

—¿Cuántos hombres?

Tatiana enrojeció hasta la raíz del pelo. Las muchachas rusas son reacias y gazmoñas en lo que al sexo se refiere. En Rusia, la atmósfera sexual es de plena época victoriana. Estas preguntas de Klebb resultaban todavía más repugnantes por ser formuladas en ese frío tono inquisitorial por una oficial del Estado a quien no había visto nunca antes. Tatiana se llenó de valor. Miró con aire defensivo a los ojos amarillos.

—Por favor, camarada, ¿puede decirme cuál es el propósito de estas preguntas íntimas?

Rosa Klebb se irguió. Su voz salió disparada como un látigo.

—Recuerde quién es, camarada. No está aquí para formular preguntas. Olvida con quién está hablando. ¡Respóndame!

Tatiana se acobardó.

—Tres hombres, camarada coronel.

—¿Cuándo? ¿Qué edad tenía usted? —Los duros ojos amarillos se clavaron en los perseguidos ojos azules de la muchacha que tenía delante, le sostuvieron la mirada y les dieron una orden.

Tatiana estaba al borde de las lágrimas.

—En el colegio, cuando tenía diecisiete años. Luego en el Instituto de Lenguas Extranjeras. Tenía veintidós. Luego, el año pasado. Tenía veintitrés. Era un amigo al que conocí patinando.

—Sus nombres, por favor, camarada. —Rosa Klebb cogió un lápiz y empujó una libreta de notas hacia ella.

Tatiana disimuló los sollozos.

—No, nunca, no me importa lo que me haga. No tiene ningún derecho.

—Déjese de tonterías. —La voz era un siseo—. En cinco minutos puedo hacerle decir esos nombres, o cualquier otra cosa que desee saber. Está jugando un juego peligroso conmigo, camarada. Mi paciencia no es infinita. —Rosa Klebb hizo una pausa. Estaba siendo demasiado brusca—. Por el momento, lo dejaremos estar. Mañana me dará los nombres. Ningún mal les sobrevendrá a esos hombres. Se les harán una o dos preguntas acerca de usted… preguntas sencillas, técnicas, eso es todo. Ahora, enderécese y séquese las lágrimas. No podemos aceptar ninguna otra tontería como ésta.

Rosa Klebb se levantó y rodeó la mesa. Se detuvo con los ojos bajos sobre Tatiana. Su voz se volvió untuosa y suave.

—Vamos, vamos, querida. Debe confiar en mí. Sus pequeños secretos están a salvo conmigo.

Vamos, beba un poco más de *champagne* y olvide este desagradable asuntillo. Debemos ser amigas. Tenemos trabajo que hacer juntas. Debe aprender, mi querida Tania, a tratarme como a su madre. Tenga, bébase esto.

Tatiana sacó un pañuelo de la cintura de su falda y se secó los ojos con pequeños toquecitos.

Tendió una mano temblorosa para coger la copa de *champagne* y bebió pequeños sorbos con la cabeza baja.

—Bébaselo todo, querida.

Rosa Klebb permaneció de pie junto a la muchacha, como una especie de espantosa madre pata, graznando palabras de aliento.

Obediente, Tatiana vació la copa. Sentía que la había abandonado toda resistencia, estaba cansada, dispuesta a hacer cualquier cosa para acabar con esta entrevista y marcharse a alguna parte y dormir. Pensó: «Así que esto es lo que pasa en la mesa de interrogatorio, y ésa es la voz que usa Klebb». Bueno, pues con ella funcionaba. Ahora estaba dócil. Cooperaría.

Rosa Klebb se sentó. Observó calculadoramente a la muchacha desde detrás de la máscara maternal.

—Y ahora, querida, sólo una preguntita íntima más. Entre chicas. ¿Le gusta hacer el amor? ¿Le proporciona placer? ¿Mucho placer?

Las manos de Tatiana volvieron a ascender y se cubrió el rostro. Desde detrás de las mismas, con la voz amortiguada, respondió:

—Bueno, sí, camarada coronel. Naturalmente, cuando se está enamorada… —Su voz se apagó. ¿Qué otra cosa podía decir? ¿Qué respuesta quería esta mujer?

—Y suponiendo, querida, que no estuviera enamorada. ¿Aun así le proporcionaría placer hacer el amor con un hombre?

Tatiana sacudió la cabeza con gesto indeciso. Apartó las manos del rostro e inclinó la cabeza.

Su cabello cayó sobre ambos lados de la cara como una pesada cortina. Estaba intentando pensar, ser servicial, pero no lograba imaginarse una situación semejante. Suponía…

—Supongo que dependería del hombre, camarada coronel.

—Esa es una respuesta sensata, querida. —Rosa Klebb abrió un cajón de la mesa. Sacó una fotografía y la deslizó hasta dejarla ante la muchacha—. ¿Qué me dice de este hombre, por ejemplo?

Tatiana atrajo cautelosamente la fotografía hacia sí, como si pudiera prenderse fuego. Bajó los ojos con prudencia hacia el rostro apuesto, implacable. Intentó pensar, imaginarse…

—No puedo decírselo, camarada coronel. Es bien parecido. Tal vez si fuese dulce… —Apartó la fotografía de sí con gesto ansioso.

—No, quédesela, querida. Póngala junto a su cama y piense en este hombre. Más adelante, en su nuevo trabajo, recibirá más información sobre él. Y ahora… —los ojos brillaron tras los cristales cuadrados de las gafas —, ¿le gustaría saber cuál será su nuevo trabajo? ¿La tarea para la que ha sido escogida entre todas las muchachas de Rusia?

—Sí, desde luego, camarada coronel. —Tatiana miró obedientemente al rostro resuelto dirigido hacia ella como un perro de caza.

Los húmedos labios gomosos se separaron, seductores.

—La misión para la que ha sido escogida es sencilla y placentera, camarada cabo… un auténtico trabajo de amor, como decimos nosotros. Es cuestión de enamorarse. Eso es todo. Nada más. Sólo enamorarse de este hombre.

—Pero, ¿quién es? Ni siquiera lo conozco.

La boca de Rosa Klebb expresó deleite. Esto le daría algo en lo que pensar a la tonta mujercilla.

—Es un espía inglés.

—*Bozhi moi!* —Tatiana se tapó la boca con una mano, tanto para sofocar el nombre de Dios como por terror. Permaneció sentada, tensa por la conmoción, y miró a Rosa Klebb con ojos muy abiertos, ligeramente achispados.

—Sí —confirmó Rosa Klebb, satisfecha del efecto causado por sus palabras—. Es un espía inglés. Tal vez el más famoso de todos. Y a partir de este momento usted está enamorada de él.

Así que será mejor que se acostumbre a la idea. Y nada de tonterías, camarada. Tenemos que actuar con seriedad. Éste es un importante asunto de Estado para el cual usted ha sido escogida como instrumento. Así que nada de tonterías, por favor. Y ahora, vayamos a algunos detalles prácticos. —Rosa Klebb se interrumpió—. Y aparte esa mano de su estúpida cara —dijo con tono cortante—. Y deje esa expresión de vaca asustada. Siéntese erguida y ponga atención. O será peor para usted. ¿Entendido?

—Sí, camarada coronel.

Tatiana se apresuró a enderezar la espalda y se sentó erguida con las manos en el regazo, como si estuviera de vuelta en la Escuela de Oficiales de Seguridad. En su mente había una gran agitación, pero éste no era momento para cuestiones personales. Toda su formación le decía que aquélla era una operación de Estado. Ahora estaba trabajando para su país. De algún modo la habían escogido para una importante *konspiratsia*. Como oficial del MGB, debía cumplir con su deber y hacerlo bien. Escuchó con cuidado y con toda su atención profesional.

—Por el momento —Rosa Klebb adoptó una voz oficial—, seré breve. Más adelante conocerá otros detalles. Durante las próximas semanas será cuidadosamente entrenada para esta operación, hasta que sepa con total exactitud qué hacer en todas las contingencias. Se le enseñarán ciertas costumbres extranjeras. Se la equipará con ropas hermosas. Se la instruirá en todas las artes de la seducción. Luego será enviada a un país extranjero de

Europa. Allí conocerá a este hombre. Lo seducirá. En este asunto no queremos ninguna estúpida compunción por su parte. Su cuerpo pertenece al Estado. Desde que nació, el Estado lo ha alimentado. Ahora, su cuerpo debe trabajar para el Estado. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, camarada coronel. —La lógica era ineludible.

—Acompañará a este hombre a Inglaterra. Allí, sin duda la interrogarán. El interrogatorio será blando. Los ingleses no usan métodos duros. Dará todas las respuestas que pueda sin poner en peligro al Estado. Le diremos determinadas respuestas que nos gustaría que les diera.

»Probablemente la enviarán a Canadá. Es allí donde los ingleses envían a una determinada categoría de prisioneros extranjeros. Se la rescatará y traerá de vuelta a Moscú. —Rosa Klebb observó a la muchacha. Parecía estar aceptando todo esto sin cuestionarlo—. Como ve, es un asunto comparativamente sencillo. ¿Tiene alguna pregunta, hasta ahora?

—¿Qué le sucederá al hombre, camarada coronel?

—Eso es algo que a nosotros nos resulta indiferente. Sólo lo utilizaremos como medio para introducirla a usted en Inglaterra. El objetivo de la operación es darles información falsa a los británicos. Por supuesto, camarada, nos sentiremos complacidos de oír sus propias impresiones acerca de la vida en Inglaterra. Los informes de una muchacha de tan elevado entrenamiento e inteligencia como usted serán de gran valor para el Estado.

—¡Por favor, camarada coronel!

Tatiana se sentía importante. De pronto, todo el asunto parecía emocionante. Con que sólo consiguiera hacerlo bien… Desde luego que intentaría hacerlo lo mejor posible. Pero, ¿y suponiendo que no pudiera lograr que el espía inglés se enamorara de ella? Volvió a mirar la fotografía. Inclinó la cabeza a un lado. Era un rostro atractivo. ¿Qué eran esas «artes de seducción» de las que había hablado la mujer? ¿Qué podrían ser? Tal vez podrían ayudarla.

Satisfecha, Rosa Klebb se levantó de la mesa.

—Y ahora podemos relajarnos, querida. El trabajo ha terminado por esta noche. Iré a cambiarme y mantendremos una amistosa charla. No tardaré ni

un momento. Coma más bombones, o se estropearán. —Rosa Klebb hizo un gesto vago con una mano y desapareció con aire distraído en la habitación contigua.

Tatiana se acomodó en la silla. ¡Así que se trataba de eso! La verdad es que no era tan malo, después de todo. ¡Qué alivio! ¡Y qué honor que la hubiesen escogido a ella! ¡Qué tonta era por haberse asustado tanto! Naturalmente, los líderes del Estado no permitirían que ningún mal le sobreviniera a un ciudadano inocente que trabajaba duramente y no tenía ninguna marca negra en su *zapiska*. Repentinamente, se sintió muy agradecida para con la figura paternal que encarnaba el Estado, y orgullosa porque ahora tendría una oportunidad para pagar su deuda con él. Incluso esa mujer, Rosa Klebb, no era tan mala después de todo.

Tatiana continuaba aún repasando alegremente la situación, cuando se abrió la puerta del dormitorio y «esa mujer, Klebb» apareció en la misma.

—¿Qué le parece esto, querida?

La coronel Klebb abrió sus regordetes brazos y giró sobre las puntas de los pies como una modelo. Adoptó una pose con un brazo estirado y el otro doblado a la altura de la cintura.

La boca de Tatiana se había abierto. La cerró con rapidez. Buscó algo que decir.

La coronel Klebb de SMERSH llevaba puesto un camisón semitransparente hecho de *crépe de chine* color naranja. Tenía festones de la misma tela en torno al cuello cuadrado y bajo, y festones en los puños adornados por muchos volantes. Debajo podía verse un sujetador que consistía en dos grandes rosas de satén. En la parte inferior llevaba bragas anticuadas de satén rosa con elásticos por encima de las rodillas. Una rodilla con hoyuelos, como un coco amarillento, aparecía doblada y adelantada entre los pliegues medio abiertos del camisón, en la postura clásica de las modelos. Los pies estaban enfundados en sandalias de satén rosa con pompones de plumas de avestruz. Rosa Klebb se había quitado las gafas y su rostro desnudo estaba ahora cargado de rímel, colorete y lápiz de labios.

Parecía la puta más vieja y fea del mundo.

Tatiana tartamudeó:

—Es muy bonito.

—¿Verdad que sí? —gorjeó la mujer. Se encaminó hacia un ancho sofá situado en un rincón de la sala. Estaba cubierto por un chillón tapiz campesino. En la parte trasera, contra la pared, había unos cojines de satén en colores pastel, bastante mugrientos.

Con un chillido de placer, Rosa Klebb se echó sobre él, adoptando lo que parecía la caricatura de una pose de Recamier. Alzó una mano y encendió una lámpara de mesa con pantalla rosa, cuyo pie era una mujer desnuda hecha de falso cristal de Lalique. Dio unos golpecitos en el sofá, a su lado. —Apague la luz de arriba, querida. El interruptor está junto a la puerta. Luego venga a sentarse a mi lado. Debemos conocernos la una a la otra.

Tatiana avanzó hacia la puerta. Apagó la luz cenital. Su mano cayó con gesto decidido sobre el pomo de la puerta. Lo hizo girar, abrió y salió tranquilamente al corredor. De pronto, la abandonó el valor. Cerró la puerta de golpe a sus espaldas y corrió enloquecida pasillo abajo, con las manos sobre los oídos para no oír el grito persecutor que no fue proferido.

Capítulo 10
Se enciende la mecha

Era la mañana del día siguiente.

La coronel Klebb estaba sentada ante el escritorio del espacioso despacho que constituía su cuartel general en el sótano de SMERSH. Era más una sala de operaciones que una oficina. Una pared estaba completamente tapada por un mapa del hemisferio occidental. La pared opuesta estaba cubierta por el hemisferio oriental. Detrás del escritorio y al alcance de su mano, un Telekrypton emitía ocasionalmente una señal de *en clair*, repetición de otra máquina que había en la sección de Criptografía, bajo los altos mástiles de radio colocados en el tejado del edificio. De vez en cuando, siempre que la coronel Klebb pensaba en ello, arrancaba la larga tira de papel y leía los mensajes. Se trataba de una formalidad. Si sucediera algo importante, sonaría su teléfono.

Todos los agentes que SMERSH tenía en el mundo eran controlados desde esta habitación, y se trataba de un control vigilante y férreo.

El pesado rostro tenía aspecto hosco y disipado. La piel de pollo de debajo de los ojos estaba abolsada, y en la esclerótica había venas rojas.

Uno de los tres teléfonos que tenía a su lado emitió un suave ronroneo. Ella levantó el receptor.

—Hágale pasar.

Se volvió hacia Kronsteen, que estaba sentado, limpiándose pensativamente los dientes con un sujetapapeles abierto, en un sillón

colocado contra la pared de la izquierda, debajo de la punta sur de África.

—Granitsky.

Kronsteen volvió lentamente la cabeza y miró la puerta.

Red Grant entró y la cerró con suavidad tras de sí. Avanzó hasta el escritorio y se detuvo, posando unos ojos obedientes, casi ansiosos, en los de su oficial superior. Kronsteen pensó que tenía el aspecto de un poderoso mastín que aguarda su ración de comida.

Rosa Klebb lo miró de arriba abajo con frialdad.

—¿Está en forma y listo para trabajar?

—Sí, camarada coronel.

—Echémosle un vistazo. Quítese la ropa.

Red Grant no manifestó sorpresa alguna. Se quitó el abrigo y, tras buscar con los ojos algún sitio donde colocarlo, lo dejó caer al piso. Luego, con naturalidad, se quitó el resto de la ropa y los zapatos. El gran cuerpo moreno rojizo con su vello dorado iluminó la habitación gris amarillenta.

La postura de Grant era relajada, las manos sueltas a los lados y una rodilla ligeramente doblada, como si estuviera posando para una clase de pintura.

Rosa Klebb se levantó de su asiento y rodeó el escritorio. Estudió el cuerpo con detenimiento, pinchando aquí, tanteando allá, como si estuviera comprando un caballo. Continuó hasta quedar a espaldas del hombre y prosiguió su minuciosa inspección. Antes de que completara el círculo, Kronsteen la vio extraer algo del bolsillo y guardarlo dentro de la mano. Hubo un destello metálico.

La mujer volvió a situarse ante Grant y se detuvo muy cerca de su lustroso estómago, con el brazo derecho a la espalda. Lo miró directamente a los ojos.

De pronto, con una velocidad terrible y descargando todo el peso de su hombro en el golpe, lanzó la mano derecha cerrada hacia delante, cargada con un puño de bronce, para golpear exactamente el plexo solar de Grant.

—¡Ugh!

Grant dejó escapar un gruñido de sorpresa y dolor. Las piernas se le aflojaron apenas, y luego se enderezaron. Por un brevísimo instante, sus ojos

se cerraron en agonía. Luego se abrieron y posaron una enrojecida mirada furiosa en los fríos ojos amarillos, penetrantes, que lo contemplaban desde detrás de los cuadrados cristales de las gafas. Aparte del inflamado enrojecimiento que le apareció en la piel por debajo del esternón, Grant no manifestó ningún efecto debido a aquel golpe, que habría hecho que cualquier hombre normal cayera al suelo retorciéndose de dolor.

Rosa Klebb sonrió con ferocidad. Volvió a deslizar el puño de bronce en el bolsillo, regresó a su escritorio y se sentó. Volvió la mirada hacia Kronsteen con un asomo de orgullo.

—Al menos está suficientemente en forma —comentó.

Kronsteen le contestó con un gruñido.

El hombre desnudo sonrió con tímida satisfacción. Levantó una mano y se frotó el estómago.

Rosa Klebb se recostó en el asiento y lo contempló pensativamente.

—Camarada Granitsky —dijo por fin—, hay un trabajo para usted. Se trata de una tarea importante. Más importante que cualquier cosa que haya intentado hasta ahora. Es una misión que le valdrá una medalla… —los ojos de Grant destellaron—, porque el objetivo es peligroso y difícil. Estará en un país extranjero, y solo. ¿Entendido?

—Sí, camarada coronel. —Grant estaba emocionado. Allí tenía la oportunidad para dar ese gran paso adelante. ¿Cuál sería la medalla? ¿La Orden de Lenin? Escuchó con atención.

—El objetivo es un espía inglés. ¿Le gustaría matar a un espía inglés?

—Muchísimo, de verdad, camarada coronel. —El entusiasmo de Grant era genuino. No pedía nada mejor que matar a un inglés. Tenía cuentas que arreglar con esos cabrones.

—Necesitará muchas semanas de entrenamiento y preparación. En esta misión operará usted con la cobertura de agente inglés. Sus modales y apariencia son rústicos. Tendrá que aprender al menos algunos de los trucos —la voz se volvió burlona—, de un *chentleman*. Será puesto en manos de cierto inglés que tenemos aquí. Un antiguo *chentleman* del Foreign Office en Londres.

Su tarea será hacerlo pasar por algún tipo de espía inglés. Emplean a muchos tipos de hombres diferentes. No debería ser difícil. Y tendrá que aprender muchas otras cosas. La operación se llevará a cabo a finales de agosto. Comenzará su entrenamiento de inmediato. Hay muchas cosas que hacer. Vuelva a vestirse y preséntese al ayudante de campo. ¿Entendido?

—Sí, camarada coronel. —Grant sabía que no debía hacer preguntas. Se puso la ropa, indiferente a la mirada que la mujer no apartaba de él, y avanzó hacia la puerta mientras se abotonaba la chaqueta. Entonces se volvió—. Gracias, camarada coronel.

Rosa Klebb estaba escribiendo sus notas sobre la entrevista. No respondió ni alzó los ojos, y Grant salió y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

La mujer arrojó el bolígrafo sobre la mesa y se echó hacia atrás.

—Y ahora, camarada Kronsteen, ¿hay algún punto que debamos discutir antes de poner toda la maquinaria en movimiento? Debo mencionar que el Presidium ha aprobado el objetivo y ratificado la orden de muerte. Hemos informado al camarada general Grubozaboyschikov de las líneas generales del plan trazado por usted. Él está de acuerdo. La ejecución detallada la han dejado completamente en mis manos. El personal combinado de Planificación y Operaciones ha sido seleccionado y está esperando para comenzar su trabajo. ¿Tiene alguna idea de última hora, camarada?

Kronsteen, sentado, miraba al techo con las puntas de los dedos entrelazadas. Era indiferente a la condescendencia que sonaba en la voz de la mujer. El pulso de la concentración latía en sus sienes.

—Este hombre, Granitsky, ¿es fiable? ¿Puede confiarse en él en un país extranjero? ¿No se volverá civil?

—Ha sido puesto a prueba durante casi diez años. Ha tenido muchas oportunidades de escapar. Se le ha observado en busca de signos que indicaran que tenía los pies inquietos. Nunca ha habido ni un asomo de sospecha. El hombre está en la misma situación que un drogadicto. No abandonaría la Unión Soviética más de lo que un adicto abandonaría su fuente de cocaína. Es mi mejor ejecutor. No existe ninguno que lo supere.

—¿Y la muchacha, Romanova? ¿Ha resultado satisfactoria?

—Es muy hermosa —dijo con resentimiento la mujer—. Servirá para nuestros propósitos. No es virgen, pero es gazmoña y no ha despertado sexualmente. Recibirá instrucción. Su inglés es excelente. Le he dado una cierta versión de su tarea y su objetivo. Se muestra cooperadora. Si manifestara signos de flaqueza, tengo las direcciones de algunos parientes, incluidos niños.

También conseguiré los nombres de amantes anteriores. En caso necesario, se le explicará que estas personas serán rehenes hasta que haya cumplido su misión. Tiene una naturaleza afectuosa.

Una insinuación así bastará. Pero no preveo ningún problema por su parte.

—Romanova. Es el apellido de una *buivshi*, de un miembro de las antiguas familias. Parece extraño estar usando a una Romanov para una tarea tan delicada.

—Sus abuelos eran parientes lejanos de la familia imperial. Pero ella no frecuenta los círculos *buivshi*. De todas formas, los abuelos de todos nosotros pertenecían a las antiguas familias. No hay nada que hacer al respecto.

—Nuestros abuelos no llevaban el apellido Romanov —respondió secamente Kronsteen—.

En cualquier caso, mientras usted esté satisfecha… —Reflexionó durante un momento—. Y con respecto a ese hombre, Bond, ¿hemos descubierto su paradero?

—Sí. La red inglesa del MGB ha informado que se encuentra en Londres. Durante el día, acude al cuartel general de su organización. Durante la noche duerme en su apartamento, situado en un distrito de Londres llamado Chelsea.

—Eso está bien. Esperemos que continúe allí durante las próximas semanas. Significará que no se encuentra implicado en ninguna operación. Estará en disponibilidad de salir tras nuestro cebo cuando a los ingleses les llegue el husmillo. Entre tanto —los oscuros ojos meditativos de Kronsteen continuaban examinando un determinado punto del techo—, he estado estudiando la conveniencia de los diferentes centros del extranjero. Me he

decidido por Estambul para el primer contacto. Allí tenemos un buen *apparat*. El servicio secreto británico tiene sólo un pequeño puesto. Los informes dicen que el jefe del puesto es un buen hombre. Lo liquidaremos. El centro está convenientemente situado para nosotros, y las distancias de comunicación con Bulgaria y el mar Negro son cortas. Se halla relativamente lejos de Londres. Estoy trabajando en los detalles del sitio del asesinato y los medios para atraer a Bond hasta él, después de que haya contactado con la muchacha. Será en Francia, o muy cerca de ese país. Tenemos una excelente influencia sobre la prensa francesa. Sacarán el máximo provecho de una historia como ésta, con sus sensacionales revelaciones de sexo y espionaje. También queda por decidir cuándo entrará Granitsky en la escena. Ésos son detalles menores. Debemos escoger a los cámaras y otros agentes y trasladarlos en secreto a Estambul. No debe haber apiñamiento de nuestro *apparat* en esa ciudad, nada de congestión ni de actividad inusual. Advertiremos a todos los departamentos que las comunicaciones por radio con Turquía deben mantenerse dentro de la más absoluta normalidad antes y durante la operación. No queremos que los interceptadores británicos se huelan algo. La sección de Criptografía ha concordado en que no hay ninguna objeción de seguridad a entregar la parte exterior de una máquina Spektor. Eso resultará atractivo. La máquina irá a parar a la sección de Aparatos Especiales. Ellos se encargarán de prepararla.

Kronsteen dejó de hablar. Su mirada bajó del techo con lentitud. Se puso de pie con aire pensativo. Dirigió la vista hacia los vigilantes, atentos ojos de la mujer.

—Ahora mismo no se me ocurre nada más, camarada —dijo—. Sobre la marcha irán surgiendo muchos detalles que habrá que solucionar en el momento. Pero creo que la operación puede comenzar sin riesgo.

—Estoy de acuerdo, camarada. El asunto puede avanzar a partir de ahora. Daré las directrices necesarias. —La dura voz autoritaria se suavizó —. Le agradezco mucho su cooperación.

Kronsteen bajó la cabeza un par de centímetros como acuse de recibo. Dio media vuelta y salió de la estancia sin hacer ruido.

En el silencio, el Telekrypton emitió un pitido de advertencia y comenzó su repiqueteo mecánico.

Rosa Klebb se removió en su silla y descolgó uno de los teléfonos. Marcó un número.

—Sala de Operaciones —respondió la voz de un hombre.

Los pálidos ojos de Rosa Klebb, que miraban al otro lado de la habitación, se fijaron en la forma rosada del mapa de la pared que representaba a Inglaterra. Sus labios se separaron.

—Coronel Klebb al habla. La *konspiratsia* contra el espía inglés Bond. La operación comenzará en el acto.

Segunda parte
LA EJECUCIÓN

Capítulo 11
La buena vida

El fofo abrazo de la *dolce vita* rodeaba el cuello de Bond y lo estrangulaba lentamente. Era un hombre de acción y cuando, durante un largo período, no había guerra, su espíritu entraba en decadencia.

Hacía casi un año que reinaba la paz en su especialidad profesional. Y la paz estaba matándolo.

A las 7.30 de la mañana del jueves 21 de agosto, Bond despertó en su cómodo apartamento frente a la plaza cubierta de plátanos inmediata a la calle King's Road, y se sintió molesto al descubrir que, pensando en la jornada que tenía por delante, su aburrimiento era absoluto. Del mismo modo que la haraganería es el primero de los pecados cardinales en, al menos, una religión, el aburrimiento, sobre todo la increíble circunstancia de despertarse aburrido, era el único vicio que Bond condenaba de modo inapelable.

Bond tendió una mano e hizo sonar dos veces el timbre para anunciarle a May, su muy apreciada ama de llaves, que estaba listo para desayunar. Luego, de forma abrupta, apartó la sábana de encima de su cuerpo desnudo y bajó los pies al suelo.

Sólo había una manera de contrarrestar el aburrimiento: maltratarlo hasta expulsarlo. Bond se tendió boca abajo sobre las manos e hizo veinte flexiones lentas, demorándose en cada una de modo que sus músculos no tuvieran tiempo de descansar. Cuando los brazos ya no pudieron soportar el

dolor, rodó sobre sí y, con las manos a los lados, hizo abdominales hasta que los músculos del vientre gritaron de sufrimiento. Se puso de pie y, tras tocarse los pies veinte veces, pasó a los ejercicios combinados de brazos y pecho con profundas inspiraciones hasta que se mareó. Jadeando a causa del esfuerzo, entró en el gran cuarto de baño cubierto de azulejos blancos y permaneció en la cabina de ducha de cristal, dejando correr sobre su cuerpo el agua muy caliente primero, y luego muy fría, durante cinco minutos.

Al fin, tras afeitarse y ponerse una camisa sin mangas color azul oscuro de algodón Sea Island, y unos pantalones tropicales azul marino de estambre, calzó sus pies desnudos con unas sandalias negras de cuero y atravesó el dormitorio para salir al alargado salón de grandes ventanales, satisfecho por haber expulsado el aburrimiento de su cuerpo con el sudor, al menos por el momento.

May, la escocesa madura de cabello gris acero y reservado rostro bello, entró con una bandeja que depositó sobre la mesa del mirador junto con *The Times*, el único periódico que leía Bond.

—Buenos días.

Para Bond, una de las cualidades más simpáticas de May era que no llamaba «señor» a ningún hombre, excepto (Bond le había hecho bromas al respecto años antes) a los reyes ingleses y a Winston Churchill. Como señal de excepcional consideración, a veces le concedía a Bond la insinuación de la «s» de señor al final de una palabra. Permaneció de pie junto a la mesa hasta que Bond abrió el periódico y lo plegó por la página central, en la sección de noticias.

—Ese hombre volvió anoche por lo de la televisión.

—¿De qué hombre habla? —Bond repasó los titulares.

—El hombre que viene siempre. Seis veces ha estado aquí, incordiándome, desde junio.

Después de lo que le dije la primera vez acerca de las cosas pecaminosas, era de esperar que renunciara a vendernos uno de esos aparatos. ¡Y también puede comprarse uno a plazos, si se quiere!

—Los vendedores son gente persistente. —Bond dejó el periódico y cogió la cafetera.

—Anoche le dije cuatro verdades bien dichas. ¡Mire que molestar a la gente cuando está cenando! Le pregunté si tenía algún documento, algo que demostrara quién es.

—Espero que eso haya acabado con él. —Bond llenó la gran taza hasta el borde con café negro.

—Ni en lo más mínimo. Sacó su carné sindical. Dijo que tenía todo el derecho del mundo a ganarse la vida. Era del sindicato de electricistas. Ésos son los comunistas, ¿no es cierto?

—Sí, lo son —respondió Bond con aire vago. Su mente despertó. ¿Era posible que *ellos* estuviesen vigilándolo? Bebió un sorbo de café y dejó la taza—. ¿Qué dijo exactamente ese hombre, May? —preguntó, manteniendo un tono de voz indiferente, pero mirando a la mujer.

—Dijo que estaba vendiendo aparatos de televisión a comisión en su tiempo libre. Y si estamos seguros de no querer uno. Dice que somos de los pocos de la plaza que no tenemos uno.

»Ha visto que no hay una de esas antenas sobre la casa, diría yo. Siempre pregunta si no está en casa para poder hablar con usted. ¡Vaya una cara que tiene! Me sorprende que no haya pensado en abordarlo cuando entra o sale. Siempre pregunta si espero que llegue pronto. Naturalmente, yo no le digo nada acerca de sus movimientos. Es una persona educada, no grita; si no fuera tan persistente…

«Podría ser», pensó Bond. Había muchas maneras de comprobar si el propietario estaba o no en casa. La apariencia y reacciones de un criado, una mirada por la puerta abierta. «Mire, está perdiendo el tiempo porque está fuera», sería la recepción obvia si el apartamento estuviese vacío. ¿Debería contárselo a la sección de Seguridad? Bond se encogió de hombros con irritación.

¡Qué demonios! Probablemente no tenía ninguna importancia. ¿Por qué iba esa gente a estar interesada en él? Y, si se descubría algo sospechoso, los de Seguridad eran muy capaces de hacerlo cambiar de apartamento.

—Espero que esta vez lo haya ahuyentado. —Bond alzó el rostro y le dedicó una sonrisa a May—. Yo diría que no volverá a tener noticias suyas.

—Sí —respondió May, dubitativa. Al menos, ella había cumplido las órdenes que tenía de notificarle si veía a alguien «dando vueltas por las inmediaciones». Se marchó apresuradamente con un murmullo del anticuado uniforme negro que insistía en ponerse aún en el calor de agosto.

Bond volvió a ocuparse de su desayuno. En situación normal, sería un incidente sin importancia como éste lo que dispararía un persistente tic-tac de intuición en su cerebro y, en otra época, no se habría contentado hasta resolver el problema de un hombre del sindicato comunista que no dejaba de llamar a la puerta de su casa. Ahora, a causa de los meses de ocio y falta de uso, la espada descansaba oxidada en su vaina y la guardia mental de Bond estaba baja.

El desayuno era la comida preferida por Bond. Cuando estaba estacionado en Londres, era siempre el mismo. Consistía en abundante café muy fuerte, comprado en De Bry, en New Oxford Street, hecho en una *Chemex* estadounidense de la que bebía dos grandes tazas, solo y sin azúcar.

El único huevo servido en la huevera color azul oscuro, con un anillo de oro en torno al borde, estaba hervido durante tres minutos y un tercio.

Era un huevo muy fresco, de cáscara marrón con manchitas, de las gallinas *Marans* francesas que un amigo de May tenía en el campo. (A Bond no le gustaban los huevos blancos y, caprichoso como era en tantas cosas pequeñas, le divertía sostener que existía el huevo pasado por agua perfecto). Luego había dos gruesas rebanadas de pan integral tostado, un gran pan de mantequilla amarilla de Jersey, y tres potes bajos que contenían mermelada de fresitas Tiptree «Little Scarlet»; mermelada de naranja Cooper's Vintage, de Oxford, y miel noruega de brezo comprada en Fortnum's. La cafetera y el servicio de plata que había en la bandeja eran estilo Reina Ana, y la porcelana era Minton, con la misma decoración en azul oscuro, blanco y oro que la huevera.

Aquella mañana, mientras Bond concluía el desayuno con la miel, identificó la causa inmediata de su letargía y su baja moral. Para empezar, Tiffany Case, su amor durante tantos meses felices, lo había dejado y, después de las últimas dolorosas semanas en las cuales ella se había trasladado a un hotel, acabó por embarcarse hacia Estados Unidos a finales

de julio. La echaba muchísimo de menos, y su mente aún intentaba eludir pensar en ella. Y era agosto, y Londres estaba caluroso y olía a rancio. Tenía derecho a unas vacaciones, pero no contaba con la energía ni con el deseo de marcharse solo, ni de intentar encontrar una sustituta eventual de Tiffany que lo acompañara. Así pues, se había quedado en el cuartel general de los servicios secretos, medio vacío, aburriéndose en la vieja rutina, contestándole mal a su secretaria e irritando a sus colegas.

Incluso M se había impacientado finalmente con el malhumorado tigre enjaulado en la planta de abajo y, el lunes de esa misma semana, le había enviado a Bond una cortante nota que lo designaba para una comisión investigadora a las órdenes del oficial pagador, capitán Troop. La nota decía que ya era hora de que Bond, como oficial veterano del servicio, interviniera en los principales problemas administrativos. De todas formas, no había nadie más disponible. El cuartel general estaba escaso de personal, y la sección 00 se encontraba inactiva. Se solicitaba que Bond se presentara, por favor, a las 2.30 de esa tarde, en la sala 412.

Era Troop, reflexionó Bond mientras encendía el primer cigarrillo de la jornada, la causa más importuna e inmediata de su descontento.

En todos los lugares grandes, siempre hay un hombre que es el tirano y el espantajo de la oficina, y que es cordialmente aborrecido por todo el personal. Este individuo desempeña un papel inconscientemente importante al actuar como una especie de pararrayos de los habituales odios y miedos de la oficina. De hecho, merma la influencia de estos sentimientos al proporcionarles un objetivo de descarga común. Ese hombre suele ser el director general o el jefe de la administración. Es ese hombre indispensable que se convierte en perro guardián de detalles pequeños: gastos menores, calefacción y luz, toallas y jabón para los lavabos, suministros sanitarios, cafetería, turnos de vacaciones, puntualidad del personal. Es el único hombre que tiene auténtico impacto sobre las comodidades y conveniencias de la oficina, y cuya autoridad se extiende hasta la intimidad y hábitos personales de los hombres y mujeres de la organización.

Para querer semejante puesto de trabajo, y para tener las cualificaciones necesarias para el mismo, el hombre debe poseer exactamente esas

cualidades que irritan y ponen los nervios de punta. Debe ser una una persona con fuerte sentido de la disciplina, indiferente a las opiniones de los demás. Debe ser un pequeño dictador. En todas las empresas bien llevadas siempre hay un hombre semejante. Dentro del servicio secreto, es el oficial pagador, capitán Troop, oficial retirado de la Marina Real, jefe de Administración, cuyo cometido consiste, según sus propias palabras, en «mantener el lugar tan ordenado como un barco y en buen funcionamiento».

Resultaba inevitable que los deberes del capitán Troop lo pusieran en conflicto con el resto de la organización, pero resultaba particularmente desafortunado que a M no se le hubiera ocurrido nadie mejor que Troop para designarlo como presidente de esta comisión en particular.

Porque se trataba de otra de esas comisiones de investigación que se encargaban de las delicadas complejidades del caso Burgess y Maclean, y de las lecciones que podían aprenderse del mismo.

M se la había inventado, cinco años después de cerrar su propio expediente particular sobre aquel caso, puramente como un engañabobos para el Comité Asesor de Investigacionees dentro del servicio secreto, que el primer ministro había ordenado en 1955.

De inmediato, Bond se había trabado en una indecorosa disputa sin esperanzas con Troop, acerca del empleo de «intelectuales» en el servicio secreto.

Perversamente, y a sabiendas de que irritaría, Bond había presentado la propuesta de que, si el MI5 y el servicio secreto iban a ocuparse seriamente de los «espías intelectuales» de la era atómica, deberían emplear a un cierto número de intelectuales para contrarrestarlos.

—Los oficiales retirados del ejército de la India —había declarado Bond— no tienen ninguna posibilidad de comprender los procesos de pensamiento de Burgess o de Maclean. Ni siquiera sabrán que existen personas semejantes, y mucho menos se hallarán en posición de frecuentar sus camarillas y conocer a sus amigos o enterarse de sus secretos. Una vez que Burgess y Maclean se marcharon a Rusia, la única manera de volver a establecer contacto con ellos y, quizá, cuando se cansaran de Rusia convertirlos en agentes dobles contra los rusos, habría sido enviar a sus

amigos más íntimos a Moscú, Praga y Budapest con orden de esperar hasta que uno de ellos se escabullese fuera de sus muros de piedra y estableciera contacto. Y uno de ellos, probablemente Burgess, se habría visto impulsado a contactar a causa de la soledad y por la gran necesidad de contarle su historia a alguien[22]. Pero sin duda no correrían el riesgo de hacerle revelaciones a alguien vestido con gabardina, que llevara un mostacho de caballería y tuviera una mente inferior a las de segunda categoría.

—Ah, vaya —respondió Troop con gélida calma—. Así que sugiere usted que llenemos la organización de pervertidos de pelo largo. Es una noción muy original. Pensaba que estábamos todos de acuerdo en que los homosexuales son casi el peor riesgo que existe para la seguridad. No me imagino a los estadounidenses entregándoles muchos secretos atómicos a un montón de maricones empapados en perfume.

—No todos los intelectuales son homosexuales. Y muchos de ellos son calvos. Sólo estoy diciendo que… —y así había continuado la discusión, de modo intermitente, durante las reuniones de los pasados tres días. Los otros miembros de la comisión habían, más o menos, cerrado filas en torno a Troop. Hoy tendrían que redactar las recomendaciones, y Bond se preguntaba si debía dar el impopular paso de adjuntar un informe de desacuerdo.

¿Hasta qué punto se tomaba en serio todo aquel asunto?, se preguntó Bond mientras, a las nueve en punto, salía del apartamento y bajaba las escaleras hasta su coche. ¿Estaba comportándose de manera intolerante y obstinada? ¿Se había atrincherado en una posición única con el solo objetivo de darles a sus dientes algo que morder? ¿Estaba tan aburrido que no se le ocurría nada mejor que hacer que transformarse en un fastidio para la organización? Bond no lograba decidirse. Se sentía inquieto e indeciso y, por detrás de todo eso, había una molesta intranquilidad que no era capaz de identificar.

Cuando pulsó el arranque automático y los tubos de escape gemelos despertaron con su palpitante incandescencia, una cita sin autor se deslizó en la mente de Bond, como caída del cielo:

«Los dioses aburren primero a aquellos a quienes han decidido destruir.»

Capítulo 12
Coser y cantar

Según resultaron las cosas, Bond nunca tuvo que tomar una decisión sobre el informe final del comité.

Había elogiado a su secretaria por el vestido nuevo de verano que llevaba, y estaba a mitad del expediente de mensajes que habían llegado durante la noche, cuando el teléfono rojo, que sólo podía significar M o su jefe de estado mayor, emitió un suave y perentorio ronroneo. Bond cogió el receptor.

—007.

—¿Puede subir? —Era el jefe de estado mayor.

—¿M?

—Sí, y al parecer será una sesión larga. Ya le he dicho a Troop que no podrá asistir a la reunión del comité.

—¿Tiene idea de qué se trata?

El jefe de estado mayor rió entre dientes.

—Bueno, de hecho, sí que la tengo. Pero será mejor que se lo cuente él mismo. Eso le dará qué pensar. El asunto tiene una característica bastante rara.

Mientras Bond se ponía la chaqueta y salía al pasillo dando un portazo a sus espaldas, tuvo la inconfundible sensación de que había sonado el disparo de salida y de que los días más calurosos habían tocado a su fin. Incluso la subida hasta el último piso en el ascensor, y el paseo por el largo corredor

silencioso hasta la puerta del pequeño despacho de M, parecieron cargados del significado de aquellas otras ocasiones en que el sonido del teléfono rojo había sido la señal que lo había disparado, como a un proyectil cargado, al otro lado del mundo, hacia algún lejano objetivo escogido por M. Y los ojos de la señorita Moneypenny, la secretaria personal de M, tenían esa vieja expresión emocionada de conocimiento de secreto, cuando alzó la cara para sonreírle y pulsó el botón del intercomunicador.

—007 está aquí, señor.

—Hágale pasar —respondió la voz metálica, y la luz roja de reunión privada se encendió encima de la puerta.

Bond la traspasó y cerró con suavidad a sus espaldas. La habitación estaba fresca, o tal vez eran las persianas que daban una sensación de frescor. Proyectaban barras de luz y sombra sobre la alfombra verde oscuro hasta el borde del gran escritorio central. Allí el sol se detenía, de modo que la figura que estaba tras el escritorio se hallaba sentada en medio de una difusa sombra de tono verdoso. En el techo, justo encima del escritorio, un gran ventilador tropical de doble pala, reciente añadido al despacho de M, giraba lentamente, removiendo el tormentoso aire de agosto que, incluso en lo alto del Regent's Park, se había vuelto pesado y rancio después de la ola de calor que había durado una semana.

M señaló una silla colocada al otro lado del escritorio de cuero rojo. Bond se sentó y miró al tranquilo rostro curtido de marinero al que quería, honraba y obedecía.

—¿Le importa si le hago una pregunta personal, James? —M nunca le hacía preguntas personales a sus empleados, y a Bond no se le ocurría cuál podía ser.

—No, señor.

M cogió su pipa del gran cenicero de cobre y comenzó a llenarla, contemplando pensativamente sus dedos en movimiento. Con tono áspero, prosiguió:

—No está obligado a responder, pero la pregunta tiene que ver con su, eh, amiga, la señorita Case. Como ya sabe, no suelo interesarme por estos asuntos, pero he oído decir que ustedes han estado, eh, viéndose mucho

desde el asunto de los diamantes. Incluso hay quienes piensan que tal vez acaben por casarse. —M alzó la vista hacia Bond y volvió a bajarla. Se colocó la pipa llena en la boca y le acercó una cerilla encendida. Por un lado de la boca, mientras aspiraba la danzante llama, añadió—: ¿Desea contarme algo al respecto?

«¿Y qué más? —se preguntó Bond—. ¡Malditos chismorreos de oficina!»

—Bueno, señor —dijo, malhumorado—, la verdad es que nos llevábamos bien. Y surgió la idea de que tal vez podríamos casarnos. Pero luego ella conoció a un tipo en la embajada estadounidense. Del personal del agregado militar. Un comandante del cuerpo de marina. Y supongo que va a casarse con él. De hecho, los dos han regresado a Estados Unidos. Tal vez sea mejor así. Los matrimonios entre personas de diferentes nacionalidades no suelen tener éxito.

»Supongo que él es bastante buen tipo. Tal vez sea mejor para ella que vivir en Londres. La verdad es que no podía establecerse aquí. Es una buena muchacha, pero un poco neurótica. Tuvimos demasiadas peleas. Probablemente por culpa mía. De todas formas, eso ya ha terminado.

M le dedicó una de las breves sonrisas que le iluminaban más los ojos que la boca.

—Lamento que haya salido mal, James —dijo. En la voz de M no había ni rastro de compasión.

Reprobaba el carácter mujeriego de Bond, como lo denominaba para sí mismo, aunque reconocía que su prejuicio en este tema era una reliquia de su educación victoriana. No obstante, como jefe de Bond, lo último que quería era que el agente se atara de forma definitiva a la falda de una sola mujer—. Tal vez sea mejor así. En esta profesión, no es buena cosa mezclarse con mujeres neuróticas. Se le cuelgan a uno del brazo con el que dispara, si comprende lo que quiero decir. Disculpe por preguntarle por ese asunto. Debía conocer la respuesta antes de hablarle de lo que ha surgido.

»Se trata de un asunto bastante extraño. Resultaría difícil implicarlo en él si estuviera a punto de casarse, o algo parecido.

Bond sacudió la cabeza, esperando que le contara la historia.

—Muy bien, pues —continuó M. Había una nota de alivio en su voz. Se recostó en el respaldo de la silla y chupó varias veces la pipa para que se encendiera bien—. Lo que ha sucedido es lo siguiente. Ayer nos llegó un largo mensaje procedente de Estambul. Al parecer, el martes pasado, el jefe del puesto T recibió un mensaje anónimo mecanografiado que le decía que sacara un billete de ida y vuelta en el transbordador de las ocho de la noche que va desde el Puente Gálata a la embocadura del Bosforo y regresa. Nada más. El jefe del puesto T es un tipo aventurero, y por supuesto, cogió el transbordador. Se quedó en proa junto a la borda, y esperó. Pasado más o menos un cuarto de hora, una muchacha se acercó y se detuvo junto a él. Era una joven rusa, muy guapa, según dice, y después de que charlaran un poco acerca de la vista y cosas parecidas, ella cambió de repente y, en el mismo tipo de voz convencional, le contó una historia extraordinaria.

M hizo una pausa para acercar una cerilla encendida a su pipa. Bond intervino.

—¿Quién es el jefe del puesto T? Yo nunca he trabajado en Turquía.

—Es un hombre llamado Kerim, Darko Kerim. De padre turco y madre inglesa. Se trata de un hombre notable. Ha sido jefe del puesto T desde la guerra. Uno de los mejores hombres que tengo en el mundo. Realiza una labor maravillosa. Adora su trabajo. Es muy inteligente y conoce esa zona del mundo como la palma de su mano. —M apartó a Kerim de la conversación con un gesto lateral de la mano—. En fin, el caso es que, según la historia que le contó, la muchacha era cabo del MGB. Había estado en el oficio desde que salió del colegio, y acababan de trasladarla a Estambul como oficial de criptografía. Ella misma tramó su traslado porque quería salir de Rusia y venir aquí.

—Eso está bien —comentó Bond—. Podría resultarnos útil tener a una de sus chicas de criptografía. Pero, ¿por qué quiere venir aquí?

M miró a Bond desde el otro lado de la mesa.

—Porque está enamorada. —Hizo una pausa, y añadió con voz suave—: Dice que está enamorada de usted.

—¿Enamorada de mí?

—Sí, de usted. Eso dice ella. Se llama Tatiana Romanova. ¿Ha oído hablar de ella alguna vez?

—¡Santo Dios, no! Quiero decir, no, señor. —M sonrió ante la mezcla de expresiones que afloró al rostro de Bond—. Pero, ¿qué demonios quiere decir? ¿Me ha conocido alguna vez? ¿Cómo sabe que existo?

—Bueno —respondió M—, todo el asunto parece absolutamente ridículo. Aunque es tan disparatado que muy bien podría ser verdad. La muchacha tiene veinticuatro años. Desde que entró en el MGB ha estado trabajando en el índice Central ruso, que es lo mismo que nuestros archivos. Y ocupaba un puesto en la sección inglesa del mismo. Trabajó allí durante seis años.

»Uno de los expedientes de los que tuvo que ocuparse fue el suyo.

—Me gustaría ver ese expediente —comentó Bond.

—La historia que cuenta es que primero le gustaron las fotografías suyas que había en el expediente. Que sintió admiración por su aspecto y demás. —M bajó las comisuras de los labios, como si acabara de chupar un limón —. Leyó todos sus casos y decidió que usted era un tipo fuera de serie.

Bond miró desdeñosamente. La expresión de la cara de M era evasiva.

—Dijo que usted le atraía particularmente porque le recordaba a un héroe de un libro escrito por un tipo ruso llamado Lermontov. Al parecer, era su libro preferido. A ese héroe le gustaba el juego y se pasaba todo el tiempo metiéndose en broncas y saliendo de ellas. En cualquier caso, usted se lo recordaba. Dice que llegó a no pensar en nada más, y que un día se le ocurrió la idea de que, si lograba que la trasladaran a uno de los centros extranjeros, podría ponerse en contacto con usted y usted iría a rescatarla.

—Nunca he oído una historia tan disparatada como ésa, señor. Sin duda, el jefe del puesto T no se la tragó.

—Espere un momento —lo atajó M con voz enojada—. No se apresure demasiado por el simple hecho de que ha surgido algo con lo que nunca se ha tropezado. Suponga que fuese usted una estrella del cine en lugar de estar en este oficio en particular. Recibiría amorosas cartas de muchachas de todo el mundo, llenas de vaya a saberse qué necedades acerca de no poder vivir sin usted y cosas por el estilo. Aquí tenemos a una muchacha que hace

trabajo de secretaria en Moscú. Probablemente todo el departamento está lleno de mujeres, como en nuestros archivos.

Ni un solo hombre en la sala al que mirar, y ahí está ella, ante su, eh, apuesto rostro, en un expediente que cada dos por tres tiene que coger para actualizarlo. Y, como creo que suele decirse por ahí, pierde la chaveta por esas fotografías igual que todas las secretarias del mundo pierden la chaveta por las horribles caras que salen en las revistas. —M movió la pipa a un lado para indicar su ignorancia respecto a este espantoso hábito femenino—. Bien sabe el Señor que yo no entiendo mucho de estas cuestiones, pero debe admitir que suceden.

Bond sonrió ante esta súplica de ayuda.

—Bueno, de hecho, señor, estoy comenzando a ver que hay algo de sentido en todo el asunto. No existe ninguna razón por la que una muchacha rusa no pueda ser tan tonta como una inglesa.

»Pero debe de tener agallas para hacer lo que hizo. ¿Le ha dicho el jefe del puesto T si ella se daba cuenta de las consecuencias en caso de que la descubrieran?

—Él dijo que estaba muerta de miedo —respondió M—. Pasó todo el tiempo que estuvieron en el transbordador mirando a su alrededor para ver si alguien la observaba. Pero al parecer sólo había los campesinos y los trabajadores habituales que cogen este transbordador, y como era una hora tardía, no había muchos pasajeros. Pero espere un momento. Aún no conoce ni la mitad de la historia. —M chupó largamente su pipa y expulsó una nube de humo a lo alto, hacia el ventilador que giraba con lentitud por encima de su cabeza. Bond observó como el humo era atrapado por las aspas y arremolinado hasta desaparecer—. Ella le contó a Kerim que esta pasión por usted se transformó de modo gradual en una fobia. Llegó a odiar la visión misma de los hombres rusos.

»Con el paso del tiempo esto se convirtió en una aversión hacia el régimen y particularmente hacia el trabajo que realizaba para ese régimen y, por así decirlo, contra usted. Así que solicitó el traslado al extranjero; y puesto que era muy buena en los idiomas inglés y francés, llegado el momento le ofrecieron trasladarse a Estambul si le interesaba entrar en la

sección de Criptografía, lo cual significaba una reducción de salario. Para abreviar, después de seis meses de entrenamiento, llegó a Estambul hace unas tres semanas. Entonces curioseó por ahí y, al cabo de poco, consiguió el nombre de nuestro hombre, Kerim. Hace tanto tiempo que está allí, que a estas alturas toda Turquía sabe lo que hace. A él no le importa, y eso aparta la atención de los agentes especiales que enviamos a la ciudad de vez en cuando. No hace ningún daño tener un hombre visible en algunos de estos lugares. Serían muchos los tipos que acudirían a nosotros si supieran adonde ir y con quién hablar.

—El agente público —comentó Bond— a menudo obtiene mejores resultados que el hombre que debe dedicar un montón de tiempo y de energías a mantener su clandestinidad.

—Así que le envió la nota a Kerim. Ahora quiere saber si él puede ayudarla. —M hizo una pausa y chupó la pipa con aire pensativo—. Por supuesto, la primera reacción de Kerim fue exactamente la misma que ha tenido usted, y le formuló cuidadosas preguntas en busca de una trampa. Pero sencillamente no pudo ver lo que podían ganar los rusos enviándonos a esta muchacha. Durante todo ese tiempo el transbordador se alejaba más y más remontando el Bósforo, y pronto daría la vuelta para regresar a Estambul. Y la muchacha se desesperaba cada vez más y más mientras Kerim intentaba destruir su historia. Y entonces —prosiguió M, cuyos ojos destellaron suavemente posados en Bond— invocó el argumento decisivo.

¡Ese destello en los ojos de M!, pensó Bond. Qué bien conocía esos momentos en que los fríos ojos de M delataban su emoción y codicia.

—Ella tenía una última carta para jugar. Y sabía que era un as de triunfos. Si podía venir aquí, traería consigo su máquina descifradora. Se trata de una Spektor flamante. La única cosa que daríamos los ojos por tener.

—Dios… —dijo Bond con voz suave, mientras su mente daba vueltas ante la inmensidad del premio. ¡La Spektor! La máquina que les permitiría descifrar los mensajes de más alto secreto.

Tener eso, aunque su desaparición se descubriera de inmediato y se cambiaran las programaciones de la misma, o el aparato fuera retirado de servicio en las embajadas rusas y los centros de espionaje de todo el mundo,

sería una victoria incalculable. Bond no poseía muchos conocimientos de criptografía y, en bien de la seguridad, por si llegaban a capturarlo, prefería tener los menos posibles acerca de sus secretos; pero al menos sabía que la pérdida de la Spektor significaría un enorme desastre para el servicio secreto ruso.

Bond estaba vendido. Aceptó de inmediato toda la fe que M había depositado en la historia de la muchacha, por disparatada que pudiese ser. El hecho de que una rusa les llevara este regalo, y que corriera el espantoso riesgo de llevárselo, sólo podía significar un acto de desesperación, de apasionamiento desesperado, si se quería. Tanto si la historia de la muchacha era cierta como si no, las apuestas eran demasiado altas para rechazar el juego.

—¿Lo ve, 007? —preguntó M con voz suave. No resultaba difícil leer la mente de Bond a través de la emoción que había en sus ojos—. ¿Ve lo que quiero decir?

Bond vaciló.

—¿Pero dijo cómo podía llevársela?

—No con exactitud. Pero Kerim dice que se mostró absolutamente segura. Habló de algo relacionado con su guardia nocturna. Al parecer, en determinadas noches de la semana ella está sola y duerme en un catre de tijera dentro de la oficina. Parece no tener dudas al respecto, aunque se da cuenta de que la fusilarían sin preámbulos si alguien llegara a tener la más leve sospecha de lo que planea. Le preocupaba saber cómo me transmitiría Kerim todo esto. Le hizo prometer que codificaría él mismo el mensaje, que lo enviaría una sola vez y que no guardaría ninguna copia.

»Naturalmente, él hizo lo que le pedía. En cuanto la muchacha mencionó la Spektor, Kerim supo que podría tener ante sí el golpe más importante que se nos ha presentado desde la guerra.

—¿Y luego qué sucedió, señor?

—El transbordador estaba llegando a un lugar llamado Ortakoy. Ella dijo que se bajaría allí.

»Kerim le prometió enviar el mensaje esa misma noche. La muchacha se negó a acordar cualquier medio para establecer contacto. Sólo dijo que ella

mantendría su parte del trato si nosotros manteníamos la nuestra. Le dio las buenas noches a nuestro hombre y se mezcló con la gente que descendía por la pasarela. Fue la última vez que Kerim la vio.

De pronto, M se inclinó adelante en su asiento y clavó los ojos en Bond.

—Pero, por supuesto, él no pudo garantizarle que aceptaríamos la propuesta.

Bond no dijo nada. Creyó poder predecir lo que vendría a continuación.

—La muchacha sólo hará esas cosas con una condición. —Los ojos de M se estrecharon hasta ser ranuras feroces, cargadas de significado—. Que vaya usted a Estambul y las traiga a ella y a la máquina a Inglaterra.

Bond se encogió de hombros. Eso no planteaba ninguna dificultad. Pero… Le dirigió a M una mirada franca.

—Eso debería ser como coser y cantar, señor. Hasta donde yo puedo juzgar, hay un solo obstáculo. Ella sólo ha visto fotografías mías y ha leído muchas historias emocionantes. Supongamos que cuando me ve en persona, resulta que no estoy a la altura de sus expectativas.

—Allí es donde debe realizar su trabajo —respondió M, ceñudo—. Por eso le formulé antes las preguntas relacionadas con la señorita Case. Depende de usted encargarse de estar, sin excusa, a la altura de sus expectativas.

Capítulo 13
La BEA lo lleva adonde quiera…

Los cuatro propulsores de extremos cuadrados fueron encendiéndose lentamente, uno a uno, y se transformaron en silbantes sombras. El zumbido bajo de los turborreactores ascendió hasta un constante gemido agudo. La calidad del sonido y la absoluta ausencia de vibraciones eran diferentes de los que producían el rugido entrecortado y los caballos de fuerza, llevados al límite de su potencia, de los otros aviones en que había volado Bond. Mientras el Viscount rodaba con facilidad hacia la reluciente pista de despegue este-oeste del aeropuerto de Londres, Bond tenía la sensación de estar sentado dentro de un costoso juguete mecánico.

Se produjo una pausa mientras el comandante de vuelo aceleraba los cuatro turborreactores hasta que emitieron un grito ensordecedor y luego, con una sacudida que señaló el momento en que se le quitaron los frenos al aparato, el vuelo 130 de las 10.30 de la mañana de la compañía BEA con destino a Roma, Atenas y Estambul, ganó velocidad, aceleró por la pista y ascendió en un despegue rápido, suave.

En diez minutos habían llegado a los seis mil metros de altitud y se dirigían al sur por el amplio corredor aéreo que recibe el tráfico mediterráneo procedente de Inglaterra. El alarido de los reactores disminuyó hasta un somnoliento silbido bajo. Bond se soltó el cinturón de seguridad y encendió un cigarrillo. Cogió el delgado maletín de aspecto costoso que había dejado en el suelo junto a él y sacó de dentro *La máscara de*

Dimitrios, de Eric Ambler, para luego dejar el maletín, que era muy pesado a pesar del tamaño, sobre el asiento que tenía a su lado. Pensó en lo sorprendida que se habría sentido la muchacha de facturación del aeropuerto de Londres, si hubiera pesado el maletín en lugar de dejarlo pasar como «equipaje de mano». Y si, a su vez, los de aduanas se hubieran sentido intrigados por su peso, ¡qué interesados habrían estado al pasarlo por el interior del aparato de rayos láser!

La sección Q, a cargo del material, había preparado este maletín de elegante aspecto, explotando a fondo el cuidadoso trabajo de artesanía de Swaine y Adeney, para dar cabida a cincuenta balas de munición de 25 milímetros en dos hileras planas, metidas entre el cuero y el forro del borde inferior. En cada uno de los inocentes laterales había un cuchillo arrojadizo plano, hecho por Wilkinsons —los fabricantes de espadas—, y los extremos de las empuñaduras estaban inteligentemente disimulados por las costura de las esquinas. A pesar de los esfuerzos de Bond para convencerlos mediante burlas de abandonar la idea, los artesanos de Q habían insistido en hacer un compartimento secreto dentro del asa del maletín que, al presionar un determinado punto, dejaba caer en la palma de la mano una cápsula letal de cianuro. (En cuanto le entregaron el maletín, Bond había echado la cápsula por el retrete). Más importante era el tubo de crema de afeitar Palmolive que había en el neceser, por lo demás inocente. La parte superior del mismo se desenroscaba y dejaba a la vista el silenciador de una Beretta, envuelto en algodón. En caso de que se necesitara dinero en efectivo, la tapa del maletín contenía cincuenta soberanos de oro. Estos podían extraerse deslizando a un lado el bulto formado por las dos capas de una doble costura reforzada.

El complicado maletín de trucos divertía a Bond, aunque también reconocía que, a pesar de sus cuatro kilos y medio de peso, era una manera conveniente de transportar las herramientas de su oficio que, de otra forma, habrían estado ocultas en su propio cuerpo.

En el avión viajaban sólo una docena de pasajeros variados. Bond sonrió al pensar en el horror que habría experimentado Loelia Ponsonby, si hubiera sabido que eso hacía un total de trece. El día anterior, después de dejar la oficina de M y haber regresado a la suya para preparar los detalles

del vuelo, su secretaria había protestado violentamente ante la idea de que viajara en un viernes trece.

—Pero si los días trece es cuando se viaja mejor —le había explicado Bond, con paciencia—. Prácticamente no hay pasajeros, y se está cómodo y uno recibe una mejor atención. Siempre escojo el trece cuando puedo.

—Bueno —había respondido ella con resignación—, el que se mate serás tú. Pero yo me pasaré todo el día preocupada. Y, por el amor de Dios, no pases por debajo de ninguna escalera ni hagas ninguna tontería esta noche. No debes tentar a la suerte de esta manera. Yo no sé para qué vas a Turquía, y no quiero saberlo. Pero tengo un mal presentimiento metido en los huesos.

—¡Ah, esos hermosos huesos! —había bromeado Bond—. Los llevaré a cenar el día que regrese.

—No harás nada parecido —había respondido ella con frialdad. Más tarde se despidió de él con un beso, repentinamente cálido, y, por centésima vez, Bond se había preguntado por qué se molestaba con otras mujeres cuando la más adorable de todas ellas era su secretaria.

El avión continuaba silbando regularmente por encima del interminable mar de nata batida que parecían las nubes, cuyo aspecto era lo bastante sólido como para aterrizar sobre ellas si fallaban los motores. Las nubes se abrieron y apareció un lejano resplandor azul a su izquierda, que era París. Durante una hora sobrevolaron los quemados campos de Francia hasta que, después de Dijon, la tierra cambió de un verde pálido a uno más oscuro al ascender hacia el Jura.

Llegó el almuerzo. Bond dejó a un lado el libro y los pensamientos que se interponían constantemente entre él y la página impresa y, mientras comía, contempló el calmo espejo del lago Lemán. A medida que los bosques de pinos ascendían hacia los parches de nieve que había entre los hermosos y limpios dientes de los Alpes, recordó sus lejanas vacaciones de esquí. El avión rodeó el gran colmillo del Mont Blanc, a unos pocos cientos de metros a babor, y Bond bajó los ojos hacia la sucia piel gris de elefante que formaban los glaciares, y volvió a verse a sí mismo, un muchacho adolescente, con el extremo superior de la cuerda en torno a la cintura,

asegurándose contra la cima de una chimenea de roca de las Aiguilles Rouges, mientras sus dos compañeros de la universidad de Ginebra avanzaban poco a poco por la lisa roca hacia él.

¿Y ahora? Bond le dedicó una sonrisa torcida a su reflejo en la ventanilla del aparato, mientras el avión dejaba atrás las montañas y volaba sobre la terraza estriada de Lombardía. Si aquel joven James Bond lo abordara en la calle y le hablase, ¿reconocería acaso la sana, vehemente juventud que había tenido a los diecisiete años? ¿Y qué pensaría aquel joven de él, del agente secreto, del James Bond mayor? ¿Se reconocería a sí mismo bajo la superficie de este hombre que estaba curtido por años de traición, implacabilidad y miedo… este hombre con los fríos ojos arrogantes, la cicatriz en la mejilla y el bulto plano en la axila izquierda? Y si el joven lo reconocía, ¿cómo lo juzgaría? ¿Qué pensaría de la actual misión de Bond? ¿Qué pensaría del apuesto agente secreto que viajaba al otro lado del mundo con una misión nueva y de lo más romántica… a prostituirse por Inglaterra?

Bond apartó de su mente el pensamiento de su muerta juventud. Nunca especules sobre el pasado. Pensar en lo que podría haber sido constituía una pérdida de tiempo. Sigue tu destino, conténtate con él y alégrate de no ser un vendedor de coches de segunda mano, o un periodista de la prensa sensacionalista, conservado en ginebra y nicotina, o estar tullido, o muerto.

Mientras miraba el urbanismo descontrolado y calcinado por el sol de Génova y el suave azul de las aguas del Mediterráneo, Bond cerró su mente al pasado y se concentró en el futuro inmediato, en este asunto, como lo describía amargamente para sí mismo, de «prostituirse por Inglaterra».

Porque eso, con independencia de cómo se describiera, era lo que iba a hacer: seducir, y seducir muy rápidamente, a una muchacha a la que nunca había visto, cuyo nombre había oído ayer por primera vez. Y durante todo el tiempo, por muy atractiva que fuera —y el jefe del puesto T la había descrito como «muy hermosa»—, toda la atención de Bond tendría que ser dedicada, no a lo que ella fuera, sino a lo que tenía, a la dote que llevaba consigo. Sería como intentar casarse con una mujer rica por su dinero. ¿Sería capaz de representar su papel? Tal vez siempre podría hacer buena cara y decir las

cosas adecuadas, pero ¿se disociaría su cuerpo de sus pensamientos secretos y haría efectivo el amor que declararan sus labios? ¿Cómo podrían funcionar los hombres de modo creíble en la cama, cuando tenían la mente centrada en la cuenta bancaria de la mujer? Tal vez había un estímulo erótico en la idea de que uno estaba saqueando una bolsa de oro. Pero, ¿una máquina descifradora?

El Elba pasó debajo de ellos y el avión se deslizó a su suave vuelo de ochenta kilómetros hasta Roma. Media hora entre los parloteantes altavoces del aeropuerto Ciampini, tiempo para beber dos excelentes copas de vermut con bíter, y partieron nuevamente, volando suavemente hacia el sur rumbo a la punta de la bota itálica; la mente de Bond volvió a examinar los minuciosos detalles del encuentro que se aproximaba a cuatrocientos ochenta kilómetros por hora.

¿Acaso todo el asunto era un complicado plan del MGB del que no conseguía encontrar la clave? ¿Estaría avanzando hacia algún tipo de trampa que ni siquiera podía desentrañar la tortuosa mente de M? Bien sabía Dios que a M le preocupaba la posibilidad de dicha trampa. Cada ángulo concebible de las evidencias, a favor y en contra, había sido escrutado, no sólo por M sino también por una reunión formal de los jefes de sección que habían trabajado durante toda la tarde y parte de la noche anteriores. Pero, con independencia del ángulo desde el que habían examinado el caso, no habían sido capaces de sugerir qué podían obtener los rusos con aquello. Puede que quisieran secuestrar a Bond e interrogarlo. Pero ¿por qué a Bond? No era más que un agente de operaciones que no estaba implicado en el funcionamiento general del servicio secreto, que no guardaba en la mente nada útil para los rusos, excepto los detalles de la misión del momento y cierta cantidad de información previa que no podía ser vital en modo alguno. O podrían querer matar a Bond, como acto de venganza. Sin embargo, él no se había cruzado con ellos en los últimos dos años. Si querían matarlo, sólo tenían que dispararle en las calles de Londres, o en su apartamento, o ponerle una bomba en el coche.

Los pensamientos de Bond se vieron interrumpidos por la azafata.

—Por favor, abróchense los cinturones de seguridad.

Mientras la mujer hablaba, el avión descendió vertiginosamente y volvió a ascender con una fea nota de tensión en el alarido de los reactores. El cielo se puso repentinamente negro en el exterior.

La lluvia martilleó las ventanillas. Se produjo el cegador destello de luz azul y blanca y los sacudió un choque, como si una bomba antiaérea les hubiese caído encima. El avión comenzó a sacudirse y a vibrar en el vientre de la tormenta eléctrica que los había emboscado en la entrada del Adriático.

Bond percibió el olor del peligro. Es un olor real, algo así como la mezcla de sudor y electricidad estática que se percibe en un salón de máquinas de juego. Una vez más, el rayo tendió su brazo sobre la ventanilla. Restalló. Fue como si se encontraran en el centro de un trueno. De repente, el avión pareció increíblemente pequeño y frágil. ¡Trece pasajeros! ¡Viernes trece! Bond pensó en las palabras de Loelia Ponsonby y sintió las manos húmedas aferradas a los posabrazos del asiento. ¿Qué edad tendrá este avión?, se preguntó. ¿Cuántas horas de vuelo ha realizado? ¿Se habría metido en sus alas el escarabajo mortal de la fatiga metálica? ¿Cuánto de su fortaleza se habría comido ya? Tal vez no llegaría a Estambul, después de todo. Tal vez una caída en picado en el golfo de Corinto sería el destino que él había estado explorando filosóficamente apenas una hora antes.

En el centro de los pensamientos de Bond había una habitación a prueba de huracanes, como el tipo de fortaleza que se encuentra en las casas antiguas de los trópicos. Estas habitaciones son celdas pequeñas, de construcción robusta, situadas en el centro de la vivienda, en medio de la planta baja, y a veces, excavadas dentro de los cimientos. A esta celda se retiran el dueño y su familia en caso de que una tormenta amenace con destruir la casa, y permanecen en ella hasta que pasa el peligro. Bond entraba en su habitación a prueba de huracanes sólo cuando la situación escapaba a su control y no podía emprenderse ninguna otra acción. Ahora se retiró a esta fortaleza, cerró la mente al infierno de ruido y violentas sacudidas, y aguardó con los nervios relajados lo que el destino hubiese decidido para el vuelo 130 de la BEA.

Casi de inmediato las cosas mejoraron dentro del avión. La lluvia dejó de martillear las ventanillas y el sonido de los reactores volvió a su silbido imperturbable. Bond abrió la puerta de su habitación a prueba de huracanes y salió. Giró la cabeza lentamente, miró con curiosidad por la ventanilla y observó la diminuta sombra del avión que corría allá abajo por las calmas aguas del golfo de Corinto. Profirió un suspiro enorme y se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar su pitillera hecha con bronce de cañones. Se sintió satisfecho al ver que sus manos no temblaban en lo más mínimo mientras sacaba el mechero y encendía uno de los cigarrillos Morland, los de los tres anillos dorados. ¿Debía decirle a Lil que tal vez había estado a punto de tener razón? Decidió que si en Estambul podía encontrar una postal lo bastante grosera, lo haría.

En el exterior, el día se apagaba con los colores de un delfín moribundo, y el Monte Hymettós avanzó hacia ellos, azul en el ocaso. Descendieron sobre la parpadeante extensión de Atenas y, al cabo de poco, el Viscount rodaba por la pista de cemento reglamentaria con su manga catavientos flácida y los letreros en las extrañas letras danzantes que Bond apenas había visto desde que estaba en el colegio.

Bond bajó del avión con un puñado de pálidas personas silenciosas, y avanzó hasta el área de pasajeros en tránsito, donde estaba el bar. Pidió un vaso de ouzo, se lo bebió de un sorbo y a continuación bebió un sorbo de agua helada. Había una fuerte aspereza bajo el sedoso sabor anisado, y Bond sintió que la bebida le prendía un ligero, rápido fuego desde la garganta hasta el estómago. Dejó el vaso en la barra y pidió otro.

Para cuando los altavoces lo llamaron, ya estaba oscuro y la media luna navegaba limpia y alta por encima de las luces de la ciudad. El aire tenía la suavidad de la noche, olía a flores y se oía el pulso regular del canto de las cigarras y la lejana voz de un hombre que entonaba una canción.

La voz era clara y triste, y el canto tenía una nota de lamento. Cerca del aeropuerto un perro ladró nervioso al percibir un olor humano desconocido. De repente, Bond se dio cuenta de que había llegado a Oriente, donde el

perro guardián aulla durante toda la noche. Por alguna razón, al darse cuenta de esto sintió una punzada de placer y emoción en el corazón.

Les quedaba sólo un vuelo de noventa minutos hasta Estambul, cruzando el oscuro Egeo y el mar de Mármara. Una cena excelente, con dos Martini secos y media botella de clarete Calvet, apartó de la mente de Bond toda reserva acerca de volar en viernes trece y sus preocupaciones respecto a la misión, y las sustituyó por un humor de placentera expectación.

Por fin llegaron y las cuatro turbinas del avión lo hicieron rodar hasta detenerse en la pista del moderno aeropuerto de Yesilkoy, a una hora de Estambul por carretera. Bond se despidió de la azafata, le dio las gracias por el agradable vuelo, pasó por el control de pasaportes con su pesado maletín y acudió a aduanas para esperar a que su maleta saliera del avión.

Así que estos feos funcionarios, pulcros e insignificantes, eran los turcos modernos. Escuchó sus voces llenas de vocales abiertas, sibilantes silenciosas y modificados sonidos de la letra «u», y observó los oscuros ojos que desmentían las voces suaves, corteses. Eran ojos brillantes, coléricos, crueles que hacía muy poco que habían descendido de las montañas. Bond creía conocer la historia de esos ojos. Se trataba de ojos que durante siglos habían sido formados para vigilar ovejas y descifrar pequeños movimientos en el horizonte. Eran ojos que no perdían de vista la mano del cuchillo, sin que se notara; contaban cada grano de cereal y pequeña fracción de moneda, y reparaban en el movimiento de los dedos del mercader. Eran ojos duros, desconfiados, celosos. A Bond no le gustaban.

Al salir de la aduana, un hombre alto y delgado, con caído mostacho negro, salió de las sombras. Llevaba puesto un elegante guardapolvos y una gorra de chófer. Lo saludó y, sin preguntarle a Bond su nombre, cogió la maleta de éste y abrió la marcha hacia un lustroso coche aristocrático: un Rolls Royce antiguo de color negro, modelo coupé-de-ville, que Bond supuso que debía de haber sido fabricado para un millonario de la década de 1920.

Cuando el coche se deslizaba fuera del aeropuerto, el hombre se volvió y, con voz cortés, habló por encima del hombro en un inglés excelente.

—Kerim Bey pensó que preferiría descansar esta noche, señor. Debo pasar a buscarlo mañana a las nueve de la mañana. ¿En qué hotel se alojará, señor?

—En el Kristal Palas.

—Muy bien, señor.

El coche avanzó como un suspiro por una ancha carretera moderna. Detrás de ellos, entre las luces y sombras del aparcamiento del aeropuerto, Bond oyó vagamente las crepitaciones de una motocicleta que se ponía en marcha. El sonido carecía de significado para él, así que se acomodó en el asiento para disfrutar del viaje.

Capítulo 14
Darko Kerim

James Bond despertó temprano en su sórdida habitación del Kristal Palas, situado en las elevaciones de Pera, y distraídamente bajó una mano para explorar una comezón que tenía en la parte exterior del muslo derecho. Algo lo había picado durante la noche. Irritado, se rascó la picadura. Era de esperar.

Al llegar la noche anterior y ser recibido por un hosco conserje de noche vestido con pantalones y camisa sin cuello, Bond inspeccionó brevemente el vestíbulo de entrada con sus palmeras infestadas de moscas plantadas en macetas de cobre, el suelo y las paredes cubiertas de baldosas moriscas decoloradas, y se dio cuenta de dónde se había metido. Pasó por su cabeza la idea de irse a otro hotel. La inercia, y su perversa afición al cursi romanticismo que rodea a los hoteles continentales anticuados, lo decidieron a quedarse; se registró y siguió al hombre hasta el tercer piso en un viejo ascensor operado mediante cables y fuerza de gravedad.

Su habitación, con unos cuantos muebles viejos de madera y un somier de hierro, era lo que había esperado encontrar. Sólo echó un vistazo para ver si había las típicas manchitas de sangre de las chinches aplastadas contra el papel de la pared que quedaba detrás del somier, antes de despedir al conserje.

Se había precipitado. Cuando entró en el baño y abrió el grifo del agua caliente, éste profirió un profundo suspiro, luego una tos despectiva y, por

último, escupió un pequeño ciempiés dentro del lavamanos. Con el fino chorro de agua amarronada del grifo de agua fría, Bond, malhumorado, hizo que el ciempiés desapareciera por la tubería. Todo esto, reflexionó haciendo una mueca, por haber escogido un hotel por su nombre divertido y porque quería escapar de la vida regalada de los hoteles grandes.

Pero había dormido bien y ahora, con la salvedad de que tenía que comprar un insecticida, decidió olvidarse de sus comodidades y comenzar el día.

Bond salió de la cama, descorrió las pesadas cortinas de felpa rojas, se inclinó sobre la balaustrada de hierro y contempló una de las vistas más famosas del mundo: a su derecha, las quietas aguas del Cuerno de Oro; a su izquierda, las danzantes ondas del desprotegido Bósforo, y, en medio de ambos, los ruinosos terrados, encumbrados minaretes y achaparradas mezquitas de Pera. Al fin y al cabo, su elección había sido buena. La vista compensaba muchas chinches y numerosas incomodidades.

Durante diez minutos, Bond permaneció recorriendo con los ojos la chispeante barrera acuática que separaba Europa de Asia, luego regresó a la habitación, ahora iluminada por la brillante luz del sol, y pidió el desayuno por teléfono. No le entendieron en inglés, pero con el francés al menos consiguió algo. Abrió el grifo de la bañera para prepararse un baño frío, se afeitó pacientemente con agua fría, y deseó que el exótico desayuno que había pedido no acabara en chasco.

No lo decepcionó. El yogur que le trajeron en un cuenco de porcelana azul era de color amarillo oscuro y tenía la consistencia de la crema espesa. Los higos frescos, ya pelados, estaban plenamente maduros, y el café turco era negro como la brea y tenía un sabor a quemado que demostraba que acababan de molerlo. Bond tomó el desayuno en una mesa que acercó a la ventana abierta. Contempló los transbordadores de vapor y los caiques que cruzaban y entrecruzaban los dos mares que se extendían ante él, y se formuló preguntas acerca de Kerim y de las novedades que pudiera haber.

A las nueve en punto, el elegante Rolls acudió a buscarlo, atravesó con él la plaza Taksim, bajó por la concurrida calle Istiklal y salió de Asia. El

espeso humo negro de los transbordadores que aguardaban, identificados con las gráciles anclas cruzadas de la marina mercante, flotaba en el viento sobre la primera mitad del Puente Gálata y ocultaba la otra orilla hacia la que se dirigía el Rolls entre las bicicletas y los tranvías, haciendo sonar su cortés bocina antigua para evitar por poco que los peatones se metieran debajo de sus ruedas. Luego el camino quedó despejado, y el sector europeo antiguo de Estambul resplandeció al final del ancho puente de ochocientos metros de largo. El sector europeo con los esbeltos minaretes guarneciendo los cielos y las cúpulas de las mezquitas, agazapadas a sus pies, con aspecto de grandes y firmes pechos. Debería haber sido un espectáculo de *Las mil y una noches*, pero, a los ojos de Bond, que lo veía por encima de los techos de los tranvías y de las cicatrices de modernos letreros publicitarios que se alineaban a lo largo de la orilla, parecía un decorado de teatro en otra época hermoso, que la moderna Turquía había apartado a un lado en favor de las planchas de acero y cemento del Istambul-Hilton Hotel, que relucía impersonal a sus espaldas, en las elevaciones de Pera. Al otro lado del puente, el coche giró a la derecha por una estrecha calle empedrada paralela a la orilla y se detuvo en el exterior de una puerta cochera de alto techo de madera.

Un guardián de aspecto fuerte, con un rostro rechoncho y sonriente y ataviado con gastadas ropas color caqui, salió de la caseta del portero e hizo el saludo militar. Abrió la puerta del coche, y con un gesto le indicó a Bond que lo siguiera. Echó a andar delante, pasando por la caseta y a través de una puerta, hasta un pequeño patio donde había parterres cubiertos de grava pulcramente alineados. En el centro se alzaba un nudoso eucalipto a cuyos pies picoteaban dos palomas torcaces. El ruido de la ciudad era allí un retumbar lejano; el lugar estaba en calma y silencioso.

Avanzaron por la grava y pasaron por otra puerta pequeña, y Bond se encontró en el extremo de un gran almacén que tenía altas ventanas circulares desde las cuales descendían polvorientas columnas oblicuas de sol sobre un espectáculo de bultos y fardos de mercancías. En el lugar reinaba un olor a humedad mezclado con especias y café y, al avanzar Bond siguiendo al

guardia por el pasillo central, percibió una repentina oleada de fuerte aroma a menta.

Al final del largo almacén se alzaba una plataforma a la que rodeaba una balaustrada. Sobre ella, media docena de muchachos y muchachas, sentados sobre altos taburetes, escribían con diligencia en gruesos libros mayores anticuados. Era como una oficina de contables descrita por Dickens, y Bond reparó en que cada uno de los altos escritorios tenía un vapuleado ábaco junto al tintero. Ninguno de los empleados alzó la vista cuando Bond pasó entre ellos, pero un alto hombre moreno, con rostro flaco e inesperados ojos azules, avanzó desde el escritorio más alejado para hacerse cargo de Bond, al cual le dedicó una cálida sonrisa que dejó a la vista hileras de dientes extremadamente blancos. Después de lo cual lo condujo a la parte trasera de la plataforma. Con unos golpecitos llamó a una hermosa puerta de caoba que tenía una cerradura Yale y, sin aguardar respuesta, la abrió, dejó entrar a Bond y la cerró suavemente tras de sí.

—Ah, amigo mío. Adelante. Adelante. —Un hombre muy corpulento, vestido con un traje de seda *tussah* color crema de excelente corte, se levantó de detrás de un escritorio de caoba y acudió a recibirlo con la mano tendida.

Un asomo de autoridad subyacente en la sonora voz amistosa le recordó a Bond que aquél era el jefe del puesto T y que él se encontraba en el territorio de otro hombre y, jurídicamente, estaba bajo su mando. No era más que una cuestión de protocolo profesional, pero una cuestión que debía recordar.

Darko Kerim tenía un apretón de manos maravillosamente secas. Eran cinco fuertes dedos occidentales, activos, no el apretón de manos untuosas propio de Oriente, que hace que uno sienta el impulso de limpiarse la mano en los faldones de la chaqueta. Y la mano grande tenía un poder controlado que daba a entender que podía apretar más y más la mano de alguien hasta acabar por partirle los huesos.

Bond medía un metro ochenta y dos de estatura, pero este hombre lo superaba en al menos cinco centímetros, y daba la impresión de ser dos veces más ancho y el doble de grueso que él. El agente inglés alzó la vista

hacia dos ojos muy separados, sonrientes y azules, situados en un terso rostro grande y moreno con nariz fracturada de boxeador. Los ojos eran lacrimosos y recorridos por pequeñas venas rojas, como los de un sabueso que con excesiva frecuencia se echa demasiado cerca del fuego. Bond los reconoció como señal de desenfrenado libertinaje.

El rostro era vagamente egipcio en su feroz orgullo, su espeso pelo negro rizado y su nariz curvada, y la impresión de soldado de fortuna vagabundo se veía realzada por un pequeño aro de oro que Kerim llevaba en el lóbulo de la oreja derecha. Se trataba de un rostro sorprendentemente espectacular, vital, cruel y libertino, pero lo que uno advertía más que su espectacularidad era que irradiaba vida. Bond pensó que jamás había visto tanta vitalidad y calidez en una cara humana. Era como hallarse cerca del sol; Bond soltó la fuerte mano seca y le devolvió a Kerim la sonrisa con una cordialidad que raras veces sentía hacia un desconocido.

—Gracias por enviar anoche un coche para recogerme.

—¡Ha! —Kerim estaba encantado—. También debe darles las gracias a nuestros amigos. Fue recibido usted por ambos bandos. Ellos siempre siguen a mi coche cuando va al aeropuerto.

—¿Era una Vespa o una Lambretta?

—¿Se dio cuenta? Era una Lambretta. Tienen toda una flota de ellas para sus hombrecillos, los hombres a los que llamo «los sin rostro». Se parecen tanto que nunca hemos conseguido diferenciarlos. Son delincuentes de poca monta, sobre todo apestosos búlgaros, que les hacen el trabajo sucio. Pero espero que éste se haya mantenido a prudente distancia. No se acercan al Rolls desde el día en que mi chófer frenó en seco y luego dio marcha atrás a la máxima velocidad posible. Estropeó la pintura y manchó de sangre la parte inferior del chasis, pero les enseñó modales al resto de ellos.

Kerim ocupó su silla e hizo un gesto hacia una idéntica a ésta que se encontraba al otro lado del escritorio. Empujó hacia su visitante una blanca caja plana de cigarrillos, y Bond se sentó, cogió uno y lo encendió. Era el cigarrillo más maravilloso que hubiese probado en su vida, el más suave y dulce tabaco turco en delgados cilindros largos de forma ovalada con una elegante luna creciente dorada.

Mientras Kerim metía uno de ellos en una larga boquilla de marfil manchada de nicotina, Bond aprovechó la oportunidad para recorrer con la mirada la habitación, donde había un fuerte olor a pintura y barniz, como si acabaran de redecorarla.

Era grande, cuadrada y revestida de caoba pulida, excepto en la pared que había detrás del escritorio de Kerim, donde lucía, colgado del techo, un tapiz oriental que se movía suavemente en la brisa como si detrás hubiese una ventana abierta. Pero eso parecía improbable, dado que la luz entraba por tres ventanas circulares abiertas en lo alto de las paredes. Detrás del tapiz había tal vez un balcón que daba al Cuerno de Oro, cuyas olas Bond podía oír chapoteando en las paredes de más abajo. En el centro de la pared que quedaba a la derecha colgaba una reproducción del retrato de la reina pintado por Annigoni, con marco dorado. Frente a éste, también con un marco imponente, se encontraba la fotografía que le había tomado Cecil Beatón, en tiempos de guerra, a Winston Churchill, en la que el primer ministro levantaba los ojos desde su escritorio en las oficinas del gabinete como un despectivo perro bulldog. Una ancha librería se alzaba contra una de las paredes y, en la del otro lado, había un sofá tapizado en piel, muy mullido. En el centro de la sala, el gran escritorio de caoba hacía guiños con sus asas de latón bruñido. Sobre el desordenado escritorio había dos fotografías con marco de plata, y Bond captó de reojo las inscripciones en cobre de dos menciones a la eficacia y la Orden del Imperio Británico, división militar.

Kerim encendió su cigarrillo. Volvió la cabeza para mirar el tapiz.

—Nuestros amigos me hicieron ayer una visita —comentó con tono indiferente—. Colocaron una bomba lapa en la pared exterior. Programada para pillarme en mi escritorio cuando estallara.

Gracias a mi buena suerte, me había tomado unos minutos para relajarme en ese sofá con una muchacha rumana que aún cree que un hombre contará secretos a cambio de amor. La bomba estalló en un momento vital. Yo me negué a que me distrajera, pero creo que la experiencia fue excesiva para la chica. Cuando la solté, tenía un ataque de histeria. Me temo que ha decidido que mi manera de hacer el amor es demasiado violenta. —Blandió la

boquilla del cigarrillo con gesto de disculpa—. Pero tuvimos que correr para tener la oficina reparada para su visita. Cristales nuevos para las ventanas y para mis cuadros, y ahora apesta a pintura. En cualquier caso… —Kerim se recostó en la silla; en su rostro había un leve fruncimiento de ceño—, lo que no puedo comprender es esta súbita interrupción de la paz. En Estambul convivimos muy cordialmente.

»Todos tenemos que hacer nuestro trabajo. Es inaudito que mis *chers collégues* declaren de pronto la guerra de esta manera. Resulta bastante preocupante. Sólo puede crearles problemas a nuestros amigos rusos. Me veré obligado a reprender al hombre que lo hizo, cuando averigüe su nombre. —Kerim sacudió la cabeza—. Es de lo más desconcertante. Espero que no tenga nada que ver con este caso que tenemos entre manos.

—Pero, ¿era necesario hacer tan pública mi llegada? —preguntó Bond con voz suave—. Lo último que deseo es implicarlo a usted en todo esto. ¿Por qué envió el Rolls al aeropuerto? Con eso sólo consigue que lo relacionen conmigo.

Kerim rió con indulgencia:

—Amigo mío, tengo que explicarle algo que debe usted saber. Los rusos, los estadounidenses y nosotros tenemos, cada uno, un hombre a sueldo en todos los hoteles. Y todos le pagamos un soborno a un oficial del cuartel general de la policía secreta y recibimos una copia de todos los extranjeros que entran cada día en el país por avión, tren y barco. Si hubiese tenido unos cuantos días más, yo podría haberlo hecho entrar en secreto por la frontera griega, pero ¿con qué propósito? Su existencia aquí debe ser conocida por el otro bando para que nuestra amiga pueda contactar con usted. Una de las condiciones que impuso fue que sería ella misma quien organizara el encuentro. Tal vez no se fía de nuestra seguridad. ¿Quién sabe? Pero se mostró inflexible al respecto y dijo, como si yo no lo supiera, que cuando usted llegara, su centro de trabajo recibiría notificación inmediata. —Kerim encogió sus anchos hombros—. Así pues, ¿por qué ponerle las cosas difíciles a la joven? Lo único que me preocupa es facilitarle las cosas a usted y hacer que se sienta cómodo, para que al menos disfrute de su estancia… aun en el caso de que no fuera fructífera.

Bond se echó a reír.

—Retiro todo lo dicho. Había olvidado la fórmula de los Balcanes. En cualquier caso, aquí estoy bajo su mando. Usted dígame qué debo hacer, y yo lo haré.

Kerim apartó el asunto a un lado con un gesto de la mano.

—Y ahora, dado que estamos hablando de su comodidad, ¿qué tal su hotel? Me sorprendió que escogiera el Palas. Apenas es mejor que un burdel, lo que los franceses llaman *baisodrome*. Y es muy frecuentado por los rusos, aunque eso no tenga importancia.

—No está demasiado mal. Sencillamente no quería alojarme en el Hilton ni en uno de los otros hoteles elegantes.

—¿Dinero? —Kerim metió la mano en un cajón y sacó un fajo plano de billetes verdes nuevos—. Aquí tiene mil libras turcas. Su valor real, y su precio en el mercado negro, es de alrededor de veinte por cada libra esterlina. El precio oficial es de siete. Avíseme cuando se le acaben y le daré tantas como quiera. Pasaremos cuentas cuando acabe la partida. De todas formas, es basura. Desde que Creso, el primer millonario, inventó las monedas de oro, el dinero ha perdido valor. Y la cara de las monedas se ha degradado con la misma rapidez que su valor.

»Primero aparecían las caras de los dioses en las monedas. Luego las caras de los reyes. Luego de los presidentes. Ahora no llevan ningún rostro. ¡Mire esto! —Kerim le arrojó el dinero a Bond—. Hoy es sólo papel, con una imagen de un edificio público y la firma del cajero. ¡Basura! El milagro es que aún puedan comprarse cosas con eso. En fin. ¿Qué más? ¿Cigarrillos? Fume sólo éstos. Le haré enviar unos cuantos centenares a su hotel. Son los mejores. *Diplomates*. No son fáciles de conseguir. La mayoría van a parar a los ministerios y embajadas.

»¿Algo más antes de pasar al trabajo? No se preocupe por sus comidas y tiempo de ocio. Yo me encargaré de ambas cosas. Disfrutaré con ello; y, si me disculpa, deseo permanecer cerca de usted mientras esté aquí.

—Nada más —respondió Bond—. Excepto que algún día debe usted ir a Londres.

—Jamás —replicó Kerim tajante—. El clima y las mujeres son demasiado fríos. Y me siento orgulloso de tenerlo a usted aquí. Me recuerda los tiempos de la guerra. Y ahora —dijo mientras pulsaba un timbre que había en su escritorio—, ¿quiere el café amargo o dulce? En Turquía no podemos hablar en serio sin café o *raki*, y es demasiado temprano para el *raki*.

—Amargo.

Se abrió la puerta que estaba detrás de Bond. Kerim ladró una orden. Cuando la puerta se hubo cerrado, Kerim abrió un cajón que estaba cerradocon llave y sacó un expediente que dejó ante sí. Luego, con un golpe, posó ambas manos sobre él.

—Amigo mío —dijo con aire ceñudo—, no sé qué decir sobre este caso. —Se echó atrás en la silla y entrecruzó los dedos de las manos a la altura de la nuca—. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que el tipo de trabajo que hacemos es como rodar una película? Con tanta frecuencia tengo a todo el mundo en el plato y creo que puedo comenzar a hacer girar la manivela; entonces las cosas se tuercen, o bien por el tiempo atmosférico, o bien por los actores, o bien por un accidente. Y hay algo más que también sucede cuando se rueda una película. Aparece el amor bajo una u otra forma, y lo peor de todo, como es ahora el caso, entre las dos estrellas. Para mí, ése es precisamente el factor más desconcertante de este asunto, y el más inescrutable. ¿Acaso esta muchacha está enamorada de la idea que tiene de usted, en realidad? ¿Lo amará cuando lo vea? ¿Será usted capaz de amarla lo suficiente para hacer que se cambie de bando?

Bond no hizo comentario. Se oyó un golpe de llamada en la puerta, y el jefe de secretarios depositó dos tacitas de finísima porcelana azul, rodeadas por filigranas de oro, ante ambos hombres. Luego volvió a salir. Bond bebió un sorbo de café y lo dejó sobre el escritorio. Era bueno, pero tenía mucho poso en suspensión. Kerim bebió el suyo de un sorbo, colocó un cigarrillo en la boquilla y lo encendió.

—Pero no hay nada que podamos hacer respecto a este asunto amoroso —continuó Kerim, hablando en parte para sí mismo—. Sólo podemos esperar a ver qué pasa. Entretanto, hay otras cosas de qué ocuparse.

Se inclinó sobre el escritorio y miró a Bond con ojos repentinamente muy duros y astutos.

—En el campo enemigo está sucediendo algo. No se trata sólo de este intento de librarse de mí. Hay idas y venidas. Cuento con pocos datos concretos —alzó un dedo índice voluminoso y lo posó a lo largo de su nariz —, pero tengo a ésta. —Dio unos golpecitos en un flanco de su nariz como si le diera palmaditas a un perro—, Y ésta es una buena amiga mía en la cual confío. —Bajó las manos lenta y significativamente hasta posarlas sobre el escritorio y añadió, en voz baja—: Y si no estuviéramos jugándonos algo tan valioso, le diría: «Márchese a casa, amigo. Márchese a casa. Aquí hay algo de lo que es mejor alejarse».

Kerim se recostó en el respaldo de la silla. La tensión desapareció de su voz. Profirió una áspera carcajada.

—Pero nosotros no somos unas viejas miedosas, y éste es nuestro trabajo. Así que olvidémonos de mi nariz y pongámonos manos a la obra. Antes que nada, ¿hay algo que yo pueda decirle que no sepa ya? La muchacha no ha dado más señales de vida desde que envié el mensaje, y no tengo información adicional. Pero tal vez quiera hacerme algunas preguntas acerca del encuentro.

—Sólo hay una cosa que quiero saber —replicó Bond sin más—. ¿Qué piensa usted de esa muchacha? ¿Cree que su historia es verdad o no? Me refiero a su historia acerca de mí. Ninguna otra cosa tiene importancia. Si ella no ha perdido la chaveta por mí debido a algún rasgo histérico de su carácter, todo este asunto se viene abajo y se trata entonces de alguna complicada conspiración del MGB que no logramos entender. Dígame, ¿creyó usted a la muchacha? —La voz de Bond era apremiante y sus ojos sondeaban el rostro del otro hombre.

—¡Ay, amigo mío! —Kerim sacudió la cabeza. Abrió los brazos a ambos lados del cuerpo—. Precisamente eso me pregunté entonces y es lo que no dejo de preguntarme desde ese entonces.

»Pero ¿quién puede saber si una mujer está mintiendo en estos menesteres? Tenía unos ojos brillantes, unos hermosos ojos inocentes. Los labios húmedos de aquella boca celestial estaban separados. Su voz era

apremiante y asustada ante lo que estaba haciendo y diciendo. Tenía los nudillos blancos a fuerza de aferrarse a la barandilla de la borda. Pero, ¿qué había en su corazón? —Kerim alzó las manos—. Sólo Dios lo sabe. —Las bajó con aire de resignación, las posó abiertas sobre la mesa y miró directamente a Bond—. Hay una sola manera de saber si una mujer lo ama realmente, e incluso en ese caso, sólo un experto puede desentrañarlo.

—Sí —respondió Bond con tono dubitativo—. Ya sé a qué se refiere. En la cama.

Capítulo 15
Antecedentes para un espía

Volvieron a traerles café, y luego más café, y el aire de la habitación fue cargándose de humo de cigarrillo a medida que los dos hombres cogían cada una de las evidencias, la disecaban y la apartaban a un lado. Al cabo de una hora volvían a estar en el punto en que habían comenzado.

Dependía de Bond solucionar el problema de la muchacha y, si se sentía satisfecho con su historia, sacarlas a ella y a la máquina del país.

Kerim se encargó de solucionar los problemas administrativos. Como primer paso, cogió el teléfono y habló con su agente de viajes para reservar dos asientos en todos los aviones que salieran durante la semana siguiente: los de la BEA, Air France, SAS y Turkair.

—Y ahora, hay que conseguir un pasaporte —dijo—. Con uno bastará. Ella puede viajar como su esposa. Uno de mis hombres le tomará a usted una fotografía y buscará la fotografía de alguna chica que se parezca más o menos a ella. De hecho, una fotografía de juventud de Greta Garbo nos vendría bien. Existe un parecido indudable. Puedo sacar una de las hemerotecas. Hablaré con el cónsul general. Es un tipo excelente al que le gustan mis pequeñas conspiraciones de intriga y espionaje. El pasaporte estará listo esta noche. ¿Qué nombre le gustaría que figurara en él?

—El primero que se le ocurra.

—Somerset. Mi madre era originaria de allí. David Somerset. Profesión, director de empresa. No significa nada. ¿Y la muchacha? Digamos que

Caroline. El nombre le sienta como un guante. Una pareja de ingleses jóvenes libres de toda sospecha, aficionados a viajar.

» ¿Formularios de control económico? Deje eso en mis manos. Les mostraré ochenta libras esterlinas en cheques de viajero, digamos, y un recibo del banco que demuestre que cambiaron cincuenta mientras estuvieron en Turquía. ¿Aduanas? Nunca miran nada. Se sienten más que encantados si alguien ha comprado algo en el país. Declararán algunas delicias turcas, regalos para sus amigos de Londres. Si tienen que marcharse precipitadamente, deje la cuenta del hotel y el equipaje a mi cargo. En el Palas me conocen muy bien. ¿Algo más?

—No se me ocurre nada.

Kerim miró su reloj de pulsera.

—Son las doce. El tiempo justo para que el coche lo lleve de vuelta a su hotel. Podría haber un mensaje. Y eche una buena mirada a sus cosas para ver si alguien ha estado husmeando en ellas.

Pulsó el timbre y acribilló con instrucciones al jefe de secretarios, que permaneció de pie con los agudos ojos fijos en los de Kerim y la magra cabeza echada hacia delante como la de un lebrel.

Kerim acompañó a Bond hasta la puerta. Allí lo despidió con otro apretón de su poderosa mano cálida.

—El coche irá a buscarlo para almorzar —dijo—. Iremos a un local pequeño del bazar de las especias. —Sus ojos se fijaron en los de Bond con expresión feliz—. Y me alegro de trabajar con usted. Nos llevaremos bien. —Soltó la mano de Bond—. Y ahora tengo que hacer un montón de cosas con mucha rapidez. Puede que sean las cosas equivocadas, pero, en cualquier caso… —le dedicó una ancha sonrisa—, *jouons mal, mais jouons vite!*

El jefe de secretarios, que a Bond le parecía una especie de jefe de estado mayor, condujo a Bond por otra puerta que se abría en la pared de la plataforma elevada. Las cabezas continuaban inclinadas sobre los libros mayores. Pasaron por un corto corredor con habitaciones a ambos lados. El hombre entró en una de ellas y Bond se encontró dentro de un laboratorio y cuarto oscuro fotográficos extremadamente bien equipados. Al cabo de diez

minutos volvía a estar en la calle. El Rolls salió lentamente del estrecho callejón y volvió a atravesar el Puente Gálata.

En el Kristal Palas había otro conserje de guardia, un hombrecillo obsequioso con ojos culpables en su rostro amarillento. Salió de detrás del mostrador con las manos extendidas en gesto de disculpa.

—*Effendi*, lo lamento muchísimo. Mi colega le dio una habitación inadecuada. No se dio cuenta de que es usted amigo de Kerim Bey. Sus cosas han sido trasladadas a la habitación número 12. Es la mejor habitación del hotel. De hecho —aclaró el conserje con una sonrisa impúdica—, es la habitación reservada para parejas en luna de miel. Tiene todas las comodidades.

»Le presento mis disculpas, *effendi*. La otra habitación no está destinada para visitantes distinguidos. —El hombre ejecutó una untuosa reverencia al tiempo que se frotaba las manos.

Si había algo que Bond no podía soportar era el sonido de un halago falso. Miró al conserje a los ojos y dijo:

—Ah. —Los ojos se desviaron de los suyos—. Déjeme ver esa habitación. Puede que no me guste. Estaba bastante cómodo en la otra.

—Desde luego, *effendi*. —El hombre le hizo a Bond una reverencia para que lo precediera camino del ascensor—, Pero, por desgracia, los fontaneros están trabajando en su anterior habitación. Las tuberías del agua… —La voz se apagó. El ascensor subió unos tres metros y medio y se detuvo en el primer piso.

«Bueno, la historia de los fontaneros tiene sentido», reflexionó Bond. Y, después de todo, no había ningún mal en alojarse en la mejor habitación del hotel.

El conserje abrió una alta puerta con una llave y se hizo a un lado.

Bond tuvo que darle el visto bueno. El sol entraba en abundancia a través de unas anchas ventanas dobles que daban a un pequeño balcón. Estaba decorada en colores rosa y gris, y los muebles eras de falso estilo Imperio, vapuleados por los años, pero aún conservaban la elegancia de principios del siglo pasado. Había bellas alfombras Bokhara sobre el piso de parqué. Una rutilante araña de luces colgaba del ornado techo. La cama que se

encontraba contra la pared de la derecha era enorme. Un gran espejo de marco dorado cubría la mayor parte de dicha pared, que quedaba detrás de la cabecera. (A Bond le hizo gracia. ¡La suite nupcial! Sin duda tendría que haber un espejo también en el techo). El cuarto de baño contiguo estaba revestido de azulejos y equipado con todo lo necesario, incluidos bidé y ducha. Los utensilios de afeitado de Bond estaban pulcramente colocados.

El conserje siguió a Bond de vuelta al dormitorio y, cuando Bond dijo que se quedaba con la habitación, le hizo una agradecida reverencia mientras se marchaba.

¿Por qué no? Bond recorrió la habitación. Esta vez inspeccionó cuidadosamente las paredes, las inmediaciones de la cama y el teléfono. ¿Por qué no quedarse con la habitación? ¿Por qué tendría que haber micrófonos o puertas secretas? ¿Qué sentido tendrían?

Su maleta estaba sobre un banco cercano a la cómoda. Se arrodilló. No había arañazos en la cerradura. La pelusa que él había dejado prendida en el cierre aún estaba en su sitio. Abrió la maleta y sacó el maletín. Tampoco encontró en él signos de manipulación. Bond cerró la maleta con llave y se incorporó.

Se lavó, salió de la habitación y bajó las escaleras. No, no habían dejado ningún mensaje para el *effendi*. El conserje le hizo una reverencia al tiempo que le abría la puerta del Rolls. ¿Había un rastro de conspiración en la mirada de pennanente culpabilidad de aquellos ojos? Bond decidió no preocuparse, si así era. Cualquiera fuese la partida, había que jugarla hasta el final. Si el cambio de habitación había sido el gambito de apertura, mucho mejor. El juego tenía que comenzar por algún sitio.

Mientras el coche aceleraba colina abajo, los pensamientos de Bond se centraron en Darko Kerim. ¡Vaya hombre para jefe del puesto T! Sólo su tamaño, en este país de furtivos hombrecillos raquíticos, sin duda le conferiría autoridad, y su gigantesca vitalidad y amor por la vida le ganaría la amistad de todos. ¿De dónde procedería este exuberante pirata astuto? ¿Y cómo había llegado a trabajar para el Servicio? Era el tipo raro de hombre que a Bond le encantaba, y ya se sentía dispuesto a añadir a Kerim a la lista

de media docena de esos verdaderos amigos a quienes él, que no tenía «conocidos», estaba dispuesto a entregar su afecto.

El coche volvió a cruzar el Puente Gálata y se detuvo ante los abovedados arcos del mercado de las especias. El chófer abrió la marcha subiendo los someros escalones gastados, para penetrar en una niebla de exóticos aromas, imprecaciones gritadas a los mendigos y porteadores cargados con sacos. Al traspasar la entrada, el chófer giró a la izquierda, apartándose de la humanidad parloteante de lento andar, y le señaló a Bond un arco pequeño abierto en el grueso muro. Unos escalones de piedra como los de una torreta ascendían en espiral.

—*Effendi*, encontrará a Kerim Bey en la última sala de la izquierda. Sólo tiene que preguntar por él. Todos lo conocen.

Bond ascendió la fresca escalera hasta una antesala donde un camarero, sin preguntarle su nombre, se hizo cargo de él y lo condujo, a través de un laberinto de pequeñas habitaciones revestidas de coloridos azulejos, hasta donde Kerim se encontraba, sentado frente a la mesa de un rincón emplazada por encima de la entrada di mercado. Kerim le dispensó una bulliciosa bienvenida, blandiendo un vaso de líquido lechoso en el que tintineaba el hielo.

—¡Ya ha llegado, amigo mío! Ahora, antes que nada, un poco de raki. Debe de estar extenuado después de su paseo turístico. —Acribilló al camarero con órdenes.

Bond se sentó en un cómodo sillón y cogió un vaso pequeño que le ofreció el camarero. Lo alzó hacia Kerim y luego lo probó. Era idéntico al ouzo. Lo bebió de un solo trago. El camarero volvió a llenarle el vaso de inmediato.

—Y ahora, pidamos su almuerzo. En Turquía no comen otra cosa que asaduras fritas en aceite de oliva rancio. Al menos, las asaduras del Misir Carsarsi son las mejores.

El sonriente camarero hizo sugerencias.

—Dice que el doner kebab está muy bueno hoy. No le creo, pero podría ser. Es cordero muy joven asado sobre carbón con especias aromáticas. Lleva mucha cebolla. ¿O hay alguna otra cosa que prefiera? ¿Un pilaf o unos

de esos condenados pimientos rellenos que comen aquí? De acuerdo, entonces. Y debe comenzar con unas sardinas asadas *en papillotte*. Son comestibles. —Kerim apremió al camarero. Luego se acomodó en el asiento, sonriéndole a Bond—. Esa es la única manera de tratar a estos condenados. Les encanta que los insulten y los pateen. Es lo único que entienden. Lo llevan en la sangre. Todas estas pretensiones de democracia están matándolos.

»Lo que necesitan son algunos sultanes, guerras, violaciones y diversión. Pobres brutos, con sus trajes a rayas y sombreros hongo. Son desdichados. Basta con mirarlos. En fin, al diablo con ellos. ¿Alguna noticia?

Bond negó con la cabeza. Le habló a Kerim del cambio de habitación y de la maleta intacta.

Kerim bebió un vaso de raki y se secó la boca con el reverso de la mano. Hizo eco del pensamiento que había tenido Bond.

—Bueno, la partida tiene que comenzar en algún momento. Yo he hecho ciertos movimientos pequeños. Ahora sólo podemos esperar a ver qué pasa. Después del almuerzo haremos una pequeña incursión en territorio enemigo. Creo que le interesará. Oh, a nosotros no nos verán. Nos moveremos en las sombras, bajo tierra. —Kerim rió, encantado con su ingenio—. Y ahora, hablemos de otras cosas. ¿Le gusta Turquía? No, no quiero saberlo. ¿Qué más?

Se vieron interrumpidos por la llegada del primer plato. Las sardinas *en papillotte* de Bond tenían el mismo sabor de cualquier otra sardina frita. Kerim se puso a comer un gran plato que parecía ser tiras de pescado crudo. Reparó en la mirada de interés de Bond.

—Pescado crudo —informó—. Después de esto tomaré carne cruda y lechuga, y luego un cuenco de yogur. No es que sea caprichoso, pero en otra época me entrené para ser un forzudo de circo profesional. Es una buena profesión en Turquía. El público los adora. Y mi entrenador insistía en que sólo debía comer alimentos crudos. Me habitué a ello. Es bueno para mí —comentó, blandiendo el cuchillo—, pero no pretendo que sea bueno para todo el mundo. Me importa un comino lo que coman los demás, siempre y cuando disfruten con ello. No soporto a los comedores y bebedores tristes.

—¿Por qué decidió no ser forzudo profesional? ¿Cómo se metió en este lío de profesión?

Kerim levantó una tira de pescado ensartada en el tenedor y la desgarró con los dientes. Bebió medio vaso de raki, luego encendió un cigarrillo y se recostó en su asiento.

—Bueno —respondió con una amarga sonrisa—, lo mismo da que hablemos de mí como de cualquier otra cosa. Y usted debe de estar preguntándose: «¿Cómo se metió en el Servicio este hombretón loco?» Se lo contaré, pero abreviando, porque es una larga historia. Si se aburre, hágame callar. ¿De acuerdo?

—Bueno. —Bond encendió un Diplómate y se inclinó hacia delante, apoyado sobre los codos.

—Procedo de Trebisonda. —Kerim observó el humo de su cigarrillo que ascendía en volutas—. Somos una familia numerosa con muchas madres. Mi padre era el tipo de hombre al que las mujeres no pueden resistirse. Todas las mujeres quieren que las secuestren. En sus sueños, ansian que un hombre se las eche sobre el hombro, las lleve a una cueva y las viole. Así actuaba mi padre con ellas. Era un gran pescador y su fama se había propagado por todo el mar Negro. Se dedicaba a pescar peces espada. Son difíciles de atrapar y la lucha con ellos es dura, y mi padre siempre superaba a todos los demás que buscaban estos peces. A las mujeres les gusta que sus hombres sean héroes. Él era una especie de héroe en un rincón de Turquía donde es una tradición que los hombres sean recios. Era un tipo grandote y romántico. Así que podía tener cualquier mujer que quisiera. Él quería tenerlas a todas y a veces mataba a otros hombres para conseguirlas.

»Naturalmente, tenía muchos hijos. Vivíamos unos encima de otros en una enorme casa destartalada y ruinosa que nuestras «tías» hacían habitable. Las tías realmente eran tantas que constituían un harén. Una de ellas era una institutriz inglesa de Estambul que mi padre había visto en el circo. Él se prendó de ella y ella de él, y aquella noche él la llevó a su barca de pesca y remontó el Bósforo para regresar a Trebisonda. No creo que ella se haya arrepentido jamás. Creo que se olvidó de todo el mundo excepto de mi padre. Murió poco después de la guerra. Tenía sesenta años. El hijo anterior

a mí se lo había dado una muchacha italiana, y ella le había puesto Bianco de nombre. Él era rubio y yo era moreno. A mí decidieron llamarme Darko. Éramos quince hermanos y hermanas, y tuve una infancia maravillosa. Nuestras tías se peleaban a menudo y nosotros también. Era como un campamento gitano. Lo mantenía unido mi padre, que nos azotaba a todos, mujeres y niños, cuando dábamos la lata. Pero era bueno con nosotros cuando no nos peleábamos y éramos obedientes. ¿No puede entender una familia semejante?

—Según la describe usted, sí que puedo.

—En cualquier caso, era así. Yo crecí hasta ser un hombre casi tan grande como mi padre, pero mejor educado. Mi madre se hizo cargo de eso. Mi padre sólo nos enseñaba a ser limpios y a ir al retrete una vez al día, y a no sentirnos nunca avergonzados por nada del mundo. Mi madre me enseñó también respeto hacia Inglaterra, pero eso era secundario. Cuando cumplí los veinte años, tenía una barca propia y estaba ganando dinero. Pero era un salvaje. Abandoné la casa y me marché a vivir en dos habitaciones en la orilla del mar. Quería tener a mis mujeres donde mi madre no se enterase. Tuve un poco de mala suerte. Conseguí una pequeña muchacha de Besarabia que era como una gata infernal. La había ganado en una pelea con unos gitanos aquí, en las colinas que hay detrás de Estambul. Ellos fueron tras de mí, pero yo la subí a bordo de mi barca.

»Primero tuve que dejarla inconsciente de un golpe. Ella aún estaba intentando matarme cuando regresamos a Trebisonda. así que la llevé a mi casa, le quité toda la ropa y la mantuve encadenada y desnuda debajo de la mesa. Cuando yo comía, solía echarle trozos debajo de la mesa, como a un perro. Tenía que aprender quién era el amo. Antes de que pudiera aprenderlo, mi madre hizo algo inaudito. Fue de visita a mi casa sin avisar. Acudió a decirme que mi padre quería verme inmediatamente. Encontró a la muchacha. Mi madre se enfadó realmente conmigo por primera vez en la vida. ¿Enfadarse? Estaba fuera de sí. Yo era un ser cruel que nunca hacía el bien y se avergonzaba de llamarme hijo suyo. La muchacha debía ser devuelta a su gente de inmediato. Mi madre le llevó algunas de sus propias ropas que fue a buscar a la casa. La muchacha se las puso, pero, cuando

llegó el momento, se negó a abandonarme. —Darko Kerim profirió una estruendosa carcajada—. Una interesante lección de psicología femenina, querido amigo. De todas formas, el problema de la muchacha es otra historia. Mientras mi madre se afanaba por ella y no recibía más que imprecaciones gitanas por sus molestias, yo me entrevistaba con mi padre, que no se había enterado de nada de todo esto, y que jamás supo nada. Mi madre era así.

»Con mi padre había otro hombre, un inglés callado con un parche negro sobre un ojo. Estaban hablando de los rusos. El inglés quería saber qué estaban haciendo a lo largo de la frontera, qué estaba sucediendo en Batoum, la gran base petrolífera y naval emplazada a sólo ochenta kilómetros de Trebisonda. Pagaría bien la información que se le diera. Yo hablaba inglés y ruso. Tenía buenos ojos y buenos oídos. Tenía una barca. Mi padre había decidido que yo trabajaría para el inglés. Y ese inglés, querido amigo mío, era el comandante Dansey, mi predecesor como jefe de este puesto. Y el resto… —Kerim hizo un gesto con la boquilla del cigarrillo— ya puede imaginárselo.

—Pero, ¿y qué hay del entrenamiento para ser un forzudo profesional?

—Ah —dijo Kerim, socarrón—, eso fue sólo un empleo suplementario. Los miembros de nuestros circos ambulantes son casi los únicos turcos a los que se permite atravesar la frontera.

»Los rusos no pueden vivir sin los circos. Es así de sencillo. Yo era el hombre que rompía cadenas y levantaba pesas mediante una cuerda cogida con los dientes. Luchaba contra los forzudos de las aldeas rusas. Y algunos de ésos de Georgia son gigantes. Por suerte, son gigantes estúpidos y yo ganaba casi siempre. Después, a la hora de beber, siempre se hablaba y chismorreaba mucho. Yo adoptaba aire de estúpido y fingía no entender. Muy de vez en cuando formulaba alguna pregunta inocente y ellos se reían de mi tontería, y me daban la respuesta.

Llegó el segundo plato y una botella de Kavaklidere, un rico borgoña áspero como cualquier otro vino de los Balcanes. El kebab era bueno y sabía a grasa de tocino ahumado y a cebolla.

Kerim comió una especie de steak tartare, una gran hamburguesa plana de carne cruda muy picada, acompañada por pimientos y cebollinos y unida con yema de huevo. Hizo que Bond probara un poco. Era delicioso, y Bond así lo dijo.

—Debería comerlo cada día —declaró Kerim, serio—. Es bueno para los que desean hacer mucho el amor. Hay determinados ejercicios que deben hacerse para el mismo propósito. Estas cosas son importantes para los hombres. O al menos lo son para mí. Al igual que mi padre, yo consumo una enorme cantidad de mujeres. Pero, a diferencia de él, yo también bebo y fumo demasiado, y esas cosas no se llevan bien con la actividad amorosa. Ni tampoco este trabajo que hago. Demasiadas tensiones y demasiadas cavilaciones. Llevan la sangre a la cabeza en lugar de al sitio donde debería ir para hacer el amor. Pero soy voraz con la vida. Hago demasiado de todo durante todo el tiempo. De repente, un día me fallará el corazón. El Cangrejo de Hierro me llevará como se llevó a mi padre. Pero yo no le tengo miedo al cangrejo. Al menos habré muerto de una enfermedad honorable. Tal vez, en mi lápida, inscriban: «Este hombre murió a fuerza de vivir demasiado».

Bond se echó a reír.

—No se vaya demasiado pronto, Darko —dijo—. M se disgustaría mucho. Tiene una elevadísima opinión de usted.

—¿Ah, sí? —Kerim escrutó el rostro de Bond para ver si decía la verdad. Luego rió con deleite—. En ese caso, no permitiré que el cangrejo se lleve mi cuerpo, por el momento. —Miró su reloj—. Vamos, James —dijo—. Ha sido buena cosa que me recordara usted mi deber.

»Tomaremos café en la oficina. No tenemos mucho tiempo para perder. Cada tarde, a las dos y media, los rusos celebran su consejo de guerra. Hoy, usted y yo les haremos el honor de estar presentes en sus deliberaciones.

Capítulo 16
El túnel de las ratas

De vuelta en la oficina, mientras esperaban el inevitable café, Kerim abrió un armario y sacó de él varios monos azules de ingeniero. Se desvistió hasta quedar en calzoncillos y se puso uno de los monos y un par de botas de goma. Bond escogió una prenda y calzado similares que le quedaban más o menos bien y se los puso.

Junto con el café, el jefe de secretarios llevó dos poderosas linternas que dejó sobre el escritorio.

Cuando el empleado hubo salido, Kerim dijo:

—Es uno de mis hijos, el mayor. Todos los otros que están ahí dentro son hijos míos. El chófer y el guardia son mis tíos. La sangre común es el mejor dispositivo de seguridad. Y este negocio de las especias es una buena tapadera para todos nosotros. M me instaló en él. Habló con amigos suyos de la City de Londres. Ahora soy el principal comerciante de especias de toda Turquía. Hace ya mucho que le devolví a M el dinero que se me prestó. Mis hijos son accionistas de la empresa. Tienen una buena vida. Cuando hay que hacer algún trabajo secreto y necesito ayuda, escojo entre mis hijos al más adecuado. Todos tienen entrenamiento en diferentes cuestiones secretas. Son inteligentes y valientes. Algunos ya han matado por mí. Todos morirían por mí… y por M. Yo les he enseñado que él está justo por debajo de Dios. —Kerim hizo un gesto con la mano quitándole importancia a lo dicho—. Pero eso es sólo para decirle a usted que se encuentra en buenas manos.

—No había supuesto otra cosa.

—¡Ah! —exclamó Kerim, evasivo. Cogió las linternas y le entregó una a Bond—. Y ahora, manos a la obra.

Kerim avanzó hasta la amplia librería acristalada y metió una mano detrás de ella. Se oyó un chasquido y la librería se desplazó silenciosa y suavemente a lo largo de la pared, hacia la izquierda. Detrás de la misma había una puerta a ras de la pared. Kerim presionó un lado de la puerta y ésta se abrió hacia dentro, dejando a la vista un túnel oscuro con escalones de piedra que descendían en línea recta. Un olor a humedad, mezclado con leve hedor a zoológico, salió por la puerta e inundó la habitación.

—Usted primero —dijo Kerim—, Baje hasta el final de los escalones y espere. Debo cerrarla puerta.

Bond encendió su linterna; traspasó la abertura y descendió con cuidado por la escalera. La luz de la linterna mostraba recientes trabajos de albañilería y, seis metros más abajo, un brillo trémulo de agua. Al llegar al último escalón, Bond descubrió que la luz trémula era una pequeña corriente que iba a caer por una alcantarilla central abierta en el piso de un antiguo túnel de paredes de piedra que ascendía en empinada cuesta hacia la derecha. Hacia la izquierda, el túnel descendía y desembocaría, calculó Bond, por debajo de la superficie del Cuerno de Oro.

Fuera del radio de la luz de Bond, se oía un constante y quedo ruido de cosas que se escabullían, y en las tinieblas se movían bruscamente de un lado a otro centenares de puntos rojos luminosos. Lo mismo sucedía cuesta arriba como cuesta abajo. Desde seis metros de distancia en ambos sentidos, millares de ratas contemplaban a Bond. Olfateaban su perfume. Bond imaginó sus bigotes desnudando apenas los dientes. Durante un breve momento se preguntó qué acción emprenderían si se le apagara la linterna.

De pronto, Kerim estuvo a su lado.

—Es una larga subida. Un cuarto de hora. Espero que le gusten los animales. —Las carcajadas de Kerim resonaron enormemente alejándose por el túnel. Las ratas riñeron entre sí y se agitaron—. Por desgracia, no hay mucha variedad. Ratas y murciélagos. Escuadrones de ellos, divisiones enteras… todo un ejército de aire y tierra. Y tenemos que ahuyentarlos

delante de nosotros. Hacia el final del ascenso las cosas se congestionan bastante. Pongámonos en marcha.

»El aire es respirable. A ambos lados de la corriente el suelo está seco. Pero en invierno vienen las inundaciones y entonces tenemos que usar trajes de rana. Mantenga la linterna dirigida hacia mis pies. Si se le enreda un murciélago en el pelo, apártelo con la mano. No es algo que suela suceder. Tienen un radar muy bueno.

Comenzaron a ascender por la empinada cuesta. El olor de las ratas y de los excrementos de los murciélagos era fuerte, una mezcla entre jaula de monos y gallinero. A Bond se le ocurrió que pasarían días antes de que pudiera librarse de él.

Grupos de murciélagos colgaban del techo como racimos de uvas marchitas y cuando, de forma ocasional, la cabeza de Kerim o la de Bond los rozaban, salían disparados hacia la oscuridad, chillando. Ante ellos, mientras ascendían, se movía un bosque de puntos rojos que emitían grititos y corrían, y que se hacía cada vez más denso a ambos lados del colector central.

De vez en cuando, Kerim dirigía el haz de la linterna hacia delante, y la luz iluminaba un campo gris sembrado de relumbrantes dientes y centelleantes bigotes. Cuando esto sucedía, un frenesí mayor se apoderaba de las ratas, y las que estaban más cerca saltaban sobre el lomo de las otras para alejarse. Durante todo ese tiempo, cuerpos grises trabados en lucha descendían por el colector central dando tumbos y, a medida que la presión de la masa aumentaba en lo alto del túnel, las espumajeantes filas de retaguardia se aproximaban más.

Los dos hombres mantuvieron las linternas apuntadas como armas de fuego sobre las filas de retaguardia hasta que, tras un buen cuarto de hora de ascenso, llegaron a su destino.

Se trataba de un profundo nicho de ladrillos recientemente revocados, abierto en un flanco del túnel. Dentro había dos bancos a ambos lados de un objeto grueso envuelto en lienzo alquitranado, que descendía desde el techo del nicho.

Entraron en él. Unos pocos metros más de ascenso, pensó Bond, y la histeria colectiva se habría apoderado de los distantes millares de ratas que se hallaban más arriba del túnel. La horda habría invertido la marcha. Debido a la apremiante necesidad de espacio, las ratas habrían desafiado a la luz y se habrían lanzado sobre los dos intrusos, a pesar de los dos ojos ardientes y del amenazador perfume.

—Observe —dijo Kerim.

Hubo un momento de silencio. En lo alto del túnel, los chillidos habían cesado como ante una orden. A continuación, el túnel quedó cubierto por una ola de treinta centímetros de cuerpos grises que corrían a toda velocidad pasando unos por encima de otros cuando las ratas, con un continuo grito agudo, dieron media vuelta y se arrojaron ladera abajo.

Durante varios minutos, el brillante río gris se agitó en el exterior del nicho hasta que, al fin, el número disminuyó y sólo una fina hilera de ratas enfermas o heridas pasó cojeando y tanteando el camino por el piso del túnel.

El grito de la horda se desvaneció lentamente en dirección al río, hasta que reinó el silencio, interrumpido sólo por el ocasional chillido de un murciélago en vuelo.

Kerim profirió un gruñido ambiguo.

—Uno de estos días, esas ratas comenzarán a morir. Entonces volveremos a tener la peste en Estambul. A veces me siento culpable por no hablarles a las autoridades acerca de este túnel, para que puedan limpiarlo. Pero me es imposible hacerlo mientras los rusos continúen aquí arriba. —Con un movimiento de la cabeza señaló el techo. Luego miró su reloj—. Faltan cinco minutos.

»Ahora estarán ocupando sus sillas y rebuscando entre sus papeles. Estarán los tres hombres permanentes del MGB, o puede que uno de ellos sea del servicio de inteligencia del ejército, el GRU. Y probablemente habrá otros tres. Dos de ellos llegaron hace dos semanas, uno a través de Grecia y el otro desde Persia. Otro llegó el lunes. Sabe Dios quiénes son, o para qué están aquí. Y a veces, la muchacha, Tatiana, entra con un mensaje y vuelve a salir. Esperemos verla hoy. Se sentirá impresionado. Es toda una mujer.

Kerim alzó los brazos, desató la funda de lienzo alquitranado y la bajó. Bond lo comprendió entonces. La funda protegía el tubo de un periscopio de submarino, bajado al máximo. La humedad centelleaba sobre la espesa grasa de la juntura inferior que quedaba al aire. Bond rió entre dientes.

—¿De dónde diablos ha sacado eso, Darko?

—De la marina turca. Excedentes de guerra. —El tono de voz de Kerim no invitaba a hacer más indagaciones—. Ahora, el departamento Q de Londres está intentando inventar algo para pertrechar el condenado trasto con equipo de sonido. No va a resultar fácil. El objetivo de la parte superior de esto no es mayor que el extremo de un encendedor de cigarrillos. Cuando lo subo, queda al nivel del suelo de la habitación donde están ellos. En el rincón de la sala por donde sale, hemos abierto un agujero de cueva de ratones. Lo hicimos bien. En una ocasión, cuando vine aquí a echar un vistazo, lo primero que vi fue una trampa grande para ratones con un trozo de queso encima. Al menos parecía grande a través del objetivo. —Kerim profirió una breve carcajada—. Pero no queda el espacio suficiente para añadir un micrófono a lo largo del objetivo. Y no hay ninguna esperanza de poder meterse otra vez ahí para hacer más arreglitos en la estructura del edificio. La única manera que tuve de conseguir instalar este trasto fue hacer que mis amigos del ministerio de Obras Públicas sacaran a los rusos de ahí durante unos días. La historia que se les contó fue que el tranvía que sube por la cuesta estaba dañando los cimientos de las casas a causa de las vibraciones. Había que echarles un vistazo. Me costó unos centenares de libras esterlinas en los bolsillos correctos. Los de Obras Públicas inspeccionaron media docena de edificios a ambos lados de éste, y declararon que no había peligro. Para entonces, mi familia y yo habíamos terminado los trabajos de construcción. Los rusos estaban tan suspicaces como el demonio.

»Supongo que cuando volvieron peinaron el lugar de una punta a otra en busca de micrófonos, bombas y demás. Pero ese truco no podemos usarlo una segunda vez. A menos que al departamento Q se le ocurra algo muy inteligente, tendré que contentanne con no apartar los ojos de ellos. Uno de

estos días me proporcionarán algo de utilidad; Interrogarán a alguien en quien estemos interesados o algo por el estilo.

Junto al alojamiento del periscopio, abierto en el techo del nicho, había una burbuja colgante de metal, dos veces más grande que un balón de fútbol.

—¿Qué es eso? —preguntó Bond.

—La mitad inferior de una bomba… una bomba grande. Si a mí me sucediera cualquier cosa, o si estallara la guerra con Rusia, esa bomba sería activada por radiocontrol desde mi oficina. Es triste —Kerim no parecía triste—, pero me temo que mucha gente inocente moriría junto con los rusos. Cuando hierve la sangre, los hombres son tan insensibles como la naturaleza misma.

Kerim había estado limpiando el visor protegido que había entre las dos asas que sobresalían a ambos lados de la base del periscopio. Ahora miró su reloj, sé inclinó, aferró las dos asas y las hizo ascender lentamente hasta la altura de su mentón. Se produjo un siseo hidráulico cuando la barra del periscopio ascendió deslizándose dentro de su vaina de acero incrustada en el techo del nicho. Kerim inclinó la cabeza para mirar por el visor y fue subiendo con lentitud las asas hasta que pudo ponerse de pie. Giró suavemente. Enfocó el objetivo y llamó a Bond.

—Los seis están ahí.

Bond se acercó y cogió las asas.

—Écheles una buena mirada —pidió Kerim—. Yo ya los conozco, pero será mejor que usted grabe sus caras en la memoria. El que está en la cabecera de la mesa es el director residente. A su izquierda se encuentran sus dos adjuntos. Ante ellos están los tres nuevos. El último que llegó, que parece un tipo bastante importante, se encuentra a la derecha del director. Si hacen cualquier cosa que no sea hablar, dígamelo.

El primer impulso de Bond fue decirle a Kerim que no hiciera tanto ruido. Era como si estuviera en la habitación con los rusos, como si se hallara sentado en el rincón, como un secretario, quizá, tomando notas taquigráficas de la reunión.

El gran angular que abarcaba toda la estancia, diseñado para ver aviones además de barcos, le daba una imagen curiosa: una vista de ratón de un

bosque de piernas bajo el borde exterior de la mesa, y varios aspectos de las cabezas que pertenecían a esas piernas. El director y sus dos colegas los veía con claridad: serios rostros rusos aburridos, cuyas características memorizó Bond. Estaba el atento rostro profesional del director, con sus gafas, sus mejillas chupadas, frente ancha y cabello ralo peinado hacia atrás. A su lado había un rostro cuadrado e inexpresivo con profundos surcos a ambos lados de la nariz y cabello castaño claro cortado en forma de cepillo, a cuya oreja izquierda le faltaba un trozo. El tercer miembro del personal permanente tenía un semblante ingenioso estilo norteamericano con brillantes ojos inteligentes color almendra. Era el que hablaba en ese momento. Adoptaba una falsa expresión de humildad. En su boca relumbraba el oro.

Bond podía ver menos detalles de los tres visitantes. Estaban de espaldas a él, y sólo el perfil del más cercano, y presumiblemente el más joven, se veía con claridad. También la piel de este hombre era oscura. También él sería de una de las repúblicas del sur. Tenía la mandíbula mal afeitada y el ojo que se le veía era bovino y apagado bajo una gruesa ceja castaña. Su nariz era carnosa y porosa. Su labio superior, largo, formaba parte de una boca de expresión resentida bajo la cual podía verse el comienzo de una papada. Llevaba el grueso cabello negro muy corto, hasta tal extremo que la mayor parte de la nuca y el arranque de la cabeza parecían casi azules hasta la altura de las puntas de las orejas. Era un corte de pelo militar hecho con máquina.

Los únicos detalles que servían para individualizar al hombre que estaba a su lado eran un hinchado forúnculo en la gorda nuca calva, un traje azul brillante y unos zapatos marrones muy lustrados. Permaneció inmóvil durante todo el rato que Bond estuvo mirando y, al parecer, no habló en ningún momento.

Ahora, el visitante de más edad, que estaba sentado a la derecha del director, se acomodó en el asiento y comenzó a hablar. Era una cara de cortes abruptos con huesos grandes y mentón prominente bajo un espeso bigote castaño cortado al estilo de Stalin. Bond podía ver un frío ojo gris bajo una enmarañada ceja y una frente baja coronada por grueso pelo castaño entrecano. Era el único hombre que estaba fumando. Chupaba

constantemente una diminuta pipa de madera en cuya cazoleta había colocado un cigarrillo a medio consumir. De vez en cuando sacudía la pipa a un lado para que la ceniza cayera al piso. Su perfil transmitía más autoridad que cualquiera de los otros rostros, y Bond supuso que era un oficial superior enviado desde Moscú.

A Bond estaban cansándosele los ojos. Hizo girar las asas con suavidad y echó una mirada por el resto de la oficina hasta donde se lo permitían los borrosos bordes desiguales de la cueva de ratones. No vio nada de interés: dos archivadores color verde oliva, una percha para sombreros junto a la puerta —en la cual contó seis sombreros de fieltro grises más o menos iguales—, y un aparador con una gran garrafa de agua y algunos vasos. Bond se apartó del visor mientras se frotaba los ojos.

—Si pudiéramos oírles… —comentó Kerim sacudiendo la cabeza con aire triste—. Eso valdría su peso en diamantes.

—Solucionaría muchos problemas —convino Bond—. Por cierto, Darko —prosiguió—, ¿cómo llegó hasta este túnel? ¿Para qué fue construido?

Kerim se inclinó, echó un rápido vistazo a través del periscopio y se incorporó.

—Es un canal de desagüe perdido del Salón de las Columnas —respondió—. El Salón de las Columnas es ahora un lugar de visita turística. Está encima de nosotros, en la parte alta de Estambul, cerca de Santa Sofía. Se construyó hace un milenio como reserva de agua en caso de asedio. Es una cisterna subterránea enorme, de cien metros de largo y más o menos la mitad de ancho. Lo construyeron para contener millones de litros de agua. Fue redescubierto hace cuatrocientos años por un hombre llamado Gyllius. En una ocasión leí su relato del hallazgo.

»Decía que en invierno lo llenaban con «una gran tubería que hacía un ruido imponente». A mí se me ocurrió que podría haber otra «gran tubería» para vaciarlo con rapidez en caso de que la ciudad cayera en manos del enemigo. Acudí al Salón de las Columnas, soborné al guarda y remé entre las columnas durante toda una noche en un bote salvavidas con uno de mis chicos.

»Revisamos las paredes con un martillo y una sonda acústica. En un extremo, en el punto más probable, se produjo un sonido a hueco. Le pagué más dinero al ministro de Obras Públicas, y él cerró el lugar durante una semana… «por limpieza». Mi pequeño equipo estuvo muy atareado.

—Kerim volvió a agacharse para mirar por el visor, y continuó—. Excavamos en la pared por encima del nivel del agua y salimos a la parte superior de un arco. El arco era el comienzo de un túnel. Nos metimos en el túnel y descendimos por él. Fue bastante emocionante no saber adonde íbamos a salir. Y, por supuesto, descendía la colina en línea recta, pasando por debajo de la Calle de los Libros, donde los rusos tienen su central, y continuaba hasta salir al Cuerno de Oro, junto al Puente Gálata, a veinte metros de distancia de mis almacenes. Así que tapamos el agujero que habíamos hecho en el Salón de las Columnas y comenzamos a cavar desde nuestro lado. Eso fue hace dos años. Nos llevó un año y muchos trabajos de inspección llegar justo debajo de los rusos.

—Kerim se echó a reír—. Y supongo que ahora, uno de estos días, los rusos decidirán trasladar sus oficinas. Para entonces, espero que el jefe del puesto T sea algún otro.

Kerim se inclinó sobre el visor de goma. Bond vio que se tensaba. Kerim dijo, con tono de urgencia:

—La puerta está abriéndose. Rápido. Mire usted. Ahí llega ella.

Capítulo 17
Matando el tiempo

Eran las siete de esa misma tarde y James Bond estaba de regreso en su hotel. Había tomado un baño caliente y una ducha fría. Pensaba que al fin se había arrancado el olor a zoológico de la piel.

Vestido sólo con un pantalón corto, se encontraba sentado ante una de las ventanas de su habitación, bebiendo vodka con tónica y contemplando el núcleo de la trágica puesta de sol sobre el Cuento de Oro. Pero sus ojos no veían la rasgada tela de oro y sangre que flotaba tras el escenario de minaretes debajo del cual había captado su primer atisbo de Tatiana Romanova.

Estaba pensando en la hermosa muchacha alta que, con los largos pasos de una bailarina, había entrado por la puerta gris amarillento con una hoja de papel en la mano. Se había detenido junto al jefe y le había entregado el papel. Todos los hombres habían alzado la mirada hacia ella.

La joven, ruborizada, había bajado los ojos. ¿Qué significaba aquella expresión en los rostros de los hombres? Era algo más que la manera en que algunos hombres miran a las muchachas hermosas. Habían manifestado curiosidad. Era algo razonable. Querían saber qué decía el mensaje, por qué los interrumpían. Pero, ¿qué más? Había socarronería y desprecio… la forma en que la gente mira a las prostitutas.

La escena había sido rara, enigmática. Esta gente formaba parte de una organización paramilitar muy disciplinada. Eran oficiales en servicio activo,

cada uno de los cuales desconfiaría de todos los demás. Y aquella joven era sólo un miembro del personal, con grado de cabo, que en ese momento realizaba una tarea rutinaria. ¿Por qué todos ellos, sin la más mínima consideración, la habían mirado con inquisitivo desprecio… casi como si se tratara de una espía que había sido descubierta y estuviera a punto de ser ejecutada? ¿Acaso sospechaban de ella? ¿Se había delatado ella misma de alguna manera? Pero eso parecía menos probable a medida que la escena continuaba. El director residente leyó el mensaje y los otros hombres apartaron los ojos de la muchacha para posarlos sobre él. Este dijo algo, presumiblemente repitiendo el texto del mensaje, y ellos le devolvieron una mirada taciturna, como si el tema no les interesara. Luego el director residente alzó la vista hacia la joven y las miradas de los demás siguieron la misma dirección. Dijo algo con una expresión cordial, interrogante. La muchacha sacudió la cabeza y respondió con una frase breve. Recién entonces, los otros hombres parecieron interesados. El director preguntó algo. La muchacha se puso muy roja y asintió, mirándolo a los ojos con aire de obediencia. Los demás hombres le dedicaron sonrisas de aliento, socarronas quizá, pero con aprobación. Allí no había ninguna sospecha. No había condena. La escena concluyó con unas pocas frases del director, a las que la muchacha pareció responder con el equivalente de «sí, señor», para luego volverse y salir de la habitación. Cuando hubo salido, el director dijo algo con aire de ironía, y los hombres rieron de buena gana y la expresión socarrona reapareció en sus caras, como si lo que acababa de decir fuese una obscenidad. Luego volvieron a su trabajo.

A partir de ese momento, durante el camino de regreso por el túnel y más tarde, en la oficina de Kerim, mientras comentaban lo que él había visto, Bond había estado estrujándose el cerebro en busca de una solución para este estúpido rompecabezas; ahora, contemplando la puesta de sol sin mirarla, continuaba perplejo.

Bond acabó la bebida y encendió otro cigarrillo. Apartó el problema a un lado y centró sus pensamientos en la muchacha.

Tatiana Romanova. Una Romanov. Bueno, ciertamente tenía el aspecto de una princesa rusa, o el de la idea tradicional de una de ellas. El cuerpo alto,

de huesos finos, que se movía con tanta gracilidad y permanecía de pie con tal perfección. La espesa mata de cabello largo hasta los hombros y la tranquila autoridad de su perfil. La maravillosa cara estilo Garbo con su curiosa serenidad tímida. El contraste entre la auténtica inocencia de los grandes ojos de un azul profundo y la apasionada promesa de la boca grande. Y la manera en que se había sonrojado, y el modo en que las largas pestañas habían descendido sobre los ojos bajos. ¿Había sido eso el remilgo de una virgen? Bond pensaba que no. En los orgullosos pechos y en la insolencia que marcaba los movimientos rítmicos de la muchacha, había la confianza que confiere el haber sido amada: la afirmación abierta de un cuerpo que sabe para qué puede servir.

Basándose en lo que Bond había visto, ¿podía creer que era el tipo de joven capaz de enamorarse de una fotografía y un expediente? ¿Cómo podía saberse? Una muchacha así tendría una naturaleza profundamente romántica. Había sueños en aquellos ojos y aquella boca. A esa edad, veinticuatro años, la máquina soviética no habría destrozado aún sus sentimientos más íntimos. La sangre Romanov también podría haber generado un anhelo por otros hombres que no fueran el moderno oficial soviético que podría conocer: serio, frío, mecánico, básicamente histérico y, debido a la educación del Partido, infernalmente aburrido.

Podría ser verdad. En su aspecto no había nada que desmintiera su historia. Bond quería que fuese verdadera.

Sonó el teléfono. Era Kerim.

—¿Nada nuevo?

—No.

—En ese caso, lo recogeré a las ocho.

—Estaré a punto.

Bond colgó el receptor y comenzó a vestirse con lentitud.

Kerim se había mostrado firme respecto a la velada. Bond habría preferido quedarse en la habitación y esperar a que se estableciera el primer contacto: una nota, una llamada telefónica, lo que fuera. Pero Kerim había dicho que no. La muchacha se había mostrado intransigente al puntualizar

que ella escogería el momento y el lugar que más le convinieran. Sería un error que Bond pareciese un esclavo de la conveniencia de la joven.

—Es una mala política psicológica, amigo mío —había insistido Kerim—. A ninguna chica le gustan los hombres que corren en cuanto ella silba. Podría despreciarlo si estuviese demasiado disponible. Por su expediente y por su rostro, ella esperará que se comporte con indiferencia… incluso con insolencia. Ella querría eso. Lo que desea es hacerle a usted la corte, comprarle un beso —Kerim había hecho un guiño— a esa boca cruel. Es de una imagen que se ha enamorado ella. Compórtese como esa imagen. Represente su papel.

Bond se había encogido de hombros.

—De acuerdo, Darko. Supongo que tiene razón. ¿Qué me sugiere?

—Haga la vida que llevaría normalmente. Ahora márchese al hotel, tome un baño y una copa. El vodka local está bien si lo rebaja con agua tónica. En caso de que no suceda nada, lo recogeré a las ocho. Cenaremos en el local de un gitano amigo mío que se llama Vavra. Es jefe de una tribu. En cualquier caso, tengo que verlo esta noche. Es una de mis mejores fuentes de información. Está averiguando quién intentó volar mi oficina. Algunas de sus chicas danzarán para usted! No sugiero que deban entretenerlo más íntimamente. Usted debe mantener afilada su espada. Hay un dicho que dice: «¡De lo bueno, si poco, dos veces bueno!»

Bond estaba sonriendo al recordar el dicho de Kerim, cuando volvió a sonar el teléfono.

Cogió el receptor. Sólo era para avisarle que había llegado el coche. Mientras bajaba el corto tramo de escalera y se dirigía hacia Kerim, que aguardaba dentro del Rolls, Bond admitió para sí que se sentía decepcionado.

Ascendían hacia la colina lejana a través de los barrios más pobres que se encuentran por encima del Cuerno de Oro, cuando el chófer volvió la cabeza y dijo algo con tono poco concreto.

Kerim le respondió con un monosílabo.

—Dice que una Lambretta viene tras nosotros. Uno de los sin rostro. No tiene ninguna importancia. Cuando quiero, puedo moverme en secreto

absoluto. A menudo han seguido a este coche durante kilómetros cuando en la parte trasera había sólo un maniquí. Un coche muy visible tiene su utilidad. Saben que este gitano es amigo mío, pero creo que no entienden por qué. No hay ningún mal en que sepan que vamos a pasar una noche relajada. Un sábado por la noche, con un amigo de Inglaterra, cualquier otra cosa parecería insólita.

Bond se volvió a mirar por la ventanilla trasera y contempló las concurridas calles. Desde detrás de un tranvía que estaba parado, una moto asomó durante un momento y luego quedó oculta por un taxi. Bond dejó de mirar. Reflexionó brevemente acerca de la manera en que los rusos dirigen sus centros de información: con todo el dinero y el equipamiento del mundo, mientras que el servicio secreto británico contaba con sólo un puñado de hombres aventureros y mal pagados para oponerse a ellos, como Kerim, con un Rolls de segunda mano y que se valía de sus hijos para que lo ayudaran. Y sin embargo, Kerim tenía el control de Turquía. Tal vez, a pesar de todo, era mejor el hombre correcto que la máquina adecuada.

A las ocho y media se detuvieron en mitad de una calle empinada de la periferia de Estambul, ante un café al aire libre de aspecto sórdido que tenía unas pocas mesas vacías sobre la calzada.

Detrás del mismo se veían las copas de los árboles que asomaban por detrás de un alto muro de piedra. Salieron del coche y éste se marchó. Esperaron a la Lambretta, pero el zumbido de avispa había cesado y, de inmediato, el vehículo dio media vuelta y descendió la cuesta. Lo único que vieron del motorista fue un atisbo de un hombre bajo y rechoncho con gafas.

Kerim abrió la marcha entre las mesas, hasta el interior del café. Parecía vacío, pero un hombre que estaba detrás de la caja registradora se levantó rápidamente. Cuando vio de quién se trataba, le dedicó a Kerim una blanca sonrisa nerviosa. Algo cayó al piso con estrépito. Salió de detrás del mostrador y los condujo al exterior por la parte trasera, donde atravesaron una extensión de grava hasta una puerta que se abría en el alto muro y, después de llamar con un solo golpe, la abrió con una llave y les hizo un gesto para que pasaran.

Se encontraron en un jardín con mesas hechas con tablones desperdigadas aquí y allá bajo los árboles. En el centro había una pista de baile con piso de terrazo. En torno a la misma se veían sartas de luces de colores, ahora apagadas, sujetas a postes enterrados en el suelo. En el extremo más alejado, ante una larga mesa, unas veinte personas de todas las edades habían estado comiendo, pero acababan de dejar los cuchillos y miraban hacia la puerta. Unos niños habían estado jugando en la hierba que se extendía detrás de la mesa. Ahora, también ellos permanecían callados y observaban. La luna creciente, en tres cuartos de su plenitud, lo iluminaba todo con luz brillante y proyectaba sombras membranosas alrededor de los árboles.

Kerim y Bond avanzaron hacia la mesa. El hombre que estaba sentado a la cabecera de la misma les dijo algo a los demás. Se levantó y acudió a recibirlos. El resto volvieron a ocuparse de su cena y los niños de sus juegos.

El hombre saludó a Kerim con reserva. Permaneció de pie durante un largo momento, dando una explicación que Kerim escuchó con atención, haciendo una pregunta ocasional.

El gitano era una figura teatral e imponente ataviada con ropas macedonias: camisa blanca de mangas anchas, fruncidas en los puños; pantalones bombachos y botas de campaña de cuero blando, con cordones. Sus cabellos eran un enredo de negras serpientes. Un enorme mostacho caído de color negro le ocultaba casi por completo la boca roja de labios llenos. Entre los ojos feroces y crueles descendía una nariz de sifilítico. La luna destellaba en la línea definida de la mandíbula y en los altos pómulos. La mano derecha, que lucía un anillo de oro en el pulgar, descansaba sobre la empuñadura de una daga corta, curvada, enfundada en una vaina rematada por filigranas de plata.

El gitano acabó de hablar. Kerim dijo algunas palabras con acento imponente y al parecer elogioso acerca de Bond, al tiempo que tendía una mano hacia el agente británico, como si fuese el presentador de un club nocturno que anunciara con halagos un nuevo número. El gitano se acercó a Bond y lo escrutó. Hizo una abrupta reverencia. Bond lo imitó. El gitano dijo

algunas cosas a través de una sonrisa sardónica. Kerim rió y se volvió hacia Bond.

—Dice que si alguna vez se queda sin trabajo, debe venir a verlo. Le dará un empleo… para domesticar a sus mujeres y matar en su nombre. Es un gran cumplido cuando se le dirige a un *gajo*, un extranjero. Debe responderle algo.

—Dígale que no logro imaginar que necesite ayuda ninguna para esas cuestiones.

Kerim tradujo. El gitano enseñó los dientes con cortesía. Dijo algo, regresó a la mesa y golpeó las palmas entre sí con fuerza. Dos mujeres se levantaron y fueron hacia él. El gitano les habló con aspereza, y ellas volvieron a la mesa, cogieron un gran plato de terracota y desaparecieron entre los árboles.

Kerim cogió a Bond por un brazo y lo apartó a un lado.

—Hemos venido en una mala noche —dijo—. El restaurante está cerrado. Aquí hay problemas familiares que deben ser resueltos… de manera drástica, en privado. Pero yo soy un viejo amigo y nos han invitado a compartir su cena. Será repugnante, pero he pedido que nos traigan raki. Luego podemos observar, pero con la condición de que no intervengamos. Espero que lo entienda, amigo mío. —Kerim apretó un poco más el brazo de Bond—. Con independencia de lo que vea, no debe moverse ni hacer comentarios. Acaba de celebrarse un juicio y va a aplicarse la justicia… la justicia de ellos. Se trata de un asunto de amor y celos.

»Dos muchachas de la tribu están enamoradas de uno de los hijos de Vavra. Se palpa la muerte en el aire. Las dos han amenazado con matar a la otra para conseguir al chico. Si él escoge a una de ellas, la otra amenaza con matarlo a él y a la elegida. Es un *impasse*. Hay muchas discusiones dentro de la tribu. Así que el hijo ha sido enviado a lo alto de las montañas, y las muchachas van a pelear esta noche para resolver el asunto… y van a pelear a muerte. El hijo ha accedido a quedarse con la ganadora. Ellas están ahora encerradas en caravanas separadas. No será algo para estómagos delicados, pero el acontecimiento es notable. Constituye un gran privilegio que nos

permitan estar presentes. ¿Lo comprende? Somos *gajos*. ¿Olvidará usted sus nociones del decoro? ¿No intervendrá para nada?

»Si lo hiciera, lo matarían, y probablemente a mí también.

—Darko —replicó Bond—, yo tengo un amigo francés. Se llama Mathis, y es el jefe de la Deuxiéme. Una vez me dijo: «*J'aime les sensations fortes*.» Soy como él. No lo dejaré en mal lugar. Hombres luchando contra mujeres, es una cosa. Mujeres luchando contra mujeres, es otra muy distinta. Pero, ¿qué hay de la bomba? La bomba que estalló en su oficina. ¿Qué le ha dicho sobre eso?

—Fue el jefe de los sin rostro. Él mismo la colocó. Bajaron por el Cuerno de Oro en un bote y él subió por una escalerilla de cuerda y la fijó al muro exterior. Fue sólo por mala suerte para ellos que no me pilló. La operación estaba bien planificada. Ese tipo es un gángster. Un «refugiado» búlgaro llamado Krilencu. Voy a tener que ajusfarle las cuentas. Sabe Dios por qué, de repente, quieren matarme, pero yo no puedo permitir este tipo de molestias. Puede que decida emprender la acción esta noche, más tarde. Sé donde vive. Por si acaso Vavra ya tenía la respuesta, le dije a mi chófer que regresara con todo lo necesario.

Una muchacha ferozmente atractiva, ataviada con un vestido negro anticuado, y que llevaba sartas de monedas de oro en torno al cuello y unos diez brazaletes de oro en cada muñeca, se acercó desde la mesa y le hizo una tintineante reverencia a Kerim. Dijo algo y Kerim respondió.

—Nos llaman a la mesa —explicó—. Espero que sea bueno comiendo con los dedos. Veo que esta noche van todos vestidos con sus mejores galas. Merece la pena casarse con esa muchacha. Lleva mucho oro encima. Es su dote.

Avanzaron hacia la mesa. A ambos lados del gitano jefe habían dejado dos sitios libres.

Kerim profirió lo que sonó como un cortés saludo a los presentes. Le respondieron con un brusco asentimiento de cabeza. Se sentaron. Ante cada uno de ellos había un enorme plato de algún tipo de guisado que despedía un fuerte olor a ajo, una botella de raki, una jarra de agua y un vaso barato. Sobre la mesa se veían más botellas de raki, intactas. Cuando Kerim cogió la

suya y se sirvió medio vaso, todos lo imitaron. Kerim le añadió agua y alzó el vaso. Bond hizo lo mismo.

Kerim pronunció un corto y vehemente discurso y todos alzaron sus vasos y bebieron. La atmósfera se relajó un poco. Una mujer anciana que se encontraba sentada junto a Bond le pasó una larga barra de pan y dijo algo. Bond sonrió y dio las gracias. Rompió un trozo de pan para sí y le pasó la barra a Kerim, que estaba picoteando en su guisado con el pulgar y el índice. Kerim cogió la barra de pan con una mano y, al mismo tiempo, se metió un trozo grande de carne en la boca y comenzó a masticar.

Bond estaba a punto de hacer lo mismo cuando Kerim, en voz baja y penetrante, dijo:

—Con la mano derecha, James. La izquierda se utiliza para un solo propósito, entre esta gente.

Bond detuvo la mano izquierda en el aire y la desplazó para coger la botella de raki más cercana. Se sirvió otro medio vaso de raki y comenzó a comer con la derecha. El guisado estaba delicioso, pero humeaba de tan caliente. Bond daba un respingo cada vez que hundía los dedos en él. Todos les observaban comer y, de vez en cuando, la anciana hundía los dedos en el plato de Bond y escogía un trozo de carne para él.

Cuando hubieron limpiado los platos con pan, fue puesto entre Bond y Kerim un cuenco de plata lleno de agua en la que flotaban pétalos de rosa, y un trozo de tela limpia. Bond se lavó los dedos y el grasiento mentón, y se volvió hacia su anfitrión para pronunciar el debido discurso corto de agradecimiento, que tradujo Kerim. Los comensales murmuraron su aprobación. El jefe gitano le hizo una reverencia a Bond y dijo, según Kerim, que detestaba a todos los *gajos* excepto a Bond, a quien se enorgullecía de llamar amigo. Luego dio unas fuertes palmadas y todos se levantaron de la mesa y comenzaron a retirar los bancos y disponerlos en torno a la pista de baile.

Kerim rodeó la mesa hasta donde estaba Bond, y se alejaron juntos.

—¿Qué tal se siente? Han ido a buscar a las dos muchachas.

Bond asintió con la cabeza. Estaba disfrutando de la velada. El escenario era hermoso y emocionante: la luna blanca que resplandecía sobre el círculo

de figuras que estaban acomodándose en los bancos, el destello del oro o las piedras preciosas cuando alguien se movía, el resplandeciente círculo de terrazo y, alrededor, los silenciosos árboles como centinelas que hacían guardia con sus negras faldas de sombra.

Kerim condujo a Bond hasta un banco donde el jefe gitano se encontraba sentado a solas.

Ocuparon puestos a su derecha.

Un gato negro de ojos verdes atravesó la superficie de terrazo y se reunió con un grupo de niños que permanecían sentados en silencio, como si alguien estuviese a punto de subir a la pista de baile para impartirles una lección. El animal se sentó y comenzó a lamerse el pecho.

Allende el alto muro, relinchó un caballo. Dos gitanos miraron por encima del hombro en dirección al sonido, como si interpretaran el grito del caballo. Desde la calle llegó el argentino tintineo de un timbre de bicicleta que descendía la cuesta a toda velocidad.

El pesado silencio fue roto por el sonido metálico de un cerrojo que se descorría. La puerta del muro se abrió estrepitosamente y dos muchachas que bufaban y peleaban como gatas la traspasaron a toda velocidad, corrieron por la hierba y subieron a la pista.

Capítulo 18
Sensaciones fuertes

La voz del jefe gitano resonó con fuerza. Las dos muchachas se separaron, reacias, y se volvieron de cara a él. El gitano comenzó a hablar con un tono de áspera denuncia.

Kerim se llevó una mano a la boca y, haciendo pantalla con la misma, susurró:

—Vavra está diciéndoles que ésta es una gran tribu de gitanos y que ellas han creado la disensión en su seno. Dice que no hay sitio para el odio entre ellos mismos, sólo contra los de fuera. El odio que ellas han creado debe purgarse para que la tribu pueda volver a vivir en paz. Deben luchar. Si la perdedora no resulta muerta, será desterrada para siempre. Eso será lo mismo que la muerte. Esta gente se marchita y muere fuera de la tribu. No pueden vivir en nuestro mundo. Es como obligar a las bestias salvajes a vivir en una jaula.

Mientras Kerim hablaba, Bond examinó a las hermosas bestezuelas tensas y malhumoradas que ocupaban el centro de la pista.

Ambas eran morenas como gitanas clásicas, con grueso cabello negro largo hasta los hombros, y ambas iban ataviadas con la colección de harapos que uno asocia con los negros de las chabolas; vestidos sueltos color marrón que eran casi en su totalidad zurcidos y remiendos. Una de ellas era de esqueleto más grande que la otra y, obviamente, más fuerte, pero parecía hosca y de ojos poco vivos, y tal vez no fuese rápida de movimiento. Era

bella dentro de un estilo más bien leonino, y en sus ojos de pesados párpados había una mirada feroz aunque apagada, mientras escuchaba con impaciencia al jefe de la tribu. «Debería ser ella quien ganara —pensó Bond—. Es un centímetro más alta y es más fuerte.»

Si esta muchacha era un león, la otra era una pantera: esbelta y rápida, con astutos y penetrantes ojos que no se fijaban en el orador, sino que iban de un lado a otro, midiendo cada centímetro del terreno; sus manos pendían a los lados curvadas como garras. Los músculos de sus hermosas piernas parecían tan duros como los de un hombre. Tenía los pechos pequeños y, a diferencia de los grandes pechos de la otra muchacha, apenas si se insinuaban bajo los harapos de su vestido. «Parece ser una bestezuela peligrosa —pensó Bond—. Sin duda será ella quien dará el primer golpe. Será demasiado rápida para la otra.»

De inmediato quedó demostrado que se equivocaba. Cuando Vavra pronunció la última palabra, la muchacha más corpulenta, que, según le susurró Kerim, se llamaba Zora, lanzó una patada lateral, sin molestarse en apuntar, que cogió a la otra de lleno en el estómago y, cuando ésta se tambaleó, le asestó un poderoso puñetazo en un lado de la cabeza, que la derribó cuan larga era sobre el suelo de piedra.

—Ay, Vida —se lamentó una mujer entre los congregados. No tenía necesidad de preocuparse. Incluso Bond podía ver que Vida estaba fingiendo mientras yacía en el suelo, aparentemente sin aliento. Pudo ver el destello en los ojos que miraban por debajo del brazo cuando el pie de Zora salió disparado hacia sus costillas.

Las dos manos de Vida se lanzaron juntas. Aferraron el tobillo y su cabeza golpeó el empeine con la rapidez de una serpiente. Zora profirió un alarido de dolor y luchó furiosamente para liberar el pie atrapado. Era demasiado tarde. La otra muchacha se había incorporado sobre una rodilla y, a continuación, se levantó con el pie aún aferrado en las manos. Tiró hacia arriba, el otro pie de Zora abandonó el suelo, y la chica corpulenta se estrelló contra el piso cuan larga era.

El golpe sordo de la caída sacudió el suelo. Por un momento, permaneció inmóvil. Con un gruñido animal, Vida se lanzó sobre ella,

arañando y desgarrando.

«Dios mío, qué gata salvaje», pensó Bond. A su lado, la respiración de Kerim siseaba, tensa, al pasar entre los dientes apretados.

Pero la corpulenta muchacha se protegió con los codos y las rodillas, y al fin logró sacudirse de encima a Vida. Se puso trabajosamente de pie y retrocedió, con los labios contraídos enseñando los dientes y el vestido colgando en jirones de su espléndido cuerpo. De inmediato volvió a lanzarse al ataque, los brazos tanteando el aire para hacer presa, y, cuando la muchacha más menuda saltó a un lado, aferró el cuello del vestido de ésta y lo desgarró totalmente. Pero, con rapidez, Vida se retorció, metiéndose por debajo de los brazos tendidos, y golpeó con puños y rodillas el cuerpo de su atacante.

Esta maniobra de acercamiento fue un error. Los fuertes brazos se cerraron en tomo a la muchacha más menuda, atrapando las manos de Vida en la parte inferior, de modo que no podía levantarlas para llegar a los ojos de Zora. Y, lentamente, Zora comenzó a apretar mientras las piernas de Vida pataleaban sin efecto.

Bond pensó que ahora tenía que ganar la muchacha más corpulenta. Lo único que debía hacer Zora era caer sobre su contrincante. La cabeza de Vida se rompería contra la piedra, y luego Zora podría hacer lo que se le antojara. Pero, de pronto, fue la muchacha más corpulenta quien comenzó a gritar. Bond vio que la cabeza de Vida estaba hundida en los pechos de la otra. Estaba utilizando los dientes. Los brazos de Zora la soltaron mientras iban en busca del cabello de Vida para echarle atrás la cabeza y apartarla de sí. Pero ahora las manos de Vida quedaron libres y se pusieron a arañar el cuerpo de la otra.

Las muchachas se separaron y retrocedieron como gatos, con los cuerpos brillantes de sudor a través de los últimos jirones de sus vestidos; se veía sangre en los pechos desnudos de la más corpulenta.

Describieron círculos cautelosos, ambas contentas de haber escapado, y a medida que se movían, se arrancaron los restos de los harapos y los arrojaron hacia el público.

Bond contuvo el aliento ante la visión de los dos relucientes cuerpos desnudos, y pudo sentir cómo el cueipo de Kerim se tensaba junto a él. El círculo de gitanos parecía haberse acercado más a las dos luchadoras. La luna rutilaba en los ojos brillantes y se oía un rumor de respiración caliente, agitada.

Las dos muchachas continuaban describiendo círculos lentos, enseñando los dientes y respirando trabajosamente. La luz destellaba en sus pechos y estómagos agitados, y en sus flancos duros, andróginos. Sus pies dejaban manchas oscuras de sudor sobre la piedra blanca.

Una vez más fue Zora, la más corpulenta, quien hizo el primer movimiento, dando un repentino salto adelante con los brazos extendidos como los de un luchador. Pero Vida se mantuvo firme. Su pie derecho salió disparado en un furioso *coup de savate* que produjo un estallido como el disparo de una pistola. La más corpulenta profirió un grito desgarrado y se rodeó a sí misma con los brazos. De inmediato, el otro pie de Vida se alzó hacia el estómago y la dueña se lanzó tras él.

De los presentes se levantó un cierto gruñido cuando Zora cayó de rodillas. Alzó las manos para protegerse la cara, pero era demasiado tarde. La joven más menuda ya estaba a horcajadas sobre ella; sus manos aferraron las muñecas de Zora a la vez que descargaba todo su peso sobre ella y la empujaba hasta el suelo, mientras los blancos dientes desnudos descendían hacia el cuello expuesto.

«¡BUUM!»

La explosión hizo añicos la tensión como si se tratara de una nuez. Un destello de llamas iluminó la oscuridad detrás de la pista de baile, y un trozo de cemento pasó silbando junto al oído de Bond. De repente, el jardín estuvo lleno de hombres que corrían, y el jefe gitano avanzaba furtivamente con la daga curva desenfundada ante sí. Kerim iba tras él con un revólver en la mano. Cuando el gitano pasó junto a las dos jóvenes, que ahora se encontraban de pie con los ojos desorbitados y temblorosas, les gritó una palabra y ellas pusieron pies en polvorosa y desaparecieron entre los árboles por donde las últimas mujeres y niños ya se desvanecían en las sombras.

Bond, con la Beretta sujeta con incertidumbre en la mano, siguió lentamente a Kerim en dirección a la ancha brecha abierta por la explosión en el muro del jardín, mientras se preguntaba qué demonios estaba pasando.

La extensión de hierba que había entre el agujero de la pared y la pista de baile era un torbellino de figuras que luchaban y corrían. Sólo cuando Bond llegó al sitio de la pelea pudo distinguir a los rechonchos búlgaros, ataviados con ropas convencionales, de los gitanos. Parecía haber más hombres sin rostro que gitanos, casi dos a uno. Cuando Bond se inclinó a mirar la masa que se debatía, un joven gitano salió despedido de ella, aferrándose el estómago. Se lanzó hacia Bond con los brazos extendidos, tosiendo terriblemente. Dos hombrecillos morenos fueron tras él, empuñando cuchillos.

Por instinto, Bond se apartó a un lado para no tener el grupo detrás de los hombres. Apuntó a las piernas por encima de las rodillas, y el revólver detonó dos veces. Los dos hombres cayeron, sin hacer ruido, de cara sobre la hierba.

Había gastado dos balas. Sólo le quedaban seis. Bond avanzó de lado para acercarse más a la lucha. Un cuchillo pasó silbando junto a su cabeza y se estrelló sobre la pista de baile.

Había sido lanzado hacia Kerim, que salía corriendo de entre las sombras con dos hombres pisándole los talones. Uno de los hombres se detuvo y alzó su cuchillo para arrojarlo, y Bond le disparó desde la altura de la cadera, a ciegas, y lo vio desplomarse. El otro dio media vuelta y huyó entre los árboles. Kerim cayó sobre una rodilla junto a Bond, luchando con su revólver.

—¡Cúbrame! —gritó—. Se ha atascado al primer disparo. Son esos malditos búlgaros. Sabe Dios qué se creen que están haciendo.

Una mano le tapó la boca a Bond y tiró de él hacia atrás. Al caer, percibió olor a jabón carbólico y nicotina. Sintió que una bota lo golpeaba en la nuca. Mientras rodaba hacia un lado por la hierba, esperó sentir la punzante herida de un cuchillo. Pero los hombres, eran tres, iban por Kerim; y mientras Bond se incorporaba precipitadamente sobre una rodilla, vio que las rechonchas figuras negras se echaban encima del hombre que estaba

agachado, el cual lanzó un golpe hacia lo alto con su arma inutilizada y luego se desplomó bajo ellos.

En el mismo momento en que Bond se arrojaba hacia delante y golpeaba con la culata de su arma una redonda cabeza afeitada, algo pasó ante sus ojos y la daga del jefe gitano quedó sobresaliendo de una jadeante espalda. Entonces Kerim se puso de pie y el tercer atacante echó a correr. Un hombre apareció de pronto en medio de la brecha del muro gritando una sola palabra una y otra vez. Los atacantes, uno a uno, interrumpieron la lucha y echaron a correr a toda prisa hacia el hombre, pasaron de largo junto a él y salieron a la calle.

—¡Dispare, James, dispare! —rugió Kerim—. Ese es Krilencu. —Comenzó a correr hacia él. El arma de Bond detonó una sola vez. Pero el hombre se había parapetado detrás del muro, y treinta metros es demasiada distancia para disparar con una automática en medio de la noche.

Mientras Bond bajaba su arma aún caliente, se oyó el sonido del arranque de un escuadrón de Lambrettas, y el agente británico se detuvo a escuchar al enjambre de avispas que volaba colina abajo.

Todo quedó en silencio, excepto por las quejas de los heridos. Bond observó indiferentemente a Kerim y Vavra, que volvían a entrar por la brecha y caminaban entre los cueipos, volviendo ocasionalmente uno cara arriba con un pie. Los otros gitanos regresaron de la calle, y las mujeres más viejas salieron apresuradamente de entre las sombras para atender a sus hombres.

Bond experimentó una sacudida. ¿De qué diablos iba todo aquello? Diez o doce hombres habían resultado muertos. ¿Por qué? ¿A quién habían intentado cargarse? A él, no. Cuando estaba en el suelo y listo para que lo mataran, habían pasado de largo e ido por Kerim. Este era el segundo atentado contra la vida de Kerim. ¿Tendría algo que ver con el asunto Romanova? ¿Cómo podían encajar ambas cosas?

Bond se tensó. Su arma detonó dos veces desde la cadera. Un cuchillo cayó, inofensivo, cerca de la espalda de Kerim. La figura que se había levantado de entre los muertos, giró lentamente como un bailarín de ballet y se desplomó de cara al suelo. Bond echó a correr hacia él. Había faltado

poco. La luna se había reflejado en la hoja y él había tenido despejada la línea de fuego.

Kerim bajó los ojos hacia el cuerpo crispado. Se volvió para mirar a Bond.

Bond se detuvo en seco.

—Condenado necio —dijo con enfado—. ¿Por qué demonios no puede tener más cuidado? Debería acompañarlo una niñera.

La mayor parte del enfado de Bond se originaba en su conocimiento de que era precisamente él quien había atraído una nube de muerte en torno a Kerim.

Darko Kerim sonrió, avergonzado.

—Esto no ha salido bien, James. Usted ya me ha salvado la vida demasiadas veces. Podríamos haber sido amigos. Ahora la distancia que nos separa es demasiado grande. Perdóneme, porque jamás podré pagárselo. —Le tendió una mano.

Bond la apartó a un lado.

—¡No sea tan necio, Darko! —respondió con aspereza—. Mi arma ha funcionado, eso es todo. La suya, no. Será mejor que consiga una que funcione. Por el amor de Dios, dígame de qué va todo esto. Esta noche ha habido demasiado derramamiento de sangre. Estoy asqueado. Quiero una copa. Acompáñeme y acabemos con ese raki. —Cogió el brazo del corpulento hombre.

Cuando llegaron a la mesa, sembrada con los restos de la cena, un horrible grito penetrante llegó hasta ellos desde las profundidades del jardín. Bond se llevó la mano a la Beretta. Kerim sacudió la cabeza.

—Pronto sabremos detrás de qué van los sin rostro —dijo con tono lóbrego—. Mis amigos están averiguándolo. Puedo adivinar lo que descubrirán. Creo que no me perdonarán nunca por haber estado aquí esta noche. Cinco de sus hombres han muerto.

—Podría haber habido también una mujer muerta —respondió Bond, nada compasivo—. Al menos usted le ha salvado la vida. No sea estúpido, Darko. Estos gitanos conocían los riesgos cuando empezaron a espiar a los

búlgaros para usted. Lo de esta noche ha sido una guerra de bandas. —Añadió un poco de agua a cada vaso de raki.

Ambos los vaciaron de un trago. El jefe gitano se acercó a ellos, limpiando la punta de su daga en un puñado de hierba. Se sentó y aceptó el vaso de raki que Bond le ofreció. Parecía bastante alegre. Bond tuvo la impresión de que la pelea había sido demasiado breve para él. El gitano dijo algo con aire socarrón.

Kerim rió entre dientes.

—Dice que lo había juzgado correctamente. Que usted mata bien. Ahora quiere que se enfrente a esas dos mujeres.

—Respóndale que incluso una de ellas sería demasiado para mí. Pero dígale que creo que son hermosas. Me alegraría si me hiciera el favor de declarar empatada la pelea. Esta noche ya han resultado muertos bastantes de los suyos. Necesitará a esas dos muchachas para que tengan hijos para la tribu.

Kerim tradujo. El gitano miró a Bond con amargura y dijo algunas palabras con acritud.

—Dice que no debería haberle pedido un favor tan difícil. Dice que tiene el corazón demasiado tierno para ser un buen luchador. Pero dice que hará lo que le pide.

El gitano hizo caso omiso de la sonrisa de gratitud de Bond. Comenzó a hablarle rápidamente a Kerim, que le escuchaba con atención, interrumpiendo de vez en cuando el flujo de palabras con alguna pregunta. El nombre de Krilencu se mencionaba con frecuencia. Kerim habló después. En su voz había una contrición profunda y no permitió que las protestas del otro le hicieran callar. Se hizo una última referencia a Krilencu. Kerim se volvió a mirar a Bond.

—Amigo mío —dijo con tono seco—, éste es un asunto curioso. Parece ser que los búlgaros recibieron orden de matar a Vavra y a tantos de sus hombres como fuese posible. Ésa es una cuestión que se explica con facilidad. Sabían que el gitano había estado trabajando para mí. Algo drástico, quizá. Pero en lo que a matar se refiere, los rusos no son muy refinados. Les gustan las muertes en masa. Vavra era uno de los objetivos

principales. Yo era otro. La declaración de guerra contra mí personalmente, también puedo entenderla. Pero parece que a usted no debían causarle ningún daño. Lo describieron con todo detalle para que no hubiera errores. Eso sí que es raro. Tal vez se decidió que no debía haber repercusiones diplomáticas. ¿Quién puede saberlo?

»El ataque estaba bien planificado. Llegaron a lo alto de la colina dando un rodeo y descendieron con el motor apagado para que nadie los oyera. Ésta es una zona solitaria y no hay ni un policía en varios kilómetros. Me culpo a mí mismo por haber tratado a esta gente con demasiada ligereza. —Kerim parecía perplejo y desdichado. Al parecer, tomó una decisión—. Pero ya es medianoche —dijo—. El Rolls llegará dentro de poco. Nos quedan algunos asuntos de trabajo que ultimar antes de irnos a dormir. Y ya es hora de que dejemos a esta gente tranquila. Tienen muchas cosas que hacer antes de que amanezca. Hay muchos cadáveres que arrojar al Bosforo y tienen que reparar el muro. Cuando salga el sol no debe quedar ni rastro de todo este asunto. Nuestro amigo le quiere bien. Dice que debe regresar, y que Zora y Vida son suyas hasta que se les caigan los pechos. Se niega a culparme a mí por lo sucedido. Dice que debo continuar enviándole búlgaros.

Esta noche murieron diez. Le gustaría recibir algunos más. Y ahora le estrecharemos la mano y nos marcharemos. Es lo único que él nos pide. Somos buenos amigos, pero también somos *gajos*. Y supongo que no quiere que veamos a sus mujeres llorando por los muertos.

Kerim tendió su enorme mano. Vavra la cogió y la retuvo, mientras miraba a Kerim a los ojos. Por un momento, los feroces ojos del gitano parecieron empañarse. Luego el gitano soltó la mano y se volvió hacia Bond. La mano era seca y áspera, y como protegida con un relleno, como la zarpa de un enorme animal. Los ojos volvieron a empañarse. Soltó la mano de Bond. Le habló con rapidez y tono urgente a Kerim, les volvió la espalda a ambos hombres y se alejó hacia los árboles.

Nadie alzó la vista de su trabajo cuando Kerim y Bond pasaron por la brecha del muro. El Rolls se encontraba, rutilante a la luz de la luna, a unos pocos metros calle abajo, frente a la entrada del café. Junto al chófer había sentado un hombre joven. Kerim lo señaló con una mano.

—Ése es mi décimo hijo. Se llama Boris. Pensaba que podría necesitarlo. Y así será.

—Buenas noches, señor —dijo el chico, al volverse. Bond lo reconoció como uno de los trabajadores de la oficina del almacén. Era tan moreno y delgado como el jefe de secretarios, y sus ojos también eran azules.

El coche descendió por la colina. Kerim le habló en inglés al chófer.

—Es una calle pequeña que sale de la plaza del Hipódromo. Cuando lleguemos allí, continuaremos en silencio. Ya te diré cuándo debes detenerte. ¿Tienes los uniformes y el equipo?

—Sí, Kerim Bey.

—De acuerdo. Acelera. A esta hora deberíamos estar todos en la cama.

Kerim se hundió en el asiento. Sacó un cigarrillo. Ambos se pusieron a fumar. Bond miraba las calles grises y pensaba que las farolas muy esparcidas eran el distintivo inequívoco de las ciudades pobres.

Pasó un rato antes de que Kerim hablara.

—El gitano —comentó luego— dijo que los dos tenemos las alas de la muerte sobre la cabeza. Dijo que yo debía guardarme de un hijo de las nieves y que usted debe guardarse de un hombre que está poseído por la luna. —Profirió una áspera risa—. Es el tipo de galimatías que suelen decir ellos. Pero asegura que Krilencu no es ninguno de esos hombres. Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque no podré dormir hasta que no mate a ese hombre. No sé si lo que sucedió esta noche tiene alguna relación con usted y su misión. Y no me importa. Por algún motivo, me han declarado la guerra. Si yo no mato a Krilencu, al tercer intento seguro que él me matará a mí. Así que ahora vamos camino de acudir a una cita con él en Samara[23].

Capítulo 19
La boca de Marilyn Monroe

El coche corría a gran velocidad por las calles desiertas, pasando ante mezquitas sombrías desde las cuales los deslumbrantes minaretes se encumbraban hacia la luna creciente en tres cuartos de su plenitud, pasando bajo el acueducto en ruinas, atravesando el Bulevar Ataturk y corriendo ante las entradas norte del Gran Bazar, ahora cerradas. Al llegar a la Columna de Constantino, el vehículo giró a la derecha, metiéndose entre meandrosas calles que olían a basura, para desembocar por último en una larga plaza ornamental alargada en la que tres columnas de piedra se lanzaban como una batería de cohetes espaciales hacia el cielo estrellado.

—Aminora la marcha —dijo Kerim en voz baja. Describieron un lento giro en torno a la plaza bajo la sombra de los tilos. Desde el fondo de una calle del lado este, el faro que había bajo el palacio Topkapi Saray les hizo un gran guiño amarillo.

—Para.

El coche se detuvo en la oscuridad bajo los tilos. Kerim tendió la mano hacia el tirador de la puerta.

—No tardaremos mucho, James. Usted siéntese adelante, en el asiento del conductor, y si un policía se acerca, simplemente dígale: *«fíen Bey Kerim in ortagiyim»*. ¿Podrá recordarlo? Significa: «Soy el socio de Kerim Bey». Lo dejarán en paz.

Bond profirió un bufido.

—Muchísimas gracias, pero se sorprenderá al saber que yo voy a acompañarlos. Sin mí, será inevitable que se metan en líos. En cualquier caso, que me condenen si tengo intención de quedarme aquí a embaucar agentes de policía. Lo peor de aprender bien una sola frase es que parece que uno sepa el idioma. El policía me responderá con una andanada de turco y, cuando no pueda responderle, se olerá que hay gato encerrado. No discuta, Darko.

—Bueno, no me culpe si esto no le gusta. —La voz de Kerim era de incomodidad—. Va a ser un asesinato sin más, a sangre fría. En mi tierra, se deja que los perros dormidos se queden echados, pero si se levantan y muerden, se les pega un tiro. No se les ofrece un duelo. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga —replicó Bond—Me queda una bala para el caso de que usted falle.

—Venga, pues —aceptó Kerim, reacio—. Tendremos que andar un buen trecho. Ellos dos irán por otro camino.

Kerim cogió un largo bastón que tenía el chófer y un estuche de cuero. Se los echó sobre el hombro y partieron andando calle abajo hacia el guiño amarillo del faro. El sonido de sus pasos rebotaba en las cortinas de hierro de las tiendas cerradas y volvía a ellos. No se veía ni un alma, ni un gato, y Bond se alegró de no ir solo por aquella larga calle hacia el funesto ojo lejano.

Desde el principio, Estambul le había dado la impresión de ser una ciudad donde, al caer la noche, el horror sale arrastrándose de las piedras. Le parecía una urbe que los siglos habían embebido en sangre y violencia de tal manera que, cuando la luz diurna se apagaba, los fantasmas de sus muertos eran la única población. El instinto le decía, como les sucedía a otros viajeros, que Estambul era una ciudad de la que se alegraría de salir con vida.

Llegaron a un estrecho callejón maloliente que descendía una empinada colina hacia la derecha. Kerim giró en él y comenzó a bajar con pies de plomo por el adoquinado.

—Cuidado dónde pone los pies —dijo en voz baja—. «Basura» es una palabra demasiado fina para lo que mi encantador pueblo arroja a la calle.

La luna brillaba blanca sobre el húmedo río de adoquines. Bond mantenía la boca cerrada y respiraba por la nariz. Bajaba un pie después del otro, planos sobre el suelo, con las rodillas dobladas, como si descendiera por una ladera cubierta de nieve. Pensó en su cama del hotel y en el cómodo acolchado del automóvil que aguardaba bajo los tilos de dulce aroma, y se preguntó con cuántas clases de hedores espantosos más iba a tropezarse durante su presente misión.

Se detuvieron al final del callejón. Kerim se volvió hacia él con una ancha sonrisa blanca.

Señaló un elevado bloque de negras sombras que había en lo alto.

—Es la mezquita del sultán Ahmet<<sup>[24], con sus famosos frescos bizantinos. Lamento no tener tiempo para enseñarle más de las bellezas de mi país. —Sin aguardar la respuesta de Bond, giró a la derecha y siguió un polvoriento bulevar, flanqueado por tiendas baratas, que descendía hacia el lejano destello que era el mar de Mármara. Caminaron en silencio durante diez minutos. Luego Kerim se detuvo y atrajo a Bond hacia las sombras.

—Ésta será una operación sencilla —comentó en voz baja—. Krilencu vive ahí abajo, junto a la vía del tren. —Con un gesto indicó vagamente un grupo de luces rojas y verdes que se veía al final del bulevar—. Se oculta en una choza que hay detrás de una valla publicitaria. La choza tiene una puerta frontal y una trampilla que conduce a la calle a través de la valla. Él cree que nadie sabe de su existencia. Mis dos hombres entrarán por la puerta frontal. Él se escapará a través de la valla. Entonces yo le dispararé. ¿Comprendido?

—Si usted lo dice.

Continuaron avanzando bulevar abajo, manteniéndose cerca de las paredes. Tras unos diez minutos, apareció a la vista la valla de seis metros de alto que remataba la intersección en forma de T que había al final de la calle. La luna se encontraba detrás de la valla y proyectaba una sombra. Kerim avanzaba ahora con más cuidado aún, posando los pies ante sí con sigilo. A unos cien metros de la valla, las sombras acababan y la luna resplandecía blanca sobre la intersección.

Kerim se detuvo en el último portal oscuro y colocó a Bond ante sí, en contacto con su pecho.

—Ahora debemos esperar —susurró. Bond oyó que Kerim manipulaba algo a sus espaldas.

Se oyó un suave chasquido cuando se abrió la tapa del estuche. Dejó en manos de Bond un pesado tubo fino de acero, de unos sesenta centímetros de largo, con una protuberancia en cada extremo.

—Mira telescópica. Modelo alemán —susurró Kerim—. Lente para infrarrojos. Se puede ver en la oscuridad. Échele un vistazo a ese cartel cinematográfico de allí. Esa cara. Justo debajo de la nariz. Verá el contorno de una trampilla. En línea recta desde la garita de señales del tren.

Bond apoyó el antebrazo contra la jamba de la puerta y se llevó el tubo al ojo derecho. Enfocó la zona en sombras que tenía delante. Lentamente, el negro se transformó en gris. Aparecieron el contorno de un enorme rostro de mujer y algunas letras. Ahora Bond podía leer la inscripción.

Decía: «NIYAGARA. MARILYN MONROE YE JOSEPH GOTTEN» y más abajo «BONZO FUTBOLOU». Bond descendió lentamente con el visor por la vasta masa de cabello de Marilyn Monroe, por el acantilado de su frente y por la nariz de sesenta centímetros hasta las cavernosas narinas. Sobre el cartel se distinguía un débil recuadro. Corría por debajo de la nariz y abarcaba la gran curva tentadora de los labios. Era de alrededor de un metro veinte de ancho. Desde allí habría una buena caída hasta el suelo.

Detrás de Bond sonaron una serie de chasquidos suaves. Kerim alzó horizontalmente su bastón. Como Bond había supuesto, era un arma, un rifle con culata de esqueleto que también formaba la recámara. El rechoncho cilindro de un silenciador había ocupado el sitio de la punta de goma del bastón.

—Un cañón del nuevo Winchester 88 —susurró Kerim con orgullo—. Me lo montó especialmente un hombre de Ankara. Usa cartuchos de 308 milímetros. Los cortos. Tres de ellos. Deme la mira. Quiero enfocar y apuntar a esa trampilla antes de que mis hombres entren por la puerta delantera. ¿Le molesta si uso su hombro como punto de apoyo?

—No hay problema. —Bond le pasó a Kerim la mira telescópica. Kerim la acopló a la parte superior del cañón y deslizó el arma sobre el hombro de Bond.

—Ya la tengo —susurró Kerim—. Está donde Vavra dijo que estaría. Es un buen hombre.

—Bajó el arma justo en el momento en que dos policías aparecían en la esquina derecha de la intersección. Bond se puso tenso.

—No pasa nada —susurró Kerim—, Son mi hijo y el chófer. —Se llevó dos dedos a la boca.

Un silbido muy bajo sonó durante una fracción de segundo. Uno de los policías se llevó una mano a la nuca. Luego ambos dieron media vuelta y se alejaron, con las botas golpeteando sonoramente los adoquines.

—Faltan pocos minutos —susurró Kerim—. Tienen que pasar por detrás de esa valla. —Bond sintió que el pesado cañón del arma volvía a deslizarse sobre su hombro derecho.

El silencio bañado de luna se vio interrumpido por un sonoro entrechocar metálico procedente de la garita de señales que quedaba al otro lado de la valla. Uno de los brazos de señales cayó. Un puntito de luz verde se hizo visible entre el grupo de las rojas. Desde lejos llegó un suave retumbar bajo, hacia la izquierda, en dirección a Cabo Serrallo. Se aproximó más y acabó por definirse en el pesado jadeo de una locomotora y el estruendo de dos coches de mercancías mal acoplados. Un débil brillo trémulo de color amarillo pasó a lo largo del terraplén izquierdo.

La locomotora apareció avanzando trabajosamente por encima de la valla publicitaria.

El tren avanzó rechinando en su recorrido de ciento sesenta kilómetros hacia la frontera griega, una negra silueta quebrada contra el mar plateado, y la espesa nube de humo de su combustible de mala calidad flotó hacia ellos en el aire quieto. Cuando la luz roja del furgón de cola destelló brevemente para luego desaparecer, se oyó un retumbar profundo cuando la locomotora entró en una trinchera, y luego dos ásperos lamentos tristes cuando hizo sonar el silbato para advertir que se acercaba a la pequeña estación de Buyuk, que quedaba a un kilómetro y medio más abajo.

El retumbar del tren se apagó en la distancia. Bond sintió que el arma se apoyaba con más fuerza sobre su hombro. Forzó los ojos para ver el objetivo en sombras. En el centro del mismo, apareció un profundo recuadro de negrura.

Con cuidado, Bond levantó la mano izquierda e hizo visera con ella para que la luz de la luna no le impidiera ver. De detrás de su oído derecho le llegó un siseo de respiración.

—Ya sale.

Por la boca del gran cartel en sombras, entre los enormes labios color violeta, semiabiertos de éxtasis, emergió la silueta oscura de un hombre y se colgó como un gusano de la boca de un cadáver.

El hombre cayó. Una barca que remontaba el Bosforo brilló en la noche como un animal insomne dentro de un zoológico. Bond sintió que una gota de sudor le bajaba por la frente. El cañón del arma descendió cuando el hombre abandonó la calzada con pasos sigilosos, en dirección a ellos.

«Cuando llegue al borde de la sombra —pensó Bond— echará a correr. Condenado estúpido, mira más adelante.»

Ahora. El hombre se dobló para atravesar a la carrera la calle deslumbrantemente blanca.

Estaba saliendo de la sombra. Tenía la pierna derecha flexionada hacia delante y el hombro correspondiente alineado con ella para darse impulso.

En el oído de Bond sonó un restallido como de hacha que golpea un tronco de árbol. El hombre salió disparado hacia delante con los brazos extendidos. Se produjo un ruido seco al chocar su mentón o su frente contra el suelo.

Un cartucho vacío tintineó a los pies de Bond. Oyó el chasquido del siguiente proyectil que entraba en la recámara.

Los dedos del hombre arañaron los adoquines por un breve instante. Sus zapatos golpearon la calle. Quedó allí tendido, por completo inmóvil.

Kerim profirió un gruñido. El arma se apartó del hombro de Bond. El agente británico escuchó los sonidos que hacía Kerim al desmontar el arma y guardar la mira telescópica en el estuche de cuero.

Bond apartó los ojos de la silueta tendida en la calle, la silueta del hombre que había sido y ya no era. Tuvo un instante de resentimiento contra la vida que le hacía presenciar este tipo de cosas.

El resentimiento no era contra Kerim. Este había sido el objetivo de los ataques de aquel hombre en dos ocasiones. En un cierto sentido, esto era el final de un largo duelo, en el que Krilencu había disparado dos veces contra el único disparo de Kerim. Pero Kerim era el más inteligente, el más frío y el más afortunado de los dos, y eso era todo. Sin embargo, Bond nunca había matado a sangre fría y no le había gustado observar cómo otro lo hacía, y cooperar con él.

En silencio, Kerim lo tomó por un brazo. Se alejaron con lentitud de la escena y volvieron por donde habían llegado.

Kerim pareció percibir los pensamientos de Bond.

—La vida está llena de muerte, amigo mío —comentó con aire filosófico —. Y a veces uno se convierte en instrumento de la muerte. No lamento haber matado a ese hombre. Ni tampoco lamentaría matar a cualquiera de los rusos esos que vimos hoy en la oficina. Son gente dura. Con ellos, las cosas se consiguen por la fuerza, o no se consiguen. Los rusos son todos iguales. Ojalá el gobierno de usted se diera cuenta de eso y se mostrara fuerte con ellos. Sólo una pequeña lección de modales como la que les he dado esta noche, de vez en cuando, no les vendría mal.

—En las relaciones de fuerza, uno no tiene a menudo la oportunidad de actuar con tanta rapidez y limpieza como lo ha hecho usted esta noche, Darko. Y no olvide que sólo ha castigado a uno de sus satélites, uno de los hombres que ellos siempre encuentran para que les hagan el trabajo sucio.

»Y le advierto —prosiguió Bond— que estoy muy de acuerdo con usted por lo que respecta a los rusos. Sencillamente no entienden el lenguaje de la zanahoria. Sólo el palo logra algún efecto. Son básicamente masoquistas. Adoran el azote. Por eso eran tan felices bajo Stalin. El les daba azote. No estoy seguro de cómo van a reaccionar ante los trozos de zanahoria que les están dando Kruschov y compañía. En cuanto a Inglaterra, el problema reside en que hoy por hoy está de moda darles zanahorias a todos. A los de

casa y a los de fuera. Nosotros ya no enseñamos los dientes… sólo las encías.

Kerim profirió una áspera risotada, pero no hizo comentarios. Estaban ascendiendo por el callejón maloliente y no le quedaba aliento para hablar. Descansaron al llegar al final y luego echaron a andar con lentitud hacia los árboles de la plaza del Hipódromo.

—¿Así que me perdona usted por lo de hoy? —Resultaba extraño percibir el anhelo de una respuesta tranquilizadora en la voz habitualmente bulliciosa del corpulento hombre.

—¿Perdonarlo? ¿Perdonarlo por qué? No sea ridículo. —Había afecto en la voz de Bond—. Tenemos un trabajo que hacer y estamos haciéndolo. Me ha dejado muy impresionado. Tiene aquí un tinglado maravilloso. Soy yo quien debería disculparse. Parece que le he traído una enorme cantidad de problemas. Y usted los ha solucionado. Yo me he limitado a seguirle los pasos. Y no he llegado a ninguna parte en absoluto por lo que respecta a mi principal misión. M se estará impacientando bastante. Tal vez habrá algún tipo de mensaje en el hotel.

Pero cuando Kerim llevó a Bond a su hotel y entró con él hasta recepción, no había nada para Bond. Kerim le dio una palmada en la espalda.

—No se preocupe, amigo mío —dijo con tono alegre—. La esperanza es un buen desayuno. Tómela en abundancia. Le enviaré el coche por la mañana, y si no ha sucedido nada, pensaré en algunas aventurillas más para pasar el rato. Limpie su arma y duerma sobre ella. Los dos merecen un descanso.

Bond subió el tramo de escalera, abrió la puerta con la llave, la cerró tras de sí y volvió a echarle llave y cerrojo. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas. Atravesó la habitación y encendió las lámparas con pantalla rosada que había sobre el tocador. Se quitó la ropa, entró en el baño y permaneció durante unos minutos debajo de la ducha. Pensó en lo mucho más movido que había sido el sábado catorce comparado con el viernes trece. Se cepilló los dientes e hizo gárgaras con un gran sorbo de agua para

librarse del sabor del día, tras lo cual apagó la luz del baño y regresó al dormitorio.

Bond apartó una de las cortinas, abrió de par en par las altas ventanas, y permaneció allí, sujetando las cortinas hacia los lados y mirando el gran bumerán curvo de agua brillante bajo la luna que viajaba por el cielo. La brisa nocturna tenía un tacto maravillosamente fresco sobre su cuerpo desnudo. Miró su reloj de pulsera. Eran las dos en punto.

Bond profirió un tremendo bostezo. Volvió a correr las cortinas. Se inclinó para apagar las luces del tocador. De pronto se tensó. El corazón se le paró durante un latido.

Desde las sombras del fondo de la habitación, le había llegado una risilla nerviosa.

—Pobre señor Bond —dijo una voz de muchacha—. Tiene que estar cansado. Venga a la cama.

Capítulo 20
Negro y rosa

Bond se volvió en un instante. Miró hacia la cama, pero tenía los ojos ciegos por haber contemplado la luna. Atravesó la habitación y encendió la lámpara de pantalla rosa que había junto al lecho. Bajo la sábana había un cuerpo largo. Una cabellera castaña se hallaba esparcida sobre la almohada. Se veían las puntas de unos dedos que sujetaban la sábana que ocultaba el rostro. Más abajo, los pechos sobresalían como colinas bajo la nieve.

Bond rió suavemente. Se inclinó hacia delante y tiró de los cabellos con suavidad. Se oyó un chillido de protesta procedente de debajo de la sábana. Bond se sentó en el borde de la cama. Tras un momento de silencio, una punta de la sábana descendió con cautela y un ojo azul grande lo inspeccionó.

—Su aspecto es muy indecoroso. —La voz estaba amortiguada por la sábana.

—¡Y qué me dice de usted! ¿Y cómo ha entrado aquí?

—Bajando dos pisos. También yo vivo aquí. —La voz era profunda y provocativa. Tenía muy poco acento.

—Bueno, pues voy a meterme en la cama.

La sábana bajó con rapidez hasta el mentón y la muchacha se incorporó un poco contra las almohadas. Se había ruborizado.

—Oh, no. No debe hacer eso.

—Pero si es mi cama. Y, de todas formas, usted me dijo que lo hiciera. —El rostro era increíblemente hermoso. Bond lo examinó con descaro. El rubor se hizo más profundo.

—Lo que dije no fue más que una frase. Para presentarme.

—Bien, me alegro mucho de conocerla. Me llamo James Bond.

—Yo soy Tatiana Romanova. —Ella hizo muy largo el sonido de la segunda «a» de Tatiana y de la primera «a» de Romanova—. Mis amigos me llaman Tania.

Se produjo una pausa mientras cada uno miraba al otro, la muchacha con curiosidad y con lo que podría haber sido una expresión de alivio; Bond, con sereno cálculo.

Ella fue quien primero rompió el silencio.

—Es usted igual que en las fotografías. —Volvió a ruborizarse—. Pero debe ponerse algo de ropa. Me perturba verlo así.

—Usted también me perturba. Eso se llama atracción sexual. Si me metiera en la cama con usted, no sería un problema. En cualquier caso, ¿qué lleva puesto?

Ella bajó la sábana una fracción más para mostrar una cinta de terciopelo negro de medio centímetro que le rodeaba el cuello.

—Esto.

Bond bajó la mirada hacia los provocadores ojos azules que ahora se abrían de par en par, como preguntando si la cinta era adecuada. El agente británico sintió que perdía el control de su cuerpo.

—Maldita sea, Tania. ¿Dónde están el resto de sus cosas? ¿O bajó así en el ascensor?

—Oh, no. Eso no habría sido *kulturny*. Están debajo de la cama.

—Bueno, pues si cree que va a salir de esta habitación sin…

Bond dejó la frase sin terminar. Se levantó de la cama y fue a ponerse una de las chaquetas de pijama de seda azul oscuro largas hasta más abajo de la cadera, única parte de la prenda que solía usar.

—Lo que está sugiriendo no es *kulturny*.

—¿Ah, no? —dijo Bond, con sarcasmo. Regresó junto a la cama y acercó una silla. Le dedicó una sonrisa a la muchacha—. Bueno, pues le diré

algo *kulturny*. Usted es una de las mujeres más hermosas del mundo.

La joven volvió a ruborizarse. Lo miró con expresión seria.

—¿Me dice la verdad? Creo que mi boca es demasiado grande. ¿Soy tan hermosa como las muchachas occidentales? Una vez me dijeron que me parezco a Greta Garbo. ¿Es cierto?

—Es más hermosa —replicó Bond—. Su cara es más luminosa. Y su boca no es demasiado grande. Es del tamaño justo. Al menos para mí.

—¿Qué es eso de «cara luminosa»? ¿Qué quiere decir?

Bond quería decir que ella no lo miraba como una espía rusa. No resultaba visible ni una pizca de la reserva típica de los espías. Ni su frialdad, ni su carácter calculador. Daba una impresión de personalidad cálida y alegre. Estas cosas afloraban a sus ojos. Buscó una frase evasiva.

—En sus ojos hay mucha alegría y diversión —respondió, poco convincente.

Tatiana permaneció seria.

—Es curioso —dijo—. En Rusia no hay ni mucha diversión ni mucha alegría. Nadie habla de esas cosas. Nunca antes me habían dicho eso.

«¿Alegría?, —pensó—, ¿después de los últimos dos meses? ¿Cómo podía parecer alegre?» Y sin embargo, sí, tenía una sensación de ligereza en el corazón. ¿Acaso era una mujer ligera de cascos por naturaleza? ¿O tenía algo que ver con este hombre al que nunca antes había visto? ¿Era alivio en relación a él después de la agonía experimentada al pensar lo que tenía que hacer?

Ciertamente, era mucho más fácil de lo que había esperado. El hacía que fuese fácil, que fuese divertido, con una pizca de peligro. Era terriblemente guapo. Y parecía tener un alma muy sana.

¿La perdonaría, acaso, cuando llegaran a Londres y ella le contara la verdad? ¿Cuando le explicara que la habían enviado para seducirlo? ¿Que le habían incluso señalado la noche en que debía hacerlo y el número de su habitación? Sin duda no le importaría demasiado. Ella no estaba causándole ningún daño. Era sólo un medio para que llegara a Inglaterra e hiciera esos informes.

«Alegría y diversión en sus ojos.» Bueno, ¿y por qué no? Era posible. Había una maravillosa sensación de libertad en hallarse a solas con un hombre como éste, sabiendo que no sería castigada por ello. La verdad es que resultaba terriblemente emocionante.

—Usted es muy guapo —dijo la joven. Buscó una comparación que pudiera complacerlo—. Parece una estrella cinematográfica de Estados Unidos.

Quedó sorprendida ante la reacción de él.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ése es el peor insulto que puede hacérsele a un hombre!

Se apresuró a corregir su error. ¡Qué curioso que aquel elogio no le gustara! ¿Acaso toda la gente de Occidente no deseaba parecer una estrella cinematográfica?

—Le he mentido —dijo—. Sólo quería complacerlo. De hecho, usted se parece a mi héroe favorito. Es un personaje de un libro escrito por un ruso que se llama Lermontov. Ya le hablaré de él un día de éstos.

¿Un día de éstos? Bond pensó que había llegado el momento de hablar con seriedad.

—Vamos a ver, Tania. —Intentaba no mirar el hermoso rostro que descansaba sobre la almohada. Fijó los ojos en la punta del mentón de la joven—. Tenemos que dejarnos de tonterías y ponernos serios. ¿De qué va todo esto? ¿De verdad que va a acompañarme a Inglaterra? —Alzó la mirada hasta los ojos de ella. La joven había vuelto a abrirlos de par en par, con aquella condenada expresión de inocencia.

—¡Pues, claro que sí!

—¡Ah! —Bond quedó desconcertado ante la franqueza de la respuesta. La miró con seriedad—. ¿Está segura?

—Sí. —Ahora sus ojos eran sinceros. La joven había dejado de coquetear.

—¿No tiene miedo?

Vio que una sombra atravesaba los ojos de Tatiana. Pero no se debía a lo que él creyó. La joven acababa de recordar que debía representar un papel.

Debía estar asustada por lo que hacía. Aterrorizada. Aquella actuación había parecido tan fácil… pero ahora era difícil. ¡Qué extraño!

Decidió no comprometerse.

—Sí, tengo miedo, pero ahora no tanto. Usted me protegerá. Tal y como había pensado.

—Sí, bueno, claro que lo haré. —Bond pensó en los parientes que vivían en Rusia. Apartó con rapidez aquella idea de su cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Intentaba disuadirla para que cambiara de opinión? Cerró sus pensamientos a las consecuencias que imaginaba que le sobrevendrían a Tatiana—. No hay nada de qué preocuparse. Yo cuidaré de usted.

Y ahora, la pregunta que había estado demorando. Se sentía terriblemente azorado. Esta muchacha no era ni por asomo lo que él había esperado. Formular la pregunta lo estropearía todo.

Pero había que hacerlo.

—¿Qué me dice de la máquina?

Sí, fue como si la hubiese abofeteado. El dolor afloró a sus ojos, que llegaron al borde de las lágrimas.

Ella se subió la sábana hasta taparse la boca y habló detrás de la misma. Sus ojos, por encima de la tela, tenían una expresión de frialdad.

—Así que eso es lo que quiere.

—Espere, escuche. —Bond habló con tono de aplomo—. Esa máquina nada tiene que ver con nosotros dos. Pero mi gente de Londres la quiere. —Recordó las normas de seguridad. Habló con tono halagador—. No es tan importante. Lo saben todo acerca de la máquina y piensan que es un maravilloso invento ruso. Sólo quieren una para copiarla. Igual que los rusos copian las cámaras fotográficas extranjeras, y demás. —¡Dios, qué poco convincente!

—Ahora el que miente es usted. —Una lágrima cayó de uno de los grandes ojos azules y descendió por la mejilla hasta la almohada. Ella subió la sábana hasta taparse los ojos.

Bond tendió una mano y la posó sobre el brazo, que estaba bajo la sábana. El brazo se apartó con gesto enojado.

—Condenada y maldita máquina —dijo él con impaciencia—. Pero, ¡por el amor de Dios, Tania, usted sabe que tengo que hacer mi trabajo! Sólo dígame una cosa u otra, y nos olvidaremos del asunto. Hay muchas otras cuestiones de las que hablar. Tenemos que preparar nuestro viaje, y demás, Por supuesto que mi gente la quiere, o no me habrían enviado a buscarla a usted junto con el descifrador.

Tatiana se enjugó los ojos con la sábana. Bruscamente, volvió a bajarla hasta sus hombros. Sabía que había estado descuidando su deber. Sólo que… En fin, si al menos él hubiese dicho que la máquina no le importaba, siempre y cuando ella lo acompañara… Pero era esperar demasiado. Bond tenía razón. El debía realizar su trabajo. Y lo mismo debía hacer ella.

Lo miró con serenidad.

—La llevaré conmigo. No tenga miedo. Pero no volvamos a mencionar el tema. Y ahora escúcheme. —Se sentó más erguida contra las almohadas —. Debemos marcharnos esta noche. —Recordó la lección aprendida—. Es la única oportunidad que tendremos. Esta noche estaré de servicio a partir de las seis de la tarde. Me encontraré sola en la oficina y podré coger la Spektor.

Los ojos de Bond se entrecerraron. Su mente trabajaba a toda velocidad considerando los problemas que habría que afrontar. Dónde esconder a la muchacha. Cómo sacarla en el primer avión una vez que se hubiese descubierto la desaparición. Sería una cuestión arriesgada. Ellos no se detendrían ante nada para recuperarlas a ella y a la Spektor. Bloqueos de las carreteras que llevaban al aeropuerto. Una bomba en el avión. Cualquier cosa.

—Eso es fantástico, Tania. —La voz de Bond era ligera—. La mantendremos escondida y cogeremos el primer avión que salga mañana por la mañana.

—No sea tonto. —A Tatiana le habían advertido que en esta parte de su papel habría algunas cosas difíciles—. Cogeremos el tren. El Orient Express. Sale a las nueve de esta noche. ¿Piensa que no he estado reflexionando sobre eso? No permaneceré en Estambul un minuto más de lo estrictamente necesario. Al amanecer habremos pasado la frontera. Usted

debe conseguir los billetes y un pasaporte. Yo lo acompañaré como su esposa. —Alzó los ojos hacia él, con expresión de felicidad—. Eso me gustará. Iremos en uno de esos coches-cama sobre los que he leído. Tienen que ser muy cómodos. Como una pequeña casa rodante. Durante el día charlaremos y leeremos, y por la noche usted se quedará de guardia en la puerta de nuestra casa.

—¡Que me aspen si haré eso! —respondió Bond—. Pero, mire, Tania. Lo que está proponiéndome es una locura. Sin duda nos darán alcance en algún punto del recorrido. En ese tren tardaremos cuatro días y cinco noches en llegar a Londres. Tenemos que pensar otra cosa.

—Ni hablar —replicó la muchacha, sin más—. No aceptaré marcharme de ninguna otra manera. Si usted es inteligente, ¿cómo van a descubrirlo?

«¡Oh, Dios!», pensó Tatiana. «¿Por qué habían insistido en ese tren?» Pero se habían mostrado terminantes. Era un buen lugar para el amor, habían dicho. Dispondría de cuatro días para lograr enamorarlo. Luego, cuando llegaran a Londres, no le complicarían la vida. El la protegería. Por el contrario, si viajaban a Londres en avión, la meterían en prisión en cuanto llegara. Los cuatro días de viaje eran esenciales. Y le habían advertido que tendrían hombres en el tren para asegurarse de que no se bajaba a medio recorrido. Así que habría de tener cuidado y obedecer las órdenes. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Y sin embargo, ahora anhelaba pasar esos cuatro días con él en la pequeña casita rodante. ¡Qué curioso! Antes, obligarla a ello, había sido un deber. Ahora constituía su más apasionado deseo.

Observó el pensativo rostro de Bond. Deseó tenderle una mano y tranquilizarlo respecto a que nada malo sucedería; que esto no era más que una inofensiva *konspiratsia* para hacerla llegar a Inglaterra; que ningún mal podría sobrevenirles a ninguno de los dos, porque no era ése el objetivo del plan.

—Bueno, yo continúo pensando que es una locura —respondió Bond, al tiempo que se preguntaba cuál sería la reacción de M—. Pero supongo que podría funcionar. Ya tengo el pasaporte. Necesitaré un visado yugoslavo. —La miró con severidad—. No piense que voy a llevarla en la parte del tren que atraviesa Bulgaria, o pensaré que quiere secuestrarme.

—Pues es verdad —le aseguró Tatiana, con una risilla—. Secuestrarlo es exactamente lo que quiero hacer.

—Ahora, cállese, Tania. Tenemos que solucionar todos los detalles. Conseguiré los billetes y haré que uno de nuestros hombres nos acompañe. Por si acaso. Es un buen hombre. Le gustará.

»Su nombre será Caroline Somerset. No lo olvide. ¿Cómo va a llegar hasta el tren?

—*Karolin Siomerset*. —Mentalmente, la muchacha le dio vueltas al nombre—. Es un nombre bonito. Y usted es el *Señor Siomerset*. —Rió con alegría—. Es divertido.

»No se preocupe por mí. Llegaré al tren justo antes de que se marche. Sale de la estación Sirkeci. Sé dónde está. Eso es todo, pues. Y no nos preocupemos más. ¿Sí?

—Suponga que pierde el valor. Suponga que la descubren. —De pronto, Bond se sintió preocupado por la confianza que manifestaba la muchacha. ¿Cómo podía estar tan segura? Un repentino escalofrío de sospecha le recorrió la columna vertebral.

—Antes de verlo estaba asustada. Ahora, ya no. —Tatiana intentó convencerse de que era la verdad. En algún sentido, casi lo era—. Ahora, no perderé el valor, como dice usted. Y no pueden descubrirme. Dejaré mis cosas en el hotel y llevaré a la oficina el bolso que llevo siempre. No puedo dejar aquí mi abrigo de piel. Le tengo demasiado cariño. Pero hoy es domingo, y eso será una excusa para ir con él a la oficina. Esta noche, a las ocho y media, saldré y tomaré un taxi hasta la estación. Y ahora, debe dejar de poner esa cara de preocupación. —Impulsivamente, porque tenía que hacerlo, tendió una mano hacia él—. Dígame que está contento.

Bond se acercó al borde de la cama. Tomó la mano de ella y la miró a los ojos. «¡Dios! —pensó—. Espero estar haciendo lo correcto. Espero que este plan descabellado salga bien. ¿Es un fraude, esta muchacha maravillosa? ¿Es sincera? ¿Es real?» Los ojos nada le decían, excepto que la joven era feliz, que quería que él la amase, que se sentía sorprendida ante lo que le sucedía.

La otra mano de Tatiana ascendió, le rodeó el cuello y lo atrajo ardientemente hacia ella. Al principio, los labios de Tatiana temblaron bajo los de él y luego, al invadirla la pasión, la boca se rindió a un beso infinito.

Bond se tendió en la cama. Mientras su boca no dejaba de besarla, su mano se deslizó hasta el pecho izquierdo de la muchacha y lo rodeó, sintiendo el pezón duro de deseo bajo sus dedos. La mano se deslizó hacia abajo, a través del vientre plano. Las piernas de ella se movieron con languidez. Gimió suavemente y su boca se apartó de los labios de Bond. En el extremo de los párpados cerrados, las largas pestañas se agitaron como susurrantes alas de pájaro.

Bond cogió el borde superior de la sábana, la retiró completamente y la dejó caer por los pies de la enorme cama. Ella no llevaba nada puesto, excepto la cinta negra en torno al cuello y unas medias de seda negra sujetas por encima de las rodillas. Los brazos se alzaron en busca de Bond.

Por encima de ambos, y sin que ellos lo supieran, detrás del falso espejo de marco dorado que había en la pared, sobre la cabecera de la cama, dos fotógrafos de SMERSH permanecían sentados muy juntos en el estrecho *cabinet de voyeur*, al igual que, antes que ellos, tantos amigos del propietario se habían apostado allí en una de las noches de luna de miel de cualquier pareja alojada en esa habitación especial del Kristal Palas.

Y los visores ópticos contemplaban fríamente el arabesco apasionado que los dos cuerpos formaban y deshacían, y volvían a formar, y el mecanismo de relojería de las cámaras cinematográficas zumbaba suavemente, sin descanso, mientras la respiración salía agitada por la boca de los dos hombres, y el sudor de excitación bajaba por sus rostros hinchados hasta los cuellos de mala calidad.

Capítulo 21
El Orient Express

Los trenes de lujo están desapareciendo prácticamente en todos los países de Europa, uno a uno; sin embargo, tres veces a la semana, el Orient Express retruena soberbiamente por los más de dos mil kilómetros de rutilantes vías férreas que unen Estambul y París.

Bajo las luces de arco, la locomotora alemana de largo chasis jadeaba agitadamente con la trabajosa respiración de un dragón agonizante de asma. Cada pesada exhalación parecía que iba a ser la última. Luego se oía otra. De los empalmes entre coches, ascendían jirones de vapor que desaparecían con presteza en el aire tibio del mes de agosto. El Orient Express era el único tren vivo que había en la estación central de Estambul, una fea madriguera de arquitectura ordinaria.

Los trenes que se encontraban en las otras vías carecían de locomotora y estaban desiertos, aguardando al día siguiente. Sólo la vía número tres y su andén latían con la trágica poesía de la partida.

La sólida inscripción de bronce que se veía en el lateral del coche azul oscuro decía:

«COMPAGNIE INTERNATIONALES DES WAGON-LITS ET DES GRANDES EXPRESS EUROPÉENS»

Por encima de la inscripción, encajado en ranuras metálicas, se veía un letrero plano de hierro que anunciaba, en letras negras sobre fondo blanco,

«ORIENT EXPRESS» y, debajo del mismo, en tres líneas, se leía lo siguiente:

ISTAMBUL — THESSALONIKI — BEOGRAD

VENEZIA — MILAN

LAUSANNE — PARIS

James Bond pasó una mirada vaga sobre los nombres más románticos del mundo. Por décima vez, miró su reloj. Las ocho y cincuenta y un minutos. Sus ojos volvieron a los letreros. Todos los nombres estaban escritos en el idioma del país, excepto Milán. ¿Por qué no habían escrito MILANO? Bond sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la cara. ¿Dónde demonios estaba la muchacha? ¿La habrían descubierto? ¿Se habría arrepentido? ¿Acaso habría sido demasiado brusco con ella anoche, o más bien esta madrugada, en la cama?

Las ocho y cincuenta y cinco. El quedo jadeo de la locomotora había cesado. Se oyó un resonante soplido cuando la válvula de seguridad dejó escapar el exceso de vapor. A cien metros de distancia, a través de la hormigueante multitud, Bond observó cómo el jefe de estación levantaba una mano hacia el maquinista y el fogonero, y echaba a andar lentamente hacia el final del tren, cerrando de golpe las puertas de los coches de tercera clase, colocados en cabeza. Los pasajeros, principalmente campesinos griegos que regresaban a Grecia después de haber pasado el fin de semana con sus parientes de Turquía, se asomaron a las ventanillas y comenzaron a parlotear con la multitud que atestaba el andén.

A lo lejos, donde acababan las débiles luces de arco y se veía la noche azul oscuro y las estrellas a través de la embocadura en forma de media luna del túnel de la estación, Bond vio que una luz roja cambiaba a verde.

El jefe de estación llegó cerca de él. El empleado del cochecama, ataviado con uniforme marrón, le tocó un brazo a Bond.

—*En voiture, s'il vous plait*.

Dos turcos con aspecto de ricos besaron a sus amantes —eran demasiado bellas para ser sus esposas—, y con una andanada de recomendaciones acompañadas de carcajadas, subieron el pequeño pedestal de hierro y los dos altos escalones, hasta el interior del coche. En el andén no había ningún

otro pasajero de coche-cama. El revisor, tras dirigir una mirada de impaciencia al inglés de elevada estatura, recogió el pedestal de hierro y subió con él al tren.

El jefe de estación pasó por su lado con paso decidido. Dos compartimentos más, los coches de primera y segunda clase y luego, cuando llegara al furgón, alzaría la sucia banderilla verde.

No se veía ninguna silueta apresurada que corriera hacia el tren desde la *guichet*. Muy por encima de la *guichet*, cerca del techo de la estación, el minutero del enorme reloj iluminado dio un salto de dos centímetros y señaló las nueve.

Una ventanilla resonó al bajar por encima de la cabeza de Bond. Él alzó la vista. Su reacción inmediata fue pensar que la trama del velo negro era demasiado abierta. La intención de ocultar la boca exuberante y los emocionados ojos azules era de aficionada.

—Rápido.

El tren había comenzado a moverse. Bond se aferró al pasamanos que desfilaba ante él y saltó al escalón. El camarero aún tenía la puerta abierta. Bond la traspasó sin prisas.

—La señora ha llegado tarde —explicó el camarero—. Ha venido hasta aquí por el pasillo.

Debe de haber entrado por el último coche.

Bond avanzó por el corredor enmoquetado hasta el compartimento central. Un número siete negro se destacaba por encima de un ocho negro en el losange metálico de color blanco. La puerta estaba entornada. Bond entró y la cerró tras de sí. La joven se había quitado el velo y el sombrero negro de paja. Se encontraba sentada en un rincón, junto a la ventanilla. El largo y lustroso abrigo de cebellina que llevaba puesto estaba abierto para mostrar un vestido de seda teñido con tintes naturales que tenía falda plisada, medias de nilón color miel, y cinturón y zapatos de piel de cocodrilo, negros. Ella parecía serena.

—No tienes ninguna fe, James.

Bond se sentó junto a ella.

—Tania —dijo—, si hubiera un poco más de sitio, te echaría sobre mis rodillas y te azotaría. Has estado a punto de provocarme un infarto. ¿Qué ha sucedido?

—Nada —replicó Tatiana con aire inocente—. ¿Qué podía suceder? Te dije que estaría aquí, y aquí me tienes. Eres un hombre sin fe. Puesto que estoy segura de que mi dote te interesa más que yo, está ahí arriba.

Bond alzó los ojos con indiferencia. Junto a su maleta, en la rejilla portaequipajes, había dos maletines.

—Gracias a Dios que estás a salvo —dijo.

Algo en sus ojos, tal vez un destello de culpabilidad mientras admitía para sí que había estado más interesado en la muchacha que en la máquina, tranquilizaron a Tatiana. Retuvo la mano de él en la suya, y se hundió con aire contento contra el respaldo.

El tren rechinó al pasar con lentitud por Cabo Serrallo. El faro iluminaba los tejados de las tristes chozas que flanqueaban la vía fér ea. Con la mano que tenía libre, Bond sacó un cigarrillo y lo encendió. Reflexionó que pronto pasarían por la parte trasera de la gran valla publicitaria donde había vivido Krilencu… hasta hacía menos de veinticuatro horas. Bond volvió a ver la escena con todo detalle. La blanca encrucijada de calles, los dos hombres en las sombras, el hombre condenado deslizándose fuera de los labios púrpura.

La joven observó su rostro con ternura. ¿Qué estaría pensando aquel hombre? ¿Qué pasaría detrás de aquellos ojos horizontales, color azul grisáceo, fríos, que a veces se volvían dulces y a veces, como había sucedido la noche pasada antes de que su pasión se consumiera en sus brazos, resplandecían como diamantes? Ahora se hallaban velados por pensamientos. ¿Estaba preocupado por ellos dos? ¿Por la seguridad de ambos? Si al menos pudiera decirle que no había nada que temer, que él era sólo su pasaporte para Inglaterra… él y el pesado estuche que el director residente le había dado aquella tarde en la oficina. El director había dicho lo mismo:

«Aquí tiene su pasaporte para Inglaterra, cabo —había comentado con tono alegre—. Mire. —Había abierto la cremallera del estuche—. Una

Spektor flamante. Asegúrese de no volver a abrirlo y de que nadie la saque del compartimento hasta que no llegue al final de su viaje, o ese inglés se la quitará y se deshará de usted. Esta máquina es lo que ellos quieren. No permita que se la quiten, o fracasará en su misión. ¿Comprendido?»

Una garita de señales asomó en la oscuridad azul al otro lado del cristal. Tatiana vio que Bond se levantaba, bajaba la ventanilla y se asomaba hacia la noche. Su cuerpo estaba cerca de ella. La joven desplazó una rodilla para que lo tocara. Qué extraordinaria era esta apasionada ternura que la había invadido desde el momento en que lo vio la pasada noche, de pie, desnudo, ante la ventana, con los brazos alzados para sujetar la cortina, su perfil bajo el revuelto cabello negro, atento y pálido a la luz de la luna. Y luego el enredarse de sus ojos y sus cuerpos. La llama que de pronto se había encendido entre ellos, entre los dos agentes secretos, empujados a unirse desde dos campos enemigo separados por un mundo entero, cada uno implicado en un complot contra el país del otro, antagonistas por profesión y, sin embargo, convertidos en amantes por orden de sus gobiernos.

Tatiana tendió una mano, cogió el borde de la chaqueta de él y tironeó de la misma. Bond subió la ventanilla y se volvió. Le sonrió. Interpretó el mensaje de los ojos de ella. Se inclinó, posó las manos sobre la piel de cebellina que le cubría los pechos, y la besó con fuerza en los labios.

Tatiana se echó de espaldas, arrastrándolo consigo.

Se oyeron dos golpes suaves de llamada en la puerta. Bond se puso de pie. Sacó su pañuelo y se limpió con brusquedad el lápiz de labios.

—Ése debe de ser mi amigo Kerim —comentó—. Tengo que hablar con él. Le diré al revisor que haga las camas. Quédate aquí mientras las hace. No tardaré. Estaré cerca de la puerta. —Se inclinó, le tocó una mano, miró sus grandes ojos y los tristes labios semiabiertos—. Tendremos todas las noches del mundo para nosotros. Primero tengo que asegurarme de que estés a salvo. —Abrió la puerta con llave y salió.

La enorme silueta de Darko Kerim bloqueaba el pasillo. Se encontraba inclinado sobre el pasamanos de latón, fumando y mirando con malhumor hacia el mar de Mármara que retrocedía a medida que el tren serpenteaba alejándose de la costa, adentrándose en tierra, hacia el norte. Bond se

inclinó sobre el pasamanos, a su lado. Kerim miró el reflejo de Bond sobre la ventanilla oscura.

—Las noticias no son buenas —dijo en voz baja—. Hay tres de ellos en el tren.

—¡Ah! —Una descarga eléctrica recorrió la columna de Bond.

—Son los tres desconocidos que vimos en aquella habitación. Es obvio que están aquí por usted y la muchacha. —Kerim lanzó una mirada penetrante de soslayo—. Eso hace de ella un doble agente. ¿O no?

La mente de Bond estaba serena. Así que ella era un cebo. Y sin embargo, sin embargo… No, maldición. No podía estar actuando. Era imposible. ¿La máquina descifradora? Tal vez, a fin de cuentas, no estaba dentro del estuche.

—Espere un momento —dijo. Se volvió y llamó a la puerta con unos suaves golpecitos. Oyó que ella hacía girar la llave y quitaba la cadena. Entró y cerró la puerta. La joven parecía sorprendida. Había pensado que se trataba del camarero que acudía a hacer las camas.

Le dedicó una radiante sonrisa.

—¿Has acabado?

—Siéntate, Tatiana. Tengo que hablar contigo.

Ahora ella vio la frialdad en el rostro de Bond, y su sonrisa se desvaneció. Se sentó, obediente, con las manos sobre el regazo. Bond permaneció de pie, frente a ella. ¿Había culpabilidad en su rostro, o miedo? No, sólo sorpresa, y una frialdad equiparable a la expresión de él.

—Escucha, Tatiana. —La voz de Bond era mortal—. Ha surgido algo. Debo mirar dentro del estuche y ver si la máquina está dentro.

—Cógela y mira —replicó ella con indiferencia. Se contempló las manos que descansaban sobre su regazo. Así que iba a suceder ahora. Lo que había dicho el director. Iban a apoderarse de la máquina y hacerla a un lado, quizá la harían bajar del tren. ¡Oh, Dios! Este hombre iba a hacerle eso. Bond extendió un brazo y bajó el pesado estuche, para dejarlo luego sobre el asiento.

Descorrió la cremallera hacia un lado y miró el interior. Sí, una carcasa metálica lacada en gris con tres hileras de rechonchas teclas, muy parecida a

una máquina de escribir. Sujetó el estuche abierto, orientado hacia ella.

—¿Esto es una Spektor?

Ella le echó una mirada indiferente.

—Sí.

Bond volvió a cerrarla cremallera y devolvió el estuche a la rejilla portaequipajes. Se sentó junto a la joven.

—En el tren hay tres agentes del MGB. Sabemos que son los que llegaron el lunes al centro donde trabajabas. ¿Qué están haciendo aquí, Tatiana? —La voz de Bond era suave. La observaba, la sondeaba con todos sus sentidos.

Ella alzó la vista. En sus ojos había lágrimas. ¿Eran acaso las lágrimas de un niño al que acaban de descubrir en una mentira? Pero no había ni rastro de culpabilidad en ella. Sólo parecía aterrorizada por algo.

La joven le tendió una mano y luego la retiró.

—¿No vas a arrojarme fuera del tren ahora que tienes la máquina?

—Claro que no —respondió Bond con impaciencia—. No seas idiota. Pero tenemos que saber qué están haciendo estos hombres. ¿De qué va todo esto? ¿Sabías que estarían en este tren? —Intentó captar algún indicio en su expresión. Sólo pudo ver un gran alivio. Y ¿qué más? ¿Una expresión calculadora? ¿O reservada? Sí, ocultaba algo. Pero ¿qué?

Tatiana pareció decidirse. Se enjugó los ojos bruscamente con el reverso de una mano. Aún con el rastro de las lágrimas visible, la tendió y posó sobre una rodilla de él. Miró a Bond a los ojos, obligándolo a creerle.

—James —dijo—, yo no sabía que esos hombres estarían en el tren. Me dijeron que se marchaban hoy. Hacia Alemania. Supuse que viajarían en avión. Es todo lo que puedo decirte.

»Hasta que lleguemos a Inglaterra y esté fuera del alcance de mi gente, no debes hacerme más preguntas. He hecho lo que dije que haría. Estoy aquí con la máquina. Ten fe en mí. No temas por nosotros. Estoy segura de que esos hombres no tienen intención de hacernos ningún daño. Estoy absolutamente segura. Ten fe.

¿Estaba tan segura como decía?, se preguntó Tatiana. ¿Klebb le había dicho toda la verdad?

Pero también ella debía tener fe, fe en las órdenes que le habían dado. Esos hombres debían de ser los guardias encargados de asegurarse de que ella no se bajaba del tren. No podían tener intención de hacerles ningún daño. Más adelante, cuando llegaran a Londres, Bond la ocultaría fuera del alcance de SMERSH, y ella le contaría todo lo que él quisiera saber. En el fondo, ya había tomado esa decisión. Pero sabía Dios lo que podría suceder si los traicionaba ahora. De alguna forma, la eliminarían, y a él también. Lo sabía. No había forma de ocultarle un secreto a esa gente. Y no tendrían compasión. Mientras representara bien su papel, todo iría bien. Tatiana miró el rostro de Bond en busca de alguna señal que indicara que le creía.

Bond se encogió de hombros y se puso de pie.

—No sé qué pensar, Tatiana —afirmó—. Sé que me ocultas algo, pero me parece que se trata de algo que, en tu opinión, carece de importancia. Y creo que tú piensas que estamos a salvo. Puede que así sea. El hecho de que estos hombres se encuentren en el tren podría ser una coincidencia. Debo hablar con Kerim y decidir qué vamos a hacer. No te preocupes. Cuidaremos de ti. Pero ahora tendremos que ir con mucho cuidado.

Bond recorrió el compartimento con los ojos. Probó la puerta de comunicación con el siguiente. Estaba cerrada con llave. Decidió que la trabaría con una cuña cuando se hubiese marchado el revisor. Lo mismo haría con la puerta que daba al pasillo. Y tendría que permanecer despierto. ¡Bien por la luna de miel sobre ruedas! Bond sonrió ferozmente para sí y pulsó el timbre para llamar al revisor. Tatiana alzaba sus ansiosos ojos hacia él.

—No te preocupes, Tania —repitió él—. No te preocupes por nada. Cuando se haya marchado ese hombre, métete en la cama. No abras la puerta a menos que sepas que soy yo. Esta noche permaneceré despierto para vigilar. Tal vez mañana lo tengamos más fácil. Trazaré un plan con Kerim. Es un buen hombre.

El revisor llamó a la puerta. Bond lo dejó entrar y salió al corredor. Kerim continuaba allí, mirando al exterior. El tren había acelerado y corría a toda velocidad a través de la noche; su áspero silbido melancólico llegaba hasta ellos al resonar en las paredes de una profunda trinchera sobre cuyos

flancos danzaban y corrían las iluminadas ventanillas del coche. Kerim no se movió, pero sus ojos, reflejados en el espejo del cristal oscuro, eran vigilantes.

Bond le habló de la conversación que acababa de mantener con Tatiana. No le resultó fácil explicarle a Kerim por qué confiaba tanto en la muchacha. Observó cómo la boca, reflejada en la ventanilla, se fruncía irónicamente cuando describió lo que había visto en sus ojos y lo que le decía su propia intuición.

Kerim suspiró, resignado.

—James —le dijo—, ahora es usted quien está al mando. Esta parte de la operación es suya. Ya hemos discutido hoy la mayor parte de esto: el peligro del tren, la posibilidad de trasladar la máquina hasta Inglaterra por valija diplomática, la integridad, o lo contrario, de la joven. Es verdad que parece haberse rendido incondicionalmente a usted. Al mismo tiempo, usted admite haberse rendido a ella. Tal vez sólo de modo parcial. Pero ha decidido entregarle su confianza.

»Cuando hablé por teléfono con M, esta mañana, él dijo que respaldaría la decisión que usted tomara. Que la dejaba en sus manos. Que así sea. Pero él no sabía que íbamos a tener una escolta de tres hombres del MGB. Tampoco lo sabíamos nosotros. Y creo que eso habría cambiado todos nuestros puntos de vista. ¿Sí?

—Sí.

—En ese caso, lo único que podemos hacer es eliminar a esos tres hombres. Sacarlos del tren. Sabrá Dios para qué están aquí. Yo no creo en las coincidencias más que usted. Pero una cosa es segura. No vamos a compartir el tren con esos hombres. ¿Correcto?

—Por supuesto.

—Entonces, déjelo en mis manos. Al menos por esta noche. Todavía estamos en mi país, y dentro de él tengo un cierto poder. Y muchísimo dinero. No puedo permitirme matarlos. Detendrían el tren. Usted y la muchacha podrían verse involucrados. Pero ya arreglaré algo.

»Dos de ellos viajan en litera. El veterano del bigote y la pipa pequeña está en el compartimento contiguo al de ustedes, aquí, en el número seis. —

Hizo un gesto hacia atrás con la cabeza—. Viaja con pasaporte alemán a nombre de «Melchior Benz, vendedor». El moreno, el armenio, está en el número 12. También él tiene pasaporte alemán: «Kurt Goldfarb, ingeniero civil». Tienen billetes hasta París. He visto sus documentos. Tengo un carné de policía. El revisor no puso objeciones. Tiene todos los billetes y pasaportes en su compartimento. El tercer hombre, el del forúnculo en la parte trasera del cuello, resulta que también tiene forúnculos en la cara. Es un bruto con aspecto feo y estúpido. No he visto su pasaporte. Viaja en asiento de primera clase, en el compartimento contiguo al mío. No tiene que entregar su pasaporte hasta que lleguemos a la frontera. Pero ha entregado el billete. —Como un prestidigitador, Kerim sacó un billete amarillo de primera clase que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Volvió a guardarlo de inmediato. Le sonrió a Bond con expresión de orgullo.

—¿Cómo demonios…?

Kerim rió entre dientes.

—Antes de instalarse para pasar la noche, ese buey estúpido fue al retrete. Yo estaba de pie en el corredor, y de repente recordé cómo solíamos robarles a los viajeros cuando yo era niño. Esperé un minuto. Luego fui hasta el retrete y llamé a la puerta. Cogí el pomo con mucha fuerza.

«Revisor —dije en voz alta—. Billetes, por favor.» Lo dije en francés y luego en alemán. Oí un murmullo en el interior. Sentí cómo intentaba abrir. Yo cogí el pomo con mucha fuerza para que él pensara que se había atascado la puerta. «No se apure usted, *monsieur* —le dije con toda cortesía—. Pase el billete por debajo de la puerta.» Probó un poco más con el pomo de la puerta, y oí una respiración agitada. Luego hubo una pausa y un ruidito debajo de la puerta. Allí estaba el billete. Dije *«merci, monsieur»*, con mucha cortesía. Recogí el billete y atravesé el empalme hasta el coche siguiente. —Kerim agitó una mano con desenvoltura—. Me encargaré de que lo hagan bajar del tren, por mucho dinero que tenga. Se le dirá que las circunstancias deben ser investigadas, su declaración corroborada por la agencia que le vendió el billete. Se le permitirá continuar en uno de los trenes siguientes.

Bond sonrió al pensar en Kerim practicando sus trucos escolares privados.

—Es usted un caso, Kerim. ¿Qué me dice de los otros dos?

Darko Kerim encogió sus enormes hombros.

—Ya se me ocurrirá algo —declaró, confiado—. La manera de pillar a los rusos es hacer que parezcan tontos. Hacerles pasar vergüenza. Reírse de ellos. No pueden soportarlo. Buscaremos la manera de hacer sudar a esos dos. Luego dejaremos que el castigo por fracasar en la misión quede en manos de la MGB. Sin duda, serán fusilados por su propia gente.

Mientras hablaban, el revisor salió del número siete. Kerim se volvió a mirar a Bond y posó una mano sobre el hombro del inglés.

—No tenga miedo, James —declaró con tono alegre—. Venceremos a esos tipos. Vaya con la muchacha. Volveremos a vernos por la mañana. Esta noche no dormiremos mucho, pero eso no tiene solución. Cada día es diferente. Tal vez durmamos mañana.

Bond observó al hombre corpulento que se alejaba con soltura por el corredor que se balanceaba. Reparó en que, a pesar de los movimientos del tren, los hombros de Kerim no tocaban en ningún momento las paredes del pasillo. Bond sintió una ola de afecto por aquel duro y alegre espía profesional.

Kerim desapareció en la cabina del revisor. Bond se volvió y llamó suavemente en la puerta número siete.

Capítulo 22
Fuera de Turquía

El tren continuó aullando a través de la noche. Bond se sentó a contemplar el paisaje iluminado por la luna que pasaba a toda velocidad, y se concentró en mantenerse despierto.

Todo conspiraba para hacerlo dormir: el apresurado galopar metálico de las ruedas, el hipnótico paso de los plateados cables telegráficos, el ocasional gemido melancólico y tranquilizador del silbato de vapor que despejaba el camino, el adormecedor parloteo metálico de los empalmes en ambos extremos del corredor, la nana que entonaba el crujir de la madera dentro del camarote. Incluso el trémulo violeta oscuro de la luz de noche que había encima de la puerta parecía decir: «Yo vigilaré por ti. Nada puede suceder mientras yo esté encendida. Cierra los ojos y duerme, duerme.»

La cabeza de la muchacha, tibia y pesada, descansaba sobre su regazo. Resultaba obvio que había el espacio justo para que él se deslizara bajo la sábana y se acomodara bien pegado a ella, con la parte delantera de sus muslos contra la trasera de los de ella, y la cabeza sobre la cortina de cabello esparcido sobre la almohada.

Bond cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Levantó la muñeca con cuidado. Las cuatro en punto. Faltaba sólo una hora para la frontera turca. Tal vez podría dormir durante el día. Le daría a ella el revólver, colocaría otra vez la cuña debajo de la puerta, y ella podría vigilar.

Bajó los ojos para mirar el hermoso perfil dormido. ¡Qué inocente parecía aquella muchacha del servicio secreto ruso! Las pestañas que orlaban la suave elevación de la mejilla, los labios separados y confiados, el largo mechón de pelo que se había deslizado de través sobre la frente y que él sentía deseos de apartar delicadamente para devolverlo al resto de la melena, el pulso regular y lento que se percibía en el cuello desnudo. Sintió una ola de ternura y el impulso de cogerla en brazos y estrecharla con fuerza contra sí. Deseaba que despertara, tal vez de un sueño, para poder besarla y decirle que todo estaba bien, para ver cómo volvía a dormirse con expresión feliz. La joven había insistido en dormirse de aquella manera.

—No me dormiré a menos que me dejes apoyar la cabeza sobre tus piernas —había dicho—.

Tengo que saber que estás conmigo durante todo el tiempo. Sería terrible despertarme y ver que no te toco. Por favor, James. Por favor, *duschka*.

Bond se había quitado la chaqueta y la corbata y se había acomodado en el extremo de la cama, con los pies sobre su maleta y la Beretta debajo de la almohada al alcance de la mano. Ella no había hecho comentario alguno acerca del arma. Se había quitado toda la ropa, excepto la cinta negra que llevaba en torno al cuello, y había fingido no resultar provocativa mientras se metía gateando impúdicamente en la cama y se removía hasta hallar una postura cómoda. Le había tendido los brazos a Bond. Él le había echado la cabeza atrás sujetándola por los cabellos, y la había besado una sola vez, larga y cruelmente. A continuación le había dicho que se durmiera, se había reclinado contra el respaldo y había esperado, con actitud gélida, a que su cuerpo lo dejara en paz. Refunfuñando con voz soñolienta, ella se había acomodado con un brazo atravesado sobre los muslos de él. Al principio lo había estrechado con fuerza, pero el brazo fue relajándose poco a poco hasta que se quedó dormida.

Bruscamente, Bond apartó de su mente todo pensamiento de ella y se concentró en el viaje que tenía por delante.

Pronto habrían salido de Turquía. Pero, ¿serían más fáciles las cosas en Grecia? Entre Inglaterra y Grecia no había precisamente un amor loco. ¿Y Yugoslavia? ¿De qué lado estaba Tito? Probablemente de ambos. Con

independencia de cuáles fuesen las órdenes de los tres hombres del MGB, o bien ya sabían que Bond y Tatiana estaban en el tren, o bien no tardarían en descubrirlo. Él y la muchacha no podían permanecer durante cuatro días en el compartimento con las cortinillas echadas. Se informaría a Estambul de su presencia a bordo; telefonearían desde cualquier estación donde pararan, y por la mañana ya se habría descubierto la desaparición de la Spektor. ¿Y entonces, qué? ¿Una apresurada gestión a través de la embajada rusa en Atenas o Belgrado? ¿Para hacer bajar del tren a la muchacha con la acusación de robo? ¿O acaso eso resultaba demasiado sencillo? ¿Y si era más complicado, si todo esto formaba parte de algún plan misterioso, de alguna tortuosa conspiración rusa…? ¿Debía él esquivarlo? ¿Debían, él y la joven, abandonar el tren en una estación cualquiera, bajar por el lado de la vía contrario al andén, alquilar un coche y, de alguna manera, coger un avión hasta Londres?

En el exterior, la luminosa aurora comenzaba a siluetear de azul los árboles y las rocas que pasaban a toda velocidad. Bond miró su reloj. Las cinco. Muy pronto llegarían a Uzunkopru.

¿Qué estaría sucediendo en el tren, a sus espaldas? ¿Qué habría logrado Kerim?

Bond se recostó en el respaldo, relajado. A fin de cuentas, había una respuesta sencilla, de sentido común, para este problema. Si, entre los dos, lograban librarse con rapidez de los tres agentes del MGB, podrían quedarse en el tren y seguir el plan original. En caso contrario, Bond sacaría a la muchacha y la máquina del tren en algún punto de Grecia, y seguiría otra ruta para regresar a casa.

No obstante, si las probabilidades mejoraban, Bond era partidario de continuar adelante. Él y Kerim eran hombres de recursos. Kerim tenía un agente en Belgrado que acudiría a recibir al tren.

Y siempre quedaba la embajada.

La mente de Bond sumaba los pros a toda velocidad y restaba los contras. Detrás de su razonamiento, Bond admitió con calma que experimentaba el descabellado deseo de jugar la partida hasta el final y ver de qué iba todo aquello. Quería que aquella gente continuara en el tren para

poder resolver el misterio y, en caso de tratarse de algún tipo de conspiración, desbaratarla.

M lo había dejado a cargo de la situación. Tenía a la muchacha y la máquina bajo su control. ¿Por qué dejarse ganar por el pánico? ¿De qué había que sentir pánico? Sería una locura escapar, y tal vez huiría de una trampa sólo para caer en otra.

El tren hizo sonar un largo silbido y comenzó a reducir velocidad.

Y ahora había llegado el momento del primer asalto. Si Kerim fallaba, si los tres hombres permanecían en el tren…

Algunos vagones de mercancías, arrastrados por locomotoras que avanzaban trabajosamente, pasaron con lentitud junto a ellos. Se vio brevemente la silueta de algunas naves industriales. Con una sacudida y un rechinar de empalmes entre coches, el Orient Express se desvió en el cambio de agujas, alejándose de la vía directa. En el exterior de la ventanilla aparecieron cuatro conjuntos de raíles entre las cuales crecía la hierba, y la larga extensión desierta del andén de descenso. Un gallo cantó. El expreso aminoró hasta la velocidad de paseo de una persona, y por último, con un suspiro de los frenos neumáticos y un sonoro bufido de escape de vapor, rechinó hasta detenerse.

La muchacha se removió en sueños. Con suavidad, Bond desplazó su cabeza hasta la almohada, se puso de pie y se escabulló por la puerta.

Era una típica estación intermedia de los Balcanes: una fachada de austeros edificios de piedra con cantos demasiado afilados; un andén polvoriento al nivel del suelo, por lo que quedaba bastante distancia de descenso desde el tren; algunos pollos picoteando por los alrededores y unos cuantos oficiales pálidos y ociosos que permanecían de pie aquí y allá, sin afeitar, sin intentar siquiera parecer importantes. Hacia la parte más económica del tren, una horda de campesinos con bultos y cestas de mimbre aguardaban a que llegaran los controles de aduanas y pasaportes, con el fin de poder subir al tren y unirse a la muchedumbre del interior.

Al otro lado de la plataforma, frente a Bond, había una puerta cerrada con un letrero que decía POLIS. A través de la sucia ventana que había junto

a la puerta, Bond creyó captar un atisbo de la cabeza y los hombros de Kerim.

—Passeports. Douanes!

Un hombre vestido de paisano con dos policías ataviados con uniformes color verde oscuro, que llevaban pistoleras en los cinturones negros, entraron en el corredor. El revisor del coche-cama los precedía, llamando a las puertas.

Ante la puerta número doce, el revisor pronunció un indignado discurso en turco, tendiendo ante sí una pila de billetes de tren y pasaportes, y abriéndolos en abanico como si se tratara de un mazo de cartas. Cuando hubo acabado, el hombre vestido de paisano, indicándoles con un gesto a los dos policías que avanzaran, llamó a la puerta con unos golpecitos rápidos y, cuando la abrieron, entró en el compartimento. Los dos policías se quedaron fuera, de guardia.

Bond avanzó de lado por el corredor. Pudo oír un parloteo en alemán deficiente. Una voz era fría, y la otra asustada y acalorada. El pasaporte y el billete de her Kurt Goldfarb habían desaparecido. ¿Los había retirado her Kurt Goldfarb de la cabina del revisor? Desde luego que no. ¿Había llegado a entregar her Kurt Goldfarb sus documentos al revisor? Naturalmente. En ese caso, se hallaban ante un desafortunado incidente. Habría que realizar una investigación. Sin duda, la legación alemana de Estambul aclararía el asunto (Bond sonrió ante esta sugerencia).

Entre tanto, lo lamentaban, pero her Goldfarb no podría continuar el viaje. Sin duda podría proseguir al día siguiente. Herr Goldfarb debía vestirse. Su equipaje sería transportado a la sala de espera.

El hombre del MGB que irrumpió en el pasillo era el de tipo europeo, el más joven de los «visitantes». Su atezado rostro estaba verde de miedo. Tenía el pelo revuelto y sólo iba vestido con la parte inferior del pijama. Pero no había nada cómico en la desesperada agitación con que avanzó pasillo abajo. Rozó a Bond al pasar. Ante la puerta número seis, se detuvo y se rehízo.

Llamó a la misma con tenso control. La puerta se abrió con la cadena puesta y Bond atisbo una gruesa nariz y parte de un bigote. Quitaron la

cadena de la puerta, y Goldfarb entró. Se produjo un silencio, durante el cual el hombre de paisano examinó los documentos de dos ancianas francesas que ocupaban los compartimentos nueve y diez, y la documentación de Bond.

El oficial apenas miró el pasaporte de Bond. Lo cerró con brusquedad y se lo entregó al revisor.

—¿Viaja usted con Kerim Bey? —preguntó en francés. Sus ojos tenían una mirada remota.

—Sí.

—*Merci, monsieur. Bou voyage*. — El hombre le hizo un saludo militar. Giró sobre sí y llamó con unos golpecitos a la puerta número seis. Ésta se abrió y él la traspasó.

Cinco minutos después la puerta volvió a abrirse de par en par. El hombre de paisano, ahora erguido con aire de autoridad, llamó a los policías mediante un gesto. Les habló con aspereza en turco. Se volvió hacia el compartimento.

—Considérese bajo arresto, *mein herr*. El intento de sobornar a un oficial constituye un delito grave en Turquía.

Se oyó un airado clamor en el alemán deficiente de Goldfarb. Fue interrumpido en seco por una dura frase pronunciada en ruso. Un Goldfarb diferente, un Goldfarb con ojos enloquecidos, salió del compartimento y avanzó a ciegas hasta el número doce, donde entró. Un policía permaneció en el exterior de la puerta, esperando.

—Y ahora sus documentos, *mein herr*. Por favor, avance. Debo verificar esta fotografía. —El oficial alzó el pasaporte alemán de tapas verdes para observarlo a la luz—. Avance, por favor.

Reacio, con el pesado rostro pálido de ira, el hombre del MGB que llevaba el nombre de Benz salió al corredor ataviado con una bata de seda azul brillante. Los duros ojos pardos miraron a los de Bond e hicieron caso omiso de él.

El hombre de paisano cerró el pasaporte y se lo entregó al revisor.

—Sus documentos están en regla, *mein herr*. Y ahora, si tiene la amabilidad, su equipaje.

—Entró, seguido del segundo policía. El hombre del MGB se volvió de espaldas a Bond y observó el registro.

Bond reparó en el bulto que se apreciaba bajo el brazo izquierdo de la bata y en el borde de un cinturón en torno a la cintura. Se preguntó si debería advertir disimuladamente al hombre de paisano. Decidió que sería mejor guardar silencio. Podrían retenerlo como testigo.

El registro había concluido. El hombre de paisano hizo un frío saludo militar y continuó pasillo abajo. El hombre del MGB volvió a entrar en el número seis y cerró la puerta de un golpe tras de sí.

Lástima, pensó Bond. Uno de ellos se les había escabullido.

Bond regresó a la ventanilla. Un hombre corpulento que llevaba un sombrero de fieltro y tenía un inflamado forúnculo en la parte trasera del cuello era escoltado a través de la puerta donde estaba el letrero que decía POLIS. Corredor abajo, una puerta se cerró de golpe. Goldfarb, escoltado por el policía, bajó del tren. Con la cabeza gacha, atravesó el polvoriento andén y traspasó la misma puerta.

La locomotora hizo sonar el silbato, uno de tipo diferente, el valiente silbato penetrante de un maquinista griego. La puerta del coche-cama se cerró con un sonido metálico. El hombre vestido de paisano y el segundo policía aparecieron caminando hacia la estación. El guarda que estaba junto a la parte trasera del tren miró su reloj de pulsera y extendió el brazo de la mano que sujetaba la banderita. Se produjo una sacudida y un decrescendo de explosivos resoplidos producidos por la locomotora. La sección frontal del Orient Express comenzó a moverse. La sección que seguiría la ruta norte y traspasaría el Telón de Acero —a través de Svilengrado, en la frontera búlgara, a sólo veinticuatro kilómetros de allí— quedó junto al andén, esperando.

Bond bajó la ventanilla y echó una última mirada de despedida a la frontera turca que se alejaba, donde dos hombres se encontrarían sentados en una sala desnuda, en una situación que equivalía a sentencia de muerte. Dos pájaros han caído, pensó Bond. Dos de tres. Las probabilidades parecen más respetables.

Contempló el andén muerto, polvoriento, con sus pollos y la pequeña silueta negra del guarda, hasta que el tren cogió el cambio de agujas y se sacudió bruscamente al entrar en la única vía principal. Miró a lo lejos, por encima del feo campo agostado, hacia el dorado sol que ascendía saliendo de la llanura turca. Iba a ser un día hermoso.

Bond se retiró, apartando su cabeza del fresco aire dulce de la mañana. Subió la ventanilla con un golpe seco.

Tomó una decisión. Se quedaría en el tren y llegaría hasta el final de aquel asunto.

Capítulo 23
Fuera de Grecia

Café caliente del pobremente abastecido coche bar al pasar por Pithion (no habría coche restaurante hasta mediodía), una visita indolora del control de pasaportes y aduanas griegos, y luego las camas fueron plegadas y el tren corrió hacia el sur, en dirección al golfo de Enez, situado en el extremo superior del mar Egeo. En el exterior, había más luz y color. El aire era más seco. Los hombres de las pequeñas estaciones y los campos eran apuestos. Girasoles, maizales, viñas y plantaciones de tabaco maduraban al sol. Era, como había dicho Darko, otro día.

Bond se lavó y afeitó bajo los divertidos ojos de Tatiana. Ella aprobaba el hecho de que él no se pusiera aceite en el pelo.

—Es un hábito sucio —comentó—. Me habían dicho que muchos europeos lo tenían. En Rusia ni pensaríamos en hacer algo así. Ensucia las almohadas. Pero resulta extraño que los de Occidente no os pongáis perfume. Todos nuestros hombres lo hacen.

—Nosotros nos lavamos —replicó Bond con tono seco.

En el ardor de las protestas de ella, se oyó un golpe de llamada en la puerta. Era Kerim. Bond lo dejó entrar. Kerim le hizo una reverencia a la muchacha.

—Qué escena doméstica tan encantadora… —comentó con tono alegre, sentando su voluminoso cuerpo en el extremo más cercano a la puerta—. Raras veces he visto una pareja de espías más guapa que la vuestra.

Tatiana lo miró con el ceño fruncido.

—No estoy acostumbrada a las bromas occidentales —comentó con frialdad.

La risa de Kerim resultó desarmante.

—Ya aprenderá, querida mía. Los ingleses son grandes bromistas. Allí se considera conveniente hacer broma sobre absolutamente todo. También yo he aprendido a bromear. Eso mantiene los engranajes engrasados. Esta mañana he estado riendo muchísimo. Esos pobres tipos de Uzunkopru. Me habría gustado estar allí cuando la policía llamó por teléfono al consulado alemán en Estambul. Eso es lo peor de los pasaportes falsos. No son difíciles de hacer, pero resulta casi imposible falsificar también el certificado de nacimiento… los expedientes del país que supuestamente los ha expedido… Me temo que las carreras de sus dos camaradas han llegado a un triste final, señora Somerset.

—¿Cómo lo hizo? —inquirió Bond mientras se anudaba la corbata.

—Con dinero e influencias. Quinientos dólares al revisor. Un poco de charla seria con la policía. Fue una suerte que nuestro amigo intentara sobornar al oficial. Una lástima que ese astuto Benz de al lado —hizo un gesto hacia la pared— no se involucrara. No podría repetir el truco del pasaporte. Tendremos que usar otro método con él. Con el tipo de los forúnculos fue fácil. No sabía una sola palabra de alemán, y viajar sin billete es un asunto grave. Bueno, el día ha comenzado favorablemente. Hemos ganado el primer asalto, pero a partir de este momento, nuestro amigo de al lado será muy cuidadoso. Ahora ya sabe a qué atenerse. Tal vez sea mejor así.

Habría sido una molestia tener que mantenerlos escondidos a los dos durante todo el día. Ahora podemos movernos, incluso almorzar juntos, siempre y cuando lleve las joyas de la familia consigo. Tenemos que vigilarlo para ver si hace una llamada telefónica desde alguna de las estaciones. Pero dudo de que sea capaz de abordar el problema de las llamadas telefónicas desde Grecia. Es probable que espere hasta que lleguemos a Yugoslavia. Pero allí tengo mi maquinaria.

Podremos conseguir refuerzos en caso de necesitarlos. Este será un viaje de lo más interesante. En el Orient Express siempre hay emociones —Kerim se puso de pie y abrió la puerta—, y romance.

—Sonrió antes de salir—, ¡Vendré a buscarlos a la hora del almuerzo! La comida griega es peor que la turca, pero incluso mi estómago está al servicio de la reina.

Bond se levantó y echó la llave a la puerta.

—¡Tu amigo no es *kulturnyl* —le espetó Tatiana—. Es desleal al referirse a la reina de esa manera.

Bond se sentó junto a ella.

—Tania —dijo con paciencia—, ése es un hombre maravilloso. También es un buen amigo. Por lo que a mí respecta, puede decir lo que le dé la gana. Está celoso de mí. Le gustaría tener una muchacha como tú. Así que te provoca. Es una forma de coquetear contigo. Debes tomarlo como un cumplido.

—¿Tú crees? —Volvió hacia él sus enormes ojos azules—. Pero lo que dijo de su estómago y de la jefa de tu Estado… Eso ha sido una grosería para con tu reina. En Rusia, decir algo semejante sería considerado de muy malos modales.

Aún estaban discutiendo cuando el tren rechinó hasta detenerse en la estación de Alexandrópolis, recalentada por el sol y plagada de moscas. Bond abrió la puerta que daba al corredor y el sol entró atravesando un pálido mar espejado que se unía, casi sin horizonte, a un cielo del mismo color que la bandera griega.

Almorzaron con el pesado estuche bajo la mesa, entre los pies de Bond. Kerim se hizo amigo de la joven con rapidez. El hombre de la MGB que llevaba el nombre de Benz evitó el coche restaurante. Lo vieron en el andén, comprando bocadillos y cerveza en un bar ambulante. Kerim sugirió que le pidieran que completara el grupo de cuatro necesarios para jugar una partida de bridge. De repente, Bond se sintió muy cansado, y su cansancio le hizo sentir que estaban convirtiendo aquel peligroso viaje en una comida campestre. Tatiana reparó en su silencio. Se levantó y dijo que tenía que

descansar. Cuando salían del coche restaurante, oyeron que Kerim pedía alegremente coñac y cigarros.

—Ahora serás tú quien duerma —declaró Tatiana con firmeza, una vez de regreso en el compartimento. Bajó la cortinilla y dejó fuera la dura luz de la tarde y los interminables campos de maíz, tabaco y girasoles que se marchitaban. El compartimento se transformó en una caverna subterránea color verde oscuro. Bond trabó la puerta con una cuña, le entregó su arma a Tatiana, se tendió con la cabeza sobre el regazo de ella y se durmió de inmediato.

El largo tren serpenteaba por el norte de Grecia, al pie de las montañas Ródope. Pasaron por Xanthi, Drama y Serrai, y luego entraron en las tierras altas de Macedonia; las vías giraron hacia el sur en dirección a Salónica.

Ya había oscurecido cuando Bond despertó en el suave lecho del regazo de ella. De inmediato, como si hubiese estado esperando ese momento, Tatiana le tomó el rostro entre las manos, lo miró a los ojos y dijo, con tono de urgencia:

—*Duschka*, ¿durante cuánto tiempo disfrutaremos de esto?

—Durante mucho tiempo. —Los pensamientos de Bond estaban aún cargados de sueño.

—Pero, ¿cuánto tiempo?

Bond alzó la mirada hacia los hermosos ojos preocupados. Se sacudió el sueño que le inundaba la mente. Era imposible ver más allá de los siguientes tres días de tren, más allá de la llegada a Londres. Había que enfrentarse con el hecho de que esta muchacha era una agente enemiga. Los sentimientos de él carecerían de interés para los interrogadores del Servicio y de los ministerios. Habría otros servicios de inteligencia que también querrían saber lo que la joven tenía que contarles acerca del aparato para el que había trabajado. Probablemente, al llegar a Dover la llevarían a «La Jaula», aquella casa privada y bien guardada cercana a Guilford, donde la instalarían en una habitación cómoda, pero, eso sí, bien pertrechada de micrófonos. Y los eficientes hombres vestidos de paisano entrarían uno a uno, se sentarían y hablarían con ella, y el magnetófono giraría en la habitación de abajo, y las grabaciones serían transcritas y examinadas en

busca de diminutas partículas de hechos nuevos… y, por supuesto, de las contradicciones en las que pudieran sorprenderla. Tal vez introducirían un cebo, una agradable joven rusa que se compadecería de Tatiana por el tratamiento que le dispensaban y que le sugeriría formas de escapar, de convertirse en doble agente, de hacerles llegar información «inofensiva» a sus padres.

Eso podría prolongarse durante semanas o meses. Entre tanto, a Bond lo mantendrían diplomáticamente alejado de ella, a menos que los interrogadores pensaran que él podría extraerle más secretos valiéndose de los sentimientos existentes entre ambos. ¿Y luego qué? ¿El cambio de nombre, la oferta de una nueva vida en Canadá, las mil libras esterlinas al año que le pagarían de los fondos secretos? ¿Y dónde estaría él cuando ella saliera de todo el proceso? Tal vez en la otra punta del mundo. O, si aún se encontraba en Londres, ¿cuánto de lo que sentía la muchacha por él habría sobrevivido a las inclemencias de la máquina inquisitorial? ¿Hasta qué punto odiaría o despreciaría a los ingleses después de pasar por todo eso? Y, ya que estaba en ello, ¿cuánto de su propia ardiente llama habría sobrevivido hasta entonces?

—*Duschka* —repitió Tatiana con impaciencia—. ¿Cuánto tiempo?

—Todo el tiempo posible. Eso dependerá de nosotros. Interferirá mucha gente. Nos separarán. No será siempre como ahora, en una habitación pequeña. Dentro de pocos días tendremos que salir al mundo. No será fácil. Sería una tontería decirte otra cosa.

El rostro de Tatiana se relajó. Le dedicó una sonrisa a Bond.

—Tienes razón. No te haré más preguntas tontas. Pero no debemos desperdiciar ni un solo día más de los que nos quedan.

Ella le alzó la cabeza, se puso de pie y se tendió junto a él.

Una hora más tarde, cuando Bond se encontraba de pie en el corredor, Darko Kerim apareció de pronto a su lado. Examinó el rostro del inglés.

—No debe dormir tanto —comentó con tono socarrón—. Se ha perdido el histórico paisaje del norte de Grecia. Y ha llegado la hora del *premier service*.

—Sólo piensa en la comida —replicó Bond. Señaló hacia atrás con un gesto de la cabeza—.

¿Qué hay de nuestro amigo?

—No se ha movido. El revisor ha estado vigilando por mí. Ese hombre acabará siendo el revisor más rico de la compañía de coches-cama. Quinientos dólares por los documentos de Goldfarb, y ahora cien más por día de trabajo hasta el final del viaje. —Kerim rió entre dientes—.

Le he dicho incluso que puede que reciba una medalla por los servicios prestados a Turquía. Cree que vamos tras una banda de contrabandistas. Siempre utilizan este tren para entrar opio turco en París. No está sorprendido, sólo complacido de que le estén pagando tan bien por sus servicios. Y ahora, ¿ha averiguado algo más de esa princesa rusa que tiene ahí dentro? Todavía me siento inquieto. Las cosas están demasiado tranquilas. Es posible que esos dos hombres que hemos dejado atrás se dirigieran bastante inocentemente hacia Berlín, como dice la muchacha. Este Benz puede que se quede encerrado en su compartimento porque tiene miedo de nosotros. El viaje marcha bien. Sin embargo, sin embargo… —Kerim sacudió la cabeza—. Estos rusos son grandes jugadores de ajedrez. Cuando desean llevar a cabo un plan, lo ejecutan brillantemente. Planean la partida hasta en su más mínimo detalle, previenen los gambitos del enemigo. Cada uno es previsto y contrar estado. En el fondo —la expresión del rostro de Kerim reflejado en la ventanilla era sombría—, tengo la sensación de que usted, yo y esa muchacha somos peones sobre un enorme tablero… y que nos permiten realizar nuestros movimientos porque no interfieren en la partida rusa.

—Pero ¿cuál es el objetivo del plan? —Bond miró hacia la oscuridad. Le habló a su reflejo en el cristal—. ¿Qué pueden querer conseguir? Siempre volvemos a lo mismo. Por supuesto que todos nos hemos olido algún tipo de conspiración. Y puede que la muchacha ni siquiera sepa que está involucrada en ella. Sé que me oculta algo, pero creo que se trata sólo de algún pequeño secreto que ella piensa que carece de importancia. Dice que me lo contará todo cuando lleguemos a Londres. ¿Todo? ¿Qué decir con eso? Sólo insiste en que debo tener fe… que no hay ningún peligro. Debe admitir,

Darko —prosiguió al tiempo que alzaba la vista, en busca de confirmación, hasta los astutos ojos que se movían con lentitud—, que ella se ha mantenido a la altura de su historia.

En los ojos de Kerim no había ni pizca de entusiasmo. No dijo nada.

Bond se encogió de hombros.

—Admito que me he enamorado de ella, pero no soy ningún estúpido, Darko. He estado observándola por si veía algún indicio, cualquier cosa que sirviera. Ya sabe que uno puede darse cuenta de muchas cosas cuando caen determinadas barreras. Bueno, pues han caído, y yo sé que ella dice la verdad. En cualquier caso, el noventa por ciento de la verdad. Y sé que ella piensa que el resto carece de importancia. Si nos está engañando, también la están engañando a ella. Dentro de su analogía del ajedrez, eso es posible. Pero no dejamos de volver a la pregunta de cuál es el objetivo de todo esto. —La voz de Bond se endureció—. Y, si quiere que le diga la verdad, lo único que yo pido es continuar la partida hasta el final.

Kerim sonrió ante la expresión obstinada del rostro de Bond. Abruptamente, se echó a reír.

—Si yo fuera usted, amigo mío, me escabulliría del tren en Salónica… con la máquina y, si quiere, también con la muchacha, aunque eso no es tan importante. Alquilaría un coche para llegar a Atenas y subiría al primer avión que saliera hacia Londres. Pero a mí no me criaron para «ser un buen perdedor». —Kerim pronunciaba las palabras con ironía—. Para mí, esto no es una partida. Para mí es trabajo. En su caso es diferente. Usted es un jugador. M también lo es. Resulta obvio que lo es, ya que en caso contrario no le habría dado a usted libertad de acción. También él quiere conocer la solución de este enigma. Que así sea. Pero a mí me gusta jugar sobre seguro, dejar lo menos posible en manos del azar. ¿Piensa que las probabilidades parecen buenas, que están a su favor? —Darko Kerim se volvió para encararse con Bond. Su voz se hizo insistente—.

Escúcheme, amigo mío. —Posó una enorme mano sobre un hombro de Bond—. Esto es una mesa de billar. Una lisa, plana mesa verde de billar. Y usted ha golpeado su bola blanca, que está rodando con facilidad y silenciosamente hacia la roja. El agujero está pegado a ella. De modo fatal e

inevitable, la bola blanca va a golpear a la roja y la roja entrará en el agujero. Es la ley de la mesa de billar, la ley de la sala de billar. Pero, fuera de la órbita de todo esto, el piloto de un reactor se ha desmayado y el reactor se precipita directamente hacia la sala de billar, o una tubería de gas está a punto de estallar, o está a punto de caer un rayo sobre la sala. Y el edificio se derrumba sobre usted y sobre la mesa de billar. Y entonces, ¿qué sucede con esa bola blanca que no puede errarle a la roja, y con la bola roja que no puede errar el agujero? La bola blanca no puede errar según las leyes de la mesa de billar. Pero las leyes de la mesa de billar no son las únicas leyes que existen, y las leyes que gobiernan el avance de este tren, que lo gobiernan a usted y a su destino, tampoco son las únicas leyes existentes en esta partida concreta.

Kerim hizo una pausa. Descartó su arenga con un encogimiento de hombros.

—Usted ya sabe todo eso, amigo mío —añadió con tono de disculpa—. Y a mí me ha entrado sed a fuerza de decir perogrulladas. Métale prisa a la muchacha y nos iremos a comer. Pero vigile por si surgen sorpresas, se lo ruego. —Trazó una cruz con un dedo sobre el centro de su chaqueta—. No se lo juro por mi vida, eso sería ponerse demasiado serio. Pero lo juro por mi estómago, que para mí es un juramento importante. En el camino hay sorpresas para ambos. El gitano nos dijo que tuviéramos cuidado. Ahora yo digo lo mismo. Podemos jugar la partida sobre la mesa de billar, pero los dos tenemos que estar en guardia contra el mundo exterior a la sala de billar. Mi nariz —finalizó, dándole unos ligeros golpecitos— me dice que así es.

El estómago de Kerim emitió un sonido de indignación, como un auricular telefónico olvidado, con una persona enfadada al otro lado de la línea.

—Ahí lo tiene —dijo con tono ansioso—. ¿Qué le he dicho? Tenemos que ir a comer.

Acababan la cena cuando el tren entraba en la monstruosa estación de empalme de Tesalónica. Los tres regresaron por el corredor, Bond con el pesado estuche pequeño en la mano, y se separaron para pasar la noche.

—Dentro de poco volverán a molestarnos —les advirtió Kerim—. Pasaremos la frontera a la una. Los griegos no nos darán ningún problema, pero a esos yugoslavos les gusta despertar a cualquiera que viaje con comodidad. Si los fastidian, háganme llamar. Incluso en su país, hay algunos nombres que puedo mencionar. Estoy en el segundo compartimento del coche siguiente.

Lo tengo para mí solo. Mañana me trasladaré a la cama de nuestro amigo Goldfarb, en el número doce. Por el momento, los asientos de primera clase son un establo adecuado.

Bond estaba completamente despierto mientras el tren recorría trabajosamente el valle del Vardar iluminado por la luna, hacia la frontera yugoslava. Tatiana dormía otra vez con la cabeza sobre su regazo. Bond pensaba en lo que había dicho Darko. Se preguntaba si no debería haber enviado al hombretón de vuelta a Estambul cuando lograron pasar sanos y salvos per Belgrado.

No era justo arrastrarlo por Europa en una aventura que se desarrollaba fuera de su territorio, y por la cual sentía poca simpatía. Era obvio que Darko sospechaba que Bond había perdido la cabeza por la joven y que ya no veía la operación con claridad. Bueno, había una pizca de verdad en eso.

Sin duda sería más seguro bajarse del tren y coger otra ruta hacia Inglaterra. Pero, como admitió Bond para sí, no podía soportar la idea de huir de esta conspiración, si era una conspiración. Si no lo era, no podía soportar igualmente la idea de sacrificar los tres días restantes que le quedaban para estar con Tatiana. Y M había dejado la decisión en sus manos. Como Darko había señalado, también M sentía curiosidad por llegar al final de la partida. Perversamente, M también quería ver de qué iba toda esta colección de disparates. Bond apartó a un lado el problema. El viaje transcurría bien. Una vez más, ¿por qué dejarse ganar por el pánico?

Diez minutos después de haber llegado a la estación griega fronteriza de Idomeni, se oyeron unos apresurados golpes de llamada en la puerta, que despertaron a la joven. Bond se deslizó de debajo de su cabeza. Apoyó el oído contra la puerta.

—¿Sí?

—*Le conducteur, monsieur*. Ha habido un accidente. Su amigo Kerim Bey.

—Espere —respondió Bond con ferocidad. Enfundó la Beret a y se puso la chaqueta. Abrió la puerta de un tirón.

—¿Qué sucede?

El rostro del revisor se veía amarillento bajo la luz del pasillo.

—Venga. —Echó a correr por el corredor hacia el coche de primera clase.

En torno a la puerta abierta del segundo compartimento, había un grupo de oficiales apiñados.

Se hallaban de pie y miraban fijamente al interior.

El revisor los separó para que pasara Bond. Este llegó a la puerta y miró al interior.

El cabello se le erizó ligeramente. Sobre el asiento de la derecha había dos cuerpos. Estaban inmovilizados en una horrible lucha de muerte que podría haber sido una pose para una película.

Debajo estaba Kerim, con las rodillas flexionadas en un último intento de levantarse. La empuñadura forrada con cinta de una daga le sobresalía del cuello cerca de la yugular. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los vacuos ojos inyectados de sangre miraban fijamente la luz. La boca estaba contorsionada en un gruñido. Un fino hilo de sangre le bajaba por el mentón.

Medio tumbado sobre él se encontraba el pesado cuerpo del hombre del MGB que ostentaba el nombre de Benz, inmovilizado allí por el brazo izquierdo de Kerim que le rodeaba el cuello.

Bond podía ver un extremo del bigote estilo Stalin y un lado de la cara ennegrecida. El brazo derecho de Kerim descansaba a través de la espalda del hombre, con un gesto casi indiferente. La mano acababa en un puño cerradoy en el extremo de la empuñadura de un cuchillo y, en la parte de la chaqueta que quedaba bajo la mano, se veía una amplia mancha.

Bond escuchó a su imaginación. Era como mirar una película. Darko dormido, el hombre que se escabullía en silencio a través de la puerta, los dos pasos hacia delante y el veloz golpe en la yugular. Luego, los últimos espasmos violentos del hombre agonizante que lanzaba un brazo al aire y

aferraba contra sí al asesino, mientras hundía el cuchillo cerca de la quinta costilla.

Aquel hombre maravilloso que llevaba el sol consigo… Ahora se había extinguido, estaba muerto sin remedio.

Bond se volvió bruscamente y se alejó de la visión del hombre que había muerto por él.

Comenzó, cuidadosa, evasivamente, a responder preguntas.

Capítulo 24
¿Fuera de peligro?

El Orient Express entró lentamente en Belgrado, despidiendo vapor, a las tres en punto de la tarde, con media hora de retraso. Habría una espera de ocho horas hasta que la otra sección del tren llegara a través del Telón de Acero, procedente de Bulgaria.

Bond contemplaba la muchedumbre y esperaba el golpe en la puerta que señalaría la llegada del hombre de Kerim. Tatiana estaba sentada junto a la puerta, envuelta en su abrigo de cebellina, observando a Bond mientras se preguntaba si volvería a su lado.

Lo había visto todo desde la ventanilla: los largos cestos alargados de mimbre que eran sacados del tren, los destellos de los fiases de los fotógrafos policiales, el gesticulante *ehef de train* que intentaba acelerar las formalidades, y la alta silueta de James Bond, erguido, duro y frío como el cuchillo de un carnicero, yendo de un lado a otro.

Bond había regresado y se había sentado, mirándola. Le había formulado preguntas duras, brutales. Ella se había defendido con desesperación, ateniéndose fríamente a su historia, a sabiendas de que si ahora se lo contaba todo, si le decía, por ejemplo, que SMERSH estaba involucrado en aquello, lo perdería sin duda para siempre.

Ahora permanecía sentada y tenía miedo, miedo a la tela de araña en la que estaba atrapada, miedo a lo que podría haber habido detrás de las mentiras que le habían contado en Moscú y, por encima de todo, miedo de

perder a este hombre que se había transformado repentinamente en la luz de su vida.

Se oyó un golpe de llamada en la puerta. Bond se levantó y abrió. Un hombre que parecía de caucho, duro y alegre, con los ojos azules de Kerim y una mata de pelo enredado castaño claro sobre el rostro atezado, irrumpió en el compartimento.

—Stefan Trempo a su servicio. —Su gran sonrisa los abrazó a ambos—. Me llaman Tempo. ¿Dónde está el jefe?

—Siéntese —le pidió Bond. Pensó para sí: «Lo sé. Éste es otro de los hijos de Darko».

El hombre les lanzó a ambos una mirada penetrante. Se sentó cuidadosamente entre ambos.

Su rostro se había ensombrecido. Ahora, los ojos brillantes miraban fijamente a Bond con una intensidad terrible, en la que había miedo y suspicacia. Su mano derecha se deslizó con gesto casual en el bolsillo del abrigo.

Cuando Bond hubo acabado, el hombre se puso de pie. No formuló ninguna pregunta. Sólo dijo:

—Gracias, señor. ¿Quiere acompañarme, por favor? Iremos a mi apartamento. Hay muchas cosas que hacer. —Salió al corredor y se detuvo de espaldas a ellos, mirando hacia las vías.

Cuando salió la muchacha, echó a andar por el corredor sin volverse. Bond siguió a la joven, con el pesado estuche y su pequeño maletín.

Avanzaron por el andén hasta la plaza de la estación. Había comenzado a lloviznar. La escena, con los pocos taxis dispersos y vapuleados y el espectáculo de edificios modernos sin carácter, resultaba deprimente. El hombre abrió la puerta trasera de un deslucido Morris Oxford saloon. Él ocupó el asiento delantero, tras el volante. Fueron dando saltos sobre los adoquines hasta salir a un resbaladizo bulevar asfaltado y continuaron durante una hora a través de anchas calles desiertas. Vieron pocos peatones y tan sólo un puñado de coches.

Se detuvieron a medio camino de una calle lateral adoquinada. Tempo los condujo a través de la ancha puerta de un edificio de apartamentos y

ascendieron dos tramos de escalera que tenían el olor característico de los Balcanes: el olor de sudor muy viejo, humo de cigarrillo y col. Abrió una puerta cerrada con llave y los hizo pasar a un apartamento de dos habitaciones con muebles ordinarios y pesadas cortinas rojas de felpa que estaban descorridas y permitían ver las vacías ventanas del otro lado de la calle. Sobre un aparador había una bandeja con varias botellas sin abrir, vasos y bandejas de fruta y galletitas: la bienvenida preparada para Darko y los amigos de Darko.

Tempo hizo un gesto vago hacia las bebidas.

—Por favor, señor, usted y la señora siéntanse como en casa. Hay un cuarto de baño. Sin duda, a ambos les gustaría bañarse. ¡Si me disculpan, debo hacer unas llamadas telefónicas!

La dura fachada de su rostro estaba a punto de desmoronarse. El hombre entró rápidamente en el dormitorio y cerró la puerta a sus espaldas.

Siguieron dos horas vacías durante las cuales Bond permaneció sentado mirando por la ventana hacia la pared de la acera de enfrente. De vez en cuando se levantaba, se paseaba de arriba abajo y volvía a sentarse. Durante la primera hora, Tatiana se sentó y fingió mirar las revistas que formaban una pila. Luego se levantó abruptamente, entró en el baño, y Bond oyó vagamente el agua que caía a borbotones dentro de la bañera.

A eso de las seis, Tempo salió del dormitorio. Le dijo a Bond que se marchaba.

—Hay comida en la cocina. Regresaré a las nueve y los llevaré al tren. Por favor, consideren mi apartamento como suyo.

Sin aguardar la respuesta de Bond, salió y cerró la puerta con suavidad tras de sí. Bond oyó sus pasos en la escalera, el chasquido de la puerta principal y el encendido automático del Morris.

Entró en el dormitorio, se sentó en la cama, cogió el teléfono y habló en alemán con su interlocutor de larga distancia.

Media hora después se oyó la voz queda de M.

Bond habló como lo haría un viajante con el director de la Universal Export. Dijo que su compañero se había puesto muy enfermo. ¿Había alguna

instrucción nueva?

—¿Muy enfermo?

—Sí, señor, mucho.

—¿Y qué hay de la otra compañía?

—Tres de ellos estaban con nosotros, señor. Uno contrajo lo mismo. Los otros dos se sintieron mal cuando salíamos de Turquía. Nos dejaron en Uzunkopru, que está en la frontera.

—¿Así que la otra compañía se ha retirado?

Bond podía imaginar el rostro de M mientras tamizaba la información. Se preguntó si el ventilador estaría girando lentamente en el techo, si M tendría la pipa en la mano, si el jefe de estado mayor estaría escuchando por la otra línea.

—¿Qué piensa hacer? ¿Les gustaría seguir otra ruta de regreso, a usted y a su esposa?

—Prefiero que lo decida usted, señor. Mi esposa se encuentra bien. La muestra está en buenas condiciones. No veo motivo por el que deba deteriorarse. Yo todavía tengo ganas de acabar el viaje. De otro modo, el territorio quedará sin explotar. No sabremos qué posibilidades hay.

—¿Le gustaría que otro de nuestros vendedores le echara una mano?

—No debería ser necesario, señor. Simplemente haga lo que crea oportuno.

—Pensaré en ello. ¿Así que usted realmente quiere llegar hasta el final de esta campaña de ventas?

Bond podía ver los ojos de M resplandeciendo con la misma curiosidad perversa, el mismo afán de saber que él mismo experimentaba.

—Sí, señor. Ahora que estoy a medio camino, parece una lástima no cubrir toda la ruta.

—Muy bien, pues. Pensaré en eso de enviarle otro vendedor para que le eche una mano. —Se produjo una pausa al otro extremo de la línea—. ¿No se le ocurre nada más?

—No, señor.

—En ese caso, adiós.

—Adiós, señor.

Bond colgó el receptor. Se quedó sentado, mirándolo. De repente deseó haber accedido a la sugerencia de M de enviarle refuerzos, sólo por si acaso. Se levantó de la cama. Al menos, dentro de poco habría salido de estos condenados Balcanes y estaría bajando por Italia. Luego Suiza, Francia… entre gente amistosa, lejos de las tierras furtivas.

¿Y la muchacha? ¿Qué podía decir de ella? ¿Podía culparla por la muerte de Kerim? Bond se marchó a la otra habitación y volvió a situarse junto a la ventana, mirando al exterior, formulándose preguntas, repasándolo todo una vez más, cada expresión y cada gesto hecho por ella desde que había oído su voz por primera vez en el Kristal Palas. No, sabía que no podía atribuirle la culpa. Si era una agente, era una agente sin saberlo. No existía una sola muchacha de su edad en todo el mundo capaz de representar este papel, si es que estaba representando, sin delatarse. Y a él le gustaba. Y confiaba en su instinto. Además, con la muerte de Kerim, ¿acaso no habían llegado al final de la conspiración, cualquiera que fuese? Algún día descubriría cuál había sido el plan. Por el momento, estaba seguro de que Tatiana no era una pieza consciente del mismo.

Tomada esta decisión, Bond avanzó hasta la puerta del baño y llamó con unos golpecitos.

Ella salió y él la tomó en sus brazos, la estrechó contra sí y la besó. La joven se aferró a él.

Permanecieron de pie y sintieron cómo el calor animal volvía a aparecer entre ellos, percibieron cómo relegaba a un segundo plano el frío recuerdo de la muerte de Kerim.

Tatiana se separó. Levantó los ojos hacia el rostro de Bond. Alzó una mano y apartó el negro mechón de cabello que caía sobre la frente del agente británico.

El rostro de ella había vuelto a la vida.

—Me alegro de que hayas regresado, James —dijo. Y luego, con tono práctico, añadió—: Y ahora debemos comer y beber, y empezar otra vez con nuestras vidas.

Más tarde, después del Slivovic[25], el jamón ahumado y los melocotones, Tempo regresó y los llevó a la estación, donde aguardaba el

expreso bajo las duras luces de las arcadas. Se despidió con rapidez y frialdad, y se desvaneció por el andén, de regreso a la estación y a su oscura existencia.

A las nueve en punto, la nueva locomotora hizo sonar su nuevo silbato y se llevó el largo tren hacia su viaje de toda una noche, descendiendo por el valle del Save. Bond pasó por la cabina del revisor para darle dinero y examinar los pasaportes de los nuevos viajeros.

Conocía la mayoría de las señales que había que buscar para saber si un pasaporte era falso: la escritura borroneada, la impresión demasiado exacta de los sellos de goma, los rastros de pegamento viejo en torno a los bordes de las fotografías, las ligeras transparencias en las páginas donde se habían manipulado las fibras del papel para alterar una letra o un número. Pero los cinco pasaportes nuevos —tres estadounidenses y dos suizos— parecían inocentes. Los documentos suizos, favoritos de los falsificadores rusos, pertenecían a un matrimonio, ambos de más de setenta años. Bond finalmente los dejó, regresó al compartimento y se preparó para pasar otra noche con la cabeza de Tatiana sobre el regazo.

Llegaron a Vincovci y luego, con una encendida aurora como telón de fondo, a la fea extensión de Zagreb. El tren se detuvo entre filas de locomotoras herrumbrosas capturadas a los alemanes y que aún permanecían abandonadas entre la hierba en los apartaderos. Bond leyó la placa de una de ellas —BERLINER MASCHINENBAU GMBH—, mientras salían del cementerio de hierro.

Su largo cilindro negro había sido barrido por balas de ametralladora. Bond oyó el alarido del bombardero que se lanzaba en picado y vio los brazos alzados del maquinista. Por un momento pensó, nostálgica e irracionalmente, en la emoción y el alboroto de la guerra, comparada con sus propias escaramuzas subterráneas desde que la guerra se había vuelto fría.

Entraron en las montañas de Eslovenia, donde los manzanos y los chalets eran casi austríacos. El tren atravesó trabajosamente Ljubliana. La muchacha despertó. Desayunaron huevos fritos y pan integral duro, con un café que era principalmente achicoria. El coche restaurante estaba lleno de alegres turistas ingleses y estadounidenses procedentes de la costa adriática, y Bond,

con el corazón aligerado, pensó que por la tarde habrían pasado la frontera hacia la Europa Occidental, y que ya había quedado atrás una tercera noche de peligro.

Bond durmió hasta llegar a Sezana. Los yugoslavos de semblante duro, vestidos de paisano, subieron a bordo. Luego Yugoslavia quedó atrás y llegaron Poggioreale y los primeros aromas de vida cómoda, con el alegre parloteo de los oficiales italianos y los despreocupados rostros de la multitud de la estación que alzaban los ojos hacia ellos. La nueva locomotora diesel eléctrica hizo sonar su silbato como una festiva palmada, se agitó el prado de manos morenas en gesto de despedida y se encontraron bajando con marcha ligera y cómoda en dirección a Venecia, hacia el lejano centelleo de Trieste y el azul grisáceo del Adriático.

«Lo hemos conseguido —pensó Bond—. Realmente pienso que lo hemos conseguido.» Se deshizo del recuerdo de los últimos tres días. Tatiana vio que se relajaban las tensas líneas de su cara. Extendió un brazo y le tomó una mano. El se desplazó para quedar más cerca de la joven.

Miraban por la ventanilla las casas grises de la Corniche, los barcos de vela y la gente que hacía esquí acuático.

El tren emitió un entrechocar metálico al pasar varios cambios de agujas y se deslizó silenciosamente en la brillante estación de Trieste. Bond se levantó y bajó la ventanilla, y ambos se asomaron por la misma, el uno junto al otro. De pronto, Bond se sintió feliz. Rodeó con un brazo la cintura de la muchacha y la atrajo con fuerza hacia sí.

Contemplaron a la multitud que se encontraba abajo. El sol penetraba en dorados rayos por las altas ventanas limpias de la estación. La chispeante escena realzaba la oscuridad y suciedad de los países que había atravesado el tren, y Bond observaba con un placer casi sensual la gente de alegres atuendos que pasaba por las zonas iluminadas por el sol hacia la entrada de la estación, y la gente bronceada, los que habían concluido sus vacaciones, que se apresuraban por el andén para ocupar sus asientos en el tren.

Un rayo de sol iluminó la cabeza de un hombre que parecía típico de este mundo feliz, en horas de recreo. El sol destelló brevemente sobre unos cabellos dorados cubiertos por un sombrero, y sobre un dorado bigote joven.

Quedaba tiempo de sobra para subir al tren. El hombre avanzaba sin prisa. Por la mente de Bond pasó la idea de que se trataba de un inglés. Tal vez se debió a la forma familiar del sombrero Kangol color verde oscuro o a la gabardina beige bastante usada, ese distintivo del turista inglés, o puede que el motivo fuesen las piernas enfundadas en franela gris, o los gastados zapatos marrones. Pero el caso es que los ojos de Bond se vieron atraídos por aquel hombre, como si se tratara de alguien a quien conocía, en el momento en que éste entraba en el andén.

El hombre llevaba una deslucida maleta marca Revelation y, bajo el otro brazo, un libro grueso y algunos periódicos. «Parece un atleta —pensó Bond —. Tiene los hombros anchos y la cara saludable, atractiva y bronceada de un tenista profesional que regresa a casa después de una gira de torneos.»

El hombre se aproximó más. Ahora miraba directamente a Bond. ¿Con expresión de reconocerlo? Bond rebuscó en su mente. ¿Acaso conocía a aquel hombre? No. Recordaría esos ojos que se fijaban con tanta frialdad bajo las pestañas pálidas. Eran opacos, casi muertos. Los ojos de un ahogado. Pero contenían algún mensaje para él. ¿Cuál era? ¿Reconocimiento? ¿Advertencia? ¿O sólo la reacción defensiva ante la propia mirada fija de Bond?

El hombre llegó a la altura del coche-cama. Sus ojos miraban ahora a lo largo del tren. Pasó de largo; sus zapatos de suela de goma acanalada no hicieron ningún ruido. Bond lo observó mientras se aferraba al pasamanos y subía con soltura los escalones del coche de primera clase.

De repente, Bond supo lo que significaba la mirada que le había dirigido, quién era aquel hombre. ¡Por supuesto! Pertenecía al Servicio. Después de todo, M había decidido enviarle ayuda.

Ése era el mensaje que habían intentado transmitirle los misteriosos ojos. Bond apostaría cualquier cosa a que el hombre le haría pronto una visita para establecer contacto.

¡Qué típico de M buscar asegurarse de manera absoluta!

Capítulo 25
Corbata con nudo Windsor

Para facilitar el contacto, Bond salió y permaneció de pie en el corredor. Repasó los detalles de la contraseña del momento, unas pocas frases inofensivas que se cambiaban el primero de cada mes y que servían como señal de reconocimiento entre los agentes ingleses.

El tren sufrió una sacudida y avanzó lentamente saliendo al sol. Al final del pasillo, se cerró de golpe la puerta de comunicación. No se oyó sonido de pasos, pero de pronto el rostro rojo y dorado se reflejó en la ventanilla.

—Disculpe, ¿podría darme una cerilla?

—Uso encendedor. —Bond sacó su gastado Ronson y se lo entregó.

—Todavía mejor.

—Hasta que se estropean.

Bond alzó los ojos hacia el rostro del hombre, esperando una sonrisa ante la conclusión del infantil ritual de «¿Quién vive? Pase, amigo».

Los gruesos labios se contorsionaron brevemente. No había ni una pizca de vida en los ojos azul pálido.

El hombre se había quitado la gabardina. Llevaba una chaqueta vieja marrón rojiza de cheviot con los pantalones de franela, una camisa de verano color amarillo pálido y la corbata de dibujo azul oscuro y marrón en zigzag del cuerpo de artillería real. Estaba atada con un nudo Windsor.

Demostraba demasiada vanidad. Solía ser el distintivo de los sinvergüenzas. Bond decidió olvidar sus prejuicios. Un anillo de sello, de

oro, con una cimera indescifrable, destellaba en el dedo meñique de la mano derecha que se aferraba al pasamanos. El extremo de un pañuelo de tonos rojos caía del bolsillo pectoral de la chaqueta del hombre. En su muñeca izquierda podía verse un usado reloj de plata con una vieja correa de cuero.

Bond conocía aquel tipo de hombre: una escuela pública sin prestigio, y luego atrapado por la guerra. Cuerpo de seguridad, quizá. No tenía ni idea de qué hacer después, así que permaneció con las tropas de ocupación. Al principio habría estado con la policía militar y luego, a medida que los veteranos se marchaban a casa, tuvo la oportunidad de ingresar en uno de los servicios de seguridad. Se trasladó a Trieste, donde le fue bastante bien. Quiso quedarse allí y evitar los rigores de Inglaterra. Probablemente tenía una novia, o se había casado con una italiana. El servicio secreto necesitaba un hombre para el pequeño puesto en que se había convertido Trieste después de la retirada. Este hombre estaba disponible. Lo aceptaron. Estaría haciendo trabajos de rutina: conseguir algunas fuentes entre los miembros de baja graduación de las policías italiana y yugoslava, y dentro de sus redes de inteligencia. Mil libras esterlinas al año. Una buena vida, sin que se esperase mucho de él. Y un día, como salida de la nada, le había llegado esta misión. Debió de haber sido todo un trastorno recibir uno de aquellos mensajes de Máxima Inmediatez.

Probablemente se sentía un poco tímido ante Bond. Extraño rostro. Los ojos parecían bastante dementes. Pero así eran en la mayoría de los hombres que realizaban trabajos secretos en el extranjero. Había que estar un poco loco para dedicarse a eso. Un tipo muy fuerte, probablemente tirando a estúpido, pero útil para este tipo de trabajo de guardaespaldas. M se había limitado a coger al hombre más próximo y decirle que subiera al tren.

Todo esto pasaba por la mente de Bond mientras grababa una impresión mental fotográfica de las ropas y la apariencia general del hombre.

—Me alegro de verle —dijo ahora—. ¿Cómo ha sucedido?

—Recibí un mensaje. A última hora de anoche. Personal de M. Me sorprendió, puedo asegurárselo, viejo.

Curioso acento. ¿Qué era? Una pizca de acento irlandés, de irlandés ordinario. Y algo más que Bond no pudo definir. Probablemente se debía a

que había vivido en el extranjero durante demasiado tiempo, hablando constantemente idiomas extranjeros. Y ese desagradable «viejo» al final de la frase. Timidez.

—Con toda seguridad —replicó Bond, compasivamente—. ¿Qué decía el mensaje?

—Sólo me dijo que subiera esta mañana al Orient y estableciera contacto con un hombre y una muchacha en el cochecama de trayecto directo. Describió más o menos qué aspecto tenía usted. Luego debía quedarme con ustedes y asegurarme de que llegaban a París. Eso es todo, viejo.

¿Había un tono defensivo en la voz? Bond lo miró de soslayo. Los pálidos ojos giraron para encontrarse con los de él. Por ellos pasó una fugaz mirada feroz, al rojo vivo. Fue como si la puerta de seguridad de un horno se hubiese abierto. La llamarada se apagó. La puerta que daba al interior del hombre se había cerrado. Ahora los ojos volvían a estar opacos; eran los ojos de un introvertido, de un hombre que raras veces mira al mundo exterior, sino que está constantemente observando la escena de su propio interior.

Efectivamente, allí había demencia, pensó Bond, sobresaltado por el atisbo que había tenido de la misma. Síndrome de bombardeo, tal vez, o esquizofrenia. Pobre tipo, con ese magnífico cuerpo. Un día, sin duda se derrumbaría. La locura se haría con el control. Sería mejor que Bond hablara con los de Personal. Habría que comprobar su ficha médica. Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Bien, pues me alegro mucho de tenerlo aquí. Es probable que no tenga mucho que hacer. Empezamos el viaje con tres de los rojos pisándonos los talones. Nos hemos librado de ellos, pero podría haber otros en el tren. O podrían subir más adelante. Y yo tengo que llevar a esta joven hasta Londres sin problemas. Sólo necesito que se quede usted por aquí. Esta noche será mejor que permanezcamos juntos y nos turnemos para hacer guardia. Es la última noche y no quiero correr ningún riesgo. Por cierto, me llamo James Bond. Viajo como David Somerset. Y Caroline Somerset está ahí dentro.

El hombre metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una deslucida cartera que parecía contener mucho dinero. Extrajo una tarjeta

de visita y se la entregó a Bond; decía:

«Capitán Norman Nash» y, en la esquina inferior izquierda, «Real Automóvil Club».

Mientras Bond se la metía en el bolsillo, pasó los dedos por su superficie. Estaba grabada.

—Gracias —dijo—. Bien, Nash, venga a conocer a la señora Somerset. No existe ninguna razón por la que no debamos viajar más o menos juntos. —Le dedicó una sonrisa para darle ánimos.

Una vez más, la feroz mirada al rojo vivo se extinguió con rapidez. Los labios se contorsionaron bajo el dorado bigote joven.

—Encantado, viejo.

Bond se volvió, llamó a la puerta con un golpe suave y dijo su nombre.

La puerta se abrió. Bond hizo pasar a Nash; luego entró y cerró la puerta a sus espaldas.

La muchacha pareció sorprenderse.

—Este es el capitán Nash, Norman Nash. Se le ha ordenado que no nos quite el ojo de encima.

—¿Cómo está usted? —La mano se tendió, vacilante. El hombre la tocó brevemente. Su mirada era fija. No dijo nada. La joven profirió una risilla azorada—. ¿No quiere sentarse?

—Eh… gracias. —Nash se sentó, rígido, en el borde del asiento. Pareció recordar algo, algo que la gente hace cuando no tiene nada que decir. Rebuscó en el bolsillo lateral y sacó un paquete de Players.

—¿Quiere un, eh… cigarrillo? —Abrió el paquete con una uña pulgar bastante limpia, retiró hacia abajo el papel plateado e hizo asomar los cigarrillos. La muchacha cogió uno. La otra mano de Nash adelantó un mechero encendido con la obsequiosa rapidez de un vendedor de coches.

Nash alzó los ojos. Bond se encontraba recostado contra la puerta, y se preguntaba cómo ayudar a aquel hombre torpe y vergonzoso. Nash tendió ante sí los cigarrillos y el mechero como si le ofreciese cuentas de vidrio a un jefe indio.

—¿Y usted, viejo?

—Gracias —respondió Bond. Detestaba el tabaco de Virginia, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para contribuir a que el hombre se sintiera más cómodo. Cogió un cigarrillo y lo encendió. Ciertamente, hoy en día los Servicios tenían que apañárselas con algunos personajes bastante extravagantes. ¿Cómo demonios se las arreglaba este tipo para moverse dentro de la sociedad semidiplomática que debía frecuentar en Trieste?

—Parece estar muy en forma, Nash —comentó Bond, poco convincente —. ¿Tenis?

—Natación.

—¿Hace mucho que está en Trieste?

Volvió a aparecer la breve mirada feroz, candente.

—Unos tres años.

—¿Es interesante el trabajo?

—A veces. Ya sabe usted cómo es esto, viejo.

Bond se preguntó cómo podría lograr que Nash dejara de llamarlo «viejo». Se hizo un silencio.

Obviamente, Nash pensó que era su turno otra vez. Metió la mano en el bolsillo y sacó un recorte de periódico. Era la primera página del *Corriere della Sera*. Se lo entregó a Bond.

—¿Ha visto esto, viejo? —Los ojos ardieron y se apagaron.

Era la noticia principal de la primera plana. Las gruesas letras negras de la impresión, de baja calidad, aún estaban húmedas. El titular decía:

TERRIBLE ESPLOSIONE IN ISTAMBUL
UFFICIO SOVIETICO DISTRUTTO
TUTTI PRESENTI UCCISI

Bond no podía entender el resto. Dobló el recorte y se lo devolvió a Nash. ¿Cuánto sabía este hombre? Sería mejor tratarlo como a un guardaespaldas a su servicio, y nada más.

—Mala cosa —comentó Bond—. Una tubería de gas, supongo.

Bond volvió a ver la obscena barriga de la bomba que colgaba del techo del nicho excavado dentro del túnel, los cables que salían de ella y recorrían la húmeda pared hasta llegar al detonador instalado en el cajón del escritorio de Kerim. ¿Quién habría pulsado el detonador ayer por la tarde, cuando Tempo llamó por teléfono? ¿El «jefe de secretarios»? ¿O lo habrían echado a suertes y luego se habían reunido en torno al elegido para observar cómo la mano descendía, y el profundo rugido había ascendido por la Calle de los Libros situada en la colina cercana? Todos habrían estado allí, en la fresca sala. Con ojos que brillaban de odio. Las lágrimas serían reservadas para la noche. La venganza se habría ejecutado primero.

»¿Y las ratas? ¿Cuántos miles de ellas habrían estallado en el túnel de abajo? ¿A qué hora habría sucedido? En torno a las cuatro de la tarde. ¿Se estaría celebrando la reunión diaria? Tres muertos en esa sala. ¿Cuántos más en el resto del edificio? Amigos de Tatiana, quizá. Tendría que ocultarle el suceso.

»¿Darko habría estado observando? ¿Desde una ventana del Valhalla[26]? Bond podía oír la gran carcajada de triunfo resonando por las paredes. En cualquier caso, Kerim se había llevado a muchos consigo.

Nash estaba mirándolo.

—Sí, es posible que se tratara de una tubería de gas —replicó sin interés.

Una campanilla resonó por el pasillo, aproximándose.

—Deuxiéme Service. Deuxiéme Service. Preñez vos places, s'il vous plait.

Bond miró a Tatiana. Tenía el semblante pálido. En sus ojos había el ruego de que la salvara de las torpezas de aquel hombre nada *kulturny*.

—¿Te apetece ir a almorzar? —preguntó Bond. Ella se levantó de inmediato—. ¿Y a usted, Nash?

El capitán Nash ya estaba de pie.

—Ya he almorzado, gracias, viejo. Me gustaría echar una mirada por el tren. ¿Al revisor se le puede…? Ya me entiende… —Hizo el gesto de contar dinero.

—Oh, sí, ya lo creo que cooperará —respondió Bond. Extendió el brazo y cogió el pequeño estuche pesado. Abrió la puerta para que pasara Nash—. Nos veremos luego.

El capitán Nash salió al pasillo.

—Sí, espero que así sea, viejo —comentó. Se volvió hacia la izquierda y se alejó por el pasillo, moviéndose con soltura a pesar de los balanceos del tren, con las manos en los bolsillos de los pantalones mientras la luz resplandecía en los apretados rizos dorados de la parte trasera de su cabeza.

Bond siguió a Tatiana en el sentido opuesta. Los coches estaban atestados de turistas que regresaban a casa. La gente que viajaba en los corredores de tercera clase estaba sentada sobre sus bolsos charlando y masticando naranjas y bollos de aspecto duro con trocitos de salami sobresaliendo de los mismos. Los hombres examinaron a Tatiana con atención cuando la joven pasó apretadamente entre ellos. Las mujeres le dedicaron a Bond miradas de valoración, mientras se preguntaban si le haría el amor bien a la muchacha.

En el coche restaurante, Bond pidió dos vermuts con soda y una botella de Chianti Broglio.

Llegaron los magníficos entremeses europeos. Tatiana comenzaba a estar más animada.

—Extraño hombre. —Bond la observó cómo picoteaba entre los diferentes platillos—. Pero me alegro de que haya venido. Tendré oportunidad de dormir un poco. Cuando volvamos a casa, voy a dormir durante una semana entera.

—Ese hombre no me gusta —declaró la joven con indiferencia—. No es *kulturny*. No me fío de sus ojos.

Bond se echó a reír.

—Nadie es lo bastante *kulturny* para ti.

—¿Lo conocías de antes?

—No, pero pertenece a mi compañía.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Nash. Norman Nash.

Ella deletreó el apellido.

—¿N-A-S-H? ¿Así?

—Sí.

Los ojos de la muchacha reflejaban una expresión de perplejidad.

—Supongo que ya sabes lo que significa eso en ruso. *Nash* significa «nuestro». En nuestros servicios, un hombre es *nash* cuando es uno de «nuestros» hombres. Es *svoi* cuando es de los «suyos», cuando pertenece al enemigo. Y este hombre se llama Nash. Eso no resulta agradable.

Bond volvió a reír.

—De verdad, Tania, mira que piensas en razones extraordinarias para explicar por qué no te gustan las personas. Nash es un apellido inglés bastante corriente. Ese hombre es totalmente inofensivo. En cualquier caso, es lo bastante duro para hacer lo que nosotros necesitamos que haga. Tatiana hizo una mueca y prosiguió con su almuerzo.

Llegaron unos *tagliatelli verdi y* el vino, y luego una deliciosa escalopa.

—Ah, esto es tan bueno… —dijo la joven—. Desde que salí de Rusia, soy toda estómago. —Sus ojos se abrieron con alarma—. ¿No me permitirás que me ponga demasiado gorda, James? ¿No me permitirás que engorde tanto que no sirva para hacer el amor? Tendrás que ir con cuidado, o me pasaré todo el día comiendo y durmiendo.

»¿Me pegarás si como demasiado?

—Desde luego que te pegaré.

Tatiana arrugó la nariz. El sintió la suave caricia del tobillo de ella. Los grandes ojos lo miraron fijamente. Sus pestañas bajaron con recato.

—Por favor, paga la cuenta —dijo—. Tengo sueño.

El tren estaba entrando en Mestre. Se veía el comienzo de los canales. Una góndola de carga llena de verduras avanzaba con lentitud por una recta extensión de agua hacia el interior de la ciudad.

—Pero dentro de nada llegaremos a Venecia —protestó Bond—. ¿No quieres verla?

—No será más que otra estación. Podré ver Venecia en otro momento. Ahora quiero que me hagas el amor. Por favor, James. —Tatiana se inclinó hacia él y posó una mano sobre una de las de Bond—. Dame lo que te pido. Tenemos tan poco tiempo…

Y volvieron a encontrarse en la pequeña habitación con el aroma del mar entrando por la ventanilla semiabierta y la cortinilla agitándose con el aire desplazado por el avance del tren. Una vez más estaban las dos pilas de ropa en el piso y los dos cuerpos susurrantes sobre el asiento, y las manos que exploraban lentamente. Y se formó el nudo amoroso; y, cuando el tren se sacudió al pasar sobre los cambios de agujas y entraba en la resonante estación de Venecia, el último grito desesperado se perdió en el aire.

Fuera del aislamiento de la diminuta habitación sonó una confusión de resonantes voces, entrechocar metálico y pasos de pies que se arrastraban y que lentamente se desvanecieron en el sueño.

Pasaron por Padua y por Vicenza, y una fabulosa puesta de sol sobre Verona brilló con mortecina luz roja y dorada a través de las rendijas de la cortinilla. La campanilla volvió a sonar por el pasillo. Despertaron. Bond se vistió y salió al corredor, donde se recostó contra el pasamanos. Miró por la ventanilla hacia la agonizante luz rosácea que brillaba sobre la llanura de Lombardía, y pensó en Tatiana y en el futuro.

El rostro de Nash se deslizó junto al suyo sobre el cristal oscuro. Se acercó tanto a Bond que sus codos quedaron en contacto.

—Creo que he localizado a uno de nuestros colegas, viejo —dijo en voz baja.

Bond no se sorprendió. Había supuesto que, si sucedía algo, sería esta noche.

—¿Quién está aquí? —preguntó, casi con indiferencia.

—No sé su nombre real, pero ha pasado por Trieste una o dos veces. Tiene algo que ver con Albania. Puede que sea el director residente de allí. Ahora viaja con pasaporte estadounidense. «Wilbur Frank.» Dice ser banquero. Está en el número nueve, al lado de su compartimento. No creo que me equivoque con respecto a él, viejo.

Bond miró brevemente los ojos del bronceado rostro. La puerta del horno había vuelto a abrirse. El resplandor rojo brilló y se extinguió de inmediato.

—Me alegro de que lo haya encontrado. Esta podría ser una noche ajetreada. Será mejor que permanezca a nuestro lado a partir de ahora. No debemos dejar sola a la muchacha.

—Lo mismo pensé yo, viejo.

Cenaron juntos. Fue una comida silenciosa. Nash se sentó junto a la joven y no apartó los ojos de su propio plato. Sujetaba el cuchillo como si fuera una estilográfica y con frecuencia lo limpiaba contra el tenedor. Sus movimientos eran torpes. A media comida extendió un brazo para coger el salero, y volcó la copa de Chianti de Tatiana. Se disculpó profusamente. De forma muy ostentosa, pidió otra copa y la llenó.

Llegó el café. Entonces fue Tatiana quien se comportó con torpeza. Volcó su taza. Se había puesto muy pálida y su respiración era agitada.

—¡Tatiana! —Bond se levantó a medias del asiento. Pero fue el capitán Nash quien se puso en pie de un salto y se hizo cargo de la situación.

—La señora ha tenido un vahído —dijo escuetamente—. Permítame. —Se inclinó, rodeó a la joven con un brazo y la puso de pie—. La llevaré de vuelta al compartimento. Será mejor que se haga cargo del estuche. Hay que pagar la cuenta. Yo puedo cuidarla hasta que usted llegue.

—Estoy bien —protestó Tatiana con labios flojos de creciente inconsciencia—. No te preocupes, James. Me echaré un rato.

Su cabeza se recostó contra el hombro de Nash. Este la rodeó por la cintura con un grueso brazo, se abrió camino rápida y eficientemente por el atestado corredor del coche restaurante y salió. Bond chasqueó los dedos, impaciente, para llamar al camarero. «Pobre querida mía. Debe de estar muerta de agotamiento.» ¿Por qué no había pensado en la tensión por la que estaba pasando la muchacha? Se maldijo por egoísta. Gracias al cielo que estaba Nash. Era un tipo eficiente, a pesar de toda su tosquedad.

Bond pagó la cuenta. Cogió el pesado estuche y avanzó con toda la rapidez posible por el abarrotado tren.

Golpeó con suavidad la puerta número siete. Nash la abrió. Salió con un dedo sobre los labios y cerró la puerta tras de sí.

—Sufrió un pequeño mareo —dijo—. Ahora se encuentra bien. Las camas ya estaban hechas.

Se ha acostado en la de arriba. Supongo que todo esto ha sido un poco excesivo para la muchacha, viejo. Bond asintió con la cabeza. Entró en el compartimento. Una mano pálida pendía por debajo del abrigo de cebellina. Bond se puso de pie sobre la cama inferior y, con suavidad, metió la mano debajo del extremo del abrigo. La mano estaba muy fría. La muchacha no emitió ningún sonido.

Bond bajó al suelo. Sería mejor dejarla dormir. Salió al corredor.

Nash lo miró con ojos vacuos.

—Bueno, será mejor que nos instalemos para pasar la noche. Yo tengo un libro. —Lo alzó para que se viera—. *Guerra y paz*. Hace años que estoy intentando leerlo. Usted duerme durante el primer turno, viejo. También parece bastante destrozado. Lo despertaré cuando ya no pueda mantener los ojos abiertos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el número nueve—. Aún no ha aparecido. No creo que lo haga si está planeando alguna jugarreta. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿tiene un arma, viejo?

—Sí, ¿por qué? ¿Usted no?

La expresión de Nash era de disculpa.

—Me temo que no. En casa tengo una Luger, pero es demasiado grande para este tipo de trabajo.

—Bueno… —replicó Bond, reacio—. Será mejor que coja la mía. Venga conmigo.

Entraron en el compartimiento y Bond cerró la puerta. Sacó la Beretta y se la entregó.

—Ocho disparos —informó en voz baja—. Semiautomática. Tiene puesto el seguro.

Nash cogió el arma y la sopesó con aire profesional. Quitó el seguro y volvió a ponerlo.

Bond detestaba el hecho de que alguien tocase su pistola. Se sentía desnudo sin ella.

—Es algo ligera —comentó con malhumor—, pero mata si se disparan las balas en los sitios correctos.

Nash asintió con la cabeza. Se sentó cerca de la ventanilla, al final de la cama inferior.

—Yo me quedaré en este extremo —susurró—. Hay una buena línea de tiro. —Dejó el libro sobre su regazo y se acomodó.

Bond se quitó la chaqueta y la corbata, y las dejó sobre la cama, a su lado. Se reclinó contra las almohadas y descansó los pies sobre la Spektor que se encontraba en el piso junto a su maletín.

Cogió su novela de Eric Ambler, encontró el punto donde la había dejado e intentó leer. Después de unas pocas páginas, se dio cuenta de que su concentración se desvanecía. Estaba tan cansado…

Dejó el libro sobre su regazo y cerró los ojos. ¿Podía permitirse el lujo de dormir? ¿Había alguna otra precaución que pudiera tomar?

¡Las cuñas! Bond las buscó en el bolsillo de su chaqueta. Se levantó de la cama, se arrodilló y las encajó con fuerza debajo de ambas puertas. Luego volvió a acomodarse y apagó la luz de lectura que estaba situada detrás de su cabeza.

El ojo violeta de la luz de noche brillaba suavemente en lo alto.

—Gracias, viejo —dijo el capitán Nash en voz baja.

El tren profirió un gemido y entró con estrépito en un túnel.

Capítulo 26
La botella mortal

El ligero toque en el tobillo despertó a Bond. No se movió. Sus sentidos cobraron vida como los de un animal.

Nada había cambiado. Oyó los ruidos del tren: el suave avance de hierro que dejaba atrás kilómetros y más kilómetros, el leve crujir de la madera, un tintineo procedente del armario que había sobre el lavamanos, donde un vaso para enjuagues bucales se había soltado de la sujeción.

¿Qué lo había despertado? El espectral ojo de la luz de noche proyectaba su aterciopelado resplandor sobre la pequeña habitación. De la litera de arriba no llegaba ni un solo sonido. Junto a la ventanilla, el capitán Nash se encontraba sentado en su sitio, con el libro abierto sobre el regazo; en la doble página brillaba, blanco, un parpadeo de luz lunar que se filtraba por el borde de la cortinilla.

Tenía la mirada fija sobre Bond. El agente británico reparó en la intensidad de los ojos color violeta. Los negros labios se separaron. Se vio el destello de unos dientes.

—Lamento molestarlo, viejo. Tengo ganas de hablar.

¿Qué había de nuevo en aquella voz? Bond posó los pies con suavidad sobre el piso. Se sentó muy erguido. El peligro, como un tercer hombre, se encontraba dentro de la habitación.

—De acuerdo —replicó Bond con tranquilidad.

¿Qué había en esas pocas palabras que acababa de pronunciar el hombre, que le había provocado escalofríos en la columna? ¿Era la nota de autoridad en la voz de Nash? A Bond le pasó por la cabeza la idea de que el capitán podría haberse vuelto loco. Tal vez era la presencia de la locura, y no del peligro, lo que Bond podía oler en la habitación. Su instinto había acertado en relación con este hombre. Sería cuestión de ver cómo librarse de él en la próxima estación. ¿Hasta dónde habían llegado? ¿Cuánto faltaría para la frontera?

Bond alzó la muñeca para mirar la hora. La luz violeta amortecía los números fosforescentes.

Bond inclinó la esfera hacia la luz de la luna que entraba por la ventanilla.

Desde donde estaba Nash, llegó a sus oídos un chasquido seco. Bond sintió un golpe violento en la muñeca. Esquirlas de vidrio le golpearon el rostro. Su brazo salió despedido hacia atrás y se estrelló contra la puerta. Se preguntó si tendría la muñeca fracturada. Dejó caer el brazo y flexionó los dedos. Todos se movían bien.

El libro continuaba abierto sobre el regazo de Nash, pero ahora salía un fino jirón de humo desde un agujero que había entre la parte superior del lomo y el borde interior de las páginas, y en la habitación se percibía un débil olor a fuegos artificiales.

A Bond se le secó la boca como si hubiese tragado alumbre.

Así que la trampa había estado allí desde el principio. La trampa se había cerrado. El capitán Nash había sido enviado por Moscú para reunirse con él. No por M. Y el agente del MGB que ocupaba el número nueve, el hombre que viajaba con pasaporte estadounidense, era un mito. Y Bond le había entregado su arma a Nash. Incluso había colocado cuñas debajo de las puertas para que Nash se sintiera más seguro.

Bond se estremeció. No de miedo, sino de asco.

Nash habló. Su voz ya no era un susurro, ya no era obsequiosa, sino alta y confiada.

—Eso nos ahorrará muchas discusiones, viejo. No ha sido más que una pequeña demostración. Piensan que soy bastante bueno con este pequeño

paquete de trucos. Contiene diez balas dum-dum[27] calibre 25, disparadas por una batería eléctrica. Debe admitir que los rusos son unos tipos maravillosos en la invención de estas cosas. Es una verdadera lástima que el libro que tiene usted sea sólo para leer, viejo.

—Por el amor de Dios, deje de llamarme «viejo».

Cuando había tantas cosas para saber, tantas en las que pensar, ésta era la primera reacción de Bond ante la catástrofe absoluta. Como la reacción de alguien que se encuentra en una casa en llamas y recoge los objetos más triviales para salvarlos del incendio.

—Lo siento, viejo. Se ha convertido en un hábito. Forma parte del intento de ser un jodido caballero. Como esta ropa. Toda del departamento de vestuario. Dijeron que conseguiría parecerlo si me vestía así. Y lo he conseguido, ¿no es cierto, viejo? Hablemos de cosas serias.

»Supongo que le gustará saber de qué va todo esto. Estaré encantado de contárselo. Disponemos de una media hora antes de que le llegue el momento de partir. Me proporcionará un placer añadido explicarle al famoso señor Bond, del servicio secreto británico, lo estúpido que llega a ser. Verá, viejo, usted no es tan bueno como cree. No es más que un muñeco relleno, y me han encomendado la misión de vaciarlo del serrín que lleva dentro. —La voz era regular e inexpresiva, las frases se apagaban al final con una nota muerta. Era como si a Nash lo aburriera el acto de hablar.

—Sí —replicó Bond—, Me gustaría saber de qué va todo esto. Puedo dedicarle media hora. —Desesperado, se preguntó: ¿Habría alguna manera de hacerle perder la calma a aquel hombre? ¿De alterar su equilibrio?

—No se engañe, viejo. —La voz no manifestaba interés ninguno por Bond ni por la amenaza implícita en las palabras de éste. Bond no existía más que como blanco—. Va a morir dentro de media hora. No cabe duda. Nunca he cometido un error, o no tendría el trabajo que tengo.

—¿Cuál es su trabajo?

—Jefe ejecutor de SMERSH. —Hubo un asomo de vida en su voz, un atisbo de orgullo. La voz volvió a perder entonación—. Creo que usted conoce ese nombre, viejo.

SMERSH. Así que allí estaba la respuesta, la peor respuesta que pudiera haber. Y éste era su asesino jefe. Bond recordó la candente mirada feroz que había observado en aquellos ojos muertos. Un asesino. Un psicópata, probablemente maníaco depresivo. Un hombre que disfrutaba realmente con lo que hacía. ¡Qué hombre tan útil para que lo encontrara SMERSH! Bond recordó de repente lo que había dicho Vavra. Probó con un golpe a ciegas.

—¿La luna tiene algún efecto sobre usted, Nash?

Los labios negros se contorsionaron.

—Es usted listo, ¿verdad?, señor Servicio Secreto. Se cree que soy un chiflado. No se preocupe. No estaría donde estoy si fuera un chiflado.

La colérica burla que percibió en la voz del hombre le dijo a Bond que había tocado un punto vulnerable. ¿Pero qué podía conseguir si lograba que el hombre perdiera el control? Sería mejor seguirle la corriente y ganar un poco de tiempo. Tal vez Tatiana…

—¿Qué papel juega la muchacha en todo esto?

—Formaba parte del cebo. —La voz volvía a tener un tono de aburrimiento—. No se preocupe. No va a interrumpir nuestra conversación. Le di a beber una pizca de hidrato de cloral cuando le serví la copa de vino. Dormirá durante toda la noche. Y luego, durante el resto de las noches. Debe morir con usted.

—Ah, ¿en serio? —con lentitud, Bond levantó la mano y la posó sobre su regazo, moviendo los dedos para restablecer la circulación—. Bueno, pues, oigamos la historia.

—Cuidado, viejo. Nada de trucos. Ninguna jugarreta de Bulldog Drummond[28] lo salvará de ésta. Si no me gusta tan sólo uno de sus movimientos, acabará con una sola bala metida en el corazón. Nada más. Eso será lo que reciba al final. Una sola en el centro del corazón. Si se mueve, sucederá un poco antes.

Y no se olvide quién soy. ¿Recuerda su reloj? No yerro el tiro. Jamás.

—Buena demostración —asintió Bond con indiferencia—. Pero no tenga miedo. Usted tiene mi arma, ¿recuerda? Prosiga con su historia.

—De acuerdo, viejo, sólo le advierto que no se rasque ni una oreja mientras yo esté hablando. O se la volaré de un tiro. ¿Vale? Bueno, pues

SMERSH decidió matarlo… pero al menos yo he deducido que fue algo que se decidió mucho más arriba, en la más alta esfera. Al parecer, querían darle un buen golpe al servicio secreto británico, bajarle un poco los humos. ¿Me sigue?

—¿Por qué me escogieron a mí?

—A mí no me lo pregunte, viejo. Pero dicen que tiene usted una buena reputación dentro del servicio. La forma en que va a morir usted va a desbaratarles todo el espectáculo. Este plan ha estado cocinándose durante tres meses, y es una preciosidad. Tiene que serlo. SMERSH ha cometido uno o dos errores, últimamente. Para empezar, ese asunto de Khoklov. ¿Recuerda el caso del arma oculta en el paquete de cigarrillos y todo eso? Le encomendaron la misión al hombre equivocado. Deberían de habérmela encargado a mí. Yo no me habría pasado a los yanquis.

»En fin, volviendo adonde estábamos. Como ve, viejo, tenemos un buen planificador en SMERSH. Un hombre llamado Kronsteen. Un gran jugador de ajedrez. Dijo que la vanidad sería su punto flaco, y la codicia, y una pizca de locura en el plan. Dijo que los de Londres se pirran por la locura. Y usted lo ha hecho, ¿no es cierto, viejo?

¿Había sido así? Bond recordaba cómo los detalles excéntricos de la historia habían despertado la curiosidad del departamento. ¿Y la vanidad? Sí, debía admitir que la idea de que una muchacha rusa estuviera enamorada de él había contribuido. Y no había que olvidar la Spektor.

Eso había acabado por decidir la línea de acción, la pura codicia de poseerla.

—Nos sentimos interesados —comentó con tono evasivo—. Luego vino la operación.

»Nuestra jefe de operaciones es todo un personaje. Yo diría que ha matado a más personas que nadie en el mundo, o determinado su muerte. Sí, es una mujer. Se llama Klebb. Rosa Klebb. Una auténtica puerca. Pero sin duda conoce todos los trucos.

Rosa Klebb. ¡Así que en la dirección de SMERSH había una mujer! ¡Si pudiera lograr sobrevivir a esto e ir por ella! Los dedos de la mano derecha de Bond se engarfiaron apenas.

La voz inexpresiva continuó.

—Bueno, pues ella encontró a esta muchacha, Romanova. La entrenó para la misión. Por cierto, ¿qué tal era en la cama? ¿Bastante buena?

¡No! Bond no podía creerlo. Puede que la primera noche fuera una representación. Pero, ¿las siguientes? No. Las siguientes habían sido reales. Aprovechó la oportunidad para encogerse de hombros. Fue un encogimiento exagerado. Para que el hombre se acostumbrara al movimiento.

—Bueno. Yo personalmente no estoy interesado en ese tipo de cosas. Pero ellos tomaron algunas bonitas fotografías de ustedes dos. —Nash se dio unos golpecitos en un bolsillo de la chaqueta—. Todo un rollo de 16 milímetros. Las dejaré en el bolso de ella. Quedarán bien en los periódicos. —Nash profirió una carcajada; era una risa áspera, metálica—. Tendrán que censurar algunas de las partes más jugosas, por supuesto.

El cambio de habitaciones en el hotel. La suite nupcial. El enorme espejo detrás de la cama.

¡Qué bien encajaba todo! Bond sintió que tenía las manos mojadas de sudor. Se las secó en los pantalones.

—Quieto, viejo. Ha estado a punto de conseguirlo. Le dije que no se moviera, ¿recuerda?

Bond volvió a posar las manos encima del libro que tenía sobre el regazo. ¿Hasta qué punto podría llevar estos pequeños movimientos? ¿Hasta dónde le permitiría llegar?

—Continúe con la historia —pidió—. ¿Sabía la muchacha que estaban tomando esas fotografías? ¿Sabía que SMERSH estaba implicado en esto?

Nash profirió un bufido.

—Por supuesto que no sabía nada de las fotografías. Rosa no se fiaba ni un pelo de ella. Demasiado emotiva.

»Pero de esa parte yo no sé mucho. Todos trabajábamos por separado. No la he visto hasta hoy. Sólo sé lo que he oído por casualidad. Sí, claro que la muchacha sabía que estaba trabajando para SMERSH. Le dijeron que tenía que llegar a Londres y espiar un poco por ahí.

«La estúpida tonta», pensó Bond. ¿Por qué diablos no le había dicho que SMERSH estaba involucrado? Debía de tener miedo incluso de pronunciar

el nombre. Habría pensado que él la encerraría o algo parecido. Siempre había afirmado que se lo contaría todo cuando llegara a Inglaterra. Que él debía tener fe, que no debía temer nada. ¡Fe! Cuando ni siquiera ella tenía la más remota idea de lo que estaba sucediendo. En fin. Pobre criatura. A ella la habían engañado tanto como a él. Pero cualquier indicio habría bastado… le habría salvado la vida a Kerim, por ejemplo. ¿Y qué decir de la vida de ella y de la suya propia?

—Luego hubo que librarse de ese turco de ustedes. Calculo que eso requirió un poco de trabajo. Era duro de pelar. Supongo que fue su banda la que voló nuestro centro de Estambul ayer por la tarde. Eso va a crear un poco de pánico.

—Es una lástima.

—A mí no me preocupa, viejo. Mi parte del trabajo va a ser fácil. —Nash echó una mirada rápida a su reloj de pulsera—. Dentro de unos veinte minutos entraremos en el túnel de Simplón. Quieren que lo haga allí. Más dramatismo para los periódicos.

»Una bala para usted, cuando entremos en el túnel. Sólo una en el corazón. El ruido del paso por el túnel ayudará en caso de que sea usted un moribundo ruidoso, que sufra estertores y cosas de ésas. Y luego, con su arma, una en la nuca de ella, y la muchacha saldrá por la ventanilla. Luego otra para usted con su propia arma. Con su mano cogiéndola, por supuesto. Mucha pólvora en su camisa. Suicidio. Es lo que parecerá a primera vista. Pero en su corazón encontrarán dos balas. Eso se descubrirá más tarde.

»¡Más misterio! Volverán a registrar el túnel. ¿Quién era el hombre rubio? Encontrarán la película en el bolso de ella, y en el bolsillo de usted habrá una larga carta de amor escrita por la muchacha, un poquitín amenazadora. Es buena. La escribió SMERSH. En la carta le dice que entregará la película a los periódicos, a menos que se case usted con ella. Que usted prometió casarse si ella robaba la Spektor… —Nash hizo una pausa y añadió un paréntesis—. Y ya que estamos, viejo, la Spektor es un cazabobos. Cuando sus expertos en criptografía comiencen a manipularla, hará volar a todos hacia la gloria. No es un mal dividendo añadido. —Nash rió entre dientes, de forma mecánica—. Y luego la carta continúa diciendo

que lo único que ella tiene para ofrecerle es la máquina y su cuerpo… y habla de todo lo relativo a su cuerpo y lo que usted hizo con él. ¡Esa parte es caliente! ¿Correcto? Así que, ¿cómo aparecerá la noticia en los periódicos, en los de izquierdas, que recibirán aviso para que acudan al tren?

»Viejo, la historia lo tiene todo. El Orient Express, una hermosa espía rusa asesinada en el túnel de Simplón, fotografías cochinas, una máquina descifradora secreta. Un apuesto espía británico, con su carrera arruinada, la asesina y se suicida. ¡Sexo, espías, tren de lujo, el señor y la señora Somerset… !

»¡Viejo, dará que hablar durante meses! ¡Y ahora hablan del caso Khoklov! Este asunto lo superará con creces. ¡Y vaya hurgonazo en el ojo del famoso servicio de Inteligencia británico! El mejor de sus hombres, el famoso James Bond. ¡Qué desastre! ¡Y luego estalla la máquina descifradora! ¿Qué va a pensar de usted su jefe? ¿Qué va a pensar el público? ¿Y el gobierno? ¿Y los estadounidenses? ¡Y luego hablan de seguridad! Se habrán acabado los secretos atómicos que les pasaban los yanquis. —Nash hizo una pausa para permitir que Bond asimilara todo lo dicho. Con un toque de orgullo, añadió—: ¡Viejo, esto va a ser la noticia del siglo!

Sí, pensó Bond. Sí. En eso tenía toda la razón. Los franceses le darían a la noticia un impulso tal, que no habría forma de frenarla. No les importaría hasta dónde tuvieran que llegar con las fotografías y todo lo demás. No habría una sola prensa en todo el mundo que no fuera a recoger la noticia. ¡Y la Spektor! ¿Tendrían los empleados de M, o los del Deuxiéme, la prudencia necesaria para pensar que se trataba de un cazabobos? ¿A cuántos de los mejores criptógrafos del mundo se llevaría por delante? ¡Dios, tenía que salir de aquel atolladero! Pero, ¿cómo?

La parte superior del ejemplar de *Guerra y paz* que tenía Nash bostezaba ante él. Veamos. Cuando el tren entrara en el túnel, habría mucho ruido. Y de inmediato, el amortiguado chasquido y la bala. Los ojos de Bond sondearon la violeta oscuridad, midiendo la densidad de la sombra que había en su rincón, bajo el techo formado por la litera superior, recordando la posición

exacta de su maletín sobre el piso, calculando lo que haría Nash después de haber disparado.

—Corrió un cierto riesgo cuando dio por sentado que yo le permitiría formar equipo conmigo cuando nos dio alcance en Trieste —dijo—. ¿Y cómo conocía la contraseña del mes?

—Parece que no se da cuenta de cómo están las cosas, viejo —respondió el otro con paciencia—. SMERSH es bueno, realmente bueno. No existe nada mejor. Conocemos sus códigos del mes para cada año. Si alguien de su compañía se hubiera fijado en estas cosas, si hubiera reparado en la pauta que siguen, como sucede con los de mi compañía, usted se daría cuenta de que cada mes de enero pierden ustedes uno de sus agentes menores en alguna parte, tal vez en Tokio, quizá en Timbuctú. SMERSH sencillamente selecciona uno y lo apresa. Luego le hacen cantar las contraseñas para todo el año. Y cualquier otra cosa que sepa, por supuesto. Pero es la contraseña lo que les interesa. Luego la transmiten a todos los centros. Es tan fácil como soplar y hacer botellas, viejo.

Bond se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—En cuanto a darles alcance en Trieste, viejo, no lo hice. Viajé con ustedes hasta aquí, en la parte delantera del tren. Cuando nos detuvimos, bajé y retrocedí por el andén.

» Verá, viejo, lo estábamos esperando en Belgrado. Sabíamos que llamaría a su jefe, o a la embajada, o a alguien. Hemos estado escuchando durante semanas las conversaciones del teléfono de ese yugoslavo. Fue una lástima que no entendiéramos la palabra clave que dijo cuando llamó a Estambul. Podríamos haber evitado el espectáculo de fuegos artificiales o, en cualquier caso, haber salvado a nuestra gente.

» Pero el principal objetivo era usted, viejo, y a usted lo teníamos bien cogido, ya lo creo que sí. Usted estaba dentro de la botella mortal desde el momento en que bajó de ese avión en Turquía. Sólo era cuestión de cuándo ponerle el corcho. —Nash echó una rápida mirada a su reloj. Alzó los ojos. Sus dientes desnudos destellaron en color violeta—. Ya falta poco, viejo. Faltan quince minutos para la hora del corcho.

Bond pensó: «Sabíamos que SMERSH era bueno, pero ni sospechábamos que era tan bueno.» El conocimiento era vital. Tenía que lograr volver de alguna manera. DEBIA hacerlo. La mente de Bond repasó los detalles de su plan lastimosamente poco sólido, lastimosamente desesperado.

—SMERSH parece haber pensado muy bien en todo. Deben de haberse tomado muchísimas molestias. Hay sólo una cosa… —Bond dejó la frase flotando en el aire.

—¿Qué cosa, viejo? —Nash, pensando en el informe que tendría que hacer, estaba alerta.

El tren comenzó a aminorar la marcha. Domodossola. La frontera italiana. ¿Y la aduana?

Pero entonces Bond lo recordó. Los viajeros de los coches en tránsito no tendrían que cumplir con ninguna formalidad hasta llegar a Francia, a la frontera, a Vallorbe. E incluso allí, los coches-cama tampoco tendrían que cumplir con formalidades aduaneras. Estos expresos atravesaban Suiza en línea recta. Sólo las personas que bajaban en Brigue o Lausana tenían que pasar por la aduana en las estaciones.

—Bueno, venga, viejo. —Nash parecía interesado.

—No sin un cigarrillo.

—De acuerdo. Adelante, sáquelo. Pero si hace un movimiento que no me guste, será hombre muerto.

Bond deslizó la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón. Sacó su ancha pitillera de bronce de cañones. La abrió. Cogió un cigarrillo. Sacó el mechero del bolsillo lateral del pantalón. Encendió el cigarrillo y volvió a guardar el mechero. Dejó la pitillera sobre su regazo, junto al libro. Posó una mano con gesto casual sobre el libro y la pitillera, como para evitar que se deslizaran y cayesen. Chupó varias veces el cigarrillo. Si al menos hubiese sido un cigarrillo trucado… ¡que emitiera una llama de magnesio o cualquier cosa que pudiera arrojar a la cara del hombre! ¡Ojalá el Servicio se dedicara a hacer algunos juguetes explosivos! Pero al menos había logrado su objetivo y no le habían disparado en el proceso. Ya era un comienzo.

—Verá… —Bond describió un amplio círculo en el aire con el cigarrillo, para distraer la atención de Nash. Su mano izquierda deslizó la plana pitillera entre las páginas del libro—. Verá, parece que todo está en orden, pero, ¿qué me dice de usted? ¿Qué va a hacer después de que salgamos del túnel de Simplón? El revisor sabe que está relacionado con nosotros. Irán tras usted en menos que canta un gallo.

—Ah, eso… —El tono de la voz de Nash volvía a ser de aburrimiento —. No parece haberse enterado de que los rusos piensan en esas cosas. Bajaré en Dijon y cogeré un taxi hasta París. Allí me perderé. Un poquitín de misterio con el «tercer hombre» no le hará ningún daño a la historia.

»De todas formas, se sabrá más tarde, cuando le saquen a usted la segunda bala de dentro y no puedan encontrar la segunda arma. No me darán alcance. De hecho, mañana al mediodía tengo una cita en la habitación 204 del hotel Ritz, para informar a Rosa. Ella quiere llevarse el mérito por este trabajo. Entonces me convertiré en su chófer y volveremos a Berlín en coche. Ahora que lo pienso, viejo —la voz inexpresiva manifestó emoción, se volvió codiciosa—, puede que me traiga la Orden de Lenin en el bolso. Una bonita migaja, como suele decirse.

El tren comenzó a moverse. Bond se tensó. Sucedería dentro de pocos minutos. Vaya una forma de morir… si es que iba a morir. Por su propia estupidez, letal, ciega estupidez. Y letal para Tatiana. ¡Cristo! En cualquier momento podría haber hecho algo para evitar este lío. No le habían faltado oportunidades. Pero el engreimiento y la curiosidad, y la perspectiva de cuatro días de amor, lo habían arrastrado por el camino fácil, tal y como otros habían planeado que debía suceder. Esa era la parte más detestable de todo el asunto: el triunfo para SMERSH, el enemigo al que siempre había jurado derrotar dondequiera que lo encontrara. Haremos esto y él hará lo otro.

«Camaradas, será fácil con un estúpido vanidoso como Bond. Observen y verán cómo muerde el anzuelo. Ya verán. Les digo que es un estúpido. Todos los ingleses son estúpidos.» Y Tatiana, el cebo… el adorable cebo. Bond pensó en la primera noche que pasaron juntos. Las medias negras y la cinta de terciopelo. Y durante todo el tiempo, SMERSH había estado

observándolos, observando cada uno de los presumidos movimientos que él hacía, tal y como se había planeado que los haría, para poder conformar la mancha, la mancha que caería sobre él, la mancha que caería sobre M que lo había enviado a Estambul, la mancha que caería sobre el servicio secreto que vivía del mito de su propio nombre. ¡Dios, qué desastre! Si al menos… ¡Si al menos su pequeño plan diera resultado!

Más adelante, el retumbar del tren se convirtió en un retronar grave.

Unos pocos segundos más. Unos pocos metros más.

La boca de forma ovalada que había entre las blancas páginas del libro pareció ensancharse.

Dentro de un segundo, el túnel oscuro apagaría la luz de la luna que caía sobre las páginas, y la lengua azul saldría disparada en busca de él.

—Que tenga dulces sueños, cabrón inglés.

El retronar se transformó en un enorme rugido de rápido entrechocar metálico.

En el lomo del libro floreció una llamarada.

La bala, dirigida al corazón de Bond, destelló recorriendo los dos metros que la separaban de su blanco.

Bond cayó de cara al piso y permaneció tumbado bajo la funeral luz violeta.

Capítulo 27
Cinco litros y medio de sangre

Todo había dependido de la exactitud del hombre. Nash había dicho que la bala atravesaría el corazón de Bond. Este había jugado sobre la suposición de que la puntería de Nash era tan buena como él decía que lo era. Y lo había sido.

Bond permaneció tendido como lo haría un muerto. Antes del disparo, había evocado los cadáveres que había visto y qué aspecto tenían los cuerpos cuando estaban muertos. Ahora yacía completamente desarticulado, como una muñeca rota, con los brazos y las piernas cuidadosamente abiertos.

Exploró sus sensaciones. Donde la bala había entrado en el libro, tenía las costillas ardiendo.

La bala debía de haber atravesado la pitillera y la otra mitad del libro. Podía sentir el plomo caliente sobre su corazón. Tenía la sensación de que le ardía dentro de sus costillas. Era sólo el agudo dolor que sentía en la cabeza, donde había golpeado contra la madera, y el brillo violeta en las puntas de los zapatos gastados que veía contra su nariz lo que le decía que no estaba muerto.

Como un arqueólogo, Bond exploró la ruina cuidadosamente planeada de su cuerpo. La posición de los pies separados. El ángulo de la rodilla semiflexionada que le proporcionaría un punto de apoyo cuando lo necesitara. La mano derecha, que parecía aferrar su corazón perforado, se encontraría a pocos centímetros del pequeño maletín, para cuando pudiera

soltar el libro… a pocos centímetros de las costuras letales que contenían los cuchillos arrojadizos de hoja plana, de dos filos cortantes como navajas, que habían sido para él motivo de burla cuando la sección Q de material le enseñó la aldabilla que las sujetaba en su sitio. Y su mano izquierda, con el brazo extendido en su entrega a la muerte, descansaba sobre el piso y le proporcionaría impulso cuando llegase el momento.

Por encima de él sonó un largo bostezo cavernoso. Las puntas de los zapatos marrones se movieron. Bond observó que el cuero se tensaba al levantarse Nash. Dentro de un minuto, con la pistola de Bond en la mano derecha, Nash se subiría a la cama inferior y palparía a través de la cortina de cabello para localizar la nuca de la muchacha. Luego el morro de la Beretta se acercaría tras los dedos. Nash apretaría el gatillo. El rugido del tren ahogaría el estallido amortiguado.

Podría evitarlo por muy poco. Desesperado, Bond intentó recordar la anatomía básica. ¿Había puntos mortales en la parte inferior del cuerpo de un hombre? ¿Por dónde corría la arteria principal? Era la femoral. Corría por el interior del muslo. ¿Y la ilíaca externa, o como quiera que se llamara, que se convertía en la femoral? Atravesaba la ingle por el centro. Si erraba ambas, sería un mal asunto. Bond no se hacía la más mínima ilusión de derrotar a aquel hombre en un combate con las manos desnudas. La primera violenta puñalada con el cuchillo tendría que ser la decisiva.

Las puntas de los zapatos marrones se desplazaron. Apuntaron hacia la cama. ¿Qué estaba haciendo aquel hombre? No se oía otro sonido que no fuese el cavernoso entrechocar metálico provocado por el avance del tren a través del túnel de Simplón, a través del corazón de Wesenhom y Monte Leone. El vaso para enjuagues bucales tintineaba. Los paneles de madera crujían. A lo largo de cien metros hacia ambos lados de la pequeña celda mortal, había hileras de personas durmiendo, o despiertas en sus camas y pensando en sus vidas y sus amores, trazando pequeños planes, preguntándose quién iría a recibirlas a la Gare de Lyon. Y durante todo ese tiempo, un poco más lejos por el mismo corredor, la muerte viajaba con ellas a través del mismo agujero negro, detrás de la misma locomotora diesel, sobre las mismas vías recalentadas por la fricción metálica.

Un zapato marrón se separó del piso. El hombre debía haberlo pasado por encima del agente, quedando a medias sobre él. El vulnerable arco quedaría abierto sobre la cabeza de Bond.

Los músculos del agente británico se contorsionaron como los de una serpiente. Su mano derecha se desplazó unos pocos centímetros hacia las duras costuras del borde del maletín. Presionó hacia un lado. Sintió la estrecha empuñadura del cuchillo. Lo sacó hasta la mitad sin mover el brazo.

El talón marrón se separó del piso. La punta se dobló y soportó el peso.

Ahora había desaparecido el segundo pie.

«Con suavidad, cambia el peso hacia aquí, apóyate por allá, coge el cuchillo con fuerza para que no se desvíe sobre un hueso, y luego…»

En un violento movimiento de tirabuzón, el cuerpo de Bond se levantó del piso. El cuchillo asestó el golpe con la velocidad del relámpago. El puño con el largo dedo de acero, y el brazo y el hombro de Bond detrás, lanzaron una estocada hacia arriba. Los nudillos de Bond tocaron la franela. El mantuvo el cuchillo clavado y lo empujó para hundirlo más hondo.

Un horrible grito de dolor llegó hasta él desde lo alto. La Beret a repiqueteó sobre el piso. El cuchillo fue arrebatado de la mano de Bond cuando el hombre se retorció de modo convulsivo y se desplomó.

Bond había previsto la caída, pero, cuando se apartaba de lado hacia la ventanilla, una mano que caía lo golpeó y lo hizo caer en la cama inferior con un golpe sordo. Antes de que pudiera recobrarse, ascendió del suelo el terrible rostro, con los ojos brillando en color violeta, los violáceos dientes desnudos. Con lentitud, agonizante, las dos enormes manos intentaron cogerlo.

Bond, medio de espaldas, lanzó patadas ciegas. Uno de sus zapatos acertó; pero entonces su atacante le sujetó el pie y se lo retorció, y el agente británico sintió que se deslizaba hacia el piso.

Las manos de Bond buscaron a tientas un punto de sujeción en la ropa de cama. Pero la otra mano ya lo había cogido por el muslo. Le clavaba las uñas.

El cuerpo de Bond estaba siendo retorcido y arrastrado hacia abajo. Dentro de poco le clavarían los dientes. Golpeó con la pierna libre. No

cambió nada. Lo arrastraba.

De pronto, los dedos desesperados de Bond sintieron algo duro. ¡El libro! ¿Cómo funcionaba aquella cosa? ¿Cuál era la parte superior? ¿Le dispararía a él o a Nash? Desesperado, Bond lo tendió hacia el enorme rostro sudoroso. Presionó la base del lomo de tela.

Un chasquido. Bond sintió el retroceso. Otro chasquido, y otro, y otro más. Ahora Bond sentía el calor bajo sus dedos. Las manos que le aferraban la pierna estaban aflojándose. El rostro lustroso estaba retrocediendo. De la garganta salió un ruido, un terrible ruido sofocado. Luego, con un deslizamiento y un chasquido, el cuerpo cayó hacia delante en el piso y la cabeza se estrelló contra los paneles de madera.

Bond permaneció tendido y jadeando a través de los dientes apretados. Miraba fijamente la luz violeta de encima de la puerta. Advirtió que el bucle de filamentos aumentaba y disminuía. Le pasó por la cabeza la idea de que la dinamo de la parte inferior del coche debía de ser defectuosa.

Parpadeó para enfocar mejor la luz. Le entró sudor en los ojos y le escoció. Permaneció tendido, sin hacer nada por evitarlo.

El galopante resonar del tren comenzó a cambiar. Sonaba más cavernoso. Con un último rugido resonante, el Orient Express salió disparado a la luz de la luna y aminoró la velocidad.

Con indolencia, Bond alzó una mano y tiró del borde de la cortinilla. Vio almacenes y apartaderos. Las luces brillaban con fuerza, claras sobre los raíles. Eran buenos focos potentes. Las luces de Suiza.

El tren se deslizó silenciosamente hasta detenerse.

En el constante, absoluto silencio, oyó un ruidito procedente del piso. Bond se maldijo por no haberse asegurado. Se inclinó con rapidez y escuchó. Sujetó el libro ante sí, preparado por si acaso. Nada se movía. Bond tendió una mano y palpó la vena yugular del hombre. No tenía pulso.

Estaba completamente muerto. El cadáver había estado asentándose.

Bond se sentó y aguardó con impaciencia a que el tren comenzara a moverse otra vez. Había muchas cosas que hacer. Incluso antes de que pudiera cuidar de Tatiana, habría que limpiar todo aquello.

Con una sacudida, el largo expreso comentó a rodar suavemente. Pronto estaría descendiendo sinuosamente por el pie de los Alpes hacia el cantón de Valais. El sonido de las ruedas ya era diferente, una canción alegre y acelerada, como si se alegraran de haber dejado el túnel tras de sí.

Bond se puso de pie, pasó por encima de las piernas abiertas del hombre muerto y encendió la luz cenital.

¡Qué desorden! La habitación parecía una carnicería. ¿Cuánta sangre contenía un cuerpo humano? Lo recordó. Cinco litros y medio. Bueno, dentro de poco estaría toda ahí fuera. ¡Mientras no se extendiera hasta el corredor! Bond quitó la ropa de cama de la litera inferior y se puso a trabajar.

Al fin acabó: había limpiado las paredes en torno al bulto cubierto que había en el piso; las maletas estaban apiladas, listas para la entrada en Dijon.

Bond bebió toda una garrafa de agua. Se acercó a las camas y sacudió suavemente el hombro cubierto de piel.

No obtuvo respuesta. ¿Habría mentido aquel hombre? ¿La habría matado con el veneno?

Bond puso la mano contra el cuello de la joven. Estaba tibio. Buscó el lóbulo de la oreja y lo pellizcó con fuerza. Ella se removió perezosamente y gimió. Bond volvió a pellizcarle el lóbulo, y luego otra vez. Al fin, una voz amortiguada dijo:

—No hagas eso.

Bond sonrió. La sacudió. Continuó sacudiéndola hasta que Tatiana se volvió con lentitud y quedó de lado. Dos azules ojos narcotizados miraron a los suyos y volvieron a cerrarse.

—¿Qué pasa? —la voz era soñolientamente enojada.

Bond le habló y la amenazó y la insultó. Zarandeó a la joven con mayor rudeza. Por último, ella se sentó y le dirigió una mirada vacua. Bond le sacó las piernas de la cama de modo que quedaron colgando por el borde de la misma. De alguna manera, consiguió bajarla hasta la cama inferior.

Tatiana tenía un aspecto terrible: la boca floja, los ojos casi en blanco del borracho que duerme la mona, el pelo húmedo y enredado. Bond se puso

a trabajar con una toalla mojada y con el peine de ella.

Pasaron por Lausana y, una hora más tarde, llegaron a Vallorbe, en la frontera francesa.

Bond dejó a Tatiana, salió y se apostó en el corredor, por si acaso. Pero los funcionarios de aduanas y control de pasaportes pasaron junto a él hacia la cabina del revisor y, tras cinco minutos inescrutables, continuaron avanzando por el tren.

Bond regresó al compartimento. Tatiana había vuelto a dormirse. Miró el reloj de Nash, que ahora llevaba en su propia muñeca. Las cuatro y media. Faltaba una hora para Dijon. Bond se puso a trabajar.

Al fin, los ojos de Tatiana se abrieron de par en par. Tenía las pupilas más o menos centradas.

—Basta ya, James —dijo, y volvió a cerrarlos ojos. Bond se enjugó el sudor de la cara. Cogió las maletas, una a una, las llevó hasta el final del corredor y las apiló contra la salida. Luego fue a ver al revisor y le dijo que la señora no se encontraba bien y que bajarían del tren en Dijon.

Bond le dio al revisor una última propina.

—No se moleste —le dijo—. Ya he sacado el equipaje para no incomodar a la señora. Mi amigo, el de pelo rubio, es médico. Ha estado haciéndonos compañía durante toda la noche. Lo he dejado durmiendo en mi cama. El hombre está agotado. Le pediría que fuese usted tan amable de no despertarlo hasta que falten diez minutos para llegar a París.

—*Certainement, monsieur*. —Al revisor no le había llovido el dinero de esa manera desde los días dorados de los millonarios viajeros. Le entregó a Bond el pasaporte y los billetes. El tren comenzó a aminorar la marcha—. *Voilá que nous y sommes*.

Bond regresó al compartimento. Obligó a Tatiana a ponerse de pie, la sacó al corredor y cerró la puerta dejando junto a la cama la pila blanca de muerte.

Al fin bajaron los escalones y se encontraron sobre el duro, maravilloso, inmóvil andén. Un porteador con camisa azul se hizo cargo de su equipaje.

El sol comenzaba a salir. A esa hora de la mañana había muy pocos pasajeros despiertos. Sólo un puñado en tercera clase, que habían pasado

una noche «dura», vieron al hombre joven que ayudaba a la muchacha a alejarse del polvoriento coche de tren con los románticos nombres colocados en un flanco, hacia la puerta gris amarillento donde se leía la palabra «SORTIE».

Capítulo 28
La tricoteuse

El taxi se detuvo en la entrada del hotel Ritz que daba a la rué Cambon.

Bond miró el reloj de Nash. Eran las doce menos cuarto. Tenía que ser perfectamente puntual.

Sabía que si un espía ruso llegaba unos pocos minutos antes o después de la hora prevista para un encuentro, el encuentro quedaba automáticamente cancelado. Ahora iba solo, a correr su propia aventura privada. Todos sus deberes habían sido atendidos. La muchacha estaba descansando en un dormitorio de la embajada. La Spektor, aún preñada de explosivos, se la había llevado el escuadrón de artificieros del Deuxiéme Bureau. Había hablado con su viejo amigo René Mathis, jefe del Deuxiéme, y el conserje de la entrada del Ritz que daba a Cambon había recibido orden de entregarle una llave maestra y no formularle preguntas.

René se había sentido encantado de hallarse implicado una vez más, con Bond, en *une affaire noire*.

—Ten confianza, *cher* James —le había dicho—. Me encargaré de ejecutar tus misterios. Podrás contarme la historia después.

»Dos hombres de lavandería con un gran cesto para ropa sucia acudirán a la habitación 204 a las doce y cuarto. Yo los acompañaré vestido de conductor del camión. Debemos llenar el cesto, llevarlo a Orly y esperar a un Canberra de la RAF que llegará a las dos en punto. Le entregamos la cesta. Cierta ropa sucia que estaba en Francia irá a parar a Inglaterra. ¿Sí?

El jefe del puesto F había hablado con M mediante codificador de voz. Le había leído un corto informe escrito por Bond. Había pedido el Canberra. No, no tenía ni idea de para qué era.

Bond sólo había aparecido para entregar a la muchacha y la Spektor. Había tomado un desayuno descomunal y se había marchado de la embajada diciendo que regresaría a la hora del almuerzo.

Bond volvió a mirar la hora. Acabó su martini. Lo pagó, salió del bar y subió los escalones hasta la conserjería.

El conserje le echó una mirada penetrante y le entregó una llave. Bond avanzó hasta el ascensor, entró en él y subió hasta el tercer piso.

La puerta del ascensor se cerró con un choque metálico a sus espaldas. Bond avanzó suavemente por el corredor, mirando los números.

204. Bond metió la mano derecha dentro del abrigo y rodeó con ella la culata forrada de la Beretta. Estaba metida dentro de la cintura de sus pantalones. Podía sentir el metal del silenciador entibiado sobre el estómago.

Llamó dando un solo golpe en la puerta con la mano izquierda.

—Adelante.

Era una voz temblorosa, la voz de una anciana.

Bond probó el pomo de la puerta y vio que no estaba cerrada con llave. Se metió la llave maestra en el bolsillo. Abrió la puerta de un empujón con un movimiento rápido, entró y la cerró tras de sí.

Se encontró en una típica sala de estar del hotel Ritz, extremadamente elegante, con buenos muebles estilo Imperio. Las paredes eran blancas, y las cortinas y el tapizado de las sillas eran de chintz, con pequeñas rositas rojas sobre fondo blanco. La moqueta era de color rojo vino y estaba bien tensada.

En una zona de sol, en un sillón bajo situado junto a un escritorio, había una anciana pequeña que hacía punto.

El tintineo de las agujas metálicas continuó. Los ojos que había detrás de las gafas bifocales coloreadas de azul claro examinaron a Bond con una curiosidad cortés.

—*Oui, Monsieur?* —La voz era profunda y áspera. El rostro, muy empolvado y bastante hinchado que coronaban unos cabellos blancos, no

manifestaba otra cosa que interés de persona bien educada.

La mano que Bond tenía bajo la chaqueta estaba tensa como un resorte de acero. Sus ojos semicerrados recorrieron con rapidez la habitación y volvieron a posarse sobre la anciana pequeña que ocupaba el sillón.

¿Habría cometido un error? ¿Estaría en la habitación equivocada? ¿Debía disculparse y salir? ¿Era posible que esta mujer perteneciera a SMERSH? Se parecía tan exactamente al tipo de viuda respetable que uno esperaría encontrar sentada a solas en el Ritz, entreteniéndose con su labor de punto… El tipo de mujer que tendría su propia mesa y su camarero preferido en un rincón del restaurante de la planta baja (no, por supuesto, en el asador). El tipo de mujer que echaría una cabezadita después del almuerzo, y a la que luego iría a buscar una elegante limusina con los laterales de las ruedas blancos, para llevarla al salón de té de la rué de Berri, donde se encontraría con otra vieja rica. El vestido negro anticuado con el detalle de puntilla blanca en el cuello y los puños, la fina cadena de oro que pendía sobre el pecho informe y acababa en unos impertinentes plegables, los primorosos piececillos calzados con sensatas botas negras abotonadas, que apenas tocaban el piso… ¡No podía tratarse de Klebb! Bond había entendido mal el número de la habitación. Podía sentir el sudor en las axilas. Pero ahora tendría que representar la escena hasta el final.

—Me llamo Bond, James Bond.

—Y yo, *monsieur*, soy la condesa Metterstein. ¿Qué puedo hacer por usted? —Hablaba francés con bastante acento. Podría ser suiza alemana. Las agujas tintineaban sin parar.

—Me temo que el capitán Nash ha sufrido un accidente. No podrá venir hoy, así que he acudido en su lugar.

¿Los ojos se habían entrecerrado apenas detrás de los cristales azul pálido?

—No he tenido el placer de conocer al capitán Nash, *monsieur*. Ni de conocerlo a usted. Por favor, siéntese y expóngame el asunto que lo ha traído aquí. —La mujer inclinó la cabeza apenas hacia una silla de respaldo alto que había junto al escritorio.

Aquella mujer era intachable. La indulgencia y benevolencia de su actitud resultaban devastadoras. Bond atravesó la habitación y se sentó. Ahora se encontraba a poco menos de dos metros de ella. Sobre el escritorio no había nada más que un anticuado teléfono con el receptor colgado de un gancho y, al alcance de la mano de ella, un botón de marfil para hacer sonar la campanilla de llamada. La boca negra del teléfono bostezaba educadamente ante Bond.

El agente británico clavó groseramente los ojos en el rostro de la mujer para examinarlo.

Tenía una cara fea, como la de un sapo, bajo los polvos y bajo el apretado moño de cabello blanco. Los ojos eran de un marrón tan claro que casi parecían amarillos. Tenía unos labios húmedos e hinchados bajo una franja de bigote manchado de nicotina. ¿Nicotina? ¿Dónde estaban los cigarrillos? No se veía ningún cenicero… no se percibía olor a humo en la habitación.

La mano de Bond volvió a tensarse sobre el arma. Sus ojos bajaron hacia la bolsa de labores, hacia el amorfo tejido de lana ligera color beige que estaba tejiendo la mujer. Las agujas de acero. ¿Qué había de extraño en ellas? Tenían los extremos de un color diferente, como si las hubiesen puesto al fuego. ¿Las agujas de hacer punto habían tenido alguna vez ese aspecto?

—*Eh bien, monsieur?* —¿Había tensión en su voz? ¿Habría captado algo en la expresión del rostro de su interlocutor?

Bond sonrió. Tenía los músculos tensos, en espera de cualquier movimiento, de cualquier truco.

—No servirá de nada —dijo alegremente, apostándolo todo a una sola carta—. Usted es Rosa Klebb. Y es la jefa de Otdyel II de SMERSH. Es una torturadora y una asesina. Intentó matarnos a mí y a la muchacha Romanova. Me alegro mucho de conocerla por fin.

Los ojos no habían cambiado. La mujer tendió la mano izquierda hacia el botón de llamada.

Habló con paciencia y cortesía.

—*Monsieur*, me temo que usted está trastornado. Debo llamar al *valet de chambre* y hacer que lo acompañe a la salida.

Bond nunca supo qué le salvó la vida. Tal vez fue debido a que en un instante se dio cuenta de que no había ningún cable que saliera del botón hacia la pared o la moqueta. Quizá fue el repentino recuerdo de la expresión inglesa *«come in*», «adelante», cuando llamó a la puerta con el obviamente esperado golpe. Pero, en el momento en que el dedo de la mujer llegaba al botón de marfil, se lanzó de la silla hacia un lado.

Mientras Bond caía al suelo, se oyó el sonido de una tela de calicó que se rasgaba. En torno a él llovieron astillas del respaldo de la silla que había ocupado. La silla se estrelló contra el piso.

Bond giró sobre sí al tiempo que tironeaba de la pistola. Por el rabillo del ojo vio un jirón de humo azulado que salía de la boca del «teléfono». Luego la mujer cayó sobre él, con las brillantes agujas de hacer punto aferradas en los puños.

Intentó clavárselas en las piernas. Bond la golpeó con los pies y la arrojó de lado. ¡Había intentado clavárselas en las piernas! Mientras Bond se incorporaba sobre una rodilla, supo lo que significaban las puntas coloreadas de las agujas. Estaban envenenadas. Probablemente con uno de esos neurotóxicos alemanes. Lo único que tenía que hacer la mujer era arañarlo con una de ellas, aunque fuese a través de la ropa.

Bond se puso de pie. Ella volvía a echársele encima. Tironeó con furia de su arma. El silenciador se había atascado. Se produjo un destello de luz. Bond lo esquivó. Una de las agujas repiqueteó contra la pared que tenía detrás, y aquella horrible mujer amorfa, con el moño blanco de la peluca torcido sobre la cabeza y los viscosos labios separados enseñando los dientes, se le vino encima.

Bond, que no se atrevía a usar los puños desnudos contra las agujas, saltó de lado por encima del escritorio, apoyando las manos en su superficie.

Jadeando y hablando para sí misma en ruso, Rosa Klebb rodeó precipitadamente el escritorio con la aguja restante adelantada como si fuese un estoque. Bond retrocedió mientras continuaba intentando desatascar la pistola. La parte trasera de sus piernas chocó contra una silla pequeña.

Soltó el arma, tendió una mano hacia atrás y la cogió. Sujetándola por el respaldo, con las patas hacia delante como si fueran cuernos, rodeó la mesa

para ir al encuentro de la mujer. Pero ella se hallaba junto al falso teléfono. Lo cogió con rapidez y apuntó con él a Bond. Su mano descendió hacia el botón. Bond avanzó de un salto. Descargó un golpe con la silla. Las balas salieron hacia el techo y los trozos de escayola le golpetearon la cabeza.

Bond volvió a arremeter. Las patas de la silla cogieron a la mujer en torno a la cintura y por encima de los hombros. ¡Dios, sí que era fuerte! Ella cedió, pero sólo hasta llegar a la pared. Allí volvió a atacar, escupiéndole a Bond por encima de la silla, mientras la aguja de hacer punto iba en busca de él como el largo aguijón de un escorpión.

Bond retrocedió un poco, sujetando la silla con los brazos estirados al máximo. Apuntó bien y lanzó una patada alta hacia la muñeca de la mano que empuñaba la aguja. Ésta salió volando por la habitación y repiqueteó sobre el piso a sus espaldas.

Bond se acercó más. Examinó la posición. Sí, la mujer estaba firmemente inmovilizada contra la pared por las cuatro patas de la silla. No había manera de que pudiera escapar de esa jaula, como no fuera mediante la fuerza bruta. Tenía libres los brazos, las piernas y la cabeza, pero el cuerpo estaba pegado contra la pared.

La mujer siseó algo en ruso. Le escupió por encima de la silla. Bond inclinó la cabeza y se secó la cara contra la manga. Alzó la vista y miró al rostro lleno de manchas.

—Se ha acabado, Rosa —dijo—. El Deuxiéme llegará en cualquier momento. Dentro de una hora, poco más o menos, estará usted en Londres. No la verán abandonar el hotel. No la verán salir hacia Inglaterra. De hecho, muy pocas personas volverán a verla. A partir de este momento no es más que un número en un expediente secreto. Para cuando hayamos acabado con usted, estará lista para ingresar en un manicomio.

La cara, a menos de un metro de distancia, estaba cambiando. Ahora la sangre la había abandonado y se había puesto amarilla. Aunque, pensó Bond, no a causa del miedo. Los pálidos ojos miraban con fijeza los de Bond. No estaban derrotados.

La boca húmeda, sin forma, se ensanchó en una sonrisa.

—¿Y dónde estará usted cuando yo esté en el manicomio, señor Bond?

—Continuando con mi vida.

—Yo no lo creo así, *angliski spion*.

Bond apenas si reparó en las palabras. Había oído el chasquido de la puerta al abrirse. Un estallido de carcajadas sonó en la habitación, detrás de él.

—*Eh bien*. —Era el tono de deleite que Bond recordaba muy bien—. ¡La posición número setenta! Ahora, al fin, ya lo he visto todo. ¡E inventada por un inglés! James, esto es realmente un insulto para mis compatriotas.

—No te la recomiendo —respondió Bond por encima del hombro—. Es demasiado extenuante. En cualquier caso, puedes relevarme. Permíteme que os presente. Ella se llama Rosa. Te gustará. Es un verdadero pez gordo de SMERSH. De hecho, se ocupa de los asesinatos.

Mathis se acercó. Lo acompañaban dos empleados de lavandería. Los tres se detuvieron y contemplaron con respeto el desagradable rostro.

—Rosa —repitió Mathis, pensativo—. Pero, esta vez, es una Rosa Malheur. ¡Bueno, bueno! Pero estoy seguro de que está incómoda en esa posición. Vosotros dos, traed el *panier de fleurs*… estará más cómoda acostada.

Los dos hombres fueron hacia la puerta. Bond oyó el crujido del cesto de lavandería.

Los ojos de la mujer continuaban fijos en Bond. Se movió apenas, cambiando el peso de un lado al otro. Fuera de la vista de Bond, y sin que lo advirtiera Mathis que continuaba examinando el rostro de la rusa, la punta de una de las lustrosas botas presionó bajo el empeine de la otra. En la punta apareció un centímetro de fina hoja de cuchillo. Al igual que las agujas de hacer punto, el acero tenía el mismo color azul sucio.

Los dos hombres reaparecieron y depositaron el gran cesto cuadrado junto a Mathis.

—Cójanla —dijo Mathis. Le hizo una leve reverencia a la mujer—. Ha sido un honor.

—*Au revoir*, Rosa —dijo Bond.

Los ojos amarillos se encendieron brevemente.

—Adiós, señor Bond.

La bota, con su diminuta lengua de acero, salió disparada.

Bond sintió un agudo dolor en la pantorrilla derecha. Sólo fue el tipo de dolor que uno sentiría a causa de un puntapié. Dio un respingo y retrocedió. Los dos hombres aferraron a Rosa Klebb por los brazos.

Mathis se echó a reír.

—Mi pobre James —dijo—. Puede contarse con SMERSH para decir la última palabra.

La lengua de sucio acero se había retirado al interior de la bota. Lo que ahora levantaban en peso para meter en la cesta era sólo un bulto de mujer inofensiva.

Mathis observó cómo ajustaban la tapa. Se volvió hacia Bond.

—Ha concluido un buen día de trabajo, amigo mío —comentó—. Pero parece cansado. Regrese a la embajada y repose, porque esta noche tenemos que cenar juntos. La mejor cena de París. Y buscaré a la muchacha más adorable para acompañar esa cena.

El entumecimiento estaba subiendo por el cuerpo de Bond. Sentía mucho frío. Alzó una mano para apartarse el mechón de pelo que le caía sobre la ceja derecha. No tenía tacto en los dedos. Le parecía que eran tan grandes como pepinos. La mano cayó pesadamente a su lado.

Respirar se volvió una tarea difícil. Bond inspiró hasta la máxima capacidad de sus pulmones.

Apretó la mandíbula y cerró a medias los ojos, como suele hacer la gente cuando quiere ocultar que está borracha. A través de las pestañas, observó la cesta que era llevada hacia la puerta. Se forzó en abrir los ojos. Desesperado, enfocó a Mathis.

—No necesitaré una muchacha, René —dijo con voz espesa.

Ahora tenía que abrir la boca para poder respirar. La mano volvió a ascender hasta su rostro frío. Tuvo la impresión de que Mathis avanzaba hacia él.

Bond sintió que las piernas comenzaban a doblársele.

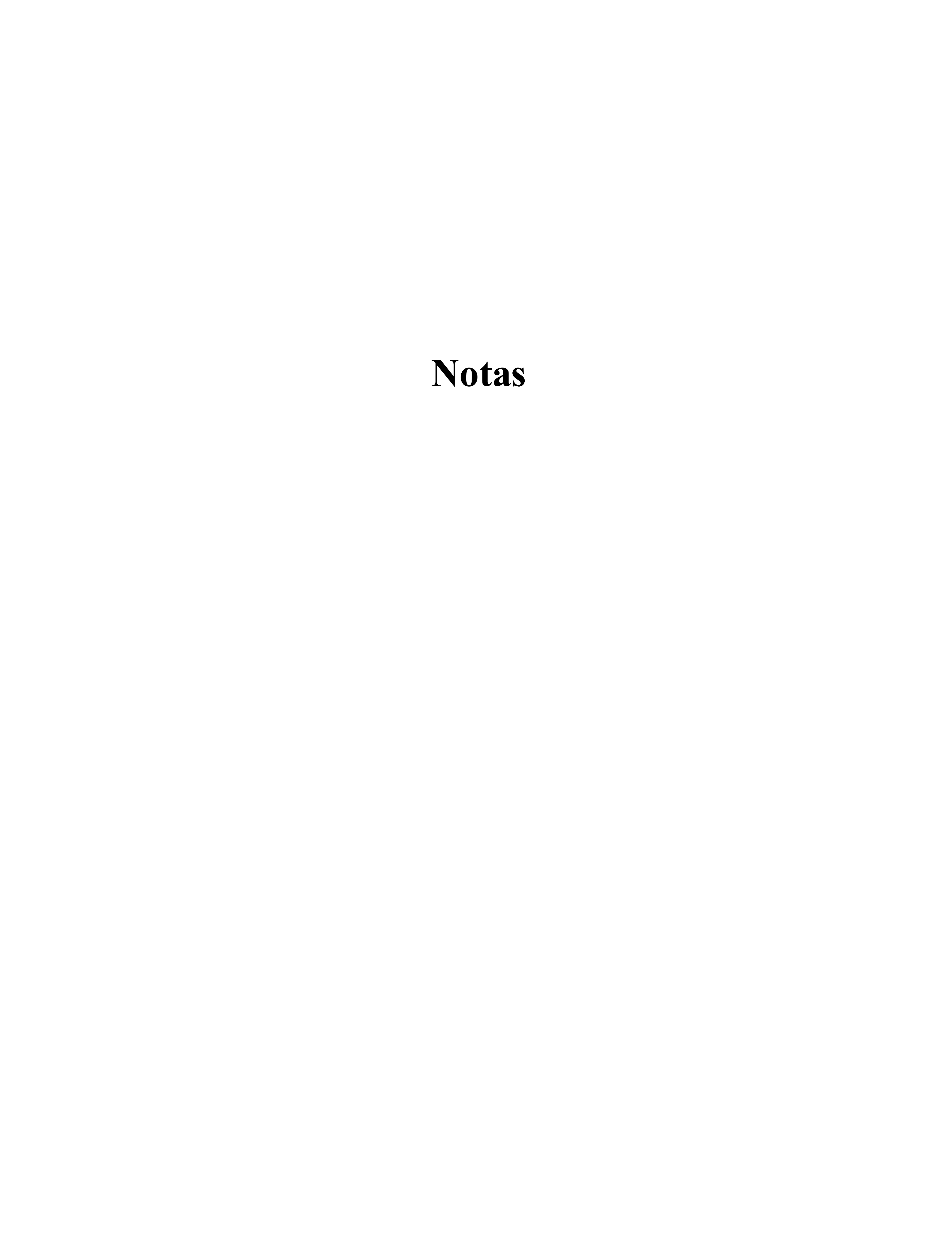
—Ya tengo a la más adorable… —dijo, o creyó decir.

Giró lentamente sobre los talones y cayó cuan largo era sobre el piso color vino tinto.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.



Notas

[1] Ministerio de Seguridad del Estado, servicio secreto soviético. <<

[2] Real Cuerpo de Transmisiones. <<

[3] *(British Army Of The Rin)* Ejército Británico del Rin. <<

[4] Stalino (1924-1961), Dónetzk (1961-1992), actualmente Yuzovka. *(N. de la t)*. <<

[5] Desde 1992, Yekaterinoslav. *(N. de la t)*. <<

[6] Lavrenti Pavlovich Beria, jefe del MVD (policía secreta). Después de la muerte de Stalin (1953), se convirtió en víctima de la subsecuente lucha por el poder, que ganaron Malenkov y Kruschov. Fue ejecutado ese mismo año, tras un juicio secreto. *(N. de la t)*. <<

[7] En ruso se dice igual. *(N. de la t)*. <<

[8] (*Commander of the Order of the British Empire*) Comandante de la Orden del Imperio Británico. *(N. de la t)*. <<

[9] Nikolai Khokhlov, un agente del KGB que desertó en Alemania en 1954, alegando que había sido enviado a asesinar al presidente del NTS (National Alliance of Russian Solidarists) en Frankfurt. <<

[10] Departamento de Inteligencia del Ministerio del Exterior. <<

[11] Departamento de Información del Estado Mayor del Ejército. <<

[12] Igor Gouzenko, jefe del departamento de Criptografía del GRU en la embajada soviética en Ottawa (Canadá). En septiembre de 1945, él y su esposa decidieron exiliarse en Canadá, y se llevaron una maleta con 109 documentos secretos. *(N. de la t)*. <<

[13] Kiaus Fuchs, científico alemán considerado el más importante de los espías «técnico-ideológicos» y el que causó el mayor desastre para la seguridad de Occidente, al revelar a los soviéticos los secretos de fabricación de las bombas atómica y de plutonio (bomba H). Sometido a interrogatorio en enero de 1950, confesó ser agente soviético. Fue condenado a catorce años de prisión. *(N. de la t)*. <<

[14] Grigori Tokaev, técnico destinado por el GRU a Berlín para estudiar la tecnología de los cohetes alemanes. En 1948 abandonó su puesto y se pasó a los británicos, que acabaron por concederle una plaza académica en Londres. *(N. de la t)*. <<

[15] Vladimir Petrov (*Proletarsky*), jefe del NKVD en la embajada soviética en Canberra (Australia). Su esposa era jefa del departamento de Criptografía de la misma embajada. Ambos se convirtieron en espías de Occidente en abril de 1951 y en el mismo mes del año 1954 desertaron públicamente y se exiliaron. *(N. de la t)*. <<

[16] Uno de las más importantes miembros del partido estalinista. Después de la muerte de Stalin, volvió al ministerio de Asuntos Exteriores en 1953. pero, debido a sus desavenencias con Kruschov, fue depuesto de su cargo en 1956. *(N. de la t)*. <<

[17] *Lucy:* seudónimo del suizo alemán Rudolf Róssler, director de una red de espionaje del GRU durante la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la t)*. <<

[18] «Rote Kapelle»: red de espionaje soviética del GRU, dirigida por Leopold Trepper, que operó en los territorios ocupados por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Se comunicaba por radio con el centro de Moscú. Los nazis, tras localizar mediante goniómetros a algunos de los operadores de radio («pianistas»), lograron desarticularla. *(N. de la t)*. <<

[19] Guy Burgess y Donald Duart Maclean: agentes del servicio secreto británico, y espías soviéticos, pertenecientes a lo que se llamó «el círculo de Cambridge». El primero fue corresponsal de la BBC y miembro del MI6, y posteriormente segundo secretario de la embajada británica en Washington. El segundo fue canciller de la embajada británica en la misma ciudad. Ambos huyeron a la URSS en 1951, tras advertirles Kim Philby de que Maclean estaba bajo sospecha y a punto de ser interrogado por los servicios secretos británico y estadounidense. *(N. de la t)*. <<

[20] Las Public School y Public University son, en realidad, centros de enseñanza privados, pero abiertos a alumnos de distinta procedencia social. *(N. de la t)*. <<

[21] Companion of the Order of St. Michael and St. George. *(N. de la t)*. <<

[22] (Escrito en marzo de 1956. I. F.) Oficialmente, el paradero de Burgess y Maclean era desconocido hasta esta fecha, cuando aparecieron en Moscú y declararon su lealtad al comunismo. *(N. de la t)*. <<

[23] Probablemente el autor hace referencia a un relato del escritor John O'Hara, en el que se describe un encuentro con el mensajero de la muerte, que, de hecho, cumplía con una cita que tenía con el propio narrador, en Samara. *(N. de la t)*. <<

[24] Mezquita del arquitecto Mehmed Aga, construida entre 1609 y 1616, también llamada Mezquita Azul, debido al color de los azulejos. *(N. de la t)*.
<<

[25] Licor de ciruelas hecho en Yugoslavia y Rumania. *(N. de la t)*. <<

[26] De la mitología escandinava, sala reservada a los héroes muertos en batalla, donde asisten al banquete de Odín. *(N. de la t)*. <<

[27] Población de la India donde se fabricaban estas particulares balas explosivas, prohibidas luego por la Segunda Conferencia Internacional de La Haya, en 1899. *(N. de la t)*. <<

[28] Nombre del ingenioso personaje central de una obra de teatro de H. C. McNeil y Gerald Du Maurier que dio lugar a una serie de películas de misterio, la primera sonora de las cuales se titulaba *Bulldog Drummond*, producida en Estados Unidos en 1929, protagonizada por Roland Colman y dirigida por F. Richard Jones. *(N. de la t)*. <<